

UC-NRLF



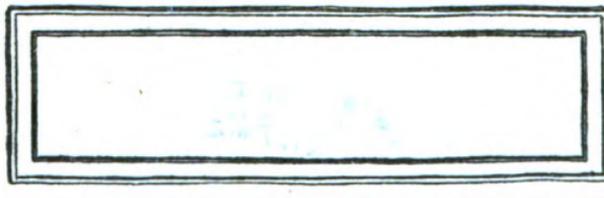
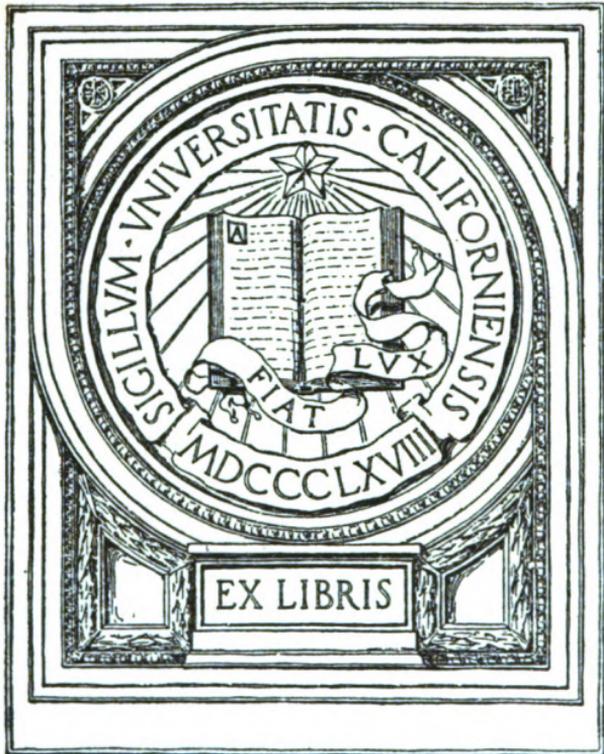
B 3 142 247

B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

GIFT OF  
*J. C. Celbrian*

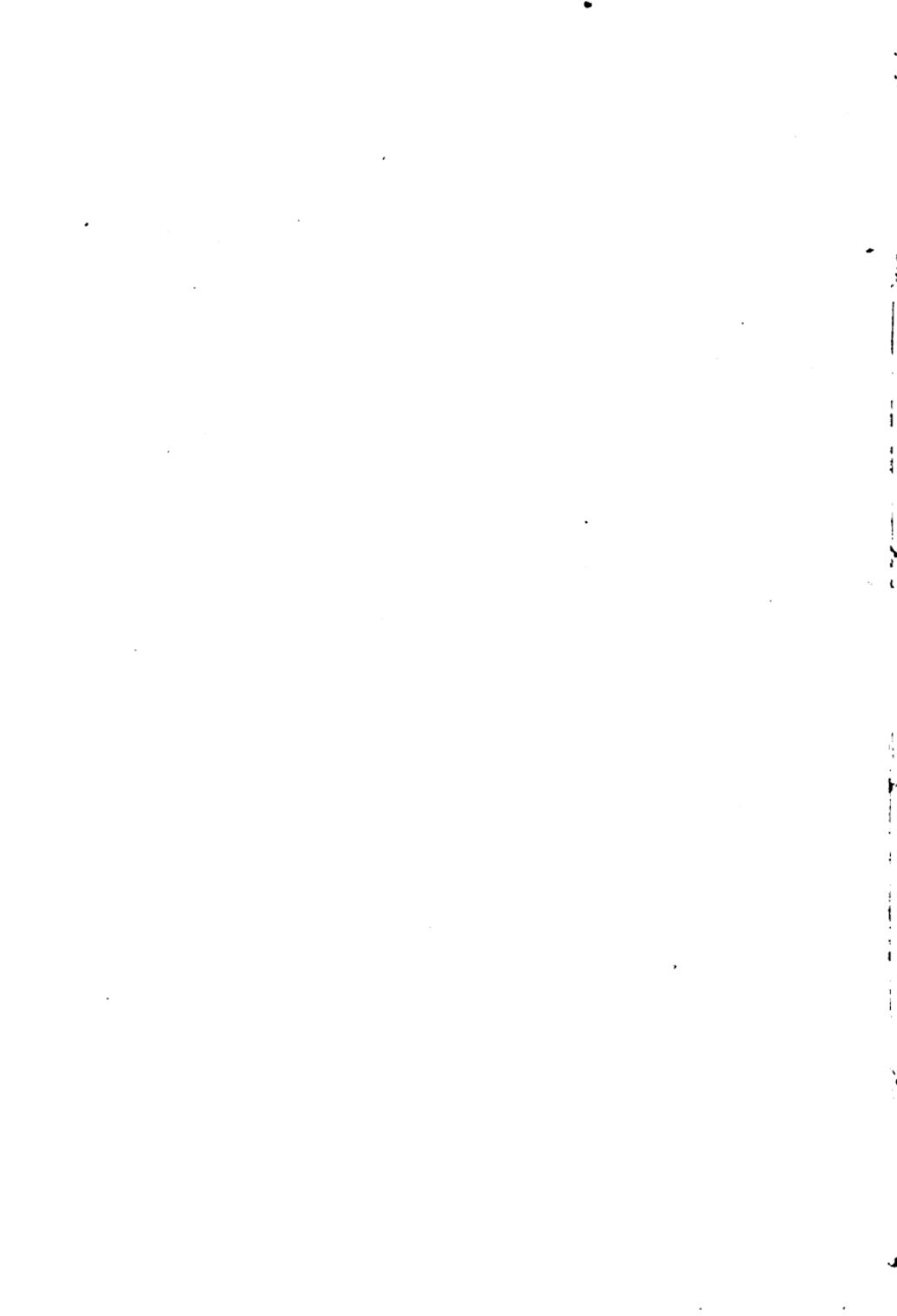






**HISTORIA DE ITALIA**

DESDE 1494 Á 1532



BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CXXX

---

HISTORIA  
DE ITALIA

DONDE SE DESCRIBEN TODAS LAS COSAS SUCEDIDAS  
DESDE EL AÑO DE 1494 HASTA EL DE 1532

POR

FRANCISCO GUICCIARDINI

TRADUCIDA DE LA ITALIANA EN LENGUA CASTELLANA  
CON LA VIDA DEL AUTOR

POR

D. FELIPE IV

Rey de España

---

TOMO II.

---

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>ª</sup>  
calle del Arenal, núm. 11.

1889

ES PROPIEDAD.

# HISTORIA DE ITALIA

DESDE EL AÑO DE 1494 AL DE 1532.

---

## LIBRO IV.

---

### SUMARIO.

Obligado Luis XII, Rey de Francia, por los derechos que tenía sobre el Estado de Milán, se intitulaba duque de él, y pasando con gran ejército á Italia obligó á Luis Sforza á huir á Alemania, de donde, al volver, recuperó de los franceses el Estado con la misma facilidad que lo había perdido. Pero no duró mucho su felicidad, porque desamparado de todos los príncipes de Italia, y mal socorrido de los ultramontanos, fué vendido por los suizos, cuando salía de Novara en hábito de suizo á pie, como infante particular, preso juntamente con muchos capitanes suyos y enviado á Francia donde murió en la prisión. Ardiendo en este mismo tiempo la guerra de los florentinos contra los pisanos, á quien ayudaba animosamente la república de Venecia, se redujeron ambos ejércitos al Casentino, de donde, obligados á irse los venecianos, se vino al fin á hacer por ambas partes el compromiso, acomodando el duque de Ferrara la materia entre los florentinos, y ellos con mala satisfacción de todos. Siguiendo los florentinos la expugnación de Pisa, cuyo capitán era Paulo Vitelli, le degollaron movidos de muchas sospechas que tuvieron contra él con eficaz apariencia de ser ciertas. César Borgia, renunciado el capelo, se intitula duque Valentino, y acometiendo las villas de la Romagna que poseían muchos señores con nombre de Vicarios, las conquista debajo de color de hacerlo para la Iglesia.

## CAPITULO PRIMERO.

Razones en que funda el rey de Francia su pretensión al ducado de Milán. — Embajadores venecianos y florentinos al Rey de Francia. — Derrota de los florentinos en San Regolo. — Luis Sforza se alía con los florentinos. — Guerra y convenio entre los Colonna y los Orsini. — Proyectos del papa Alejandro. — Pablo Vitelli entra á sueldo de los florentinos.

Libró la muerte de Carlos, rey de Francia, á Italia del miedo de los peligros con que le amenazaba el poder de franceses, porque no se creía que el nuevo rey Luis XII se embarcaría en el principio de su reinado con guerras de esta parte de los montes; pero no quedaron los ánimos de los que consideraban las cosas futuras libres de sospecha de que el mal diferido no volviese con el tiempo más considerable y mayor, habiendo sucedido en tan grande imperio un rey maduro de años, experimentado en muchas guerras, hombre que gastaba concertadamente, y sin comparación más dueño de sí mismo que su antecesor; á quien no sólo pertenecían, como á rey de Francia, los mismos derechos para el reino de Nápoles, sino que también pretendía que, por derechos propios, le perteneciese el ducado de Milán por la sucesión de madama Valentina, su abuela, á quien casó Juan Galeazzo Visconti, su padre (antes que del vicario imperial alcanzase el título de duque de Milán), con Luis, duque de Orleans, hermano de Carlos V, rey Francia; añadiendo al dote, que fué la ciudad y distrito de Asti y gran cantidad de dinero, condición expresa de que, si faltaba en algún tiempo su línea masculina, sucediese en el ducado de Milán Va-

lentina, ó, si ella muriese, los descendientes más cercanos.

Este concierto, invalido por sí mismo, fué confirmado (si es verdad lo que afirman los franceses) por la autoridad del Papa por estar entonces vacante la silla imperial, y pretender los romanos pontífices que les toca la administración del Imperio cuando está vacante; por lo cual, habiendo faltado después, por la muerte de Felipe María Visconti, los descendientes varones de Juan Galeazzo, comenzó Carlos, duque de Orleans, hijo de Valentina, á pretender la sucesión de aquel ducado. También la pretendían al mismo tiempo (como la ambición de los príncipes está siempre dispuesta para abrazar cualquier color aparente) el emperador Federico, por ser Estado que, acabada la línea nombrada en la investidura que había dado Wenceslao, Rey de romanos, á Juan Galeazzo, recaía en el Imperio, y Alfonso, rey de Aragón y de Nápoles, que había sido instituído por heredero en el testamento de Felipe. Pero habiendo sido más poderosas las armas, ardides y felicidad de Francisco Sforza, el cual, para acompañar las armas con alguna apariencia, alegaba que debía suceder su mujer Blanca, hija única (si bien natural) de Felipe, Carlos de Orleans, que siendo preso en las guerras entre ingleses y franceses en la batalla de Danxicourt, había vivido veinticinco años en prisión en Inglaterra, no pudo por su pobreza y mala fortuna intentar por sí mismo alcanzarla, ni sacar nunca ayuda alguna de Luis XI, rey de Francia, aunque era su pariente muy cercano en sangre; porque, habiendo maltratado mucho al Rey, en el principio de su reinado, los grandes señores del reino de Francia, los cuales, con título del bien público se conjuraron contra él por intereses y enojos particulares, entendió siempre que, con rebajar el poder de los grandes, se confirmaría su seguridad

y grandeza. Por esta razón no pudo Luis de Orleans, hijo de Carlos, aunque era su yerno, alcanzar de él ningún favor, y no queriendo sufrir, después de muerto su suegro, que en el gobierno de Carlos VIII, que entonces era niño, se le antepusiese Ana, duquesa de Borbón, hermana del Rey; levantando en Francia nuevos movimientos con corta fortuna, pasó á Bretaña con menor suerte; porque unido á aquellos que no querían que Carlos, por medio del matrimonio de Ana, heredera de aquel ducado, por la muerte de Francisco su padre sin hijos varones, alcanzase la Bretaña, y aspirando oculta-mente al mismo matrimonio, fué preso en batalla que hubo entre franceses y bretones junto á San Albino de Bretaña, y llevado á Francia estuvo en prisión dos años, de manera que, faltándole el poder, y después que fué libre de la prisión por merced del Rey, las ayudas de Carlos, no intentó aquella empresa sino cuando, con ocasión de haber quedado en Asti por orden del Rey, entró con suceso desgraciado en Novara.

Mas después de haber llegado á ser rey de Francia, no tuvo ningún deseo más ardiente (como de cosa hereditaria) que el de conquistar el ducado de Milán; y habiéndose criado en este deseo desde la niñez, se había encendido mucho más en él por lo que había sucedido en Novara; y por las demostraciones insolentes que se habían usado con él, cuando estaba en Asti, tenía gran enojo contra Luis Sforza; por tanto, pocos días después de la muerte del rey Carlos, con determinación establecida en su consejo, se intituló no sólo rey de Francia, y por el reino de Nápoles, rey de Jerusalén y de las dos Sicilias, sino también duque de Milán. Para hacer notorio á todos cuál era su inclinación á las cosas de Italia, escribió luego cartas, alegrándose de haber heredado el reino, al Papa, á los venecianos y florentinos y personas propias á dar esperanzas de nue-

vas empresas, mostrando expresamente que tenía deliberación en su ánimo de conquistar el ducado de Milán.

Presentábasele para esto gran ocasión, habiendo causado la muerte de Carlos en los italianos muy diferentes inclinaciones que las pasadas, porque provocado el Papa de sus propios intereses, sabiendo que no los podía satisfacer estando Italia quieta, deseaba que se turbasen las cosas de nuevo, y los venecianos, habiendo cesado el miedo que habían tenido á Carlos por las injurias que le habían hecho, no estaban con ánimo ajeno de hacer confianza en el nuevo rey. Estaba esta disposición para aumentar cada día más, porque si bien conocía Luis Sforza que le debía tener por más duro y más implacable enemigo, sustentándose con la misma esperanza que Fadrique de' Aragón, de que no podría atender tan presto á las cosas de esta parte de los montes, é impedido del enojo presente para conocer el peligro venidero, no se quería abstener de oponérsele en las cosas de Pisa.

Solos los florentinos comenzaban á apartarse con el ánimo de la amistad francesa; porque si bien el nuevo rey había sido primero su factor; ahora, habiendo llegado á la corona, no tenía con ellos ningún vínculo, ni por palabra dada, ni por beneficios recibidos, como había tenido su antecesor por las capitulaciones hechas en Florencia y en Asti y por haber querido sujetarse antes á muchos afanes y peligros que desamparar su unión. La discordia que continuamente crecía entre los venecianos y el duque de Milán, era ocasión de que, habiendo cesado el miedo que tenían á las fuerzas de los coligados, y esperando más del favor cierto y vecino de Lombardia que de los socorros inciertos y apartados de Francia, tuviesen causa para estimar menos aquella amistad.

En esta disposición diversa de los ánimos, fueron asimismo diferentes los sucesos, porque el Senado veneciano le envió luego un secretario que tenía cerca del duque de Saboya, y para cargar sobre estos principios los fundamentos, y establecer con él la amistad que para lo venidero pidiesen las ocurrencias comunes, fueron elegidos tres embajadores, que fueron á darle el parabién de su sucesión y á disculparse de que, lo que habían hecho contra Carlos, no había procedido de más que de sospecha, nacida después que entendieron por muchas señales que, no contento con el reino de Nápoles, extendía ya sus pensamientos á ocupar toda Italia.

El Papa, dispuesto á pasar á César, su hijo, del cardenalato á grandeza seglar, levantando el ánimo á mayores pensamientos y enviándole luego embajadores, determinó venderle las gracias espirituales, recibiendo por su precio Estados temporales; porque sabía que deseaba grandemente el Rey repudiar á su mujer Juana por ser estéril y monstruosa, y que, casi por fuerza, le había casado con ella Luis XI; y que no tenía menor deseo de casarse con Ana, que había quedado viuda por la muerte del Rey pasado, no tanto por las reliquias de la antigua inclinación que había habido entre ellos desde antes de la batalla de San Albino, cuanto por conseguir con este matrimonio el ducado de Bretaña, que era grande y muy á propósito para el reino de Francia; cosas que no se podían obtener sin la autoridad del Papa.

Ni los florentinos dejaron de enviarle embajadores por el antiguo instituto de aquella ciudad con la corona de Francia, y por volver á confirmar con él sus méritos y las obligaciones del Rey su antecesor; solicitados mucho á esto mismo por el duque de Milán para que, por su medio, se dificultasen las pláticas de los

venecianos, pues se habían de tratar las cosas de Pisa por ambas repúblicas; y para que, alcanzando algún crédito ó autoridad, pudiese usar de ella con alguna ocasión, tratando la paz entre el rey de Francia y él, lo cual deseaba sumamente.

Todos ellos fueron acogidos por el Rey con gusto, comenzando luego á tratar con cada uno, aunque tenía fijo en su ánimo no mover ninguna alteración en Italia, si primero no hubiese asegurado el reino de Francia por medio de nuevas uniones con los príncipes vecinos.

Pero era fatal que el incendio de Pisa, suscitado y sustentado por el duque de Milán, por apetito immoderado de hacerse señor de ella, hubiese, finalmente, de abrasar al autor; porque por la emulación y peligro que, de la mucha grandeza de los venecianos, veía que le amenazaba á él y á los otros potentados de Italia, no podía llevar con paciencia que cogiesen ellos el fruto de sus artes y trabajos, y teniendo la ocasión de estar dispuestos y obstinados los florentinos en no cesar por algún accidente en las ofensas de los pisanos; pareciéndole que, por la caída del Savonarola y por la muerte de Francisco Valori, que había sido del partido contrario á él, podría confiar más de aquella ciudad de lo que había hecho por lo pasado, determinó ayudar á los florentinos con las armas para la recuperación de Pisa, pues que las pláticas y autoridad suya y de los otros no habían sido bastantes; persuadiéndose vanamente ó que antes que el rey de Francia pudiese hacer ningún movimiento, se habría reducido Pisa por fuerza ó por acuerdo á poder de los florentinos, ó que el Senado veneciano, detenido de aquella prudencia que él no había sido poderoso para ejecutar en sí, no desearía jamás, ó por enojo ó por ocasión de poca importancia, que, con peligro común, volviesen las armas francesas á Italia, las cuales él tanto había procurado desviar.

Hizo acelerar esta resolución imprudente un desorden que sucedió contra los florentinos en el distrito de Pisa, porque, habiendo sabido la gente que tenían en Pontedera, que seiscientos caballos y mil infantes que habían salido de Pisa volvían con una grande presa hecha en la marisma de Volterra, fué casi toda, guiados por el conde Rinuccio y por Guillermo de Pazzi, comisario florentino, á cortarles el camino para recuperarla, y habiéndolos encontrado en el valle de San Regolo, los pusieron en desorden, recobrando la mayor parte del robo, á cuyo tiempo sobrevinieron ciento y cincuenta hombres de armas, que, para socorrer á los suyos, habían partido de Pisa después que hubieron entendido el movimiento de la gente florentina; los cuales, hallándolos cansados y parte desordenados en el robar, no pudiendo el conde Rinuccio reducir á sus hombres de armas á que hiciesen resistencia, después de haberse hecho alguna defensa por los infantes, los pusieron en huída, muertos muchos de ellos, presos muchos de los cabos, y la mayor parte de los caballos; de manera que con harta dificultad se salvaron en San Regolo el comisario y el conde, echando la culpa del desorden sucedido el uno al otro, como se hace de ordinario en los sucesos contrarios.

Afligió esta rota á los florentinos, los cuales, para remediar luego el peligro, no pudiendo armarse tan presto de otros soldados, y estando en mala reputación el conde Rinuccio, que era gobernador general de su gente, y su compañía desbalijada, determinaron volver á Pisa á los Vitelli que estaban en la comarca de Arezzo, si bien tuvieron necesidad de conceder á Paulo el título de capitán general de su ejército.

Obligóles también este caso á procurar con instancia grande ayuda del duque de Milán, y tanto más que, luego después de la rota, habían suplicado al rey de Fran-

cia que, para desviar con sus fuerzas y autoridad los peligros en que estaban, enviase á Toscana trescientas lanzas; que ratificase la toma á sueldo de los Vitelli, hecha en vida de Carlos, proveyendo la paga de lo que le tocaba, y aconsejase á los venecianos que se abstuviesen de ofenderles. La respuesta que volvieron á traer de estas cosas fué palabras gratas sin efectos, porque el Rey no quería hacerse odioso ó sospechoso á los venecianos, ni mover en Italia alteración alguna hasta comenzar la guerra contra el Estado de Milán.

No fué perezoso el duque en esta necesidad, temiendo que tomasen tanto campo los venecianos, con la ocasión de la victoria, que tuviese después mucha dificultad el reprimirlos, y por esto, dando á los florentinos firme intención de socorrerles, quiso primero resolver con ellos las provisiones que eran necesarias, no sólo para defenderse, sino para llevar al fin la empresa de Pisa, en la cual estaban puestos los ojos de toda Italia, por estar entonces quieta de todas turbaciones, y porque, por aquel año, no se temía ningún movimiento del rey de Francia, siendo cierto que, aunque en tierra de Roma se hubiesen tomado las armas entre los Colonna y Orsini la prudencia de ellos mismos había con brevedad sido más poderosa que los odios y enemistades; el origen de esto fué que movidos los Colonnas y Sabelli por haber ocupado Diego Conti á Torre Mattia, habían acometido á las villas de la familia de los Conti; y por otra parte los Orsini, por la unión de los bandos, habían tomado las armas en su favor; de manera que, habiéndose ocupado por ambas partes muchos castillos, pelearon finalmente con todas sus fuerzas al pie de Monticelli, en la comarca de Tívoli, donde, después de larga y valerosa batalla, provocándolos no menos las ardientes pasiones de las partes, que la gloria é intereses de los Estados, fueron puestos en huída los Orsini, que

tenían dos mil infantes y ochocientos caballos, perdieron las banderas y quedó preso Carlos Orsini; y de la parte de los Colonna fué herido Antonello Savello, muy esclarecido capitán, que murió pocos días después.

Pasado este suceso, mostrando el Papa que sentía que se turbasen las comarcas de cerca de Roma, se interpuso para la paz, y mientras la trataba, no con mucha realidad, según sus dobleces, recogiendo los Orsini nuevas fuerzas fueron á sitiar á Palombara, villa principal de los Savelli, y se prevenían para ir á socorrer los Colonna, que, después de la victoria, habían ocupado muchos castillos de los Conti. Mas viendo ambas partes que el Papa, dando unas veces ánimo á los Colonna y otras á los Orsini, sustentaba la guerra, para poder al fin, cuando estuviesen gastados, oprimirlos á todos, se juntaron, sin interposición de otros, en Tívoli para tratar de acuerdo, donde el mismo día le concluyeron, por el cual fué libre Carlos Orsini, restituídas á cada uno las villas que les habían quitado en esta contienda y remitida al rey Fadrique, del cual eran soldados los Colonnas la diferencia de los distritos de Albi y Tagliacozzo.

Habiendo cesado presto este movimiento, y no mezclándose en Italia otras armas sino en el distrito de Pisa, el duque de Milán, aunque desde el principio había determinado no dar ayuda descubierta á los florentinos, sino socorrerlos ocultamente con dinero, llevado cada día más del enojo y disgusto, y no absteniéndose de decir palabras insolentes y amenazas contra los venecianos, determinó descubrirse contra ellos sin respeto, por lo cual negó el paso á su gente que iba á Pisa por el camino de Parma y de Pontremoli, obligándola á que pasase por tierra del duque de Ferrara, camino más largo y más dificultoso; hizo que el Emperador mandase á todos los embajadores que estaban cerca de

su persona (excepto al de los reyes de España) que se fuesen y que dentro de pocos días los volviese á llamar á todos menos al veneciano; envió á los florentinos trescientos ballesteros, y convino con ellos en tomar á sueldo trescientos hombres de armas, parte debajo del gobierno del señor de Piombino, y parte debajo del de Juan Paulo Baglione, y en veces les prestó más de trescientos mil ducados, ofreciendo continuamente mayores ayudas para cuando fuesen menester. Hizo demás de estas cosas instancia con el Papa para que, pidiéndoselo los florentinos, les diese alguna ayuda, el cual, mostrando que conocía que el establecerse en Pisa los venecianos era dañoso para el Estado de la Iglesia, prometió que les enviaría cien hombres de armas y tres galeras sutiles, que estaban á la orden y gasto del capitán Villamarina, para impedir que entrasen en Pisa vituallas por mar. Mas después que con varias excusas hubo diferido el enviarlas, lo negó al fin descubiertamente, porque, apartándose cada día más de los otros pensamientos, se resolvió á estrecharse con el rey de Francia, esperando conseguir por su medio premios no medianos ni ordinarios, sino el reino de Nápoles; siendo muchas veces propio de los hombres facilitarse con el deseo y la esperanza lo que con la razón conocen que es dificultoso.

Era casi fatal que en él fuesen origen de nuevos movimientos las repulsas de emparentar con el rey de Nápoles, porque antes que determinase unirse totalmente con el rey de Francia, había pedido al rey D. Fadrique que diese por mujer al cardenal de Valencia (el cual estaba dispuesto para renunciar el cardenalato en la primera ocasión) á su hija, y en dote el principado de Taranto; persuadiéndose de que si su hijo, que era grande de ingenio y de ánimo, se apoderase de una parte tan importante de aquel reino, podría fácilmente,

estando casado con una hija del rey, tener ocasión con las fuerzas ó con los derechos de la Iglesia para despojar del reino á su suegro que estaba flaco de fuerzas y exhausto de dineros, y á quien eran adversas las voluntades de muchos barones; pero aunque favorecía esto con gran ardor el duque de Milán, mostrando á D. Fadrique con razones eficaces y después con palabras ásperas por medio de Marchesino Stampa (al cual envió para este efecto por embajador á Roma y á Nápoles) con cuánto peligro suyo se precipitaría el Papa, viéndose excluído de semejante deseo, á unirse con el rey de Francia, y acordándole cuán grande imprudencia y pusilanimidad era, donde se trataba de la salud de todos, tener en consideración la indignidad, y no saber forzarse á sí mismo para anteponer la conservación del Estado á la propia voluntad; con todo eso, D. Fadrique lo rehusó siempre obstinadamente, confesando que la desunión del Papa era causa de poner en peligro su reino, pero que conocía que dar su hija al cardenal de Valencia con el principado de Taranto, también le ponía en peligro, y que por esto quería, ante los dos peligros, sujetarse á aquel en que se incurriría más honrosamente, y no por causa suya.

Por esto el Papa, habiendo vuelto de todo punto el ánimo para juntarse con el rey de Francia, y deseando que hiciesen lo mismo los venecianos, se abstuvo de favorecer á los florentinos por no ofenderlos, los cuales, animados por las ayudas tan prontas del duque de Milán y por la fama del valor de Paulo Vitelli, no pensaban descuidarse, si bien la empresa se tenía por difícil, porque demás del número, experiencia y ánimo de los ciudadanos y labradores de Pisa, tenían en aquella ciudad los venecianos cuatrocientos hombres de armas, ochocientos estradiotas, y más de dos mil infantes, y estaban dispuestos á enviar mayores fuerzas, no te-

niendo menos voluntad que los demás, por la honra pública de sustentar á los pisanos, los venecianos que, desde el principio, habían contradicho que se tomasen en protección.

Lo que se determinó con el consejo común de Luis y de los florentinos, fué que se aumentase de tal manera el ejército, que fuese poderoso para expugnar las villas de la comarca de Pisa, y obrar cualquiera cosa para que todos los vecinos desistiesen de dar favor á los de Pisa, ó de molestar por otras partes á los florentinos por orden de los venecianos. Habiendo Luis, antes de determinar descubrirse, tomado á sueldo suyo y de los venecianos á Juan Bentivoglio con doscientos hombres de armas, obró de manera que le obligó con el Estado de Bolonia á él solo, y para confirmarle, tomaron á su sueldo los florentinos á Alejandro, su hijo. Y porque si los venecianos, en cuya protección estaba el señor de Faenza, hiciesen algún insulto por la parte de la Romagna, hallasen allí resistencia, tomaron á sueldo los florentinos, con ciento cincuenta hombres de armas, á Octavio de Riario, señor de Imola y de Forli que se gobernaba por el albedrío de Catalina Sforza, su madre, la cual seguía sin ningún respeto la parte de Luis y de los florentinos, movida de muchas ocasiones, pero especialmente de haberse casado en secreto con Julián de Médicis, á quien el duque de Milán, no contento del gobierno popular, deseaba hacer, juntamente con su hermano, poderoso en Florencia. Procuró asimismo Luis con los luqueses, con quien tenía grande autoridad, que no favoreciesen más á los pisanos como siempre habían hecho; lo cual, si bien no guardaron en todo, se abstuvieron mucho por su respeto.

Quedaban los genoveses y los sieneses enemigos antiguos de los florentinos, entre los cuales militaban las ocasiones de las diferencias, con los unos por razón de

Montepulciano, y con los otros por las cosas de la Lunigiana, y se podía temer de los sieneses que, ciegos por el odio, diesen, como lo habían hecho muchas veces en otros tiempos, con daño suyo, comodidad á cada uno para turbar por su Estado á los florentinos; y aunque era molesto á los genoveses, por las antiguas enemistades, que se confirmasen en Pisa los venecianos, con todo eso, como en aquella ciudad suele haber poco cuidado del beneficio público, daban lugar á los pisanos y á los bajeles de los de Venecia á que tratasen en sus riberas, por el provecho que causaba á muchos particulares, con lo cual recibieron los pisanos gran provecho.

Enviaron los florentinos, por el consejo de Luis Sforza, embajadores á Génova y á Siena para tratar por su medio de la composición de las diferencias; pero las pláticas con los genoveses no produjeron algún fruto, porque pedían la libre cesión de los derechos de Serezana, sin dar más recompensa que una promesa simple de quitar á los pisanos la comodidad de su país. A los florentinos les parecía la pérdida segura, y á su respeto tan pequeña y dudosa la ganancia, que rehusaron comprar á este precio su amistad.

---

## CAPITULO II.

Victoria de Vitelli en Cascina.—Otras victorias de Vitelli.—Los embajadores florentinos en Venecia.—Dificultades para un acuerdo entre florentinos y pisanos.—El Albiano y Orsino entran á sueldo de los venecianos.—Tregua entre los florentinos y los sieneses.—Pedro y Julián de Médicis llegan á Marradi con los venecianos.—Nuevos hechos de armas de Paulo Vitelli.—El Albiano en Poppi.—Paulo Vitelli marcha al Casentino contra los venecianos.

Mientras que se trataban estas cosas en varias partes, el ejército de los florentinos, más poderoso de caballería que de infantería, salió á campaña gobernado por el nuevo capitán, por lo cual los pisanos que después de la victoria de San Regolo habían corrido á su gusto con los estradiotas todo el país, se levantaron de Ponte di Sacco, donde últimamente habían acampado y Paulo Vitelli, habiendo tomado á Cascina, deteniéndose á esperar más provisión de infantería y poniendo, un día una emboscada cerca de Cascina, donde se había reducido la gente veneciana, que, gobernada por Marco Martinengo, no tenían ni obediencia, ni orden, acometiéndola, mató á muchos estradiotas y á Juan Gradánico, capitán de gente de armas, y fué preso Franco, general de los estradiotas, con cien caballos. No segura la gente veneciana de estar más en Cascina, por este accidente se retiró al burgo de San Marcos, esperando que viniese de Venecia nueva gente.

Después que Paulo Vitelli fué proveído de infantería, habiendo hecho señal con los despliegues de querer acometer á Cascina, y creyéndolo así los pisanos, pasó de improviso el río Arno, sitió el castillo de Buti, habiendo enviado primero tres mil infantes á ocupar

los cerros cercanos, y llevando la artillería con gran número de gastadores por el camino del monte, con gran dificultad por la aspereza del paso, lo tomó por fuerza al segundo día después de haber plantado la artillería. Eligió Paulo esta empresa, porque, juzgando que á Pisa (en donde había grande obstinación así en el pueblo como en los villanos que habían entrado dentro, que ya todos por el largo uso estaban habilitados para la guerra), era imposible tomarla por fuerza, siendo poderosas las ayudas de los venecianos, y la ciudad por sí misma muy fuerte de murallas, tuvo por mejor consejo atender á consumirla que á forzarla, y pasando la guerra á aquella parte del país que está á la mano derecha del río Arno, procurar tomar los lugares, y hacerse señor de los sitios de donde pudiese impedir el socorro que fuese por tierra del país forastero; por lo cual, habiendo hecho, después de la expugnación de Buti, un bastión encima de los montes que están sobre San Juan de la Vena, fué á sitiar el bastión que habían hecho los de Pisa cerca de Vico Pisano, llevando con la misma dificultad la artillería y tomando al mismo tiempo todo el Valdicalci, é hizo sobre Vico, en un lugar llamado Pietra Dolorosa, otro bastión para impedir que entrase ningún socorro. Tenía, demás de esto, asediada la fortaleza de Verrucola. Y porque, temiendo los pisanos que fuera asaltada Librafatta y Valdiserchio, tuviesen menos osadía para apartarse de Pisa, se había encerrado el conde Rinuccio con otra gente en Valdinievole; pero saliendo de Pisa cuatrocientos infantes, rompieron á la infantería que negligentemente se alojaba en la iglesia de San Miguel para el asedio de Verrucola.

Habiendo ganado Paulo el bastión, que se rindió con condición de poder volver la artillería á Vico Pisano, sitió á Vico, no por la parte por donde la habían sitia-

do los florentinos cuando él le defendía, sino por la parte de San Juan de la Vena, de donde se impedía el socorro que venía de Pisa, y habiendo derribado con la artillería una grande parte de la muralla, desesperando los de adentro de ser socorridos, se rindieron, salvas las haciendas y las personas, desconfiados de perseverar hasta lo último, porque Paulo, cuando ganó á Buti, había hecho cortar las manos á tres artilleros tudescos que estaban dentro, para poner miedo á los otros, y usado cruelmente de la victoria.

En tomando á Vico tuvo luego ocasión de otra prosperidad, porque, esperando la gente que estaba en Pisa que sería fácil de ganar de improviso el bastión de Pietra Dolorosa, se presentaron delante de él antes del día, con doscientos caballos ligeros y gran número de infantes; pero hallando mayor resistencia de la que se habían persuadido, perdieron allí más tiempo de lo que habían trazado, de manera que, habiéndose descubierto Paulo sobre aquellos montes, mientras acometían al bastión, el cual iba á socorrer con una parte del ejército, retirándose hacia Pisa encontraron en el llano, cerca de Calci á Vitellozzo, que había venido á aquel lugar con otra parte de la gente para impedirles la retirada, y sobreviniendo Paulo, mientras peleaban con él, se pusieron en huída, perdiendo muchos caballos y la mayor parte de los infantes.

Teniendo en este medio los florentinos algún indicio, que les había dado el duque de Ferrara y otros, de que los venecianos tenían alguna inclinación á la paz, y que se inclinarían á ella más fácilmente si, como parecía que convenía para la dignidad de tan gran república, se procediese con ellos con demostraciones, no de iguales sino de mayores, enviaron, para conocer su disposición, por embajadores á Venecia á Guido Antonio Vespucci y á Bernardo Rucellai, dos de los más

honrados ciudadanos de su república. Habíanse detenido en hacer esto hasta este tiempo, parte por no ofender el ánimo del rey Carlos, y parte porque mientras que se conocían por no poderosos para oprimir á los pisanos, habían juzgado que serían inútiles los ruegos si no iban acompañados de fuerzas y reputación; pero ahora que sus armas estaban poderosas en campaña y el duque de Milán descubierto totalmente contra los venecianos, no estaban sin esperanza de hallar algún modo de composición honesta; por tanto, los embajadores, que habían sido recibidos honradamente, introducidos ante el Dux y el Consejo, después de excusarse de no haber ido antes otros embajadores por diversos respetos nacidos de la calidad de los tiempos y de varios accidentes de su ciudad, pidieron libremente que se abstuviesen de la la defensa de Pisa, mostrando que tenían confianza de alcanzarlo, porque la república de Florencia no les había dado causa para ofenderla, y porque habiendo tenido siempre el Senado veneciano fama de justísimo, no juzgaban que se debía apartar de la justicia; pues siendo la base y el fundamento de todas las virtudes, era conveniente que se antepusiese á cualquier otro respeto. Respondió el Dux á esta propuesta que era verdad que no habían recibido en estos tiempos ninguna injuria de los florentinos, ni había entrado el Senado en la defensa de Pisa por deseo de ofenderlos, sino porque, habiendo sido solos los florentinos en Italia los que habían seguido la parte francesa, el respecto del provecho común había inducido á todos los potentados de la liga á dar la palabra á los pisanos de ayudarles para la defensa de su libertad, y que si los otros se olvidaban de la palabra dada, no querían ellos, contra la costumbre de su República, imitarles en cosa tan indigna; pero que si se propusiese algún modo por donde se conservase á los pisanos la libertad,

mostrarían á todo el mundo que ni codicia particular ni algún respeto de sus propios intereses era ocasión de hacerles perseverar en la defensa de Pisa. Disputóse después por algunos días cuál podría ser el modo para satisfacer á la una y otra parte, y no queriendo los venecianos ni los embajadores de Florencia proponer alguno, convinieron en que el embajador de los reyes de España, que les aconsejaba la paz, se interpusiese entre ellos; el cual, habiendo propuesto que volviesen los pisanos á la devoción de los florentinos, no como súbditos, sino como recomendados, y con las mismas condiciones que se habían concedido á la ciudad de Pistoia, como medio entre la servidumbre y la libertad, respondieron los venecianos que no conocían ninguna parte de libertad en una ciudad en que las fortalezas y la administración de la justicia estuviese en poder de otros; por lo cual, no esperando los embajadores de los florentinos alcanzar nada, se fueron de Venecia, muy ciertos que los venecianos no desampararían, sino por necesidad, la defensa de Pisa, adonde continuamente enviaban gente. Ni desde el principio habían estado con mucho temor de la empresa de los florentinos, considerando que, por no haberse comenzado al principio de la primavera, no podían permanecer mucho tiempo en campaña, estando el país de Pisa, por ser bajo, muy sujeto á las aguas, y porque habiendo recibido de nuevo á sueldo debajo del gobierno del duque de Urbino (al cual dieron título de Gobernador) y de otros capitanes, quinientos hombres de armas y teniendo diversas inteligencias, determinaron, para divertir á los florentinos de la ofensa de los pisanos, romper la guerra por otra parte, trazando hacer mover después á Pedro de Médicis, por cuyo consejo recibieron en su servicio á Carlos Orsini y á Bartolomé de Albiano con doscientos hombres de armas.

Tuvieron también esperanza de inducir á Juan Bentivoglio á que consintiera en que se rompiese la guerra á los florentinos por la parte de Bolonia, porque enojado el duque de Milán de que Anníbal, su hijo, hubiese preferido servir con su gente á sueldo de los venecianos, y acordándose, por esta nueva ofensa, de las injurias antiguas que recibió de él (según decía) cuando pasó á la Romaña Fernando, duque de Calabria, había ocupado unos castillos que poseía en el ducado de Milán, por causa del dote de Alejandro, su hijo, y no se abstenía de exasperarle con todas demostraciones. Pero habiendo al fin restituído por la intercesión de los florentinos aquellos castillos, se interrumpió el designio de romper la guerra por aquella parte, por lo cual procuraron los venecianos disponer á los sieneses á que concediesen que moverían las armas por su comarca, y daba esperanza de alcanzarlo, de más de su ordinaria disposición contra los florentinos, la división que había en Siena entre los ciudadanos, porque habiendo adquirido grande autoridad Pandolfo Petrucci, con su ingenio y astucia, Nicolás Borghesi su suegro, y la familia de los Belanti, á los cuales cansaba su poder, deseaban se concediese el paso al duque de Urbino y á los Orsini, los cuales habían hecho alto con cuatrocientos hombres de armas, dos mil infantes y cuatrocientos hombres estradiotas por orden de los venecianos en la Fratta, en la comarca de Perusa, y alegaban que el hacer tregua con los florentinos, como intentaba el duque de Milán y como aconsejaba Pandolfo, no era más que darles comodidad para acabar con las cosas de Pisa, pues acabadas, estaban tanto más poderosos para ofenderles, por lo cual se debía (sacando fruto de las ocasiones como cosa que toca á los hombres prudentes) estar constantes en no hacer con ellos otro acuerdo sino la paz, recibiendo la cesión

de los derechos de Montepulciano. Sabían que estaban obstinados los florentinos en no quererla hacer, por lo cual se infería que de necesidad habían de consentir lo que deseaban los venecianos, con cuyo favor habiendo ellos ocupado el primer lugar en proponerlo, esperaban abatir fácilmente la autoridad de Pandolfo, que habiéndose hecho por la autoridad del duque de Milán, autor de la parte contraria, tuvo gran dificultad en sustentar su parecer, porque en el pueblo era naturalmente muy poderoso el odio á los florentinos, y muy aparente la persuasión de poder con este medio alcanzar la cesión del Montepulciano.

Tenía este deseo (acompañado del odio) más fuerza que la consideración alegada por Pandolfo de los trabajos que seguirían á la guerra, arrimándola á su propia casa, y de los peligros á que, con el tiempo, les conduciría la grandeza de los venecianos en Toscana, de lo cual decía que no era necesario buscar los ejemplos de los otros, porque estaba fresca la memoria de que, el haberse juntado el año 1478 con Fernando, rey de Nápoles, contra los florentinos, los conducía totalmente á servidumbre, si Fernando, por haber ocupado el otomano Mahomet la ciudad de Otranto en el reino de Nápoles, no hubiera estado obligado á sacar de Siena la persona de Alfonso su hijo y su gente; demás de que, por sus historias, podían tener noticia que el mismo deseo de ofender á los florentinos por medio del conde de Virtus y el enojo concebido por razón del mismo Montepulciano, había sido causa de que ellos mismos les hubiesen sujetado su propia patria, no siendo estas razones bastantes (aunque verdaderas) para reprimir su ardor y afectos. No estaba sin peligro de que, por sus mismos contrarios, se despertase algún alboroto; por lo cual, previniendo contra este peligro, trajo á Siena con presteza muchos amigos suyos de la comar-

ca, y dispuso que al mismo tiempo enviasen los florentinos á Poggio Imperial trescientos hombres de armas y mil infantes. Refrenando con la reputación de estas armas la osadía de los contrarios, alcanzó que se hiciese tregua por cinco años con los florentinos; los cuales, anteponiendo el miedo de los peligros presentes al respeto de la dignidad, se obligaron á deshacer una parte del puente de Vagliano y á hacer derribar por el suelo el bastión que era tan molesto á los sieneses, concediendo demás de esto, que, dentro de cierto tiempo, pudiesen edificar los sieneses cualquier fortaleza que quisiesen entre el lecho de la Chiane y la villa de Montepulciano.

Quedando mayor Pandolfo, por este acuerdo, pudo poco después hacer matar á su suegro, que estorbaba sus designios con gran ardor, y habiendo quitado este émulo y atemorizado á los otros, confirmarse cada día más en la tiranía.

Privados por esta paz los venecianos de la esperanza de distraer por el camino de Siena á los florentinos de la empresa contra Pisa, y no habiendo podido alcanzar de los perusinos que moviesen las armas por su distrito, determinaron turbarles por la parte de la Romaña, esperando ocupar fácilmente, con el favor y amistades antiguas que tenía allí Pedro de Médicis, los lugares que poseían en el Apenino; por lo cual, alcanzando del pequeño señor de Faenza el paso por el valle de Lamone, con una parte de la gente que tenían en la Romaña, con la que se juntaron Pedro y Julián de Médicis, ocuparon el burgo de Marradi, situado sobre el Apenino, en la parte que mira hacia la Romaña, donde no tuvieron resistencia, porque Dionisio de Naldo, hombre del mismo valle, que servía á los florentinos con trescientos infantes para que, juntamente con los del país, lo defendiese, llevó consigo tan poca infantería, que no se atre-

vió á detenerse allí. Se acamparon en la fortaleza de Castiglione, que está en lugar eminente sobre el burgo dicho, esperando ganarla, cuando no fuese por otro camino, por la falta que sabían había de muchas cosas y especialmente de agua, y ganándola, quedaban en libertad de poder pasar á Mugello, país cerca de Florencia. Pero suplió á las cortas provisiones que había dentro la constancia del castellano, y á la falta de agua la ayuda del cielo, porque llovió tanto una noche, que, llenos todos los vasos y cisternas, quedaron libres de esta dificultad.

En este medio, acercándose el conde Rinuccio con el señor de Piombino y algunos otros capitanes por el camino de Mugello á lugar cerca de los enemigos, les obligaron á retirarse casi huyendo, porque haciendo el fundamento de la empresa en la presteza, no habían ido á ella muy poderosos. Ya el conde de Gaiazzo, enviado por el duque de Milán á Cotignola, con trescientos hombres de armas y mil infantes, y el Fracassa, soldado del mismo duque, que con cien hombres de armas estaba en Forli, se ponían en orden para ir en su seguimiento; por lo cual, queriendo evitar este peligro, fueron á juntarse con el duque de Urbino que había partido del Perusino y con la otra gente de los venecianos, la cual, toda junta, estaba alojada entre Rávena y Forli, con poca esperanza de ningún progreso, habiendo en la Romana, demás de las fuerzas de los florentinos, quinientos hombres de armas, quinientos ballesteros y mil infantes del duque de Milán, é importando mucho el embarazo de Imola y de Forli.

Mas en este medio Paulo Vitelli que, después de la toma de Vico Pisano, se había detenido algunos días por falta de las provisiones necesarias, continuando en la misma intención de impedir á los pisanos la facilidad del socorro, se encaminó á la empresa de Librafatta,

y para arrimarse á la parte del lugar que está más floca y huir las molestias que pudiesen ocurrir al ejército, impedido de la artillería y del bagaje, dejando el camino que baja por los montes al llano de Pisa, y el que, por el llano de Luca, rodea las faldas del monte, haciendo un nuevo camino por las montañas con gran número de gastadores, y ganando el mismo día en el viaje el bastión de Monte Mayor, hecho por los pisanos en la cumbre de él, bajó con seguridad al llano de Librafatta, y arrimándose el día siguiente al lugar, obligó con facilidad á rendirse á los infantes que estaban en guarda de Potito y Castel Vecchio, dos torres distantes la una de la otra poco espacio de Librafatta. Plantó desde la segunda y desde algunos otros lugares algunas piezas de artillería contra la villa, que estaba bien proveída y guardada, porque había dentro doscientos infantes de los venecianos, y batiendo desde estos lugares la muralla por alto y por bajo, esperó ganarla el primer día; pero habiéndose arruinado por acaso aquella noche un arco de la muralla, levantaron con los escombros cuatro brazas el reparo que se había comenzado allí, de manera que habiendo intentado Paulo en vano tres días subir con las escalas, comenzó á dudar mucho del suceso, recibiendo mucho daño el ejército de una pieza de artillería de los de adentro que tiraba por una ventanilla baja. Pero ayudó el beneficio de la fortuna á su industria y ánimo, pues sin su favor son muchas veces engañosos los consejos de los capitanes, porque un tiro de artillería de los del campo rompió la ventanilla, mató uno de los mejores artilleros que había dentro y pasó la bala por toda la villa. Espantados los defensores de este accidente, porque por la artillería que estaba plantada en la torre, difícilmente podían descubrir los rostros, se rindieron al cuarto día, y poco después hizo lo mismo el castillo, habiendo esperado

pocos cañonazos. Ganada Librafatta atendió á hacer algunos bastiones en lo alto de los montes, mas sobre todo, un fuerte, capaz para muchos soldados, sobre Santa María del Castillo, llamado por el monte, encima del cual fué puesto el bastión de la Ventura, que descubría todo el país circunvecino, y donde hay fama que antiguamente se había fabricado otro por el luqués Castuccio, capitán famoso en sus tiempos, para que, guardándose este y Librafatta, se impidiesen las comodidades que podía recibir Pisa por el camino de Luca y de Pietra Santa.

No cesaban los venecianos en pensar en todos remedios para aliviar aquella ciudad ó por vía de socorro ó de diversión, y acrecentóles la esperanza para este objeto las dificultades que nacieron entre el duque de Milán y el marqués de Mantua, que de nuevo estaba con él; pues por no privar del título de capitán general de su gente á Galeazzo de San Severino, más estimado cerca de su persona por el favor que por la virtud, había prometido al marqués darle dentro de tres meses título de su capitán general á sueldo común, ó con el Emperador, ó con el Papa, ó con el rey Fadrique, ó con los florentinos; mas no habiéndolo alcanzado en el término prometido, porque lo repugnaba Galeazzo, y añadiéndose la dificultad por razón de las pagas, volvió el marqués el ánimo á la inclinación de servir otra vez á los venecianos, los cuales trataban de enviarle con trescientos hombres de armas á socorrer á Pisa. Entendiendo esto Luis le declaró, con consentimiento de Galeazzo, por su capitán y del Emperador. Pero ya había ido el marqués á Venecia, y mostrado al Senado gran confianza de entrar en Pisa, no obstante la oposición de la gente de los florentinos. Volvió al servicio de ellos, recibió parte del dinero, y habiendo regresado á Mantua, atendía á ponerse en orden. Hubiera tomado con

brevedad el camino, de usar los venecianos la misma en despacharle que habían tenido en traerle. Comenzaron á proceder lentamente en esto, porque habiéndoseles dado de nuevo esperanza de alcanzar por medio de un trato que se tenía por unos amigos antiguos de los Médicis, Bibbiena, castillo de Casentino, juzgaban que, por la dificultad de pasar á Pisa, era más útil atender á la diversión que al socorro. Enojado de nuevo el marqués por esta tardanza, se volvió al servicio de Luis con trescientos hombres de armas y con cien caballos ligeros con título de capitán imperial y suyo, reteniendo por cuentas de los salarios antiguos el dinero que tenía de ellos.

No había sido la plática de este trato sin alguna sospecha de los florentinos, antes demás de muchas noticias que generalmente habían tenido de ello, les había venido aviso más particular de Bolonia pocos días antes; pero son inútiles los consejos diligentes y cuerdos cuando la ejecución procede con imprudencia y descuido. El comisario que enviaron á Bibbiena para asegurarse de este peligro, después que había preso á aquellos de quien se tenía mayor sospecha, y que eran sabedores del caso, dando crédito imprudentemente á sus palabras, los soltó, y en las otras acciones fué tan poco diligente que facilitó el designio al Albiano, el cual estaba señalado para la ejecución de esta empresa; porque habiendo enviado algunos caballos delante en traje de caminantes, los cuales, después de haber caminado toda la noche y llegado al amanecer á la puerta, la ocuparon sin dificultad; no habiendo el comisario puesto en ella ninguna guarda, ni dispuesto que se abriese más tarde de lo que solía hacerse en los tiempos sin sospechas. Sobrevinieron tras estos consecutivamente otros caballos que por el camino habían echado voz que eran gente de Vitelli, y levantándose en su favor los conju-

rados, se apoderaron con presteza de todo el lugar.

Llegó el mismo día el Albiano, el cual, aunque con poca gente, como por su naturaleza aceleraba siempre con increíble brevedad las ocasiones, fué luego á acometer á Poppi, castillo principal de todo aquel valle; pero hallando en él resistencia, se detuvo á ocupar los lugares cercanos de Bibbiena, si bien eran pequeños y de poca importancia. Es el país del Casentino (por medio del cual corre el río Arno) estrecho, estéril y montuoso, situado al pie de los Alpes y del Apenino, cargados entonces de nieve por ser el principio del invierno, pero paso á propósito para ir hacia Florencia, si hubiera sucedido felizmente al Albiano el asalto de Poppi, y no menos á propósito para entrar en la comarca de Arezzo y en el Valdarno, comarcas que, por estar llenas de grandes villas y castillos, eran muy importantes para el Estado de los florentinos.

No estando éstos con descuido en tan gran peligro, hicieron luego provisión en todos los lugares donde era menester, deshicieron un trato que se intentaba en Arezzo, y teniendo por más importante que nada el impedir que los venecianos enviasen al Casentino nueva gente, quitando de la de Pisa al conde Rinuccio, lo enviaron luego á ocupar los pasos del Apenino, entre Valdibagno y la Pieve cerca de San Esteban. Mas con todo eso no pudieron estorbar el paso al duque de Urbino, á Carlos Orsini y á otros capitanes, los cuales, teniendo en aquel valle setecientos hombres de armas y seis mil infantes, y entre ellos algún número de tudescos, ocuparon todo el Casentino excepto pocos lugares é intentaron de nuevo (mas en vano) tomar á Poppi. Pero necesitaron los florentinos, realizándose con ello el intento de los venecianos, mandar volver de tierra de Pisa á Paulo Vitelli con su gente, dejando con suficiente guarda las villas importantes y el bastión de la

Ventura. Por su llegada al Casentino se retiraron los capitanes venecianos que se habían movido para sitiar el mismo día á Pratovecchio.

Llegado Paulo Vitelli al Casentino, y juntándose con él el Fracassa, enviado por el duque de Milán en favor de los florentinos con cien hombres de armas y quinientos infantes, redujo presto á mucha dificultad á los enemigos que estaban repartidos en muchos lugares por la estrechura de los alojamientos, y porque, por dejarse abierto el camino para entrar y salir en el Casentino, estaban obligados á guardar los pasos de la Vernia, Chiusi y Montalone, lugares altos sobre los Alpes. Encerrados con tiempo asperísimo en aquel valle, no tenían esperanza de hacer algún progreso, ni allí ni en otra parte, porque en Arezzo se había detenido con doscientos hombres de armas el conde Rinuccio, y en el Casentino, después que al principio no se había podido ocupar á Poppi, no obraba cosa de consideración el nombre de los Médicis, teniendo por enemiga á la gente del país, en el cual con dificultad pueden obrar los caballos, y habiendo recibido muchos daños de los paisanos antes de la venida de Vitelli. Al tener noticia de ella y de la del Fracassa, volviendo á enviar de aquella parte de los Alpes una parte del bagaje y de la artillería, apretaron su gente cuanto sufría la naturaleza de los lugares, contra los cuales determinó el Vitelli guardar su costumbre, que era (por alcanzar seguramente la victoria) elegir antes, el no tener en cuenta la dilación del tiempo, ni el exceso del trabajo, ni la cantidad de las provisiones, que, por ganar gloria de vencer con facilidad y presteza, poner en peligro, juntamente con su ejército, el suceso del negocio. Por esto fué su consejo en el Casentino que no se fuese luego á combatir los lugares, sino procurar hacer desamparar al principio á los enemigos los más flacos, y cerrar los

pasos de los Alpes y otros del país con guardas, bastiones, cortaduras y otras fortificaciones para que no pudiesen ser socorridos con nuevas fuerzas, ni tuviesen poder para ayudar los de un lugar al otro, esperando por este camino tener ocasión de oprimir á muchos, y que el mayor número que estaba en Bibbiena se consumiría, cuando no fuese por otra razón, por la incomodidad de los caballos y falta de vituallas.

Habiendo recuperado con este consejo algunos lugares vecinos á Bibbiena poco importantes por sí mismos, pero á propósito para la intención con que había pensado vencer la guerra, y haciendo cada día mayor progreso, desvalijó muchos hombres de armas que estaban alojados en unos lugares pequeños cerca de Bibbiena, y para impedir el camino á la gente de los venecianos que, en socorro de los suyos, se juntaban de la otra parte de los Alpes, atendió á ocupar todos los lugares que están alrededor del monte de la Vernia, y á hacer cortaduras en todos los pasos circunvecinos, de manera que, creciendo continuamente la dificultad de los enemigos y la carestía de los mantenimientos, se iban muchos de ellos á la deshilada: los cuales casi siempre por la aspereza de los montes eran desvalijados por los soldados ó por los del país.

Estos eran los progresos de las armas entre los venecianos y florentinos, y en este mismo tiempo, aunque los embajadores de Florencia se fueron de Venecia sin ninguna esperanza de paz, con todo eso, se tenía en Ferrara nueva plática de composición, propuesta por aquel duque, por obra de los venecianos, porque estando ya muchos y de los de mayor autoridad del Senado cansados de la guerra que se sustentaba con grandes gastos y muchas dificultades, y perdida la esperanza de tener mayores sucesos en el Casentino, deseaban librarse de los trabajos de la defensa de Pisa, como se

hallase modo con que se pudiesen apartar de ella con honesto color.

---

### CAPITULO III.

César Borgia renuncia el cardenalato.—Luis XII se divorcia de su primera esposa.—Procura el rey de Francia que se someta á su arbitrio la cuestión de Pisa.—Discursos de Grimani y del Trevisano en el Senado de Venecia, persuadiendo el primero y disuadiendo el segundo de la liga con Francia.—Capitanes venecianos reunidos en Bibbiena.—Disensiones en Florencia sobre quién debía tener el mando del ejército florentino.—Primeras sospechas contra Vitelli.—Embajadores florentinos en Venecia.—Compromiso pactado por mediación del duque de Ferrara entre venecianos y florentinos, relativamente á la cuestión de Pisa.—Condiciones determinadas por el duque de Ferrara.

Mientras en Italia había estas revueltas, por lo que tocaba á Pisa no cesaba el nuevo rey de Francia de prevenirse para acometer el año siguiente al Estado de Milán con esperanza de que se unirían con él los venecianos, los cuales, inflamados de odio increíble contra el duque de Milán, trataban muy apretadamente con el Rey, si bien tenían pláticas más estrechas el Rey y el Papa, el cual, excluido del parentesco de Fadrique, y continuando en el mismo deseo del reino de Nápoles, vuelto de todo punto el ánimo á las esperanzas de Francia, procuraba alcanzar para el cardenal de Valencia á Carlota, hija de Fadrique, que continuaba criándose en la corte de Francia sin haberse aún casado, y habiéndole dado esperanza de esto el Rey (en cuya voluntad parecía que estaba el casarla), entrando el cardenal una mañana en el Consistorio, suplicó á su padre y á los

otros cardenales que, atento á no haber tenido nunca inclinación á la profesión de sacerdote, le concediesen facultad para dejar la dignidad y traje y seguir el ejercicio á que le llamaban los hados; y así, tomando después el traje seglar se prevenía para ir luego á Francia, habiendo prometido ya el Papa al Rey facultad para descasarse con la autoridad apostólica, y obligádose el rey por otra parte á ayudarle (habiendo ganado antes el Estado de Milán) á reducir á la obediencia de la Sede Apostólica las ciudades de la Romaña que poseían los Vicarios, y á pagarle de presente treinta mil ducados debajo de color de estar necesitado á tener mayores fuerzas para su guarda: como si el estrechase él con el Rey hubiera de ser ocasión de que muchos maquinaran contra él en Italia. Para la ejecución de estos conciertos comenzó el Rey á pagar el dinero, y el Papa sometió la causa del divorcio al obispo de Setta, su nuncio, y á los arzobispos de París y de Ruan, en cuyo juicio contradecía al principio por sus procuradores la mujer del Rey; mas finalmente, siéndole no menos sospechosos los jueces que el poder del contrario, se concertó con él de apartarse del pleito, recibiendo para el sustento de su vida el ducado de Berry con treinta mil francos de renta, y confirmado así el divorcio por la sentencia de los jueces, no se esperaba para la dispensación y consumar el nuevo matrimonio otra cosa que la venida de César Borgia, convertido ya, de cardenal y arzobispo de Valencia, en soldado y duque Valentino, porque el Rey le había dado una compañía de cien lanzas y veinte mil francos de provisión, y concedídole, con título de duque, á Valencia, ciudad en el Delfinado, con veinte mil francos de renta. Embarcándose César en Ostia en los navíos que le había enviado el Rey llegó al fin del año á la Corte, donde entró con pompa y ostentación increíble, siendo recibido por el Rey con grande

honra, y llevó consigo el capelo del cardenalato á Jorge de Amboise, arzobispo de Ruan, el cual, habiendo participado antes de los peligros y de la misma fortuna que el Rey, estaba en grande autoridad cerca de su persona. Con todo eso, al principio no le fué agradable su proceder, porque, siguiendo el consejo de su padre, negaba haber llevado consigo la Bula de la dispensación; esperando que el deseo de alcanzarla facilitaría más con el Rey sus deseos, que la memoria de haberla recibido; pero habiendo revelado al Rey con grande secreto la verdad, el obispo de Setta, pareciéndole que bastaba para con Dios el haberse despachado la Bula, sin hacer nueva instancia por ella, consumó públicamente el matrimonio con la nueva mujer, lo cual fué causa de que, no pudiendo ya el duque Valentino retener la Bula, y habiendo sabido que lo había manifestado el obispo de Setta, le hiciese matar después ocultamente con veneno.

No estaba menos solícito el Rey en quietarse con los príncipes, sus vecinos, y por esto hizo paz con los reyes de España, los cuales, deponiendo los pensamientos de las cosas de Italia, no sólo volvieron á llamar á todos los embajadores que tenían en aquella provincia, excepto al que residía cerca del Papa, pero hicieron volver á España á Gonzalo con toda su gente, restituyendo á Fadrique todas las villas de Calabria que habían poseído hasta aquel día. Mayor dificultad había en la concordia con el Rey de Romanos, el cual, con ocasión de algunas sublevaciones nacidas en el país, había entrado en Borgoña, ayudado para este efecto con gran suma de dinero por el duque de Milán, que se persuadía de que la guerra del Emperador distraería al rey de Francia, de las empresas de Italia, ó que, haciéndose paz entre ellos, sería comprendido en ella, como se lo había prometido el Emperador muy seguramente.

Mas después de largas pláticas y tratos, hizo el rey de Francia nueva paz con el Archiduque, volviéndole las villas del país de Artois, y para que tuviese esto efecto en beneficio de su hijo, convino el Rey de Romanos en hacer tregua con él por algunos meses, sin hacer mención del duque de Milán, con quien parecía que estaba enojado en este tiempo, porque no siempre había satisfecho á sus muchas demandas de dinero.

Había, demás de esto, confirmado el Rey la paz que su antecesor había hecho con el rey de Inglaterra, y desechando todas las pláticas que le fueron propuestas de recibir con alguna composición al duque de Milán (que con grandes ofertas y mando de muchos sobornos, hacía esfuerzos para inducirle á ello), procuraba que se uniesen con él á un mismo tiempo los venecianos y florentinos, y hacía grandes instancias para que, dejando las ofensas contra los pisanos, depositasen los de Venecia á Pisa en su mano, y porque viniesen en ello los florentinos, les ofrecían en secreto restituírsela dentro de breve tiempo. Tratóse muchos meses variamente esta plática llena de muchas dificultades, y concurriendo en ella diversos fines é intereses, porque, siendo necesario que los florentinos en tal caso se obligasen con el rey de Francia y temiendo, por la memoria de las promesas no guardadas por el rey Carlos, que sucediese lo mismo al presente, no se ajustaban entre ellos en un mismo parecer; porque estando la ciudad inquieta entre la ambición de los mayores ciudadanos y la licencia del gobierno popular y aficionada, por la guerra de Pisa, al duque de Milán, estaba tan dividida entre sí misma, que con dificultad se determinaban las cosas de consideración con igualdad de pareceres, mayormente deseando algunos de los principales ciudadanos la victoria del rey de Francia, y otros por el contrario inclinarlos al duque de Milán. Mas los

venecianos, aunque se hubiesen resuelto todas las dificultades para concordarse con el Rey, estaban determinados á no consentir el depósito, esperando que en la restitución de lo que habían gastado en sustentar á Pisa y en dejar su defensa con menos deshonra suya, tendrían mejores condiciones en la plática que se trataba en Ferrara, la cual solicitaba Luis Sforza con gran ardor, por miedo de que, concluyéndose en Francia el depósito, se juntasen con el Rey ambas repúblicas, y por la esperanza de que, si se componía esta duda en Italia, dejarían los venecianos los pensamientos de ofenderle. Por este respeto desagradaba al rey de Francia la plática de Ferrara; y el Papa, por sacar provecho de lo que otros trabajaban, procuraba perturbarla indirectamente, porque, teniendo gran autoridad con el Rey en todas las cosas de Italia, esperaba participar del depósito por algún camino, si pasaba adelante en la persona del Rey.

Consultábase en Venecia en este mismo tiempo si, apartándose el Rey de la demanda del depósito (pues habían determinado no convenir en ella), deberían coligar con él en ofensa del duque de Milán, como el Rey lo pedía con gran instancia, ofreciéndoles en premio de la victoria la ciudad de Cremona y toda la Ghiaradada. Aunque todos deseaban esto sumamente, parecía á muchos determinación de tanto momento y tan peligroso para su Estado el poder del rey de Francia en Italia, que en el Consejo de Pregadi (que entre ellos tiene el lugar del Senado), había varias disputas, y siendo convocados un día para tomar la última resolución, habló de esta manera Antonio Grimani, hombre de grande autoridad:

«Cuando considero, excelentísimo Senado, la grandeza de los beneficios que nuestra República ha hecho á Luis Sforza, pues en estos años pasados le ha conser-

vado tantas veces su Estado, y por el contrario, cuán grande es la ingratitud que ha usado y las graves injurias que nos ha hecho para obligarnos á desamparar la defensa de Pisa, habiéndonos antes aconsejado y provocado á ella, no puedo persuadirme que no conozcan todos que es necesario hacer todo lo posible para vengarnos; pues ¿qué infamia podría ser mayor que, sufriendo con paciencia tan graves injurias, mostrar á todo el mundo que desdecimos de la generosidad de nuestros mayores? Y éstos, irritados algunas veces por ofensas, aunque ligeras, no rehusaron jamás ponerse en peligros por conservar la dignidad del nombre veneciano, y justamente porque las demostraciones de las repúblicas no piden respetos bajos ni privados, ni que todas las cosas se refieran á la utilidad, sino fines altos y magnánimos por los cuales se aumente su esplendor y se conserve su reputación, que ninguna cosa más la disminuye que llegar á entender los hombres que no tiene ánimo ó poder para resentirse de las injurias, ni para estar prontos á las venganzas; con lo cual viene por consecuencia á estar junta la gloria con el provecho y las determinaciones generosas y magnánimas también están llenas de comodidad y de provecho. Así una molestia nos quita muchas y un sólo trabajo libra muchas veces de mayores y más prolijos afanes. Si nosotros consideramos el estado de las cosas de Italia, la disposición de muchos príncipes contra nosotros, y las asechanzas que continuamente se ordenan por Luis Sforza, conoceremos que no nos obliga menos la necesidad presente, que los otros respetos á esta determinación; porque, provocado de su natural ambición y del odio que tiene á este excelentísimo Senado, no atiende á otra cosa sino á disponer los ánimos de toda Italia contra nosotros y á enemistarnos con el Rey de romanos y con la nación tudesca, y aún comien-

za ya á tener pláticas con el Turco para este mismo efecto.

Ya veis con cuánta dificultad, por la industria suya, y casi sin esperanza se sustenta la defensa de Pisa y la guerra del Casentino, que, si se continúa, incurrimos en gravísimos desórdenes y peligros, y si se deja sin dar otro fundamento á nuestras cosas, es con tan grande disminución de honra, que le crece mucho el ánimo á quien tiene deseo de oprimirnos; y sabe él cuánto es más fácil derribar á quien ha comenzado á declinar que á quien se mantiene en el colmo de su reputación. De estas cosas aparecerían muy claros los efectos, y se oiría presto que nuestro Estado se encontraba lleno de alborotos y de ruidos de guerra, si el miedo de que nos juntamos con el rey de Francia no tuviese suspenso á Luis; temor que no puede durar mucho tiempo, porque ¿quién hay que no conoza que, excluído el Rey de la esperanza de que hará confederación, ó se empleará en empresas de allá de los montes, ó vencido por los artificios de Luis, por los sobornos y poderosos medios que tiene en su Corte, hará alguna composición con él?

»Oblíganos, pues, á juntarnos con el rey de Francia la necesidad de mantener nuestra antigua gloria y dignidad, pero mucho más el grave peligro que amenaza, que no se puede huir por otro camino; y en esto se nos muestra muy propicia la fortuna, pues hace que un Rey tan poderoso nos pida lo que nosotros le habíamos de pedir; ofreciéndonos además tan grandes y honrados premios de la victoria, por los cuales puede este Senado tener grandes esperanzas en lo futuro y fabricar en sus conceptos muchos designios, mayormente alcanzándose aquélla con tanta facilidad, porque ¿quién duda que no podrá hacer Luis Sforza ninguna resistencia á dos fuerzas tan grandes y vecinas?

»Si yo no me engaño, no nos puede apartar ya de

esta determinación el miedo de que la cercanía del rey de Francia (en habiendo conquistado el ducado de Milán) nos sea peligrosa y formidable, porque quien lo considere bien, conocerá que muchas cosas que ahora nos son contrarias, entonces serán favorables, siendo cierto que un aumento tan grande de aquel Rey pondrá en sospecha los ánimos de toda Italia, irritará al Rey de Romanos y á la nación alemana, por la emulación y enojo de que ocupe una parte tan principal del Imperio, de manera que aquellos que tememos que están ahora unidos con Luis para ofendernos, desearán entonces, por sus intereses propios, conservarnos y juntarse con nosotros; y siendo grande por todas partes la reputación de nuestro dominio, grande la fama de nuestras riquezas y mayor la opinión (confirmada con tantos y tan ilustres ejemplos) de nuestra unión y constancia en la conservación de nuestro Estado, no se atreverá el rey de Francia á acometernos, sino coligado con muchos ó á lo menos con el Rey de Romanos, cuya unión está, por muchas razones, sujeta á tan gran dificultad, que es cosa vana tener esperanza ó miedo de ella. Ni la paz que espera alcanzar ahora de los príncipes sus vecinos de la otra parte de los montes será perpetua, y la envidia, las enemistades y el miedo de su aumento, despertará á todos los que tienen con él odio ó emulación. Y es cosa muy notoria, cuánto más prontos son los franceses en conquistar que prudentes en conservar, y cuán presto vienen á ser aborrecidos de sus vasallos por su insolencia y furor, por lo cual, en habiendo ganado á Milán, tendrán más necesidad de atender á conservarle, que comodidad de pensar en nuevos designios, porque un Imperio nuevo, sin buen orden y gobernado imprudentemente, carga más á quien le conquista, en lugar de hacerle más poderoso. ¿Qué ejemplo hay de esto más próximo ni más ilustre

que el de la victoria del Rey pasado, contra el cual se convirtió en sumo odio el deseo increíble con que había sido recibido en el reino de Nápoles?

»No es ni tan cierto ni tal el peligro, que nos puede tocar de la victoria del rey de Francia después de algún tiempo que, por huirle, hayamos de reducirnos á un peligro presente y de grande consideración; y el rehusar, por miedo de los peligros venideros é inciertos, tan grande parte y oportuna del ducado de Milán, no se podría atribuir á otra cosa sino á pusilanimidad y abatimiento de ánimo, digno de vituperar en los hombres particulares, cuanto más en una república poderosa y la más gloriosa (excepto la romana) que ha habido jamás en ninguna parte del mundo.

»Son muy raras y poco permanentes las ocasiones tan grandes, y es prudencia y magnanimidad admitirlas cuando se ofrecen, y por el contrario, digno de gran reprehensión el perderlas. Muchas veces se debe vituperar la sabiduría demasiado curiosa, que considera mucho lo venidero, porque las cosas del mundo están sujetas á tantos y tan varios accidentes, que raras veces sucede lo que los hombres, aunque sean sabios, han imaginado que ha de suceder, y quien deja el bien presente por el miedo del peligro futuro, cuando no es muy cierto y cercano, se halla las más veces con disgusto é infamia de haber perdido ocasiones llenas de provecho y de gloria, por miedo de los peligros que después salen vanos.

»Por estas razones sería mi parecer que se aceptase la confederación contra el duque de Milán, porque nos trae seguridad presente, honra para con todos los potentados y conquista tan grande que, en otras ocasiones, procuraremos con trabajos y gastos intolerables poderla alcanzar, tanto por su importancia cuanto porque será el camino y la puerta de aumentar gran-

demente la gloria y el imperio de esta tan poderosa República.»

Fué oído con grande atención y aplauso muy favorable el autor de este parecer y alabada por muchos la generosidad de su ánimo y el amor para con su patria; pero en contrario habló Marchionne Trevisano, en esta sustancia:

«No se puede negar, sapientísimos Senadores, que las injurias que Luis Sforza ha hecho á nuestra República, no sean gravísimas y con gran ofensa de nuestra dignidad; pero cuanto son mayores, y cuanto más nos conmueven, tanto es más oficio de la prudencia moderar el justo enojo con la madurez del juicio, con la consideración del provecho y con el interés público, porque el templarse á sí mismo y vencer el propio deseo merece tanta mayor alabanza, cuanto es más raro el saberlo hacer y cuanto son más justas las ocasiones por que esté irritado el enojo y apetito de los hombres; por lo cual toca á este Senado (que entre todas las naciones tiene nombre de esclarecido en sabiduría, y que próximamente hizo profesión de libertar á Italia de los franceses) traer delante de los ojos la infamia que le resultaría si ahora fuese ocasión de hacerles volver, y mucho más el peligro que siempre nos amenazaría si el ducado de Milán viniese á poder del rey de Francia. Quien no considera por sí mismo este peligro, traiga á su memoria cuánto miedo nos causó la conquista que hizo Carlos del reino de Nápoles; del cual no nos tuvimos nunca por seguros hasta que nos conjuramos contra él con casi todos los príncipes cristianos; y con todo eso, ¿qué comparación hay de un peligro á otro? Porque aquel Rey, privado de casi todas las virtudes reales, era príncipe casi ridículo, y por estar el reino de Nápoles tan apartado de Francia, tenía tan divididas sus fuerzas, que más enflaquecía su poder que lo acre-

centaba. Aquella conquista le enemistaba mucho con el Papa y con el rey de España, por miedo de los Estados que poseían contiguos con aquel reino, de los cuales se sabe ahora que el uno tiene diferentes fines, y que los otros, cansados de las cosas de Italia, no se introducirán en ellas sino por muy grande necesidad. Pero á este nuevo Rey se debe por su autoridad propia temer mucho más que despreciar, y el Estado de Milán está tan junto con el reino de Francia que, por la comodidad de socorrerle, no se podrá esperar echarle de él sino juntando todo el mundo, por lo cual, estando nosotros tan vecinos á tan grande poder, estaremos en tiempo de paz con grandísimos gastos y recelos; y en el de guerra, tan expuestos á sus ofensas que será muy dificultoso defendernos.

»Ciertamente no he oído sin admiración que, quien ha hablado antes de mí, no tema por una parte á un rey de Francia, Señor del ducado de Milán, y por otra se muestre con tanto miedo de Luis Sforza, príncipe tan inferior de fuerzas á nosotros, y que, con el miedo y avaricia, ha puesto siempre en gran peligro sus empresas. Espantábanle las ayudas que tendría de otros, como si fuera fácil de hacer en tan gran diversidad de ánimos y de voluntades, y en tanta variedad de condiciones tal unión, ó como si no se debiese temer mucho más un poder grande unido y junto, que el de muchos; el cual, como tiene los movimientos diferentes, así tiene diversas y discordes las obras. Confiaba que en aquellos que, por varias razones, deseaban nuestro abatimiento, se hallaría aquella prudencia para vencer los enojos y la codicia que nosotros no hallamos en nosotros mismos para refrenar estos ambiciosos pensamientos.

»Ni yo sé por qué nos debemos prometer que pueda más en el Rey de romanos y en aquella nación la emu-

lación y el enojo antiguo y moderno contra el rey de Francia, si conquistase á Milán, que el odio envejecido que tienen contra nosotros porque poseemos tantas villas que pertenecen á la casa de Austria y al Imperio; no sé por qué se juntará de mejor gana con nosotros el Rey de romanos contra el de Francia que con él contra nosotros; antes es más verosímil la unión de los bárbaros, enemigos eternos del nombre de Italia, y para una presa más fácil; porque unido con él, podrá esperar más la victoria de nosotros, que, unido con nosotros, esperarla de él; demás de que sus acciones en la liga pasada, y cuando vino á Italia, fueron tales, que no sé por qué razón se había de desear tanto tenerle unido consigo.

»Nadie niega que nos ha injuriado Luis gravemente, pero no es prudencia, por tomar venganza, poner en tan grave peligro las cosas propias, ni es cosa vergonzosa aguardar, para vengarse, los accidentes y ocasiones que puede esperar una República; antes es de gran vituperio dejarse llevar del enojo anticipadamente, y en las cosas de los Estados es suma infamia, cuando la imprudencia está acompañada del daño. No se dirá que estas razones nos mueven á una empresa tan temeraria, pero juzgarán todos que nos lleva la codicia de ganar á Cremona, por lo cual echará de menos cualquiera la sabiduría y gravedad antigua de este Senado; cualquiera se maravillará de que incurramos en la misma temeridad en que nos maravillamos tanto nosotros que hubiese incurrido Luis Sforza de haber traído al rey de Francia á Italia. La ganancia es grande y á propósito para muchas cosas, pero considérese si será mayor pérdida el tener un rey de Francia Señor del Estado de Milán. Adviértase cuándo será mayor nuestra reputación y poder, si cuando somos los príncipes de Italia, ó cuando esté en ella un príncipe tanto mayor y tan vecino nuestro.

»Con Luis Sforza hemos tenido otras veces guerra y paz, y lo mismo puede suceder cada día entre nosotros y él; y la dificultad de Pisa no es tal que no se pueda hallar algún remedio, ni merece que por esto nos pongamos en tan gran precipicio. Pero teniendo á los franceses por vecinos, tendremos siempre discordia con ellos, porque reinarán las mismas ocasiones, la diversidad de los hombres entre los bárbaros y los italianos; la soberbia de los franceses; el odio con que los Príncipes persiguen siempre á las Repúblicas, y la ambición que tienen los más poderosos de oprimir continuamente á los que pueden menos, por lo cual no sólo no me convida la ganancia de Cremona, antes me espanta; porque tendrá tanto mayor ocasión y deseo de ofendernos, y le incitarán tanto más los milaneses, que no podrán sufrir la enajenación de Cremona de aquel ducado.

»La misma ocasión irritará á la nación tudesca y al Rey de romanos, porque asimismo Cremona y la Ghiaradada es miembro de la jurisdicción del Imperio.

»Por lo menos se murmurará nuestra ambición, y buscaremos con ganancias nuevas hacernos cada día nuevos enemigos y sospechosos á todos; por lo cual será necesario finalmente, ó que nosotros quedemos superiores á todos, ó que de todos seamos abatidos; cuál de estas cosas está más vecina de suceder, es fácil de considerar por quien no se holgare de engañarse á sí mismo. La sabiduría y madurez de este Senado ha sido conocida y publicada por toda Italia y por todo el mundo; no queráis mancharla con tan temeraria y peligrosa determinación. Dejarse llevar de los enojos contra nuestro propio provecho es ligereza, y estimar más los peligros pequeños que los más grandes, es imprudencia. Siendo estas dos cosas tan ajenas de la sabiduría y gravedad de este Senado, no puedo dejar de persuadir-

me que la conclusión que se hiciere será templada y bien atendida, según vuestra costumbre.

No pudo tanto este parecer, sustentado con tan poderosas razones, y con la autoridad de muchos que eran de los más principales y más sabios del Senado, que no pudiese mucho más el contrario, provocado por el odio y el deseo de mando, vehementes autores de cualquier peligrosa determinación. Porque era grandísimo el odio concebido en los ánimos de todos contra Luis Sforza, y no menor el deseo de añadir al Imperio veneciano la ciudad de Cremona con su distrito y con toda la Ghiaradada que, con ella, era de mucha estimación, porque cada año se sacaban de renta á lo menos cien mil ducados; y mucho más por la oportunidad, siendo así que, abrazando con este aumento casi todo el río del Oglio, extendían sus confines hasta el Pó, los ampliaban por largo espacio sobre el río Adda, y acercándose á quince millas de la ciudad de Milán, y algo más á las de Parma y Plasencia, les parecía que casi se les abría camino para ocupar todo el ducado de Milán cualquiera vez que el rey de Francia tuviese nuevos pensamientos ó poderosas dificultades de la otra parte de los montes. Daba esperanza de que esto podría suceder, antes que pasase mucho tiempo, la naturaleza de los franceses, más dispuestos para conquistar, que para mantener; el ser casi perpetua su República; los frecuentes cambios en el reino de Francia, por las muertes de los reyes y mudanzas de pensamientos y de gobierno; y la dificultad de conservarse el amor de los vasallos por la diversidad de la sangre y de las costumbres francesas con las italianas.

Confirmado este parecer con el voto de los más, se metieron á los embajadores que tenían cerca del rey que concluyeran, con las condiciones ofrecidas, esta confederación, siempre que no se tratase en ella de las

cosas de Pisa. Turbó esta excepción mucho el ánimo del Rey, porque esperaba, por el medio del depósito de Pisa, juntar para su empresa los venecianos y florentinos, y sabiendo que estaban ya inclinados los venecianos á apartarse, por acuerdo, de la defensa de Pisa, le parecía conveniente que antes lo debiesen hacer, de manera que se acrecentase facilidad á la victoria en el Estado de Milán, que había de redundar en beneficio común, y no por mejorar algo las condiciones en la paz, ser ocasión de que quedasen los florentinos unidos con Luis Sforza. Sabiendo que por medio de éste se tenía la plática de Ferrara, dudaba mucho que, si se concluía por su industria, ni los venecianos ni los florentinos se uniesen al fin con él, por lo cual, pareciéndole poco prudente la determinación por donde quedase en duda de ambas repúblicas, y enojado de la desconfianza que se mostraba de él, se inclinó antes á hacer la paz con el Rey de romanos, que continuamente se trataba, con condición que le quedase libertad al uno para hacer la guerra contra Luis Sforza, y al otro contra los venecianos. Hizo, pues, responder por los diputados que trataban en su nombre con los embajadores venecianos, que no quería concertarse con ellos si juntamente no se daba perfección al convenido depósito de Pisa; y á los de los florentinos les dijo él mismo que estuviesen seguros de que nunca se concordaría con los venecianos en otra forma.

No le dejaron estar firme en este propósito el duque Valentino, los otros agentes del Papa, el cardenal de San Pedro in Víncula, Juan Jacobo Tribulcio, y todos los italianos que, por sus propios intereses, le incitaban á la guerra, los cuales le persuadían con muchas y eficaces razones, diciendo que, por el poder de los venecianos y la comodidad que tenían para ofender el ducado de Milán, no podía tomar más dañosa resolución que

privarse de sus ayudas, por miedo de no perder las de los florentinos, quienes, por sus trabajos, y por estar distantes de aquel Estado, podían serle de poco provecho; y que fácilmente causaría esto que Luis Sforza, apartándose del favor de los florentinos por reconciliarse con los venecianos (lo cual había sido entre ellos causa de todas las discordias) se volviese á juntar con ellos. Se conocían fácilmente las dificultades que podrían nacer estando juntos los venecianos y Luis, cuando no fuera por otra cosa, por la experiencia de los años pasados, porque si bien en la liga hecha contra Carlos había concurrido el nombre de tantos reyes, con todo eso, solas las fuerzas de los venecianos y de Luis les habían quitado á Novara y defendido siempre contra él el ducado de Milán. Acordábanse que era consejo engañoso y peligroso hacer fundamento sobre la unión con Maximiliano, en quien se habían visto hasta aquel día mayores los designios que el poder, ó la prudencia de darles color; y aunque por ventura viniese á tener sucesos más prósperos que en tiempo pasado, se debía considerar cuán poco á propósito era el aumento de un enemigo perpetuo y tan cruel para la corona de Francia.

Conmovieron al Rey de tal manera con estas razones que, mudando de parecer, vino en que, sin hablar más de las cosas de Pisa, se concluyese la confederación con los venecianos; en la cual se concertó que al mismo tiempo que acometiese con poderoso ejército al ducado de Milán, ellos hiciesen lo mismo por la otra parte contraria de sus confines, y que, ganándose por todas partes lo restante del ducado, fuese para los venecianos Cremona con toda la Ghiaradada, excepto la ribera del Adda en cuarenta brazas; que, habiendo ganado el Rey el ducado de Milán, estuviesen los venecianos obligados á defenderle por cierto tiempo y con deter-

minado número de caballería é infantería, y por otra parte, el Rey fuese obligado á lo mismo por Cremona y por lo que poseían en Lombardía hasta las lagunas de Venecia. Este concierto se trató con tanto secreto, que no supo Luis Sforza durante algunos meses, si entre ellos se había hecho sólo confederación para su defensa, como desde el principio se había publicado solamente en la corte de Francia y en Venecia, ó si había capítulos tocantes á su ofensa, ni el Papa, que estaba tan unido con el Rey, pudo tener certeza de ello, sino tarde.

Hecha la liga con los venecianos, el Rey, sin hacer mención de Pisa, propuso á los florentinos muy diferentes condiciones que las primeras. Por esta causa y por las molestias que recibían de los venecianos, estaban tanto más obligados á arrimarse al duque de Milán, con cuya ayuda iban sus cosas continuamente con prosperidad en el Casentino, donde los enemigos, ofendidos muy á menudo por los soldados y por los del país, peleando con las dificultades de las vituallas, particularmente para sustentar los caballos, se habían recogido á Bibbiena y á otros lugares pequeños, no dejando por esto de hacer diligencia para tener los pasos del Apennino, y por ellos abierto el camino del socorro y facultad de poder desamparar el Casentino con menor daño, cuando se viesen obligados á hacerlo; por lo cual se había detenido Carlos Orsino con la gente de armas y cien infantes, para guardar el paso de Montalone, y más abajo guardaba el Albiano el de la Vernia. Por otra parte, procediendo maduramente Paulo Vitelli, según acostumbraba, después que hubo reducido á su poder algunos lugares, hacía esfuerzo por obligarles á que desamparasen el paso de Montalone, con intento de poner después en necesidad de hacer lo mismo á los que guardaban el de la Vernia, para que, recogida la parte veneciana sólo á Bibbiena, cercada por todas partes

de los enemigos y de los montes, fuese vencida con facilidad, ó se consumiese por sí misma; mayormente estando muy disminuída, porque, demás de los que habían sido desvalijados, ya en una parte, ya en otra, se habían ido, por la incomodidad de las vituallas y dificultad de seguros alojamientos, en algunas veces más de mil y quinientos caballos y muchos infantes, la mayor parte de los cuales habían recibido gravísimo daño al ser acometidos por los villanos cuando pasaban los montes.

Obligaron al fin estas dificultades á Carlos Orsino á desamparar con los suyos el paso de Montalone, no sin peligro de ser robados, porque sabiendo que no se podía detener más allí, les acometieron en el camino muchos de los soldados de los florentinos y de la gente del país, que estaba sobre aviso esperando esta ocasión, pero habiendo tomado ya ellos la ventaja de los pasos, aunque perdieron parte del bagaje, se defendieron haciendo gran daño en los que los seguían desordenadamente. Siguieron el ejemplo de Carlos Orsino, por las mismas necesidades, los que estaban en la Vernia y en Chiusi que, desamparando aquellos pasos, se retiraron á Bibbiena, donde se detuvieron el duque de Urbino, el Albiano, Astorre Baglione, Pedro Marcello, proveedor veneciano, y Julián de Médicis, reservando para guarda de aquel lugar (que sólo poseían en el Casentino) sesenta caballos y setecientos infantes. No les sustentaba otra cosa que la esperanza del socorro que disponían los venecianos, juzgando que, en cuanto á la conservación de la honra, y mucho más para que se mejorasen las condiciones del acuerdo, importaba mucho no desamparar totalmente la empresa del Casentino, para lo cual recogía el conde de Pitigliano en Rávena con gran presteza la gente señalada para socorrerla, solicitándolo las muchas quejas del duque de

Urbino y de los otros que, significando que les comenzaban á faltar las vituallas, pretextaban que se habían reducido á tal falta de mantenimientos que sería necesario, para salvarse, concertarse presto con los enemigos; y por el contrario, habían deseado el duque de Milán y los capitanes que estaban en el Casentino prevenirse contra el socorro con la expugnación de Bibbiena, para lo cual pedían que se añadiesen cuatro mil infantes á los que estaban en el ejército.

Oponíanse á su deseo muchas dificultades, porque en país frío y fragoso, y siendo los tiempos que corrían asperísimos, impedían mucho las acciones militares, y los florentinos no acudían á esta provisión con mucha presteza, parte por estar muy cansados de los graves gastos hechos y que continuamente hacían, y parte porque en la ciudad, por otras ocasiones poco conformes, se había descubierto una nueva disensión, favoreciendo algunos de los ciudadanos á Paulo Vitelli y otros inclinados á ensalzar al conde Rinuccio, antiguo y fiel capitán de aquella república, y que tenía en Florencia parientes y autoridad; el cual, desconfiado por la adversidad que tuvo en San Regolo, de la esperanza de alcanzar el primer lugar, llevaba de mala gana verle transferido en Paulo, y hallándose con su compañía en el Casentino, no estaba pronto en las empresas por donde pudiese acrecentarse la reputación de quien había deseado abatir. Hacíanse mayores estas dificultades por la naturaleza de Paulo, ventajoso en las pagas, y dificultoso con los comisarios florentinos; y que muchas veces en la determinación y despacho de las materias se tomaba más autoridad que parecía conveniente. También entonces había concedido al duque de Urbino (que estaba enfermo) licencia para irse del Casentino, seguramente sin sabiduría de los comisarios. Debajo de la confianza de esta licencia se había

partido demás de él Julián de Médicis, con gran disgusto de los florentinos que se persuadian de que, si se hubiera dificultado al duque su partida, el deseo de ir á recobrar la salud en su Estado le hubiera obligado á hacer acuerdo de quitar la gente de Bibbiena; y asimismo se dolían de que á Julián de Médicis (rebelde primero, y que después había venido con armas contra su patria) se le hubiese dado, sin su noticia, tal licencia.

Quitaban estas cosas en Florencia crédito á los consejos y á las demandas de Paulo, y mucho más por no proceder la guerra con mucha reputación suya entre el pueblo, porque cualquier facción importante la hacían más los del país, que los soldados, y porque, por la gran opinión que tenían de su valor, se habían prometido más breve la victoria contra sus enemigos, atribuyendo, como es natural en los pueblos, á falta de voluntad lo que se debía atribuir más bien á no poder hacerlo por la aspereza de los tiempos y por la falta de las provisiones; por lo cual, mandándose añadir los cuatro mil infantes, tuvo tiempo el Conde de Pitigliano para venir al castillo de Elci, que es del duque de Urbino, cerca de los confines de los florentinos, donde primeramente estaban Carlos Ursino y Pedro de Médicis, y donde se juntaba todo el grueso del ejército para pasar el Apenino; el cual se ordenaba, como más cómodo por la aspereza y penuria del país, más copioso de infantería que de hombres de armas, y éstos antes con armas ligeras que reforzadas. Este fué el último esfuerzo que hicieron los venecianos para las cosas del Casentino, y para interrumpirlo, Paulo Vitelli, dejando sitiada con poca gente á Bibbiena y la guarda necesaria en los puestos á propósito, fué con el resto de la gente á la Pieve, en San Esteban, villa de los florentinos, situada al pie de los Alpes, para oponerse á los

enemigos cuando bajasen de ellos; mas el conde de Pitigliano, teniendo delante de sí los Alpes cargados de nieve, á sus faldas una oposición poderosa y la estrechura de los pasos, de suyo difíciles de pasar en tiempos serenos (cuando no hubiese otro impedimento), nunca se atrevió á intentar el pasaje, aunque le provocaba el Senado veneciano con grandes quejas; el cual (según decía) era más vehemente en murmurar de él que en proveerle; y aunque le fueron propuestos desiguos de alguna diversión, y ya se había dado en Valdibagno alguna molestia á los lugares de los florentinos, no hizo por ello movimiento alguno.

Pero cuando más tibias parecían las obras de la guerra, tanto más se encendían las pláticas del concierto deseado, por diferentes respetos de ambas partes, y no menos deseado y solicitado por el duque de Milán, el cual, temeroso de la liga hecha entre el rey de Francia y los venecianos, esperaba que, sucediendo este acuerdo, desearían menos los venecianos el paso de los franceses, y persuadiéndose, demás de esto, que, satisfechos en este caso de su voluntad y de sus obras, hubiesen de mitigar á lo menos alguna parte de la indignación concebida contra él. Por este intento, interponiendo entre ellos á Hércules de Este, su suegro, obligaba á los florentinos á que viniesen en algo de lo que deseaban los venecianos, no tanto con su autoridad (porque á los florentinos, que estaban recatados de su designio, comenzaba ya á ser sospechosa su interposición) cuanto con dar á entender que, si no se hacía la paz, estaría obligado, por el miedo que tenía al rey de Francia, á quitar de su ayuda parte de su gente, cuando no fuese toda. Tratóse muchos meses esta materia en Ferrara, y por intervenir varias dificultades, pidieron los venecianos á Hércules que, para facilitar el despacho, fuese personalmente á Venecia. Dificultaba Hércules la jor-

nada, pero más lo hacían los florentinos, porque sabían que deseaban los venecianos que se hiciese compromiso en él, de que ellos estaban muy ajenos; mas fué tan grande la instancia de Luis Sforza, que finalmente se dispuso Hércules á ir y los florentinos á enviar junto con él á Juan Bautista Ridolfi y á Paulo Antonio Soderini, dos de los principales y más prudentes ciudadanos de su República. La primera disputa fué en Venecia sobre si Hércules tenía autoridad de árbitro para acabar la controversia ó como amigo común, interponiéndose entre las partes, para procurar componerlas, como hasta entonces se había procedido en Ferrara, y reducidos á facilidad los principales y más importantes artículos, deseaban esto último los florentinos, conociendo que Hércules, en lo que había de depender de su arbitrio, tendría más cuenta con la grandeza de los venecianos que con la suya, y que reduciéndose á pronunciar el decreto en Venecia, se vería más necesitado á guardarles mayor respeto; y lo que no hiciese por sí mismo, le induciría á hacerlo el duque de Milán, pues que deseaba tanto que conociesen los venecianos que les eran provechosas sus obras en este negocio. Y si bien casi se habían resuelto en Ferrara muchas dificultades, todavía quedaba no pequeño el poder al árbitro en la última perfección y en muchos particulares, demás de que, comprometiéndose él, estaba en su mano apartarse de lo que primero se había tratado. Por otra parte, habían determinado los venecianos, si no se hacía el compromiso, no pasar más adelante, no tanto por prometerse más del árbitro de lo que se prometían los florentinos, cuanto porque esta materia tenía entre ellos mismos muchas dificultades, siendo así que todos deseaban la paz por estar cansados de los grandes gastos, con poca esperanza de fruto. Pero los más mozos y más soberbios del Senado no la querían si no se les con-

servaba á los pisanos enteramente la libertad, ó por lo menos no les quedaba la parte que poseían de la comarca cuando los recibieron en su amparo. Alegaban muchas razones para esta opinión, y principalmente que, habiéndose prometido entonces con público derecho á los pisanos que les conservarían su libertad, no se podía faltar á ella sin manchar sumamente el esplendor de la República; algunos otros, mostrándose menos difíciles en las otras cosas, estaban inmoderados en la cantidad de los gastos y pedían que, desamparando á Pisa, se los pagasen los florentinos. —

Era en contrario de esto el parecer de casi todos los senadores más sabios y de mayor autoridad, que, cansados de tantos gastos y desesperados de la defensa de Bibbiena y sin poder sustentar más, sin grandísimo trabajo, las cosas de Pisa, por las dificultades que habían hallado en enviar socorro y en hacer diversiones, habiendo sido mayor la resistencia de los florentinos de la que al principio creyeron, consideraban que, si bien se juzgaba por fácil la empresa contra el duque de Milán, con todo eso, no habiendo hecho la paz el rey de Francia con el Rey de romanos, y sujeto á varios embarazos que le podrían sobrevenir de la otra parte de los montes, podría, por muchos casos, detenerse en mover la guerra, y cuando todavía lo hiciese, podrían nacer cada día en las cosas de la guerra muchas y no pensadas dificultades y peligros. Mas sobre todo, espantados de los grandes aparatos que por tierra y mar se decía que hacía el otomano Bayaceto para acometerles en Grecia, opinaban que era necesario (ya que no se podía más) convenir antes en que lo honesto cediese en alguna parte á la utilidad, que por mantener pertinazmente la palabra dada, perseverar en tantos trabajos.

Y porque estaban ciertos que sus consejos se aten-

derían con grande dificultad, para las conclusiones en que desde desde el principio conocían que era necesario convenir, habían introducido prudentemente (cuando se comenzó á tratar en Ferrara) que el Senado diera amplísima autoridad para el ajustamiento de las cosas de Pisa, y el acuerdo con los florentinos al consejo de los Diez, en el cual, siendo tanto menor de número, intervienen todos los hombres más graves y de mayor autoridad, que eran la mayor parte de los mismos que deseaban esta paz. Llevada ahora la plática á Venecia, no teniendo esperanza de disponer al Senado, á que conviniese en los artículos tratados en Ferrara, y conociendo que, de conformarse con ellos el Consejo de los Diez, se haría gran cargo á los que interveniesen en él, instaban en que se hiciese el compromiso, esperando que, del juicio que resultase, se resentiría la gente más contra el arbitrio que contra ellos, y que con mayor facilidad se ratificaría lo que ya se hubiese sentenciado, que se consentiría tratándolo con la parte por medio de concordia.

Después de disputar algunos días, amenazando el duque de Milán á los florentinos (que rehusaban comprometerse) con sacar de Toscana toda su gente, se hizo el compromiso por ocho días, libre y absoluto en Hércules, duque de Ferrara, el cual, después de muchos discursos, pronunció á 6 de Abril que, dentro de ocho días próximos, cesasen las ofensas entre los venecianos y los florentinos; que el día de la cercana festividad de San Marcos se fuese toda la gente y ayudas de ambas partes y volviesen á sus Estados propios; que los venecianos el mismo día sacasen de Pisa y de su distrito toda la gente que tenían allí, y desamparasen á Bibbiena y á todos los otros lugares que ocupaban de los florentinos; que perdonasen á la gente de Bibbiena los yerros que habían cometido; y para recompensa de los

gastos hechos, los cuales afirmaban los venecianos que subían de ochocientos mil ducados, se obligasen los florentinos á pagarles durante doce años, quince mil ducados en cada uno; que á los pisanos se les concediese perdón de todos los delitos hechos y facultad de ejercitar por mar y por tierra toda suerte de oficio y de mercancía; que tuviesen en guarda las fortalezas de Pisa y de los lugares que poseían el día de la sentencia dada, pero con condición que se eligiesen las guardas de los pisanos ó de otras personas no sospechosas á los florentinos, y fuesen pagados de las rentas que sacasen de Pisa los florentinos, no acrecentando el número de la gente, ni el gasto que se acostumbraba tener antes de la rebelión; que se demoliesen, si les pareciese así á los pisanos, todas las fortalezas de la comarca de Pisa que habían recuperado los florentinos mientras los venecianos tenían su protección; que se juzgasen en Pisa las primeras instancias de los pleitos civiles por un Podestá forastero, elegido por los pisanos de lugar que no fuese sospechoso á los florentinos, y el capitán elegido por los florentinos no conociese sino de las causas de apelación, ni pudiese proceder en ningún caso criminal donde se tratase de sangre, de destierro ó de confiscación, sin conocimiento de un asesor elegido por Hércules ó por sus sucesores, entre cinco doctores en leyes que de su dominio le fuesen propuestos por los pisanos; que restituyesen á sus dueños los bienes muebles y raíces ocupados por ambas partes, entendiéndose que habían de quedar absueitos de los frutos que habían gozado. Dejáronse en todas las demás cosas en su fuerza los derechos de los florentinos en Pisa y en su territorio, prohibiendo á los pisanos que, en lo tocante á las fortalezas y en cualquiera otra cosa, maquinasen nada contra la república de Florencia.

## CAPITULO IV.

Quejas de los pisanos por las condiciones del convenio.—Los venecianos retiran sus tropas de Toscana.—Ratifican el convenio los florentinos.—Los pisanos expulsan la guarnición veneciana de la fortaleza.—Continúan los florentinos la guerra contra Pisa.—Gestiones de Luis Sforza.—Procura coligarse con los florentinos.—Le abandonan todos los potentados de Italia.—El ejército francés en Italia.—Toman los franceses á Arezzo.—Discurso de Luis Sforza al pueblo milanés.—Apodéranse los franceses de Alejandria.—Luis Sforza hace salir á sus hijos del ducado de Milán.—Encarga la defensa del castillo de Milán á Bernardino de Corte, y huye á Alemania.—Cremona se rinde á los venecianos.—Bernardino de Corte entrega el castillo de Milán por dinero.—Aborrecido y despreciado por todos, muere de dolor.—Pablo Vitelli toma á Cascina.—Asalta á Pisa.—Se apodera de la fortaleza de Stampace, pero no continúa el ataque de la plaza.—Acusado de traición es preso y degollado en Florencia.—Preséntanse á Luis XII en Milán embajadores de toda Italia.

Publicado el decreto en Venecia, se levantaron por toda la ciudad y en la nobleza muchas quejas contra Hércules y contra los principales que habían intervenido en esta plática, murmurando el mayor número que se rompiese á los pisanos la palabra prometida, con tan gran infamia de la República, y quejándose de que no se hubiese tenido la consideración conveniente de los gastos hechos en la guerra. Acrecentaban mucho estas quejas los embajadores de Pisa que, antes de la publicación del decreto, habían sido detenidos artificialmente por los venecianos, con esperanza de que sin duda quedarían con entera libertad, y que no sólo se les adjudicaría lo restante de la comarca, sino quizá

el puerto de Liorna; y se resentían tanto más cuanto los efectos salían más contrarios á lo que se habían persuadido, lamentándose de que las promesas que tantas veces les había hecho aquel Senado de la conservación, debajo de cuya palabra habían despreciado la amistad de todos los otros potentados y rehusado muchas veces mucho mejores condiciones que les ofrecían los florentinos, se violase tan indignamente, sin haber dispuesto nada para su seguridad sino con apariencias vanas; porque ¿cómo podrían estar seguros de que los florentinos, poniendo en Pisa los magistrados y volviendo allí sus mercaderes y súbditos con la restitución del comercio, y por otra parte, partiéndose para ir á sus casas y labranzas los labradores que habían sido gran parte de la defensa de aquella ciudad, no se alzasen, por algún engaño, con el dominio absoluto? Lo cual podrían hacer con gran facilidad, mayormente quedando en su poder la guarda de las puertas, pues no era seguridad tener las fortalezas en su mano, si los que las guardaban habían de ser pagados por los florentinos; sin que les fuese lícito, en tan gran sospecha, tener allí mayor guarda de la que solía haber en los tiempos pacíficos y seguros. Añadían que asimismo era vano el perdón de lo que habían cometido, pues se concedía á los florentinos licencia para destruirlos por el camino de los derechos y de los juicios, porque las mercancías y los otros bienes muebles, quitados en el tiempo de la rebelión, eran de tanto valor, que no sólo ocuparían sus haciendas, pero ni estarían seguras las personas de ser presas.

Para apagar estas quejas hicieron los principales del Senado que el día siguiente, aunque había expirado el término del compromiso, añadiese Hércules (el cual estaba temeroso, habiendo entendido la indignación de toda la ciudad) una declaración al decreto dado, sin

que lo supiesen los embajadores de los florentinos, diciendo que debajo del nombre de las fortalezas se entendiesen las puertas de la ciudad de Pisa y de los otros lugares que tenían las fortalezas, para cuya guarda y para los salarios del Podestá y del asesor fuese señalada á los pisanos una parte de las rentas de Pisa: que los lugares no sospechosos, de que se hacía mención en el decreto, fuesen el Estado de la Iglesia, el de Mantua, el de Ferrara y el de Bolonia; pero que fuesen excluidos los que llevasen sueldos de los otros, y que se pusiera perpetuo silencio en la restitución de los bienes muebles; que estuviese en poder de los pisanos nombrar el asesor de cualquier lugar que no fuese sospechoso; que no procediese el capitán en ninguna causa criminal por pequeña que fuese sin el asesor; que tratasen bien los florentinos á los pisanos según lo que se usaba en las otras ciudades nobles de Italia, y que no se les pudiesen poner nuevas cargas.

No fué procurada esta declaración porque desearan los venecianos que se guardase, sino por entibiar el ardor de los embajadores de Pisa y para justificar en el Senado que, si no se había alcanzado la libertad de los pisanos, á lo menos se había proveído tanto para su bien y seguridad, que no se podría decir que los habían desamparado ó entregado á sus enemigos. Finalmente, prevaleciendo en este consejo (después de muchas disputas) la consideración de las calidades de los tiempos y de las dificultades de sustentar los pisanos, y sobre todo el miedo á las armas del Turco, se determinó que no se ratificase el decreto con expreso consentimiento, sino que se pusiese en ejecución con los hechos (por ser lo más eficaz en todas las cosas) quitando dentro de ocho días las ofensas, y sacando la gente de Toscana al tiempo determinado; con intención de no entrometerse más en ello, antes comenzaban á desear mu-

chos del Senado veneciano que la recuperasen los florentinos, primero que entrasen en poder del duque de Milán.

Ni en Florencia se mostró menor movimiento de ánimos al saber el decreto que se había dado, pesándoles de haber de satisfacer parte de los gastos á quien les había molestado injustamente, y mucho más pareciéndoles que no conseguirían otra cosa sino el nombre desnudo del dominio, pues habían de estar guardadas las fortalezas por los pisanos, y que la administración de la justicia criminal (uno de los miembros principales de la conservación de los Estados) no había de ser libre para sus magistrados. Pero induciéndoles á que lo ratificasen las mismas protestas del duque de Milán que los había inducido á comprometerse, y esperando que en breve tiempo, con la industria y con usar cortesía con los pisanos, reducirían las cosas á mejor forma, ratificaron el decreto expresamente, mas no las adiciones, que aún no habían llegado á su noticia.

Mayor fué la indignación y la duda de los pisanos, los cuales, irritados y sospechosos de mayor engaño, por parte de los venecianos, luego que hubieron entendido lo que contenía el decreto, quitaron su gente de la guarda de las fortalezas de Pisa y de las puertas, y no quisieron que se alojasen más en la ciudad. Tuvieron muchos días gran duda sobre si aceptarían ó no las condiciones del decreto, obligándoles por una parte el miedo, pues se veían desamparados de todos, y por otra, teniéndolos firmes el odio de los florentinos, y mucho más al verse desesperados de poder hallar perdón, por ser muy grandes las ofensas acometidas, y por haber sido causa de infinitos gastos y daños suyos, y de haberles puesto muchas veces en peligro de la propia libertad; en cuya duda, aunque les aconsejaba el duque de Milán que cediesen, ofreciendo que sería

medianero con los florentinos para que aventajasen las condiciones del decreto; con todo eso, para tentar si permanecía todavía en él aquella antigua ambición acostumbrada, y dispuestos en tal caso á entregársele libremente, le enviaron embajadores. Al fin después de largos pensamientos y disputas determinaron intentar primero cualquier extremo, que volver debajo del dominio de los florentinos, á lo cual fueron aconsejados secretamente por los genoveses y los luqueses, y por Pandolfo Petrucci.

No estuvieron sin sospecha los florentinos de que el duque de Milán (aunque no era cierto) les había inducido á lo mismo: tan poca sinceridad ú obras fieles se esperan de quien ha cobrado fama entre los hombres de estar acostumbrado á gobernarse con artificios y dobleces.

Excluidos los florentinos de la esperanza de alcanzar á Pisa por acuerdo, pareció ocasión á propósito para expugnar aquella ciudad, para lo cual, haciendo volver á la comarca de Pisa á Paulo Vitelli, solicitaban con gran diligencia las provisiones que él les había pedido.

Mientras se solicitaron crecían continuamente los peligros de Luis Sforza, porque ni su intercesión en el acuerdo había aplacado en parte alguna los ánimos de los venecianos, que estaban constantes en su destrucción por el odio y por la esperanza de la ganancia, ni Maximiliano estaba tan prevenido para la guerra contra el rey de Francia, como solícito para pedir al duque dinero. Así, contra lo que le había prometido muchas veces, prorrogó la tregua por todo el mes de Agosto siguiente, quitándole á un tiempo mismo la esperanza de que le había de ayudar más el socorro, de lo que le hubiera ayudado la guerra entre el rey de Francia y el Emperador.

Juntándose Maximiliano con la liga de Suavia, rom-

pió la guerra contra los suizos, declarándolos por rebeldes del Imperio, por varias diferencias que había entre ellos; y continuándose por ambas partes con gran furia, hubo varios sucesos y muchas muertes de la una y otra parte, de manera que Luis Sforza estaba cierto de que no podía alcanzar ayuda en caso de necesidad; si no se acababa esta guerra primero, ó con la victoria, ó con algún concierto. Mas prometiéndole Maximiliano que no se concertaría nunca ni con el rey de Francia, ni con los suizos sin incluirle á él en el concierto, estaba obligado, porque no se le apartase de esta promesa, á darle muy á menudo nuevos dineros.

Conociendo el rey de Francia esta ocasión y cuánto importaba tener juntos consigo á los venecianos y al Papa, despreciando los consejos de muchos que le decían que por ser rey nuevo y tener poco dinero, difiriese para el año siguiente la guerra contra el duque de Milán y esperando alcanzar la victoria dentro de pocos meses, para la cual no le era necesario gran cantidad de dinero, se disponía descubiertamente, dando en secreto alguna cantidad á los suizos para tener ocupado á Maximiliano.

Viendo el duque de Milán por esto que claramente se le acercaba la guerra, procuraba con gran diligencia y solicitud no quedar solo en tantos peligros, porque desconfiaba totalmente de hallar medio de concordia y de concertarse con los venecianos y ni hallaba en los reyes de España, á los cuales había buscado instantemente, ningún pensamiento para su bien. Por tanto, tentando á un mismo tiempo los ánimos de todos los otros envió á Galeazzo Vizconti á Maximiliano y á los suizos para que procurase reducirlos á la paz; y sabiendo que al Papa no le parecía bien el intento del matrimonio de Carlota con César Borgia, su hijo, porque la muchacha, obligada del amor y de la autoridad de su padre (si

bien él mostraba que procuraba lo contrario), rehusaba obstinadamente quererle por marido, si juntamente no se componían las cosas de Fadrique su padre, quien ofrecía al rey de Francia tributo anual y grandes condiciones, tuvo esperanza Luis de apartarle de las cosas de la otra parte de los montes é hizo grande instancia para atraerle á que hiciese confederación con él, en la cual prometía, que demás del rey Fadrique, entrarían los florentinos, ofreciendo que él y los otros confederados le darian ayuda contra los Vicarios de la Iglesia y grande cantidad de dinero para comprar algún Estado honrado para su hijo.

Aunque fueron estas propuestas oídas al principio con fingimiento por Alejandro, se descubrieron presto vanas, porque esperando de la compañía del rey de Francia mucho mayores premios de aquellos que estaba para alcanzar, si Italia no se llenaba de nuevo de ejércitos ultramontanos, vino en que su hijo, por estar ya excluído del casamiento con Carlota, se casase con una hija de monseñor de Albret, el cual, por ser de la sangre real, y por la grandeza de sus Estados, no era inferior á ninguno de los Señores de todo el reino de Francia.

No cesó Luis, certificado cada día más de la mala disposición de los venecianos, de incitar secretamente contra ellos por personas propias, concurriendo en lo mismo el rey Fadrique, al príncipe de los Turcos, el cual ya por sí mismo hacía muy poderosos aparatos; persuadiéndose que, acometidos por éste, no molestarían al Estado de Milán; y siéndole notorias las prevenciones que hacían los florentinos para expugnar á Pisa, procuró, ofreciéndoles la ayuda que quisiesen, obligarles á su defensa con trescientos hombres de armas y dos mil infantes, después de ganar á Pisa. Por otra parte, les pedía el rey de Francia que prometiesen acomodarle

con quinientos hombres de armas por un año, obligándose, en habiendo conquistado el Estado de Milán, á ayudarles para sus empresas con mil lanzas por un año y prometiendo que no haría ningún acuerdo con Luis, si al mismo tiempo no les fuese restituída Pisa y los otros lugares y que el Papa y los venecianos prometerían defenderlos, si fuesen molestados por alguno, antes de la conquista de Milán. Había en los florentinos gran irresolución por estas demandas encontradas, así por la dificultad de la materia como por la división de los ánimos; porque no pidiendo Luis sus ayudas sino en caso que hubiesen recuperado á Pisa, estaba mucho más presente y más cierto su socorro que el que prometía el rey de Francia, tenido por de poco fruto en cuanto á las cosas de Pisa, porque, por la ocasión de estar aquella ciudad entonces desamparada de todos, se habían vuelto todos sus pensamientos á ganarla aquel verano. Demás de esto, movía grandemente los ánimos de muchos la memoria de que el haberles ayudado en sus peligros Luis, había sido ocasión de que el Senado veneciano se hubiese confederado con el rey de Francia para ofenderle, y mucho más les obligaba el miedo de que, por el enojo de haberle negado lo que pedía, les impidiese el ganar á Pisa, lo cual hubiera podido hacer sin mucha dificultad. Pero juzgándose en contrario que no podía resistir al rey de Francia y á los venecianos, parecía peligrosa determinación enemistarse con un Rey cuyas armas se creía que dentro de pocos meses correrían por toda Italia, y borrábase fácilmente la memoria de los beneficios recibidos de Luis en la guerra contra los venecianos (por los cuales, decía con verdad, que habían tenido origen sus peligros), con acordarse de que, por su industria, había procedido primero la rebelión de Pisa, y que el deseo sólo de señorearla les había sustentado y hecho sus-

tentar de otros por muchos meses, y perseguido en aquel tiempo á los florentinos con muchas injurias; de manera que habían sido más grandes las ofensas que los favores; en los cuales aún no había condescendido sino por no poder sufrir que los venecianos le hubiesen quitado aquello que ya con la esperanza y con la ambición, tenía por propio en sus conceptos.

Y consideraban que, si se declaraban por Luis, podría el Rey asimismo, por medio del Papa y de los venecianos, sus confederados, impedir la recuperación de Pisa, por lo cual determinaron á lo último no moverse ni en favor del rey de Francia, ni en el del duque de Milán, y en este medio hacer la empresa de Pisa, para la cual pensaban que eran bastantes sus propias fuerzas. Con todo eso, por no dar ocasión á Luis de interrumpirla, usando con él de sus artificios, procuraron entretenerle con esperanza lo más que pudiesen, por lo cual, después de haber diferido muchos días la respuesta, enviaron un secretario público á darle á entender que la intención de la República, en cuanto al efecto, era la misma que la suya, sino que había alguna diferencia en el modo; porque estaban determinados, en habiendo recuperado á Pisa, á no faltarle en las ayudas que pedía; pero que conocían por muy dañoso hacer con él expreso concierto, porque, no pudiéndose despachar estas materias en las ciudades libres sin el consentimiento de muchos, no podían estar secretas, y en descubriéndose, darían ocasión al rey de Francia para que hiciese que el Papa y los venecianos socorriesen á los de Pisa, por lo cual la promesa les sería á ellos dañosa y á él inútil, porque no ganándose á Pisa, ni ellos estarían obligados, ni le podrían obligar. Por tanto, que creyese que bastaba la fe que se daba de palabra con el conocimiento de los ciudadanos principales, de cuya autoridad dependían todas las determina-

ciones públicas, y que no rehusaban por otra razón concertarse con él por escrito. Ofrecían finalmente, para mayor declaración de sus ánimos, que si se mostrase por algún camino poder satisfacer su deseo, huyendo tan gran daño, estarían dispuestos á ejecutarle.

Por esta respuesta, aunque aguda y llena de artificio, y porque no aceptaban la oferta de sus ayudas, conoció Luis que no podía tener esperanza cierta de su gente, advirtiéndole que de todas partes le faltaban las esperanzas, porque el socorro que continuamente le prometía el Rey de romanos estaba muy incierto, por la variedad de su condición y por el embarazo de la guerra con los suizos. Si bien Fadrique prometía enviarle cuatrocientos hombres de armas y mil quinientos infantes, gobernados por Próspero Colonna, dudaba, no tanto de su voluntad (porque la defensa del ducado de Milán era también en beneficio suyo), cuanto de su poder y tibieza; y Hércules de Este, su suegro, á quien había pedido ayuda, le había respondido, casi culpándole de la injuria antigua de que, por su medio, les hubiese quedado á los venecianos el Polesino de Rovigo, que le pesaba estar impedido para ayudarlo, porque estando los confines de los venecianos tan cerca de las puertas de Ferrara, debía atender á guardar su propia casa.

Perdidas, pues, todas las esperanzas que no dependían de sí mismo, atendía con cuidado á fortificar á Anón, á Novara y á Alejandria de la Paglia, villas expuestas á los primeros movimientos del rey de Francia, con determinación de exponer á su primer ímpetu á Galeazo de San Severino con la mayor parte de sus fuerzas, y el resto, gobernado por el marqués de Mantua, oponerle á los venecianos; si bien poco después, ó por imprudencia ó por avaricia ó porque á los designios del cielo no se puede resistir, desordenó él mismo esta defensa; porque habiéndose comenzado á persuadir va-

namente que los venecianos (á los cuales el otomano Bayaceto había roto la guerra por tierra y mar con gran aparato), necesitados á defender contra tan grande enemigo lo que les tocaba, no le habían de molestar, y deseando satisfacer á Galeazzo de San Severino, que estaba impaciente porque el marqués le precediese en título, comenzó á mover á éste dificultades, rehusando pagarle una cantidad que le debía de pagas atrasadas, y pidiéndole juramento y cauciones no acostumbradas para la guarda de la palabra; y aunque viendo después que los venecianos enviaban continuamente gente al Bresciano para estar prevenidos á mover la guerra al mismo tiempo que los franceses lo hiciesen, procurase por medio del duque de Ferrara, suegro de ambos, reconciliarse con él, no se resolvieron tan presto las dificultades que no llegasen antes los peligros, que cada día se veían mayores, porque á el Piamonte (donde el duque de Saboya se había juntado de nuevo con el Rey), pasaba continuamente gente que se detenía en la vecindad de Asti, y las esperanzas del duque se disminuían siempre, porque el rey Fadrique tardaba en enviarle las ayudas que le había prometido, ó por imposibilidad ó por negligencia. Y alguna esperanza que le quedaba de que los florentinos, cuando ganaran á Pisa, le enviarían en socorro á Paulo Vitelli (de cuyo valor hacía toda Italia gran cuenta), fué interrumpida por la diligencia del rey de Francia, porque con ásperas palabras y casi amenazas, usadas con sus embajadores, alcanzó que le prometiese la República secretamente, por una escritura, que no daría ninguna ayuda al duque sin recibir en recompensa de esto para sí alguna promesa; por lo cual Luis, dejando en los confines de Venecia debajo del gobierno del conde Gaiazzo poca defensa, envió á Galeazzo de San Severino de la otra parte del río Pó con mil seiscientos hombres de armas

y mil quinientos caballos ligeros, diez mil infantes italianos y quinientos tudescos; pero más con intención de atender á la defensa de los lugares que á resistir en campaña, porque juzgaba que el entretenerse era provechoso por muchas razones, y especialmente porque esperaba de día en día la conclusión del acuerdo que trataba en su nombre Visconti entre Maximiliano y las ligas de suizos; pues luego que fuese acabado, le había prometido Maximiliano sus ayudas poderosas; pero de otra manera, no sólo no las podía esperar, si no le era muy difícil levantar gente á su sueldo en aquellas provincias, porque los movimientos, que eran grandísimos, llevaban la gente del país á aquella guerra.

No se hizo por ninguna parte más facción que ligeras correrías hasta que hubo pasado los montes la gente que estaba señalada para la guerra debajo del gobierno de Luis de Ligni, Everardo de Obigni y Juan Jacobo Tribulcio, porque si bien venía el Rey á Lyón, echando voz que quería pasar á Italia cuando fuese menester, entendía gobernarla por medio de sus capitanes.

Juntándose todo el ejército del Rey, en el cual fueron mil seiscientas lanzas, cinco mil suizos, cuatro mil infantes gascones y otros cuatro mil de otras partes de Francia, los capitanes sitiaron á 13 de Agosto el castillo de Arazzo, situado en la ribera del Tanaro, y aunque había en él quinientos infantes, lo tomaron en muy poco tiempo, siendo la ocasión de tanta brevedad la furia de la artillería y no menos la vileza de los defensores. Tomado el castillo de Arazzo, fueron á sitiar á Anón, castillo puesto sobre el camino real entre Asti y Alejandría, sobre la línea del Tanaro contraria de Arazzo, fuerte de sitio y que pocos meses antes le había fortificado muy bien el duque de Milán; y si bien

el San Severino, que alojaba en la campaña cerca de Alejandría, al saber la pérdida de Arazzo, había deseado enviar á aquel castillo nueva y mejor infantería, porque setecientos infantes que había metido primero, eran gente bisoña y no práctica de la guerra, no pudo ponerlo en ejecución, porque los franceses, para impedir que fuese socorro, habían metido gente en la villa de Filizano, con licencia del marqués de Monferrato, señor de aquel lugar, que está situado entre Alejandría y Anón, por lo cual, no haciendo los que estaban en Anón mejor prueba de lo que se esperaba, la ganaron los franceses en dos días, habiendo batido primero el burgo y después el lugar por cuatro partes; después ganaron la fortaleza y degollaron á todos los infantes que se habían retirado á ella. Espantado el San Severino por este suceso, más repentino de lo que se había creído, se retiró á Alejandría con toda la gente, excusándose de su miedo con decir que tenía inútil infantería, y que los pueblos mostraban ánimo poco firme en el servicio de Luis, por lo cual, cobrando mucho más ánimo los franceses, se acercaron á cuatro millas de Alejandría, y al mismo tiempo tomaron á Valenza (donde había muchos soldados y artillería), por industria de Donato Raffagnino, milanés, castellano de aquella plaza, á quien tenía sobornado con promesa el Tribulcio, y que, metiéndolos por la fortaleza en la villa, prendieron ó mataron todos los soldados, y entre ellos quedó preso Octaviano, hermano natural de San Severino. Es cosa digna de notar, que este mismo castellano había, veinte años atrás, faltado á la palabra á madama Bona y al pequeño duque Juan Galeazzo, entregando á Luis Sforza una puerta de Tortona, en el mismo día que metió los franceses en Valenza. Discurriendo después ellos por el país, con gran celeridad se les rindieron sin ninguna dificultad Bisignano, Voghiera, Castilnuovo y

Ponte Corone, y lo mismo hizo pocos días después la ciudad y castillo de Tortona, de donde se retiró á la otra parte del Pó, sin esperar ningún asalto, Antonio María Palavicino, que estaba en su defensa. Llegó el aviso de estos sucesos á Milán, y viéndose Luis Sforza reducido á tantos aprietos, y que con tan grande furia se iba despeñando su Estado, perdido (como sucede en las adversidades tan súbitas) no menos el ánimo, que el Consejo, recurrió á aquellos remedios, á los cuales, cuando suelen acudir los hombres en las cosas perdidas y reducidas en sí á la última desesperación, manifiestan más á todos lo grande del peligro, que consiguen algún fruto. Hizo hacer lista en la ciudad de Milán de todas las personas hábiles para tomar armas, y juntando el pueblo (al cual era muy odioso su nombre por muchas cargas que le había impuesto) le libró de una parte de los gravámenes, añadiendo con palabras muy eficaces, que, si parecía que algunas veces habían estado cargados, no lo atribuyesen á su natural, ni á codicia que jamás hubiese tenido de juntar tesoros, sino á los tiempos y peligros de Italia: que le habían obligado á hacer esto, primero la grandeza de los venecianos, y después la pasada del rey Carlos para poder tener en paz y seguridad aquel Estado, y resistir á quien quisiese acometerle, habiendo juzgado que no podía hacer mayor beneficio á su patria y á sus lugares que proveerlos para que las guerras no los maltratasen; y que este fuera consejo de inestimable utilidad, lo habían mostrado claramente los frutos recogidos de él, porque habían estado tantos años debajo de su gobierno en suma paz y tranquilidad, aumentado grandemente la magnificencia, las riquezas y el esplendor de aquella ciudad, de que hacían fe manifiesta los edificios, las pompas y tantos ornamentos, y la multiplicación que había sido casi infinita de los oficios y de los morado-

res; pues en estas cosas no sólo no cedían la ciudad y ducado de Milán á otra cualquier ciudad y provincia de Italia: que se acordasen que los había gobernado sin ninguna crueldad, y con cuánta mansedumbre y benignidad había oído siempre á cualquiera, y que solo entre todos los príncipes de aquel tiempo, sin perdonar fatiga ó trabajo de su persona, había por sí mismo, en los días señalados para las audiencias públicas, administrado á todos justicia sumaria é imparcial: que se acordasen de los méritos y amor de su padre, que los había gobernado antes como á hijos que como á vasallos, y se pusiesen delante de los ojos cuán cruel sería el Imperio soberbio é insolente de los franceses, los cuales, por la cercanía de aquel Estado con el reino de Francia, harían, si lo ocupasen, como otras veces lo habían hecho de toda Lombardía, silla firme y perpetua de sus pueblos, echando á sus antiguos habitantes. Por tanto les rogaba que, apartando sus ánimos de las costumbres bárbaras é inhumanas, se dispusiesen á defender juntamente la patria y el bien propio, pues no se debía dudar que, si se esforzaban á sustentar por un breve tiempo los peligros, sería fácil el resistir, por ser los franceses más furiosos en acometer que constantes en perseverar, y porque esperaba sin dilación poderosas ayudas del Rey de romanos, el cual, habiendo ya compuesto sus cosas con los suizos, se prevenía para socorrerle en persona, y que estaba en el camino la gente que los reyes de Nápoles le enviaban con Próspero Colonna, y creía que el marqués de Mantua, habiendo acabado con él todas las dificultades, había entrado ya en el Cremonés con trescientos hombres de armas. Añadiendo á esto la prontitud y fe de su pueblo, se tendría por muy seguro de los enemigos, aunque demás de aquel ejército, se hubiese juntado todo el poder de Francia.

Oídas estas palabras con mayor atención que fruto, no ayudaron más de lo que aprovecharon las armas que estaban en la oposición de los franceses, por cuyo miedo, teniendo en poco el peligro que les amenazaba de haber movido ya los venecianos la guerra en la Ghiaradada, y tomado la villa de Caravaggio y las otras cerca del Adda, llamó al conde de Gaiazzo con la mayor parte de su gente que había enviado á aquella defensa, y le hizo ir á Pavía para que se juntase con Galeazzo á la defensa de Alejandría. Pero acelerábase ya su ruina por todas partes, porque el conde de Gaiazzo se había concertado primero secretamente con el rey de Francia, pudiendo más el enojo de que su hermano menor en edad y en el ejercicio de la guerra le fuese antepuesto en el gobierno del ejército y en todas las honras y favores, que la memoria de los innumerables beneficios que él y su hermano habían recibido de Luis. Afirmaban algunos que unos meses antes había llegado á sus oídos aviso de este engaño, y habiendo estado un rato pensativo sobre ello entre sí mismo, respondió finalmente á quien se lo había dicho, que no se podía persuadir de una ingratitud tan grande, pero que si era verdad, no sabía cómo remediarlo ni de quién se hubiese de confiar, si los más familiares y beneficiados le eran traidores; afirmando que no juzgaba por menor ó menos dañosa calamidad privarse, por vana sospecha, de los servicios de las personas fieles, que por indiscreta credulidad confiarse en la fe de aquellos que merecen ser sospechosos.

Mientras que el conde de Gaiazzo hacía el puente en el Pó para pasar con su hermano, y artificiosamente alargaba la ejecución de la obra, y después de acabado, difería el pasar, habiendo estado ya el ejército francés dos días sobre Alejandría, y batiéndola con la artillería, Galeazzo, con quien estaban mil y doscientos hom-

bres de armas, otros tantos caballos ligeros, y tres mil infantes, el tercer día en la noche, sin haber conferido sus designios con ninguno de los otros capitanes, excepto con Luis Malvezzo, huyó ocultamente de Alejandría, acompañado de una parte de los caballos ligeros, mostrando á todo el mundo, con grande infamia suya y no con menos vituperio de la prudencia de Luis, cuánta diferencia hay de manejar un caballo y entrar en las justas y torneos con gruesas lanzas (ejercicio en que se adelantaba á cualquier otro italiano) que ser capitán de un ejército; y con cuánto daño propio se engañan los príncipes que, en el elegir las personas á quien cometan negocios grandes, tienen mayor consideración á favorecer á quien eligen, que á su virtud.

Al publicarse en Alejandría la ida de Galeazzo comenzó todo el resto de la gente con gran alboroto, unos á huir y otros á esconderse, y entrando con esta ocasión al amanecer el ejército de Francia, no sólo robaron á los soldados que allí habían quedado, sino saquearon toda la ciudad con la licencia de la guerra. Decíase que había recibido Galeazzo cartas escritas con el nombre y sello de Luis Sforza en que le mandaba que, por haber nacido cierto movimiento en Milán, se retirase allá luego con toda la gente, y algunos creyeron después que habían sido ordenadas falsamente por el conde de Gaiazzo, para facilitar con este artificio la victoria de franceses. Solía mostrar después Galeazzo estas cartas para su justificación, como si por ellas se le hubiera mandado, no que llevase el ejército salvo, y en caso que conociese que lo podía hacer, sino que lo desamparase temerariamente. Pero esto no es tan cierto, cuanto lo es á todos que, si Galeazzo hubiera tenido consejo de capitán ó ánimo militar, pudiera, no sólo defender fácilmente á Alejandría y la mayor parte de las cosas de la otra parte del Pó con la gente que tenía, sino quizá tenido al-

gún suceso próspero, porque, habiendo pocos días antes pasado el río de la Vernia una parte del ejército francés y sobrevenido grandes lluvias, hallándose cercados entre los ríos de la Vernia y del Tanaro, no tuvo ánimo Galeazzo para acometerles, si bien le fué significado que algunos de sus caballos ligeros, saliendo de Alejandría por el puente del Tanaro que junta el burgo con la ciudad, y yendo en su seguimiento, habían casi puesto en huída la primera escuadra.

La pérdida de Alejandría espantó á todo lo restante del ducado de Milán, que cada hora se veía oprimido de nuevas calamidades, porque, pasado el Pó, los franceses habían ido á sitiar á Mortara, por lo cual Pavía se había concertado con ellos, y la gente veneciana, habiendo tomado el castillo de Caravaggio y pasado por un puente de barcas el río del Adda, había corrido hasta Lodi y ya casi se inquietaban todos los otros lugares. En Milán no había menor confusión y miedo que en otra parte, porque, sublevada toda la ciudad, había tomado las armas, con tan poco respeto de su señor, que, saliendo en la mitad del día del castillo Antonio de Landriano, tesorero general del Duque, de hablar con él, fué muerto en la calle pública, ó por enemistades particulares ó por orden de quien deseaba cosas nuevas. Entrando Luis por este accidente en gran miedo de su propia persona, y perdidas todas las esperanzas de poder resistir, determinó, dejando bien guardado el castillo de Milán, irse con sus hijos á Alemania, para huir del peligro presente y solicitar, según se decía, á Maximiliano para que viniese á favorecerle, el cual ó había concluído la paz con los suizos ó la tenía por segura.

Tomada esta determinación, hizo luego ir á sus hijos acompañados del cardenal Ascanio, que pocos días antes había venido de Roma para socorrer cuando pudiese

las cosas de su hermano y del cardenal de San Severino, y juntamente con ellos envió el Tesoro, que estaba mucho más disminuído de lo que solía, porque es manifiesto que, habiéndolo mostrado Luis ocho años antes, por ostentar su poder, á los embajadores y á otros muchos, se había hallado que pasaba entre dinero y vasos de plata y oro, sin las joyas, que eran muchas, de millón y medio de ducados, pero en este tiempo, según la opinión de la gente, pasaba poco de doscientos mil. Partidos sus hijos, señaló (aunque no se lo aconsejaban los suyos) para la guarda del castillo de Milán á Bernardino de Corte, natural de Pavía, que entonces era allí castellano antiguo, criado suyo, anteponiendo la fe de éste á la de su hermano Ascanio, que se le había ofrecido para encargarse de ello; dejó tres mil infantes, gobernados por capitanes de confianza, y provisión de vituallas de municiones y de dinero bastantes para defenderle muchos meses; y resuelto á fiarse en las cosas de Génova de Agustín Adorno, que entonces era gobernador, y de Juan, su hermano, con quien estaba casada una hermana de San Severino, les envió las contraseñas del Castillejo. Restituyó á los Borromeos, gentiles hombres de Milán, á Anghiera, Arona y otros lugares en el Lago Mayor que les había ocupado; á Isabel de Aragón, mujer que había sido de Juan Galeazzo, la dió, á cuenta de su dote, el ducado de Bari y el principado de Rossano, por treinta mil ducados, aunque ella no le había querido entregar el hijo pequeño de Juan Galeazzo, á quien él deseaba llevar con sus hijos á Alemania; y después que, ordenadas estas cosas, se había detenido cuanto le pareció que lo podía hacer con seguridad, gobernándose ya el lugar por sí mismo, partió á dos de Septiembre, con muchas lágrimas, para ir á Alemania acompañado del cardenal de Este, de Galeazzo de San Severino, y por asegurarse el camino, de no pequeño

número de hombres de armas y de infantería de Lucio Malvezzo.

Apenas hubo salido del castillo, cuando el conde de Gaiazzo, procurando cubrir con algún color su maldad, saliéndole al encuentro, le dijo que pues él desamparaba el Estado, pretendía estar libre del compromiso de sus servicios y podía tomar por sí cualquier partido que le agradase; é inmediatamente descubrió el nombre y las insignias de soldado del rey de Francia, yendo á servirle con la misma compañía que había levantado y sustentado con el dinero de Luis, el cual, desde Como, donde dejó la fortaleza en manos del pueblo, se fué por el lago hasta Bellagio. Después, desembarcando, pasó por Bornio y por los lugares en donde, en el tiempo que alcanzaba gran gloria y felicidad, había recibido á Maximiliano, cuando pasó á Italia, más como capitán suyo y de los venecianos, que como Rey de Romanos. Fué seguido entre Como y Bornio por la gente francesa y por la compañía del conde de Gaiazzo. De estos lugares, dejando guarda en la fortaleza de Tiranno (que pocos días después la ocuparon los grisonos), se enderezó hacia Inspruck, donde entendía que estaba la persona del Emperador.

Después de la partida de Luis, los milaneses, enviando con presteza embajadores á los capitanes que ya se habían acercado con el ejército á seis millas de la ciudad, convinieron en recibirlos libremente, reservando el capitular para la venida del Rey, del cual, procediendo solamente con la medida del provecho propio, esperaban grandes gracias y exenciones, y lo mismo hicieron sin dilación todos los otros lugares del ducado de Milán. Quiso la ciudad de Cremona, estando sitiada por la gente de venecianos, cuyo imperio aborreecía, hacer lo mismo, pero no queriendo el Rey romper la capitulación que había hecho con ellos, estuvo obligada á

rendírseles. Siguió Génova la misma inclinación, porfiando el pueblo, los Adornos y Juan Luis del Fiesco, sobre cuáles habían de ser los autores principales de darla al Rey, y para que se viese contra Luis una ruina, no sólo tan repentina y grande (habiendo perdido en veinte días tan noble y poderoso Estado), sino también todos los ejemplos de ingratitude, el castellano de Milán, á quien había escogido por el más confidente entre todos los suyos, sin esperar ni un cañonazo, ni ninguna forma de asalto, entregó al rey de Francia el castillo, doce días después de la ida de Luis, el cual se tenía por inexpugnable, recibiendo en premio de tan gran maldad gran cantidad de dinero, la compañía de cien lanzas y otras muchas gracias y privilegios, pero con tan gran infamia y odio, aun entre los franceses que, rehusando todos su trato, como de fiera pestífera y abominable, escarnecido por todas partes adonde llegaba con palabras afrentosas y atormentado por la vergüenza y por la conciencia (muy poderoso y cruel azote de quien obra mal), murió poco después de pena. Participaron de esta infamia los capitanes que quedaron con él en el castillo, y sobre todos Filipino de Fiesco, criado por el Duque y que le había dejado por muy fiel, quien, en lugar de aconsejar al castellano que se sustentase, cegado por grandes promesas, le aconsejó lo contrario, y junto con Antonio María Palavicino, que intervenía en nombre del Rey, trató la entrega.

Tuvo el Rey en Lyon nueva de tan gran victoria sucedida antes de lo que había esperado, y pasó luego á Milán con gran presteza, donde, siendo recibido con gran alegría, concedió la exención de muchos tributos, si bien el pueblo, destemplado en sus deseos, habiendo juzgado que sería libre de todos, no quedó con mucha satisfacción. Dió muchas rentas á muchos gentiles-hombres del Estado de Milán, entre los cuales,

reconociendo los méritos de Juan Jacobo Tribulcio, le concedió á Vigevene y otras muchas cosas.

Al mismo tiempo que por el rey de Francia se movían las armas contra el duque de Milán, Paulo Vitelli, recogiendo la gente y las provisiones de los florentinos para poder después con más facilidad atender á tomar á Pisa, sitió la villa de Cascina, que si bien estaba bien proveída de defensores y de las otras cosas necesarias, y asimismo con muy buenos fosos y reparos, la ganó en veintiséis días después que hubo planteado la artillería; porque habiendo comenzado á atemorizarse la gente del gran efecto que, por ser las murallas flacas, había hecho la artillería, los soldados forasteros que había dentro se rindieron con condición de quedar libres las personas y las haciendas propias, y dejando á los comisarios y á los soldados pisanos al arbitrio libre de los vencedores. Rindiéronse después á la demanda de un solo trompeta, la Torre, que estaba edificada para guardar la boca del Arno y el bastión del Stagno, que habían desamparado los pisanos; de manera que por ellos no había otra cosa en toda la comarca sino la fortaleza de la Berrucola y la torre pequeña del Ascanio, que la habian dejado de molestar los enemigos por el embarazo de haber de pasar el río del Arno si las querían tomar, y porque estando contiguas con Pisa, podrían fácilmente ser socorridas, no importando á la suma del negocio perder allí tiempo.

Quedaba, pues, sola la expugnación de Pisa, empresa que tenían por dificultosa los que discurrían prudentemente por la fortaleza de la ciudad, y por el número, valor y obstinación de la gente que había dentro; porque si bien en Pisa no estaban soldados forasteros, excepto Gurlino de Rávena que (viniendo á servir á los venecianos) se habían quedado allí por su voluntad después de la partida de su gente, era grande el núme-

ro de los ciudadanos y de los del país, y no menor en calidad que en cantidad, porque, por la continua experiencia de cinco años, se habían casi todos habilitado para la guerra, y estaban con propósito tan obstinado de no volver debajo del dominio de los florentinos, que hubieran tenido por menor otro cualquier trabajo. No tenían las murallas de la ciudad fosos delante, pero eran muy gruesas, de piedra de antigua fábrica, y de tal suerte trabadas por la propiedad de la cal de aquel país, que por su dureza, resistiendo más á la artillería de lo que comúnmente suelen las otras, daban mucho lugar á los que estaban dentro para repararlas antes que cayesen. Pero, con todo eso, determinaron los florentinos acometerla, aconsejados á lo mismo por Paulo Vitelli y por Rinuccio de Marciano, los cuales daban gran esperanza de que se ganaría en quince días, y habiendo juntado para este efecto diez mil infantes y mucha caballería, haciendo muchas provisiones, según lo pedía el capitán, la sitió el último día de Julio, no por la parte del Arno que prohibía el socorro que le viniese de hacia Luca, como muchas veces lo habían acordado, y como hacían instancia los florentinos, sino por la otra parte del río, enfrente de la fortaleza de Stampace; porque le parecía que se facilitaba mucho la victoria si ganaba aquella fortaleza, ó para tener mayor comodidad de vituallas que se conducían de los castillos de los cerros, ó porque había tenido noticia de que los pisanos, no creyendo que pondrían el sitio por aquella parte, no habían comenzado ningún reparo, como lo habían hecho por la otra.

Comenzóse á batir con veinte piezas gruesas de artillería la fortaleza de Stampace y la muralla por la mano derecha é izquierda por muy largo espacio, desde San Antonio á Stampace, y después hasta la puerta que se llama del Mar, que está en la orilla del Arno, y por el

contrario, no dejando los pisanos de trabajar de día ni de noche y juntamente con ellos las mujeres, no menos pertinaces y animosas en esto que los hombres, hicieron en muy pocos días detrás de la muralla que se batía un reparo de gran grueso y altura, y un foso muy profundo, sin espantarles el ser heridos y muertos muchos mientras trabajaban, ó por las balas de los cañones, ó por las piedras que hacían saltar en los rebotes. Ofendía asimismo este daño á los soldados del ejército, heridos de tal manera por la artillería de los de adentro, mayormente de un pasavolante que estaba plantado sobre la torre de San Marcos, que veíanse obligados en todo el ejército á levantar el terreno para repararse, ó alojarse en los fosos. Procedióse muchos días en esta forma, y aunque se había ya derribado gran pedazo de muralla desde San Antonio á Stampace, y reducido aquella fortaleza á término que esperaba el capitán poderla ganar sin mucha dificultad, con todo, por ganar la victoria más fácilmente, continuaba batiendo desde Stampace hasta la puerta del Mar, escaramuzándose en este ínterin muy á menudo entre el muro batido y el reparo, que estaba tan apartado del muro, que toda Stampace quedaba fuera de él. En una de estas escaramuzas fué herido de un arcabuzazo el conde Rinuccio. Era el parecer del capitán que, ganado á Stampace, se plantase la artillería sobre él y sobre la muralla batida, desde donde, descubriendo por el costado toda la parte que defendían los pisanos, esperaba por casi cierta la victoria, y al mismo tiempo poder derribar hacia el reparo una altura de muralla entre Stampace y el reparo, la cual habían antes cortado con picos, y se sustentaba con puntales de madera, para que, llenándose el foso, se facilitase más la subida á los soldados. Por otra parte, los pisanos que se gobernaban en la defensa por el consejo de Gurdino, habían hecho á la parte de

San Antonio algunas casamatas en el foso para impedir á los enemigos el cegarlos, en caso que bajasen á él. Esparcieron sobre los reparos mucha artillería hacia San Antonio, y tenían alojados sus infantes al pie del reparo para que, si se redujesen las cosas á estrechura, se opusiesen á los enemigos con sus propias personas.

Finalmente, Paulo Vitelli á los diez días de puesto el sitio, no queriendo diferir más el tomar á Stampace, presentó al amanecer la batalla, y aunque ofendidos los soldados por la artillería de la ciudadela vieja, la tomó con más presteza y facilidad de lo que había esperado, y con tan grande espanto de los pisanos que, desamparando los reparos, se entraban huyendo por toda la ciudad, y muchos se fueron de Pisa, yendo con ellos Pedro Gambacorta, ciudadano noble, con cuarenta ballesteros á caballo que militaban debajo de su orden; y se hubieran huído muchos más si no hicieran resistencia en las puertas los magistrados, de manera que es cierto que si se pasara más adelante se ganara aquella mañana la victoria con gran gloria del capitán, al cual le hubiera sido muy feliz aquel día que fué origen de sus calamidades; porque, no conociendo (según la disculpa que daba después) la ocasión que, sin esperarla, se le puso delante, habiendo ordenado que aquel día se diese el asalto con todo el ejército no más que á la torre, no sólo no envió la gente á asaltar el reparo adonde no hubieran hallado resistencia, sino que hizo volver atrás la mayor parte de la infantería que, sabiendo la toma de Stampace, deseosa de saquear la ciudad, corría alborotadamente para entrar en ella.

En este medio los pisanos, volando la fama por la ciudad de que no seguían los enemigos la victoria, incitados de las voces y llantos miserables de las mujeres que les aconsejaban que escogiesen antes la muerte que la conservación de la vida debajo del yuyo de los

florentinos, comenzaron á volver á la guarda de los reparos adonde, habiendo vuelto Gurdino y considerando que del rebellón que tenía Stampace hacia el lugar, había un camino que iba hacia la puerta del Mar, que antes la habían llenado de tierra y de madera, y fortificado por la parte del campo, pero no habían proveído el otro camino á la parte de Stampace, lo hizo luego reparar y llenar por aquel lado, y haciendo un terraplén con artillería que tiraba por través, impedía la entrada por aquella parte.

Ganado Stampace, hizo Paulo subir á lo alto algunos falconetes y pasavolantes que tiraban hacia toda Pisa, pero no ofendía los reparos, los cuales, aunque estaban ofendidos por la artillería plantada en lo bajo, no los desamparaban por eso los pisanos. Al mismo tiempo batían la casamata de hacia San Antonio, la puerta del Mar y las defensas. No cesaba Paulo Vitelli de procurar con todo esfuerzo henchir el foso con fagina para facilitar la toma del reparo. Contra estas cosas, los pisanos, en cuya ayuda les habían enviado de Luca la noche siguiente trescientos infantes, acrecentados de ánimo, echaban fuegos artificiales en el foso, y poniendo gran estudio en obligar á los del ejército á que dejaran la torre de Stampace, volvieron hacia ella un pasavolante muy grande, llamado el Búfalo, y á pocas veces que tiró, hicieron que se quitase la artillería que estaba plantada en lo alto, y aunque contra él volvió Paulo algunos pasavolantes que le desbocaron, no cesando por esto de tirar, maltrató de tal manera los más de la torre, que al fin se vió Paulo obligado á quitar la artillería y desampararla. Ni fué mayor el suceso de la muralla cortada, porque, habiéndola asimismo apuntado los pisanos por la parte de adentro, para hacerla caer á la parte de afuera del foso, cuando Paulo la quiso derribar se estuvo firme. No quitó este suceso al

capitán la esperanza de ganar la victoria, y procurándola según su condición que era de ganarla más seguramente y con el menor daño del ejército que pudiese, aunque en muchas partes había ya caídas más de quinientas brazas de muralla, atendía continuamente á ensanchar la batería, á hacer esfuerzos para llenar los fosos del lugar y á fortificar la torre de Stampace, para plantar de nuevo la artillería en ella, y poder batir por el flanco los reparos grandes que habían hecho los pisanos; procurando con toda su práctica y maña ganar continuamente mayor oportunidad para dar más seguramente el asalto general que estaba ordenado, y si bien ya tenía dispuestas las cosas de manera que cuando se diese se podía esperar mucho la victoria, la dilatada de buena gana, porque se disminuiese tanto más el daño del ejército y se tuviese mayor certeza de ganarla, aunque los comisarios de los florentinos (á los cuales era muy fastidiosa cualquier dilación) incitados con cartas y mensajeros continuos de Florencia, no cesaban de provocarle diciéndole, que con abreviar la victoria, previniese los embarazos que cada día podían nacer.

Esta determinación de Paulo, acaso más prudente y más conforme á la disciplina militar, tuvo la fortuna contraria; porque, siendo el país de Pisa, que está lleno de lagunas y de pantanos entre la marina cercana y la ciudad, sujeto en aquella sazón del año á vientos pestilenciales y especialmente por la parte en que estaba alojado el ejército, sobrevinieron en él, en dos días, infinitas enfermedades, por las cuales, cuando quiso Paulo dar el asalto, que fué á 24 de Agosto, entendió que gran número de gente no estaba para ello, y que los que estaban sanos no bastaban para darlo. Aunque procuraron restaurar este desorden los florentinos y él, que también estaba tocado de la enfermedad como los

otros, con tomar á sueldo mucha gente, con todo eso, prevalecía de tal manera la influencia pestilente, que era cada día mucho mayor la disminución de la gente que el aumento; por lo cual, desesperado al fin de alcanzar la victoria y temiendo algún daño, determinó levantar el sitio, contradiciéndolo mucho los florentinos, porque deseaban que, metiendo en la fortaleza de Stampace guarda suficiente, mantuviese con el ejército cercada á Pisa. Despreciado por él este consejo, porque, por estar maltratada la fortaleza de Stampace, primero por su artillería y después por la de los pisanos, no se podía defender, desamparándola, recogió todo el ejército á 4 de Septiembre por el camino de la marina, y desconfiando de poder llevar la artillería á Cascina por tierra, porque por las lluvias estaban los caminos muy pantanosos, la embarcó en la boca del Arno para que se llevase á Liorna. Pero mostrándose en todo contraria la fortuna, se anegó una parte que poco después recuperaron los pisanos, los cuales al mismo tiempo volvieron á tomar la torre que está en guarda de la boca.

Aumentóse tanto por estos accidentes la opinión siniestra que había concebido el pueblo contra Paulo, que pocos días después, llamándole á Cascina los comisarios, debajo de color de disponer la distribución de la gente en los alojamientos, fué preso por ellos, por orden del Magistrado Supremo de la ciudad, de donde, enviado á Florencia y siendo examinado ásperamente con tormentos la misma noche que llegó á aquella ciudad, fué degollado al día siguiente por orden del mismo Magistrado. Faltó poco para que sufriera el mismo infortunio su hermano, á quien enviaron á prender en aquel mismo instante los comisarios; pero Vitellozzo, malo como estaba de una enfermedad que le dió en el cerco de Pisa, se levantó de la cama fingiendo que

quería obedecer, y entretanto que ponía tiempo en medio para vestirse, subiendo á caballo con ayuda de algunos de los suyos que se hallaron allí, huyó á Pisa, siendo recibido con grande alegría por los pisanos.

Fueron los capítulos principales de la condenación contra Paulo: que había procedido de su voluntad el no ganar á Pisa, habiendo tenido comodidad de tomarla el día que tomó la fortaleza de Stampace; que por la misma ocasión, había diferido tanto dar el asalto; que muchas veces había oído á hombres que llegaban de Pisa y nunca comunicado á los comisarios sus embajadas; que había levantado el sitio contra la orden pública, desamparando á Stampace; que había invitado á alguno de los otros capitanes para ocupar, en su compañía, á Cascina, á Vico Pisano y su artillería para poder, en las pagas y en las otras condiciones, tratar como le pareciere á los florentinos; que en el Casentino había tenido pláticas secretas con los Médicis, y en el mismo tiempo había tratado y casi concluído con los venecianos que les comenzaría á servir luego que se hubiese acabado su compromiso con los florentinos, que estaba ya casi al fin; lo cual no había tenido perfección porque los venecianos, habiendo hecho concierto con los florentinos, rehusaron llevarle, y que por estas razones había dado el salvoconducto al duque de Urbino y á Julián de Médicis. Examinado sobre estas cosas no confesó nada particular que le agravase; pero con todo eso, no le examinaron más largamente, porque por miedo de que el rey de Francia, que ya había venido á Milán, pidiese su libertad, fué acelerada la ejecución de su muerte.

Tampoco ninguno de sus parciales (que después de su muerte fueron examinados con más comodidad) confesó otra cosa sino que no estaba Paulo satisfecho de los florentinos por el favor que habían dado en su

competencia al conde Rinuccio, por la dificultad de despachar las provisiones que pedía y algunas veces sus cosas particulares y por lo que vulgarmente se decía en Florencia contra él; por lo cual, aunque quedase opinión en algunos de que no había procedido sinceramente, como si aspirara á hacerse señor de Pisa y á ocupar alguna parte del dominio florentino en donde sustentaba muchas inteligencias y amistades, con todo eso, la mayor parte fué de opinión contraria, persuadiéndose que deseara sumamente ganar á Pisa por el interés de la gloria (primer fin de los capitanes de guerra), pues ganando esta empresa, la alcanzaría muy grande.

Al llegar el rey á Milán concurrieron á su presencia todos los potentados de Italia (excepto el rey Fadrique), parte personalmente, y parte por sus embajadores. Unos sólo para alegrarse de la victoria, otros para justificarse de la imputación de haber sido más inclinados á Luis Sforza que á él, y otros para establecer con él para en adelante sus cosas. A todos acogió benignamente, y con todos hizo conciertos, pero diferentes, según la diversidad de las condiciones y lo que podía juzgar que le aprovecharía. Tomó en su protección al marqués de Mantua y le dió una compañía de cien lanzas, la Orden de San Miguel y provisión honrada. Asimismo recibió debajo de su amparo al duque de Ferrara. Ambos habían ido personalmente á su presencia, pero éste no sin gasto y dificultad, porque, después que hubo entregado á Luis Sforza el castillo de Génova, había sido tenido siempre por de ánimo ajeno de las cosas de Francia. Demás de estos, aceptó en su protección (recibiendo dineros de él) á Juan Bentivoglio, que había enviado á Annibal, su hijo.

Mas las cosas de los florentinos se compusieron con mayor coste y dificultad, contra los cuales estaba casi

toda la Corte (olvidando sus méritos y lo que habían padecido en tiempo del Rey pasado por seguir la amistad de los franceses), no aceptando las razones que les habían obligado á estar neutrales, por no provocar contra sí á Luis Sforza en las cosas de Pisa, porque en los pechos de los franceses duraba todavía la impresión que sintieron cuando el rey Carlos concedió la libertad á los pisanos, y aun en los capitanes y gente de guerra había crecido la afición por la fama que se había extendido por todas partes de que eran hombres valerosos en las armas. Dañaba demás de esto á los florentinos la autoridad de Juan Jacobo Tribulcio, el cual, por aspirar al dominio de Pisa, favorecía la causa de los pisanos, que deseaban recibirle por señor á él ó á otro cualquiera que pudiese defenderles de los florentinos; los cuales asimismo eran maltratados por toda la Corte por la muerte de Paulo Vitelli, como si hubieran degollado sin causa un capitán de tan gran valor y á quien tenía obligación la corona de Francia por haber sido muerto su hermano y él preso, mientras estaban sirviendo al rey Carlos en el reino de Nápoles. Pero pudiendo finalmente más en el ánimo del Rey el provecho propio que las cosas vanas, se hizo concierto por el cual, recibiendo el Rey en su protección, se obligó á defenderles contra cualquiera, con seiscientas lanzas y cuatro mil infantes, y los florentinos recíprocamente se obligaron á la defensa de sus Estados en Italia, con cuatrocientos hombres de armas y tres mil infantes; que estuviese el Rey obligado á darles, cuando lo pidiesen, las lanzas y artillería que necesitaran para la recuperación de Pisa y de los otros lugares ocupados por los sieneses y por los luqueses, pero no de los que tenían los genoveses, y no pudiendo darles por el momento esta gente, fuese obligado, cuando enviase ejército á la empresa de Nápoles, á volverla toda ó alguna

parte para esta empresa; que en recuperando á Pisa y no de otra manera, estuviesen obligados á darle para la conquista de Nápoles quinientos hombres de armas y cincuenta mil ducados, para pagar cinco mil suizos por tres meses, y que le restituyesen treinta y seis mil ducados que les había prestado Luis Sforza, quitando de ellos lo que declarase Juan Jacobo Tribulcio que había pagado ó gastado por él, y que tomasen por capitán general de su gente al Prefecto de Roma, hermano del cardenal de San Pedro in Vincula, por cuya instancia se pidió esto.

---

## CAPITULO V.

Guerra del duque de Valentino en Romaña.—Auxilio que le envía el rey de Francia.—El duque de Valentino toma á Imola.—Los turcos se apoderan de Friuli.—Catalina Sforza queda prisionera del duque de Valentino.—Juan Jacobo Tribulcio es nombrado gobernador de Milán.—Regreso de Luis Sforza á sus Estados.—Se apodera de Como.—Tribulcio se retira á Novara y Luis entra en Milán.—Luis Sforza toma á Novara.—El ejército francés marcha contra Luis, que cae prisionero con sus capitanes.—Lando se apodera por traición del cardenal Ascanio, entregándolo á los venecianos y éstos al rey de Francia, por miedo.—Luis Sforza es encerrado en el castillo de Loches (donde muere después de diez años de prisión) y el cardenal Ascanio en el de Bourges.

No dormía en tan gran oportunidad la ambición del Papa, al cual, haciendo instancia por la guarda de las promesas, le concedió el Rey, contra los Vicarios de la Romaña, al duque Valentino, que había venido con él

de Francia, trescientas lanzas gobernadas por Ibo de Allegri, y pagadas á su costa propia, y cuatro mil suizos (pero estos á costa del Papa), gobernados por el bailio de Dijon (1).

Las ciudades de la Romaña, que estaban oprimidas de varios accidentes como todas las otras súbditas de la Iglesia, se gobernaban muchos años hábia, en cuan-

(1) Al llegar á este punto hace Guicciardini una larga disertación sobre el origen y progresos del poder temporal de los Papas, censurando enérgicamente las funestas consecuencias que en su época produjo el abuso de esta potestad.

S. M. el rey D. Felipe IV, ó por no interrumpir la narración con este episodio ó por la dureza con que Guicciardini se expresa, no lo tradujo.

La digresión del autor dice así:

“Este suceso y otros posteriormente ocurridos obligan á mencionar los derechos que alegaba la Iglesia sobre la Romaña y otras varias comarcas que poseyó en distintas épocas ó al presente posee, y de qué modo, fundada al principio meramente para la administración espiritual, ha llegado á convertirse en Estado y poder temporal. También conviene narrar, por su conexión con el asunto, las conjunciones y convenios habidas en tiempos diversos, y por este ú otros motivos, entre los Pontífices y los Emperadores.

„Los Pontífices romanos, el primero de los cuales fué el apóstol Pedro y que recibieron de Jesucristo la autoridad en las cosas espirituales, famosos por su caridad, humildad, paciencia, discreción y por los milagros, estuvieron en el principio de la Iglesia, no sólo totalmente desprovistos de poder temporal, sino perseguidos de suerte que, durante largos años, vivieron obscuramente y casi desconocidos; apenas se sabían sus nombres por otra cosa que por el martirio que sufrían con sus secuaces. Entre la multitud de gentes de diversas naciones y profesiones que vivía en Roma, eran á veces poco conocidos los progresos del Cristianismo, y algunos Emperadores no perseguían á los Pontífices, sino cuando creían que no era posible tolerar en silencio sus actos públicos; otros, sin embargo, ó por crueldad ó por amor á sus propios dioses, les persiguieron atrocemente como propagadores de supersticiones nuevas y destructores de su religión.

„En este estado preclaro por la voluntaria pobreza, la santi-

to al efecto, como separadas del dominio eclesiástico, porque algunos de los Vicarios no pagaban el censo debido en reconocimiento de la superioridad; otros lo pagaban con dificultad y muchas veces fuera de tiempo; pero todos, sin distinción, iban á servir á los otros príncipes, sin licencia de los Papas; no exceptuando el no ser obligados á servirles contra la Iglesia y obligán-

dad de la vida y el martirio, vivieron hasta el pontífice Silvestre, en cuyo tiempo, convertido á la fe cristiana el emperador Constantino, y movido por las santas costumbres y por los milagros que se veían de continuo en los que proclamaban á Cristo y seguían su doctrina, libró á los Pontífices de los peligros á que estuvieron expuestos cerca de trescientos años, quedando en libertad de ejercer públicamente el culto divino y los ritos cristianos. Por el respeto que inspiraba la pureza de las costumbres, por los santos preceptos que forman nuestra religión y por la diligencia con que los hombres siguen, las más veces por ambición y algunas por temor, el ejemplo de su Príncipe, comenzó á extenderse por todas partes el nombre cristiano y á disminuir al mismo tiempo la pobreza del clero; porque Constantino, después de edificar en Roma la iglesia de San Juan en Letrán, la de San Pedro en el Vaticano, la de San Pablo y muchas otras en distintos sitios, las dotó, no sólo de ricos vasos y ornamentos, sino además (para la conservación y reparación de las fábricas y la sustentación de los que en ella ejercían el culto divino) de posesiones y rentas.

„En tiempos posteriores fueron muchos los que, persuadidos de que con limosnas y legados á la Iglesia, lograban fácilmente el reino de los cielos, ó fabricaban y dotaban otras iglesias ó dejaban á las ya edificadas parte de sus riquezas. Además, ó por la ley ó por inveterada costumbre, siguiendo el ejemplo del Antiguo Testamento, cada cual pagaba á la Iglesia la décima parte de los frutos de sus propios bienes, cumpliendo los hombres esta obligación con gran exactitud, porque al principio el clero, reteniendo sólo lo indispensable para su vida modestísima, distribuía el resto, parte en la edificación ó adorno de las iglesias, parte en obras piadosas y caritativas.

„No habiendo entrado aún en los pechos la soberbia y la ambición, reconocían universalmente los cristianos por superior de todas las iglesias y de toda la administración espiritual al obispo de Roma, como sucesor del apóstol Pedro; porque esta ciu-

dose ellos á defenderles asimismo contra la autoridad y armas de los Pontífices; de cuyos príncipes eran recibidos con muy gran deseo, por poderse valer de sus armas y de la oportunidad de sus Estados, y no menos por impedir que se acrecentase el poder de los Papas.

Poseían en este tiempo los venecianos en Romaña las ciudades de Rávena y de Cervia, que muchos años

dad, por su antigua dignidad y grandeza, conservaba, como capital de todas las demás, el nombre y la majestad del imperio; porque desde ella se difundía la fe cristiana á la mayor parte de Europa, y porque Constantino, bautizado por el papa Silvestre, había reconocido en él y en sus sucesores voluntariamente tal autoridad. Además, es fama que Constantino (obligado por los sucesos ocurridos en las provincias occidentales á trasladar el trono imperial á la ciudad de Bizancio, llamada por su nombre Constantinopla) donó á los Pontífices el dominio de Roma y de muchas otras ciudades y comarcas de Italia, fama que diligentemente alimentada por los que ocuparon en lo sucesivo la Sede pontificia, fué creída por muchos que respetaban su autoridad; pero desmentida probablemente por los autores y ciertamente por la misma cosa, porque es indudable que entonces y largo tiempo después fué administrada Roma y toda la Italia sujeta al imperio por magistrados que nombraban los Emperadores.

„No falta quien niegue (tan profunda y tupida es la obscuridad en cosas tan antiguas) cuanto se dice de Constantino y de Silvestre, afirmando que esto ocurrió en otros tiempos, pero nadie niega que la traslación del trono imperial á Constantinopla fué el origen del poder de los Pontífices; porque (debilitándose con el tiempo la autoridad de los emperadores en Italia por su continua ausencia y por las dificultades que tuvieron en Oriente) el pueblo romano, alejándose de los Emperadores tanto como se acercaba á los Pontífices, comenzó á prestar á éstos, no vasallaje, sino espontánea obediencia; cosa que se fué demostrando lentamente en las irrupciones de los godos, de los vándalos y de otros pueblos bárbaros que vinieron á Italia, durante las cuales, tomada y saqueada muchas veces Roma, era en lo temporal obscuro é insignificante el nombre del Papa y escasisima en Italia la autoridad de los Emperadores que, con tanta ignominia, la dejaban ser presa de los bárbaros. Entre estos pueblos, el de los Godos (porque la irrupción de los otros fué como un

antes las habían quitado á los de la familia Polenta, habiendo llegado á ser primero de ciudadanos particulares de Rávena, tirános de su patria, y después Vicarios. Faenza, Forli, Imola y Rímíni, eran poseídas por Vicarios particulares, y á Cesena había largo tiempo que la dominaba la familia Malatesta, y por haber muerto pocos años antes sin hijos Domingo, último

torrente), dominó durante setenta años. Eran los godos de nombre y de fe cristianos y procedentes en su origen de la Dacia y la Tartaria. Arrojadados al fin de Italia por las armas de los Emperadores, comenzó de nuevo el gobierno de los italianos por magistrados griegos, siendo el superior de ellos designado con la palabra griega de Exarca y fijando su residencia en Rávena, por la fertilidad del país y porque, después del grande aumento que tuvo con el poderoso ejército que de continuo mantuvieron César Augusto y otros emperadores en el puerto inmediato, que ahora no tiene importancia, el rey godo Teodorico y sus sucesores, por sospechas del poder de los Emperadores, habían elegido aquella ciudad, con preferencia á Roma, para capital de su reino, atendiendo á la ventaja de estar junto al mar más cercano á Constantinopla.

Esta ventaja, aunque por razón contraria, hizo que fijaran allí su residencia los Exarcas, enviando para el gobierno de Roma y de otras ciudades magistrados especiales con el título de duques. De esto proviene el nombre de Exarcado de Rávena que comprendía todas las comarcas, no gobernadas por duques y cuyos habitantes dependían directamente del Exarca.

„En estos tiempos los Pontífices romanos, privados de todo poder temporal, y entibiada la reverencia espiritual, por lo que se diferenciaban ya las costumbres con las de la primitiva Iglesia, vivían como súbditos de los emperadores, sin cuya confirmación ó la de su Exarca, aunque elegidos por el clero y el pueblo romano, no se atrevían á ejercer, ni aun aceptar el pontificado. De aquí que los Obispos de Constantinopla y de Rávena (porque comúnmente la supremacía en la religión estaba donde residía la del imperio y del ejército) disputaban la primacía al Obispo romano.

„Algún tiempo después cambiaron grandemente las cosas por entrar en Italia los longobardos, gente ferocísima, ocupando la Galia Cisalpina, que, del nombre de los invasores, tomó el de Lombardía. Rávena con todo el Exarcado, y otras muchas par-

Vicario de aquella ciudad, había vuelto debajo del imperio de la Iglesia. Pretendiendo el Papa que aquellas ciudades debían volver á la Sede apostólica, por diversas causas, y queriendo restituirlas en sus antiguas jurisdicciones, pero con intención verdaderamente de adjudicarlas á su hijo César, había concertado con el rey de Francia que, en habiendo ganado el ducado

tes de Italia fueron ocupadas por ellos, extendiéndose sus armas hasta la Marca de Ancona, Spoleto y Benevento, en cuyas ciudades crearon duques especiales; no contrarrestando los Emperadores esta invasión, parte por desidia, parte por las dificultades con que tropezaban en Asia.

„Privada Roma de la ayuda de los Emperadores y no existiendo ya en Italia la magistratura de los Exarcas, empezó á regirse por dos consejos y por la autoridad de los Pontífices, quienes, oprimidos con los romanos durante largo tiempo por los longobardos, impetraron finalmente la ayuda de Pipino, rey de Francia. Pasó éste con poderoso ejército á Italia que hacia ya doscientos años dominaban los longobardos; arrojóles de una parte de sus dominios; donó el Pontífice y á la Iglesia romana, como cosas suyas adquiridas por derecho de guerra, no sólo Urbino, Fano y Agobbio y muchas tierras inmediatas á Roma, sino también á Rávena con su Exarcado, en el cual dicese que estaba comprendido cuanto se contiene desde los confines de Piacenza inmediatos al territorio de Pavia, hasta el Arimini, detrás del río Po; el monte Apenino, los lagos ó lagunas venecianas y el mar Adriático y demás desde el Arimini hasta el río de la Toglia, llamado ahora Isauro.

„Pero después de la muerte de Pipino, molestando de nuevo los longobardos á los Pontífices y á las comarcas que les habían sido donadas, Carlos, su hijo (el que por las grandes victorias que alcanzó fué justamente apellidado Magno), destruyó por completo el poder de los longobardos, confirmó las donaciones que su padre había hecho á la Iglesia romana y las aumentó, mientras guerreaba con los longobardos, con la Marca de Ancona y el ducado de Spoleto, que comprendia la ciudad de Aquila y una parte de los Abruzzos.

„Refiérense estos hechos como ciertos, añadiendo algunos eclesiásticos que Carlos donó á la iglesia de Liguria hasta el río Varo, último límite de Italia, Mantua y todo lo que los longobardos poseían en el Friul y en Istria, y lo mismo escribe al-

de Milán, le diese ayuda para obtener solamente las que poseían los Vicarios, y demás de ellas, la ciudad de Pesaro, de la cual era vicario Juan Sforza, que había sido su yerno; porque la grandeza de los venecianos no permitía que se extendiesen contra ellos estos pensamientos que se tenían entonces contra los lugares pequeños que poseía el duque de Ferrara, contiguos con

gún otro respecto de la isla de Córcega y de todo el territorio que media entre las ciudades de Luni y de Parma.

„Por tales méritos, celebrados y exaltados los reyes de Francia por los Pontífices, consiguieron el título de Cristianísimos y después en el año ochocientos de nuestra Era el pontífice León con el pueblo romano (sin que el Pontífice tuviera más autoridad que el ser cabeza de aquel pueblo) eligieron al mismo Carlos emperador romano, separando esta parte del imperio de los Emperadores que habitaban en Constantinopla, como si Roma y las provincias occidentales, no defendidas por aquéllos, necesitaran la defensa de príncipe propio.

„Por esta división no fueron privados los Emperadores constantinopolitanos, ni de la isla de Sicilia, ni de aquella parte de Italia que, extendiéndose de Nápoles á Manfredonia, termina en el mar, porque continuamente habían estado bajo la autoridad de aquellos emperadores.

„No se derogó por estos sucesos la costumbre de que la elección de los Pontífices fuese confirmada por los emperadores romanos, en cuyo nombre era gobernada la ciudad de Roma, y los Papas en las Bulas, privilegios y concesiones, expresaban con esta frase terminante la fecha del documento: *Imperando tal Emperador, nuestro Señor*. Cuya sujeción ó dependencia, no grave por cierto, continuó hasta que los sucesos les animaron á regirse por sí mismos.

„Empezando á decaer el poder de los Emperadores, primero por las discordias ocurridas entre los mismos descendientes de Carlo Magno mientras residió en ellos la dignidad imperial, después por haber sido transmitida á príncipes tudescos sin poderío, como lo tuvieron por la grandeza del reino de Francia los sucesores de Carlos; los Pontífices y el pueblo romano, por cuyos magistrados empezó Roma, aunque tumultuosamente, á gobernarse, derogando en cuantas cosas podían la jurisdicción del Emperador, establecieron por ley que no fuera confirmada por éste la elección de los Papas, lo cual se observó durante mu-

el río del Pó. Alcanzada, pues, por el Valentino la gente del Rey y junta con la de la Iglesia, entrando en la Romaña, tomó luego la ciudad de Imola por concierto en los últimos días del año 1499.

En este año, trabajada Italia de tantos movimientos, había experimentado también las armas de los turcos, porque, habiendo Bayaceto acometido por mar con po-

chos años muy diversamente, según aumentaba ó disminuía, por cambios de los sucesos, la autoridad imperial. Acrecentada cuando el imperio estuvo en manos de los Ottones de Sajonia, el sajón Gregorio, elegido pontifice por influencia de Ottón III, que estaba presente á la elección, por amor á su patria y por indignación á causa de las persecuciones con que los romanos le ofendieron, transfirió por decreto á la nación germánica la facultad de elegir los Emperadores romanos en la forma que hasta nuestros tiempos se observa; prohibiendo á los elegidos, por reservar al Pontifice alguna preeminencia, usar el título de Emperador ó de Augusto, si antes no recibían la corona del imperio (de lo que procedió el venir á Roma á coronarse), y el de no usar antes otro título que el de Rey de romanos ó el de César.

„Pero faltando después los Ottones y disminuído el poder de los Emperadores, porque no eran grandes reyes los que heredaban el imperio, se sustrajo abiertamente Roma á su obediencia, y muchas ciudades, cuando reinaba el suevo Conrado, se rebelaron. Los Pontifices, atentos á ampliar la propia autoridad, casi dominaban en Roma, aunque la insolencia y las discordias del pueblo les creaban muchas dificultades. Para reprimir aquéllas consiguieron, por favor del emperador Enrique II, que estaba en Roma, transferir por ley á los cardenales únicamente el derecho de elección de Pontifice.

El poder temporal del pontificado tuvo nuevo aumento, porque, habiendo los normandos, de quienes el primero fué Guillermo, llamado Ferrabacchio, usurpado al imperio constantinopolitano la Pulla y la Calabria, Roberto Guiscardo, uno de ellos, ó por fortalecer su dominio con esta concesión ó por ser más poderoso para defenderse de los Emperadores ó por otra razón, restituido Benevento, como debido á la Iglesia, reconoció como feudos de la Sede pontificia el ducado de Pulla y el de Calabria. Siguió el ejemplo Roger, uno de sus sucesores, que, arrojando del ducado de Pulla y de Calabria á Guillermo, de la misma familia, y ocupando después á Sicilia, proclamó hacia el

derosa armada los lugares que tenían en Grecia los venecianos, envió por tierra seis mil caballos á robar la provincia del Friul, los cuales, hallando el país sin guarda ni sospecha de tal accidente, corrieron robando y quemando hasta Liquenza, y habiendo preso gran cantidad de gente, cuando, á su vuelta, llegaron á la orilla del río del Tigliavento, para caminar más libres,

año de mil ciento treinta estas provincias feudos de la Iglesia, tomando el título de rey de las dos Sicilias, una á la parte de allá y otra á la de acá del Taro; no desdeñando los Pontífices fomentar por ambición y utilidad propia otras usurpaciones y violencias.

„Aumentando cada vez más su poder con estas concesiones (como la codicia humana no tiene límites), comenzaron los Pontífices á privar de aquel reino á algunos reyes contumaces á sus mandatos y á dárselo á otros; por cuyo procedimiento recayó en Enrique, hijo de Federico Barbarroja, y en Federico II, hijo de Enrique, los tres sucesivamente Emperadores romanos.

„Pero llegando á ser Federico acérrimo perseguidor de la Iglesia, y apareciendo en su época los partidos de güelfos y gibelinos, de uno de los cuales era cabeza el Pontífice y del otro el Emperador, el Papa, muerto Federico, concedió la investidura de aquel reino á Carlos, conde de Anjou y de Provenza, de quien repetida mención hemos hecho, con censo de seis mil onzas de oro anualmente y con condición de que en lo sucesivo, ninguno de estos reyes pudiera aceptar el imperio romano. Esta condición se ha especificado siempre, desde entonces, en la investidura, porque el reino de la isla de Sicilia, ocupado por el rey de Aragón, se negó á los pocos años al pago del censo y al reconocimiento del feudo de obediencia á la Iglesia.

„Dice la fama, aunque no sea cosa tan cierta como las precedentes, que, mucho antes, la condesa Matilde, princesa muy poderosa en Italia, donó á la Iglesia aquella parte de Toscana que confina de un lado con el torrente de Pescia y el castillo de San Quirico, en el condado de Siena, y del otro con el mar de abajo y el río Tiber, llamado hoy Patrimonio de San Pedro; y añaden otros que la misma condesa donó á la Iglesia la ciudad de Ferrara. No es esto cierto, pero eslo aún menos lo que ha escrito alguno de que Autperto, Rey de los longobardos, estando su reino floreciente, donó al pontificado la parte de los Alpes de Liguria, comprendiendo á Génova y todo el territorio

reservando la parte que juzgaron podrían llevar consigo, mataron cruelísimamente todos los demás. No procediendo tampoco con prosperidad las cosas en Grecia, Antonio Grimano, capitán general de la armada que los venecianos tenían al opósito de la del Turco, acusado de que no había usado de la ocasión de vencer á los enemigos que salían del puerto de la Sapienza y otra

genovés hasta los confines de Provenza, y que Luitprando, rey de la misma nación, le dió la Sabina, comarca inmediata á Roma, Narni y Ancona, con algunas otras tierras.

„Variando así las cosas, cambiaron de igual modo las relaciones de los Pontífices con los Emperadores; porque, siendo aquellos desde el principio y por largo tiempo perseguidos y después librados de este peligro por la conversión de Constantino, vivieron en paz, pero atento sólo á las cosas espirituales. Casi completamente súbditos de los Emperadores durante muchos años, estuvieron después larguísimo tiempo en humilde estado y sin relaciones algunas con el imperio, por la dominación de los longobardos en Italia.

„Constituido por donaciones del rey de Francia el poder temporal, estuvieron los Pontífices intimamente unidos con los Emperadores y dependiendo voluntariamente de la autoridad de éstos, mientras la dignidad imperial continuó en los sucesores de Carlo Magno, por el recuerdo de los beneficios dados y recibidos y por el respeto á la grandeza imperial. Declinando ésta después, los Pontífices, no sólo se apartaron de la amistad con el imperio, sino que empezaron á defender que la dignidad pontificia tenía, no la obligación de recibir, sino el derecho de dar leyes al imperio; y siendo para los Pontífices la cosa más aborrecible volver á la antigua sujeción y que se intentara reconocer en Roma ó en otra parte los anteriores derechos del imperio (como algunos Emperadores, ó por su mayor poder ó por ánimo más elevado, procuraban conseguirlo), se oponían abiertamente con las armas á las pretensiones del Imperio, acompañados de aquellos tiranos que, con nombre de príncipes, y de aquellas ciudades que, reconquistada su libertad, no reconocían ya la autoridad del Imperio.

„De aquí nació que los Pontífices, atribuyéndose cada vez más, aplicando el terror de las armas espirituales á las cosas temporales é interpretando que, como Vicarios de Cristo en la tierra, eran superiores á los Emperadores, correspondiéndoles en

vez, en la boca del golfo de Lepanto; dándole sucesor, fué citado para Venecia y sometido el conocimiento al Senado, en el cual se trató muchos meses su causa con gran expectación de todos, defendiéndole por una parte su autoridad y grandeza, por la otra persiguiéndole los que le acusaban con muchos argumentos y testimonios; pero finalmente, juzgándose que había de prevalecer su

muchos casos el cuidado de los Estados terrenales, privaban algunas veces á los Emperadores de la dignidad imperial, excitando á los electores á que eligieran otro en remplazo del destituido, y por su parte los Emperadores, ó elegían ó procuraban que fuesen elegidos nuevos Pontífices.

„Estos conflictos produjeron (habiendo decaído mucho el poder de la Iglesia, no sólo por la permanencia de la corte romana durante setenta años en la ciudad de Aviñón, sino también por el cisma que, á la vuelta de los Pontífices, ocurrió en Italia) en las ciudades dependientes de la Iglesia, y especialmente en las de la Romaña, que muchos ciudadanos poderosos ejercieran en su propia patria la tiranía, y los Pontífices ó perseguían á estos tiranos, ó, cuando no tenían poder para vencerlos, les concedían en feudo lo que tiranizaban, ó protegiendo un rival del tirano, le investían de la dignidad gubernativa.

„Así empezaron á tener señores especiales las ciudades de la Romaña, con el título la mayoría de ellos de Vicarios eclesiásticos. Así Ferrara, cuyo gobierno dió el Pontífice á Azzo de Este, fué concedida después con título de Vicariato y elevada con el trascurso del tiempo aquella familia á los más altos honores. De esta suerte Bolonia, ocupada por Juan Visconti, arzobispo de Milán, la obtuvo después del Pontífice, á título de Vicariato; y por la misma razón, en muchas comarcas de la Marca de Ancona, del patrimonio de San Pedro y de la Umbria, llamada ahora el Ducado, aparecieron, ó contra la voluntad ó con el consentimiento casi forzado de los Pontífices, muchos señores particulares.

Estas variaciones ocurrieron de igual modo en Lombardia á las ciudades del imperio. Sucedió á veces, que, según la variedad de los casos, los Vicarios de la Romaña y de otras comarcas de la Iglesia, desconociendo abiertamente la soberanía del Pontífice, reconocíanse en feudo de los Emperadores y en otras ocasiones reconocían el feudo de los Papas los que ocupaban en Lombardia, Milán, Mantua y otras ciudades imperiales.

causa ó por su autoridad y gran número de parientes, ó porque en aquel consejo, en que intervienen muchos hombres prudentes, no se considerasen tanto los rumores públicos y las calumnias no bien probadas, cuanto se desease entender maduramente la verdad de la materia, remitió el conocimiento de esta causa el magistrado de los abogados del Común al juicio del Con-

„En estos tiempos Roma, aunque bajo el dominio nominal de la Iglesia, se gobernaba por sí misma, y aunque al principio de la vuelta de Aviñón á Italia fueron los Pontífices reconocidos como señores; sin embargo, los romanos, creada después la magistratura de los *Banderesi*, restablecieron sus antiguas costumbres; por lo cual, reteniendo los Pontífices poquisima autoridad, comenzaron á no habitar en Roma. Empobrecidos los romanos y trabajados por graves desórdenes á causa de la ausencia de la corte pontificia y aproximándose el año mil cuatrocientos en que esperaban que el Pontífice fuese á Roma, donde habría, por el Jubileo, grandísimo concurso de toda la cristianidad, suplicaron con humildísimos ruegos al papa Bonifacio que volviese; ofreciendo suprimir la magistratura de los *Banderesi* y someterse por completo á su soberanía. Con estas condiciones volvió á Roma, atentos los romanos á la ganancia que tendrían aquel año, y se hizo dueño absoluto de la ciudad, fortificando y poniendo guarnición en el castillo de Sant'Angelo. Los sucesores de Bonifacio, hasta Eugenio, aunque tropezaron con no pocas dificultades, lograron afirmar completamente la dominación pontificia, y en lo sucesivo, sin protesta alguna, señorearon los Pontífices á su arbitrio aquella ciudad.

„Con tales fundamentos y tales medios adquirieron el poder temporal, y perdiendo poco á poco la memoria de la salud del alma y de los preceptos divinos, por atender con preferencia á la grandeza terrenal, usando la autoridad espiritual como instrumento y medio para ejercer la temporal, comenzaron á parecer muy pronto, más bien príncipes seculares que Pontífices.

„Sus cuidados y negocios no eran ya la santidad de la vida, ni el progreso de la religión, ni el ejercicio de la caridad con el prójimo, sino los ejércitos y la guerra contra cristianos, ejerciendo los actos religiosos con pensamientos y manos ensangrentadas; la acumulación de tesoros, nuevas leyes, nuevas artes, nuevas insidias para recaudar por todas partes dinero; empleando para este objeto, sin consideración alguna, las armas espiri-

sejo mayor donde, ó cesando los favores ó teniendo más lugar la ligereza de la multitud, que la madurez senatorial, fué al fin del año siguiente desterrado para siempre á la isla de Ossaro.

Tuvo movimientos tan grandes el año 1499, pero no fué menos vario y memorable el de 1500, famoso también por la remisión plenaria del jubileo instituído desde el principio por los Papas para que se celebrase cada cien años, según el ejemplo del Testamento viejo, no para deleite ó por pompa (como se solían hacer en Roma los juegos seculares), sino para bien de las almas, porque en él, según la piadosa fe del pueblo cristiano, se borran llanamente todos los pecados de aquellos que,

tuales, vendiendo para este fin, sin reparo, las cosas sagradas y profanas.

„A las riquezas aglomeradas en toda la Corte siguieron la pompa, el lujo, las costumbres deshonestas y libidinosas y los placeres abominables; sin cuidarse de los sucesores, ni de la majestad perpetua del Pontificado, sino de la adquisición de immoderadas riquezas, de principados, de reinos para hijos, sobrinos y parientes; no distribuyendo las dignidades y los emolumentos entre los hombres beneméritos y virtuosos, sino casi siempre vendiéndolos al mejor postor ó repartiéndolos entre personas propicias á la ambición, á la avaricia ó á las pasiones voluptuosas.

„Por tales causas, perdida por completo en el corazón de los hombres la reverencia á los Pontífices, sostiénese en parte su autoridad, por el nombre y la majestad poderosísima y eficacísima de la religión, y la ayuda no poco la facultad que tienen de obsequiar á los grandes príncipes y á los que son poderosos con ellos con dignidades y otras concesiones eclesiásticas. Sabiendo, pues, el respeto que inspiran á los hombres y que si algún potentado toma las armas contra ellos le resulta grave infamia y oposición de otros príncipes y, en todo evento, escasa ganancia, vencedores, usan de la victoria á su arbitrio, y vencidos alcanzan las condiciones que desean; y estimulándoles la codicia de elevar á los suyos de la posición modesta á los principados, han sido desde hace largo tiempo, repetidísimas veces instrumento de provocación de guerras y desórdenes en Italia.,,

reconociendo con verdadera penitencia los yerros que han cometido, visitan las iglesias que están dedicadas en Roma á los príncipes de los Apóstoles. Después se instituyó que se celebrase cada cincuenta años, y á lo último se redujo á veinticinco. Pero, por la memoria de su primer origen, se celebra con mucha mayor frecuencia á los cien años que á los otros tiempos.

Al principio de este año ganó el Valentino sin resistencia la ciudad de Forli, porque la señora que la defendía, enviando á sus hijos y la hacienda más importante á Florencia, y desamparando todo lo demás que no podía sustentar, se redujo solamente á defender la ciudadela y el castillo de Forli, proveyéndolos muy copiosamente de gente y de artillería y entrando en la ciudadela. Siendo de ánimo varonil y feroz procuraba, con mucha gloria suya, defenderla; pero habiendo el Valentino intentado en vano disponerla á que se rindiese, comenzando á batir con gran número de artillería la muralla de la ciudadela y derribando gran parte de ella, la cual, cayendo detrás del terraplén llenaba una gran parte de la profundidad del foso, ofrecía fácil subida á los enemigos, por lo cual los defensores, perdidos de ánimo, desamparándola, procuraron retirarse al castillo donde también se retiró aquella señora, habiendo hecho primero todo esfuerzo para detenerlos en la defensa. Habiendo habido por el miedo gran alboroto y confusión en la entrada, llegaron los soldados del Valentino é hicieron pedazos á casi todos, y habiendo entrado mezclados con ellos con la misma furia en el castillo, lo tomaron y mataron á todos los que lo defendían, excepto algunos pocos de los primeros que se habían retirado con la señora á una torre, los cuales, juntamente con ella, quedaron presos. Considerando el Valentino que había tenido esta mujer mayor valor que su sexo pedía, la envió presa á Roma y allí la pusieron en

el castillo de Sant'Angelo, si bien poco después alcanzó la libertad, por intercesión de Ibo de Allegri.

Habiendo tomado el Valentino á Imola y Forli pasaba á la ocupación de los otros lugares, pero interrumpiéronle nuevos accidentes que sobrevinieron de improviso, porque el Rey, después que en lo que había ganado había dado la orden que le pareció más á propósito, dejando allí suficiente guarda, habiendo prorrogado la tregua con el Rey de Romanos hasta el mes de Mayo siguiente, incluyendo también en ella al ducado de Milán y todo lo que tenía en Italia, se volvió á Francia, donde llevó el hijo pequeño de Juan Galeazzo, entregándosele su madre imprudentemente, y le hizo entrar en religión. Dejó por gobernador general en el ducado de Milán á Juan Jacobo Tribulcio, en quien confiaba sumamente por su valor y sus méritos y por la enemistad que tenía con Luis Sforza. Mas no quedaba muy fiel la disposición en los pueblos de aquel Estado, parte porque desagradaba á muchos los modos y costumbres de los franceses, y parte porque no habían hallado en el Rey la liberalidad que esperaban, ni alcanzado la exención de todos los tributos, como se había persuadido imprudentemente la multitud. Era de gran importancia, que á toda la facción gibelina (muy poderosa en la ciudad de Milán y en los otros lugares) fuese de gran pesadumbre que se diera el gobierno á Juan Jacobo, cabeza de la facción güelfa, el cual acrecentaba mucho esta mala disposición porque era de natural banderizo, de ánimo inquieto y soberbio, y favorecía con la autoridad del magistrado á los de su facción mucho más de aquello que convenía. Demás de esto, apartó mucho de sí los ánimos de la plebe por haber muerto con su mano en la plaza de la Carnicería algunos carniceros que, rehusando con la misma temeridad que los otros plebeyos pagar los tributos de que

no estaban libres, se oponían con las armas á los ministros que estaban señalados para la cobranza de las rentas. Por estas razones deseaba la vuelta de Luis la mayor parte de la nobleza y toda la plebe que, por su natural, estaba deseosísima de novedades y había ya apellidado su nombre con palabras y voces públicas.

Llegó Luis Sforza á la presencia del Emperador juntamente con el cardenal Ascanio y, siendo acogidos y vistos con grande humanidad, habían hallado en él piadoso afecto y gran desplacer de sus trabajos, prometiéndole cada hora moverse en persona con poderosas fuerzas para la recuperación de su Estado, porque había compuesto de todo punto la guerra con los suizos. Pero descubriéndose cada día más vanas estas esperanzas por la variedad de su condición y por estar acostumbrado á confundir sus conceptos mal fundados unos con otros; y oprimido de sus necesidades acostumbradas, no cesaba jamás de pedirles dinero, por lo cual Luis y Ascanio, no confiando más en sus ayudas y siendo solicitados continuamente por muchos gentiles hombres de Milán, se resolvieron á hacer la empresa por sí mismos, tomando á sueldo ocho mil suizos y quinientos hombres de armas borgoñones.

Llegando este movimiento á noticia del Tribulcio, pidió luego al Senado veneciano que arrimase su gente al río Adda, y significó á Ibo de Allegri que era necesario que, apartándose del Valentino, volviese con gran presteza á Milán con la gente de armas francesas y con los suizos, y para reprimir el primer ímpetu de los enemigos, envió una parte de la gente á Como, pues la sospecha que tenía del pueblo milanés no le dejaba volver todas las fuerzas á aquella parte.

Pudo más la solicitud de los hermanos Sforzas que toda la diligencia de los otros, porque sin esperar toda la gente que habían tomado á sueldo, sino dando orden

que le siguiesen consecutivamente, pasaron los montes con suma presteza, y embarcándose en las barcas que había en el lago de Como, se arrimaron á aquella ciudad, la cual los recibió luego, retirándose los franceses por haber conocido la disposición de sus moradores. Sabida en Milán la pérdida de Como, causó tal sublevación en el pueblo, y casi en todos los principales de la facción gibelina, que ya no se abstendían de alborotarse; de manera que, no viendo el Tribulcio remedio alguno para las cosas del Rey, se entró con gran presteza en el castillo, y la noche siguiente, unido con la gente de armas que se había retirado al barrio que está contiguo al castillo, se fué hacia Novara, siguiéndole los pueblos con grande alboroto hasta el río del Tesino, cuando se retiraba. Dejando cuatrocientas lanzas en Novara, se detuvo en Mortara con las otras, pensando más él y los capitanes en recuperar el Ducado, viniendo nuevo socorro de Francia, que en defenderle.

Entró en Milán, después de la ida de los franceses, primero el cardenal Ascanio y después Luis, habiéndole recuperado, excepto el castillo, con la misma facilidad que le había perdido, y mostrándose mayor deseo y alegría en el pueblo milanés en su vuelta de la que había mostrado en su partida. Habiendo esta misma disposición en los otros pueblos, aclamaron sin dilación el nombre de Luis las ciudades de Pavía y Parma, y hubieran hecho lo mismo Lodi y Plasencia si la gente veneciana, que había venido primero al río Adda, no hubiera entrado súbitamente en ellas. Alejandría y los otros lugares de la otra parte del Pó no hicieron alguna mudanza por estar muy apartados de Milán y más cercanos á Asti, ciudad del Rey; esperando aconsejarse más maduramente, según el suceso de las cosas.

Recuperado Milán no perdió Luis tiempo alguno en tomar á su sueldo gran cantidad de infantería italiana

y todos los hombres de armas que pudo, ni en animar con ruegos, con ofertas, y con varias esperanzas á todos aquellos de quien esperaba que le ayudarían en tan gran necesidad, por lo cual envió al cardenal de San Severino á que significase al emperador el principio próspero que había tenido, suplicándole que le enviase gente y artillería; y deseando no tener por enemigo al Senado veneciano, ordenó al cardenal Ascanio que enviase luego á Venecia al obispo de Cremona á ofrecer que estaba dispuesta la voluntad de su hermano para aceptar cualquier condición que supiese deseaban; pero fué en vano, porque el Senado determinó no apartarse de la confederación que tenían con el Rey. Rehusaron los genoveses, aunque rogados insistentemente por Luis Sforza, volver debajo de su dominio, ni los florentinos quisieron oír su demanda de la restitución del dinero que habían recibido prestado de él. Sólo el marqués de Mantua envió en su ayuda á su hermano, con cierta cantidad de gente de armas, y concurrieron los señores de la Mirandola, de Carpi y de Correggio, y los sieneses le enviaron alguna cantidad pequeña de dinero; ayudas casi tan dignas de despreciar en tan grandes peligros, como asimismo fueron de poca consideración las de Felipe Rosso y de los Vermineschi, que, aunque sus padres habían sido despojados por él de su antiguo dominio (los Rosso de San Secondo, de Torchiara y de otros muchos castillos del Parmesano y los Vermineschi de la ciudad de Bobio y de otros lugares circunvecinos en la montaña de Piacenza, con todo eso, yéndose Felipe sin licencia del servicio de los venecianos, fué á recuperar sus villas, y habiéndolo conseguido, se juntó con el ejército de Luis, y lo mismo hicieron los de Verme, para volver á ganar su gracia con esta ocasión ambos.

Pero habiendo recogido Luis, demás de los caballos

borgoñones, mil y quinientos hombres de armas, y juntado con los suizos mucha infantería italiana, dejando al cardenal Ascanio en el asedio del castillo, pasando el Tesino y ganando por concierto la villa y fortaleza de Vigebene, sitió á Novara, eligiendo antes esta empresa, que intentar la expugnación de Mortara, porque se habían fortificado mucho los franceses en aquel lugar, ó porque creía que pertenecía más á la reputación y fin de la guerra la conquista de Novara, ciudad célebre y muy abundante; pues si lo recuperaba, obligaría la falta de las vituallas á los franceses que estaban en Mortara á desampararle, é impediría que viniese á Novara Ibo de Allegri, que había vuelto de la Romaña. Porque, habiendo tenido avisos del Tribulcio mientras iba con el duque Valentino á la empresa de Pésaro, partió luego con toda la caballería y con los suizos, y extendiendo cerca de Parma la rebelión de Milán, siguió con grande presteza el camino, concertando que no ofendería á los parmesanos y placentinos como ellos no se opusiesen á su pasaje. Llegado á Tortona é incitado de los güelfos de aquella ciudad, que tenían ardiente deseo de vengarse de los gibelinos (los cuales, vueltos á la devoción de Luis, los habían echado), entró dentro y la saqueó toda; quejándose los güelfos y pidiéndole en vano la palabra que les había dado, diciendo que siendo fidelísimos y servidores del Rey, los trataba como á crueles enemigos suyos. De Tortona se detuvo en Alejandría, porque los suizos que habían venido con él, obligados, ó de la falta de paga, ó de otro engaño, se pasaron al ejército del duque de Milán, el cual, hallándose más poderoso que los enemigos, aceleraba con gran cuidado el batir á Novara con la artillería para ganarla antes que los franceses estuviesen poderosos para oponérsele en la campaña, porque esperaban socorro del Rey; lo cual le sucedió felizmente, porque los

franceses que estaban en Novara, perdida la esperanza de defenderse, concertaron entregarle la ciudad, dándole él su palabra de que se podrían ir libres con toda su ropa. Guardándola firmemente, los hizo acompañar hasta Verceli, aunque por importar mucho para la victoria la muerte de aquella gente, fuese aconsejado de muchos que la quebrantase, alegando que si era lícito, según la autoridad y los ejemplos de los hombres grandes, violar la palabra por conquistar algún Estado, lo debía ser mucho más el quebrantarla por conservarle. Ganada la ciudad de Novara se detuvo en la expugnación de la fortaleza, y se creyó que, si fuera hacia Mortara, se hubiera retirado la gente francesa del otro lado del Pó, por no estar muy conformes el Tribulcio y Ligni.

Mientras atendía Luis con solicitud á estas cosas, no había sido menor la diligencia y solicitud del Rey, el cual, cuando supo la rebelión de Milán, encendido de enojo y de vergüenza, envió luego á Italia á La Tremouille con setecientas lanzas, y encargó tomar á sueldo gran cantidad de suizos; y porque se dispusiesen con mayor brevedad las cosas necesarias, señaló al cardenal de Rohán para lugarteniente de esta parte de los montes, y le hizo pasar luego á Asti, de manera que, despachadas estas cosas con gran presteza, se hallaron al principio de Abril juntas en Italia mil quinientas lanzas, diez mil infantes suizos y seis mil vasallos del Rey, gobernados por La Tremouille, el Tribulcio y Ligni, y junta toda esta gente en Mortara se armaron á Novara, confiando no menos en el engaño que en las fuerzas, porque los capitanes suizos que estaban con Luis, aunque en la expugnación de Novara habían mostrado fe y valor, se habían concertado con ellos secretamente, por medio de los capitanes suizos que estaban en el ejército francés. Comenzando á tener sospe-

cha de esto Luis por algunas conjeturas, solicitaba que se juntasen con él cuatrocientos caballos y ocho mil infantes que se ponían en orden en Milán. Comenzaron á alborotarse en Novara los suizos, instigados por los capitanes, tomando por ocasión que el día que estaba señalado para la paga, no se contaba el dinero, pero acudiendo luego el Duque al alboroto con benignas palabras y con tales ruegos que causaban mucha compasión, dándoles también toda su plata, les hizo estar con paciencia esperando que viniese de Milán el dinero; mas temiendo sus capitanes que si se juntaba con el Duque la gente que se prevenía en Milán, se impedía el poner en ejecución la traición que estaba trazada, hicieron que el ejército francés, puesto en arma, se arrimase delante de la muralla de Novara, cercando una gran parte de ella y enviando algunos caballos entre la ciudad y el Tesino para quitar al Duque y á los demás la libertad de irse á Milán, el cual, teniendo cada hora mayor sospecha de su mal, quiso salir de Novara con el ejército para pelear con los enemigos, habiendo enviado ya fuera los caballos ligeros y los borgoñones para comenzar la batalla. Contradijéronle este intento descubiertamente los capitanes suizos, alegando que, sin licencia de sus señores, no querían venir á las manos con sus parientes y con sus propios hermanos y con los otros de su nación, con los cuales, juntándose un poco después como si fuesen de un mismo ejército, dijeron que se querían ir luego á sus casas; y no pudiendo el Duque, ni con lágrimas, ni con ruegos, ni con infinitas promesas doblar su bárbara traición, se puso en sus manos con gran eficacia, pidiéndoles que, por lo menos, le llevasen á lugar seguro, mas porque estaban concertados con los capitanes franceses el irse y no llevarle consigo, habiéndole negado lo que pedía convinieron en que se mezclase entre ellos en hábito de uno

de sus infantes, para estar á la fortuna de salvarse, si no fuese conocido. Aceptó esta condición por última necesidad, pero no fué bastante para su bien, porque caminando ellos en orden por medio del ejército frances, fué conocido por el cuidado que pusieron los que tenían esto á su cuenta, ó enseñado por los mismos suizos mientras, mezclado en el escuadrón, caminaba á pie vestido y armado como suizo, y luego fué preso; espectáculo tan miserable que conmovió las lágrimas hasta de muchos enemigos. Fueron presos, demás de él, Galeazzo de San Severino, el Fracassa y Antonio María sus hermanos, que iban mezclados con el mismo traje entre los suizos, y los soldados italianos desbalijados y presos, parte en Novara, y parte huyendo hacia el Tesino, dejando los franceses ir libremente la caballería borgoñona y la infantería tudesca, por no irritar aquellas naciones.

Preso el Duque y desbaratado el ejército, no habiendo ya ningún estorbo, y lleno todo de fuga y de miedo, el cardenal Ascanio que había enviado ya la gente recogida en Milán hacia el ejército, oyendo tan gran ruina, se fué luego de Milán á buscar lugar seguro, siguiéndole muchos de la nobleza gibelina que, por haberse descubierta grandemente en favor de Luis, desconfiaban de alcanzar perdón de los franceses. Pero estaba destinado que, en los trabajos de los hermanos se mezclase, con la mala fortuna, el engaño, porque deteniéndose la noche siguiente por descansar algo del trabajo que había recibido con caminar tan aprisa, en Rivolta, en el Piacentino, castillo de Conrado Lando, gentilhombre de aquella ciudad, su deudo y muy amigo, mudando éste el ánimo con la fortuna, envió luego á llamar á Piacenza á Carlos Orsini y Sonzino Benzone, soldados de de los venecianos, se lo entregó y junto con él á Hermes Sforza, hermano del duque muerto Juan Galeazzo,

y una parte de los gentiles-hombres que habían venido con él, porque los otros, con más provechoso consejo, no queriendo detenerse allí la noche, habían pasado más adelante. Fué llevado Ascanio luego á Venecia, pero juzgando el Rey que, para la seguridad del Estado de Milán, era muy conveniente tenerle en su poder, pidió sin dilación alguna al Senado veneciano que se lo entregase, y usó también de protestas y amenazas, por haberle visto estar suspenso, alegando que le pertenecía por haber sido preso en país sujeto á su persona. Aunque pareció esta petición muy cruel é indigna del nombre veneciano, con todo eso, por huir de la furia de sus armas, convino en ello y juntamente le entregó todos los milaneses que habían sido presos con él. Demás de esto, habiéndose detenido en los lugares de la Ghiaradada Bautista Visconti y otros nobles milaneses que huyeron de Milán por la misma ocasión, y habiendo alcanzado salvoconducto para poder estar seguros, con expreso nombramiento de los franceses, fueron forzados los venecianos, por el mismo miedo, á entregarlos al Rey: ¡Tanto más pudo en este tiempo en el Senado veneciano el miedo de las armas francesas, que el respeto de la dignidad de la República!

Viéndose la ciudad de Milán desamparada de toda esperanza, envió luego embajadores al cardenal de Rohán á pedirle perdón, el cual la recibió en su gracia y perdonó su rebelión en nombre del Rey, si bien obligándola á pagar trescientos mil ducados; aunque el Rey les perdonó después la mayor parte de ellos. Con el mismo ejemplo perdonó Rohán las otras ciudades que se habían rebelado y las compuso á dinero, según su posibilidad y calidad. Acabada así con felicidad la empresa y licenciada la gente, los infantes de los cuatro cantones suizos que están más vecinos que los otros á la villa de Bellinzone, que está situada en las mon-

tañas, al volver á su casa, la ocuparon por sorpresa. Hubiera podido el Rey desde el principio alcanzar de ellos este lugar por pequeña cantidad, pero como muchas veces perdía ocasiones de cosas grandes por ahorrar poco dinero, rehusando hacerlo, sucedieron después tiempos y accidentes que muchas veces, de muy buena gana, se hubiera librado de ellos pagando gran cantidad, porque es paso muy importante para prohibir á los suizos la bajada al Estado de Milán.

Fué Luis Sforza llevado á Lyon, donde entonces estaba el Rey, y metiéronle en aquella ciudad á mediodía, concurriendo gran multitud á ver un príncipe, poco antes de tanta grandeza y majestad, envidiado de muchos por su gran suerte, ahora caído á tan gran miseria. No alcanzando gracia (como deseaba grandemente) de llegar á la presencia del Rey, después de dos días, fué llevado á la torre de Loches, donde estuvo cerca de diez años preso, hasta el fin de su vida; encerrándose en una cárcel angosta los pensamientos y la ambición de aquel que antes apenas cabía en los términos de toda Italia. Príncipe en verdad excelentísimo, de elocuencia, de ingenio y de muchos ornamentos del ánimo y de naturaleza y digno de alcanzar nombre de manso y de clemente, si no hubiera manchado esta alabanza la infamia de la muerte de su sobrino; pero, por otra parte, de ingenio vario, lleno de pensamientos inquietos y ambiciosos, despreciador de sus promesas y de su palabra y tan presumido de que sabía mucho, que, recibiendo gran pesadumbre de que se celebrase la prudencia y el consejo de los otros, se persuadía que, con su industria y mañas, podía volver á la parte que le pareciese los conceptos de todos. Siguióle poco después el cardenal Ascanio, el cual, siendo recibido con más cortesía y honra y visitado benignamente por el cardenal de Rohán, fué enviado á más honrada cárcel porque

le metieron en la torre de Bourges, que en tiempos pasados había sido prisión dos años del mismo Rey que ahora le prendía. ¡Tan varia y miserable es la suerte humana y tan incierto á cada uno cuales hayan de ser en los venideros tiempos los prósperos estados y fines!

## LIBRO V.

---

### SUMARIO.

Batiendo los florentinos gallardamente á la ciudad de Pisa, se entregaron los pisanos de común consentimiento al rey de Francia; pero Beaumont, que era general de los florentinos, no los quiso aceptar con las condiciones que le ofrecieron, y si lo hubiera hecho, pudiera suceder de Pisa lo que después de Arezzo en el tiempo de Imbalt cuando se rebeló contra los florentinos, si bien volvieron á recuperar esta ciudad muy fácilmente.—Siguiendo en este medio el duque Valentino la empresa contra los Vicarios de la Romaña, se extendió hasta Piombino, y sirviéndose de la artillería del duque de Urbino contra él, le echó de su Estado. Pero haciéndose sospechosa su grandeza á muchos señores que, por el ejemplo de los otros, temían lo que les tocaba, se rebelaron. Mas después con grande artificio del Papa y del Valentino, habiéndose hecho amigos suyos y soldados (después que por su medio volvió á ganar el Estado de Urbino que había perdido en la dicha rebelión) les hizo estrangular en Sinigaglia.—Rompióse en este interín la guerra entre España y Francia por las pretensiones que tenían todos sobre el reino de Nápoles, ganado de compañía á Fadrique de Aragón, el cual se redujo á estar en Francia. Fué el origen de esta guerra ocasionado por la división de los confines del dicho reino, en donde Gonzalo, llamado el Gran Capitán, hizo muy honrados progresos, y durante esta guerra sucedió el desafío entre trece franceses y otros tantos italianos en defensa de la honra de la nación, del cual quedaron victoriosos los italianos, y sucedieron también muchas rotas de franceses, que fueron la de Terranova, la de Seminara, y la de Cerinola.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

Los franceses van contra Pisa en auxilio de los florentinos.—Asedio de esta ciudad.—Los pisanos ofrecen ser súbditos del rey de Francia.—Hechos del duque de Valentino en la Romaña.—Sitia á Faenza.—El Papa Alejandro nombra por dinero doce cardenales y esparce el Jubileo.

Habíase aumentado de tal manera la ambición y osadía del rey de Francia por la victoria tan grande y próspera del ducado de Milán, que hubiera fácilmente acometido el reino de Nápoles el mismo verano, de no detenerle el miedo de los movimientos de los tudescos; porque si bien el año antes había alcanzado la tregua de Maximiliano, incluyendo en ella el Estado de Milán, con todo eso, considerando mejor aquel Rey cuánto se disminuía la majestad del imperio por la enajenación de un feudo tal, y especialmente la ofensa que le causaba el haber dejado despojar á Luís Sforza, casi debajo de su protección, y de las esperanzas que le había dado, y de tanto dinero como había recibido de él, no había querido oír ni á los embajadores del rey de Francia, ni á los de los venecianos, como de dueños que ocupaban la jurisdicción imperial. Encendido últimamente mucho más por la miserable suerte de los hermanos Sforza, teniendo presente en el ánimo las emulaciones antiguas y la memoria de las injurias que en diversos tiempos le habían hecho á él y á sus predecesores los reyes de Francia y la República de Venecia, juntaba muchas dietas para irritar á los Electores y á los otros príncipes tudescos á que resistiesen con las armas tan gran injuria, hecha no menos á la nación germana, de quien era propia la dignidad imperial, que á su misma per-

sona, y mostraba el peligro de que el rey de Francia, presumiendo cada día más por la gran paciencia de los príncipes del Imperio y ensoberbecido por el gran favor de la fortuna, enderezase su ánimo á procurar por algún modo indirecto que volviese la corona imperial á los reyes de Francia, como otras veces lo había estado, para lo cual tendría el consentimiento del Papa, parte por necesidad, pues no podía resistir á su poder, y parte por el deseo que tenía de la grandeza de su hijo. Dieron ocasión estas cosas á que, incierto el Rey del fin que habían de tener estas pláticas, difriese para otro tiempo los pensamientos de la guerra de Nápoles; por lo cual, no estando ocupada su gente en otra empresa, vino (aunque no sin mucha dificultad y duda) en conceder la gente que le habían pedido los florentinos para la recuperación de Pisa y de Pietrasanta, porque los pisanos hacían grande instancia en contrario, y juntamente con ellos los genoveses, sieneses y luqueses, ofreciendo pagar de presente al Rey cien mil ducados, en caso que Pisa, Pietrasanta y Montepulciano quedasen libres de las molestias de los florentinos, y añadir cincuenta mil ducados cada año perpetuamente si conseguían por su autoridad los pisanos las fortalezas del puerto de Liorna y toda la comarca de Pisa, á lo cual parecía que estaba bien inclinado el Rey por la codicia del dinero. Con todo eso (como acostumbraba á hacer en las cosas graves), remitió esta determinación al cardenal de Rohán que estaba en Milán, con el cual intercedían por los pisanos, además de los sobredichos, Juan Jacobo Tribulcio y Juan Luis del Fiesco, deseosos ambos de hacerse señores de Pisa, ofreciendo pagar al Rey porque lo permitiese gran cantidad de dinero, y mostrándole que era necesario para su seguridad tener flacos á los florentinos y á los otros potentados de Italia, pues tenía la ocasión para ello. Pudo más con el

Cardenal el respeto de la palabra del Rey y los merecimientos frescos de los florentinos que habían ayudado al Rey prontamente en la recuperación del Estado de Milán, convirtiendo, á su petición, en pagas de dinero la gente que en tal caso estaban obligados á darle, por lo cual se determinó que se diesen á los florentinos para la recuperación de Pisa (y con promesa del Cardenal que, al pasar, les restituirían á Pietrasanta y á Mutrone) seiscientas lanzas pagadas por el Rey y, á costa de ellos, cinco mil suizos, gobernados por el bailio de Dijon, cierto número de gascones y toda la artillería y municiones necesarias para aquella empresa, y se les unieron, contra la voluntad del Rey y de los florentinos, según su costumbre, otros dos mil suizos. Señaló por capitán de esta gente á Beaumont, al cual habían pedido los florentinos, porque, por haberles restituído á Liorna con presteza, confiaban mucho en él (no considerando que si bien en el capitán del ejército es necesaria la fe, también lo es la autoridad y la práctica en las cosas militares), aunque el Rey, con más sano y provechoso consejo, les había señalado á Allegri, capitán muy práctico en la guerra, y á quien obedecería con más prontitud el ejército por ser de sangre más noble y de mayor reputación.

Comenzaron á descubrir presto las molestias y dificultades que traen los socorros franceses, porque habiendo comenzado á correr la paga de la infantería á 1.º de Mayo, se detuvieron todo aquel mes en Lombardia por los propios intereses del Rey, que deseaba, con la ocasión del tránsito de este ejército, sacar dinero del marqués de Mantua y de los señores de Carpi, de Corregio y de la Mirandola, en pena de las ayudas que habían dado á Luis Sforza; de manera que, comenzando á estar los florentinos sospechosos de esta tardanza, y demás de esto, pareciéndoles que se daba á los pisanos

mucho tiempo para recuperarse y prevenirse, tuvieron inclinacion á abandonar la empresa; pero dejando perder de mala gana tal ocasión, dieron la segunda paga, esperando que no tardara el auxilio. Finalmente, habiéndose convenido los señores de Carpi, de la Mirandola y de Corregio, por los cuales intercedía el duque de Ferrara, en pagar veinte mil ducados, y no pudiendo perder tiempo para forzar al marqués de Mantua, el cual se fortificaba por una parte y por otra, alegando que no tenía substancia para pagar el dinero, y por medio de embajadores al Rey le suplicaba que le perdonase, fueron á sitiar á Montechiarucoli, castillo de los Torelli en el Parmesano (los cuales habían ayudado á Luis Sforza,) no tanto movidos del deseo de castigarles, cuanto por amenazar á Juan Bentivoglio con arriarse á Bolonia, por los favores que asimismo había dado á Luis Sforza, quien para huir los peligros, se compuso con pagar cuarenta mil ducados, admitiéndole el Rey de nuevo en su protección, juntamente con la ciudad de Bolonia, pero con expresa limitación de no causar perjuicio á los derechos que tenía allí la Iglesia. Concertada Bolonia y tomado por fuerza Montechiarucoli, volvió la gente atrás á pasar el Apenino por el camino de Pontremoli, y entrando en la Lunigiana, teniendo más respeto á sus apetitos y comodidades que á lo más honesto, quitaron, á instancia de los Fregosos á Alberigo Malespina, recomendado por los florentinos, el castillo de Massa y los otros lugares suyos, y pasando más adelante, entregaron los luqueses á Beaumont (aunque reclamando el vulgo, y habiendo entre ellos mismos graves alborotos) á Pietrasanta, en nombre del Rey, el cual dejando la guarda ordinaria en las fortalezas, no quitó de la villa sus oficiales, porque el cardenal de Rohán, despreciando en esto las promesas que había hecho á los florentinos, y por haber recibido de

los luqueses cierta cantidad de dinero, los había recibido en la protección del Rey, concertando que tuviese el Rey á Pietrasanta en depósito hasta que hubiese declarado á quién pertenecía de derecho.

En este tiempo, los pisanos, obstinados en su defensa, habían alcanzado del Vitellozzo (con quien estaban muy unidos por la enemistad común con los florentinos) algunos ingenieros para aderezar sus fortificaciones, en que trabajaban popularmente los hombres y las mujeres; mas con todo eso, no dejando de entretener á los florentinos con sus artificios acostumbrados, habían, en el Consejo de todo el pueblo, sujetado la ciudad al Rey, de lo cual enviaron escrituras auténticas, no sólo á Beaumont, sino á Felipe de Ravesten, gobernador del Rey en Génova, que temerariamente la aceptó en nombre del Rey. Habiendo Beaumont enviado á Pisa un rey de armas á pedir que le entregasen la tierra, le respondieron que no tenían otro desco mayor que vivir vasallos del rey de Francia, por lo cual estaban muy dispuestos á hacerlo como prometiese que no los pondría debajo del dominio de los florentinos (1), procurando con las lágrimas de las mujeres y con toda clase de artificios hacer impresión en el rey de armas de que habían de ser observantísimos y devotísimos de la corona de Francia, de la cual habían recibido la libertad.

(1) Este es el ejemplo de que se sirve el Mac. en el capítulo 38 del segundo libro para mostrar que las repúblicas flacas toman malas resoluciones, y no se saben determinar; aunque dice el Mac. que se entregaron los pisanos al rey de Francia con condición que no les pusiese debajo del dominio florentino antes de pasar cuatro meses, y que los florentinos no quisieron aceptar esta condición, por desconfiar de la palabra del Rey, lo cual calla aquí el autor. También en este mismo libro está el ejemplo de la rebelión y restitución de Arezzo, hecha por Imbalt, capitán francés, que la restituyó en nombre del Rey, del cual se sirve él mismo en el propio libro.

Pero Beaumont, habiendo despedido á los embajadores pisanos que habían venido á su persona con la misma oferta, sitió el penúltimo día de Junio aquella ciudad por entre la puerta de las playas y la Calcesana, que está enfrente del cantón llamado el Barbagianni, y habiéndole batido la misma noche con gran furia, y continuando la batería hasta la mayor parte del día siguiente, derribaron, por ser muy buena su artillería, sesenta brazas de muralla. Cuando cesó de tirar acometió luego la caballería é infantería, mezclada sin orden ni disciplina, á dar el asalto, no habiendo pensado de qué manera habían de pasar un foso profundo que habían hecho los pisanos entre la muralla batida y el reparo que se había hecho adentro, de manera que, al descubrirle, espantados de su anchura y profundidad, gastaron lo restante del día, más como quien miraba la dificultad que como quien asaltaba la muralla. Después de este día se disminuyó siempre la esperanza de la victoria; parte porque habían los franceses (por la calidad de los reparos y por la obstinación de los defensores) perdido el ánimo, y parte porque por los artificios é industrias de que usaron los sitiados, se renovó la antigua inclinación que aquella nación tenía á los pisanos; de manera que, comenzando á hablar y á domesticarse con los de adentro, que continuaban en la misma oferta de entregarse al Rey, con tal de no volver debajo del yugo de los florentinos, y entrando y saliendo muchos de ellos en Pisa seguramente, como en lugar de amigos, defendían con todo el campo y con los mismos capitanes la causa de los pisanos; animándolos asimismo muchos de ellos á que se defendiesen; á lo cual dieron también mucho ánimo, demás de los franceses, Francisco Tribulcio, lugar-teniente de la compañía de Juan Jacobo, y Galeazzo Palavicino, que en su compañía estaba en el ejército francés. Entró en Pisa con la oca-

sión de estos desórdenes por la parte del mar, permitiéndolo los de afuera, Tarlatino, de Ciudad del Castillo, juntamente con algunos soldados experimentados en la guerra, enviado por Vitellozzo en ayuda de los pisanos, hombre entonces no conocido, pero que después, hecho capitán de ellos, perseveró hasta lo último en la defensa de aquella ciudad con mucha alabanza.

Sucedieron en estas cosas comunes muchos desórdenes, así en la infantería como en la caballería, porque, deseando tener ocasión para levantarse de la empresa, comenzaron á saquear las vituallas que se traían al ejército y, no bastando la autoridad del capitán para remediar estos desórdenes, se multiplicaron cada día, tanto que, finalmente, la infantería gascona se fué del ejército con gran alboroto; cuyo ejemplo siguieron todos los otros, y, al partirse, algunos infantes tudescos que habían ido de Roma por orden del Rey, prendieron á Lucas de Albici, comisario florentino, alegando que otra vez, estando al servicio de los florentinos en Liorna, no habían sido pagados. Fuéronse luego los suizos y toda la infantería, pero la gente de armas se detuvo cerca de Pisa, donde, habiendo estado pocos días, sin esperar á saber la voluntad del Rey, volvió á Lombardia, dejando en graves desórdenes las cosas de los florentinos, porque, para poder atender á las pagas de los suizos y de los gascones, habían licenciado toda su infantería. Conociendo esta ocasión los pisanos, fueron á sitiarse á Librafatta, la cual tomaron fácilmente, no ménos por la imprudencia de los enemigos que por sus fuerzas propias; porque dando el asalto y habiendo concurrido donde se peleaba toda la infantería que había dentro, algunos de los de afuera subieron con las escalas al lugar más alto de la fortaleza, que no estaba guardada, y espantados de esto los infantes, se rindieron. Después sitiando con presteza el bastión de la Ven-

tura, mientras daban el asalto los infantes, ó por vileza ó por engaño de San Brandano, condestable de los florentinos, de nación luqués, que estaba dentro, se rindieron. La toma de estos lugares fué muy provechosa á los pisanos, porque quedaron desembarazados y libres de la parte de hacia Luca.

Turbó este suceso de las cosas de Pisa el ánimo del Rey más de lo que se puede juzgar, conociendo cuán disminuída quedaba la reputación de su ejército, y no pudiendo sufrir que á las armas francesas, que habían corrido por toda Italia con tan gran espanto de todos, hubiese hecho resistencia una ciudad defendida sólo por su pueblo propio y donde no había capitán alguno famoso de guerra. Y como muchas veces hacen los hombres en las cosas que le son de disgusto, procuraba creer, engañándose á sí mismo, que el no haber hecho los florentinos las provisiones que debían de vituallas, de gastadores y de municiones (como afirmaban los suyos para descargo propio), había sido causa de que no hubiesen alcanzado la victoria, y que le había faltado al ejército todo, si no es el valor; quejándose, demás de esto, de que de haberle hecho instancia imprudentemente los florentinos para que enviase la gente gobernada antes por Beaumont que por Allegri, habían procedido muchos desórdenes. Por otra parte, deseando restaurar la estimación perdida, envió á Corcú, su camarero, á Florencia, no tanto para informarse si eran ciertas las cosas que habían referido los capitanes, cuanto para pedir á los florentinos que, no perdiendo la esperanza de tener en lo venidero mejor éxito, viniesen en que su gente de armas volviera á alojarse en el término de Pisa, para tener el invierno venidero bloqueada continuamente aquella ciudad, con intención de volver á expugnarla en comenzando la primavera con ejército poderoso y más en orden de capitanes y de obe-

diencia. Desecharon los florentinos esta respuesta, desesperados de poder alcanzar mejores sucesos con las armas de los franceses, por lo cual quedaron continuamente peores sus condiciones, porque, publicándose que el Rey estaba apartado de ellos, comenzaron los genoveses, sieneses y luqueses á ayudar descubiertamente á los pisanos con gente y con dinero, y á tomar ánimo cualquiera que deseaba ofenderles. Crecían asimismo en Florencia las divisiones de los ciudadanos, de manera que, no sólo no eran bastantes para recuperar lo que se había perdido, pero ni tampoco ponían orden en las cosas de su dominio, porque, habiéndose puesto en arma en Pistoya los partidos Panciático y Cancelliero, y habiendo entre ellos en la ciudad y su distrito grandes incendios y muertes casi á manera de guerra ordenada y con ayudas forasteras, no hacían provisión alguna, con gran ignominia de la República.

Procedían en este tiempo con prosperidad las cosas de César Borgia, porque si bien el Rey, mal satisfecho del Papa, porque no le había ayudado en la recuperación del ducado de Milán, había tardado en darle ayuda para proseguir la empresa comenzada contra los Vicarios de la Romaña, con todo eso, le indujo, finalmente, á otro parecer el deseo de conservarse amigo del Papa por el miedo que tenía á los movimientos de Alemania, no hallando ningún medio de paz con el Emperador y mucho más por la autoridad del cardenal de Rohán que pretendía alcanzar de legacía del reino de Francia. Prometió, pues, el Papa al Rey que le ayudaría con la gente y la persona de su hijo cuando quisiese hacer la empresa del reino de Nápoles, y concedió al cardenal de Rohán por año y medio la legacía del reino de Francia; concesión que, por ser mucha cosa y porque distraía (aunque no se comprendiese en ella la Bretaña) muchos negocios y ganancias de la corte de Roma, fué tenida

por cosa muy grande. Por otra parte envió el Rey en su ayuda trescientas lanzas y dos mil infantes debajo del gobierno de Allegri, significando á todos que tendría por injuria propia si alguno se opusiese á la empresa del Papa. Con esta reputación y con las fuerzas propias, que eran setecientos hombres de armas y seis mil infantes, entrando el Valentino en la Romaña tomó sin resistencia alguna las ciudades de Pésaro y de Rímini, huyendo sus señores, y después volvió hacia Faenza, que no estaba defendida por otros que de su pueblo mismo, porque no sólo Juan Bentivoglio, abuelo materno de Astorre, muchacho pequeño, se abstenía de darle ayuda, por no irritar las armas del Papa y de su hijo y por orden que tenía del Rey (y los florentinos y el duque de Ferrara por la misma ocasión hacían lo mismo), sino también los venecianos, obligados á su defensa, les advirtieron, porque así se lo había pedido el Rey, que habían renunciado la protección en que les tenían, como asimismo lo hicieron antes, por la misma causa, con Pandolfo Malatesta, señor de Rímini. También, por mayor declaración de estar bien afectos á las cosas del Papa, hicieron en este mismo tiempo gentil-hombre veneciano al duque Valentino, demostración que solía hacer aquella República, ó por reconocimiento de beneficios recibidos, ó por señal de amistad estrecha. Había tomado el Valentino á su sueldo á Dionisio de Naldo de Bersighella, hombre de gran prestigio en Valdilamona, por cuyo medio ocupó sin dificultad la villa de Bersighella y casi todo el valle, y, habiendo expugnado el castillo viejo, alcanzó el nuevo por acuerdo del castellano y esperó entrar en el castillo de Faenza por trato que tenía el mismo Dionisio con el castellano de aquella ciudad, hombre del mismo valle y que había gobernado mucho tiempo el Estado de Astorre. Mas descubriéndose el trato, fué preso por los faentinos,

los cuales, no desmayando por verse desamparados de todos ni por la pérdida tan importante del valle, habían determinado correr todo riesgo por conservarse en la sujeción de la familia de los Manfredos, de la cual habían sido señoreados muchos años, y por esto atendieron con gran solicitud á la fortificación del lugar. No pudiendo el Valentino apartarlos de esta disposición con promesas ni con amenazas, puso su ejército cerca de las murallas de la ciudad entre los ríos de Lamona y del Marzano y plantó la artillería por la parte de hacia Forli, que, aunque está cercada de muralla, se llama vulgarmente el Burgo, donde los de Faenza habían hecho una gallarda fortificación. Habiendo batido lo que bastaba, principalmente la puerta, que está entre el Burgo y la ciudad, dió el asalto el quinto día; pero, defendiéndose con gran valor los de adentro, volvió los suyos á los alojamientos con mucho daño, quedando muerto Onorio Savello. Tampoco estuvieron quietos los demás días, siendo batido continuamente el ejército por la artillería de adentro, y aunque la gente del lugar tenía muy corto número de soldados forasteros, salían muy á menudo á escaramuzar muy ferozmente.

Pero oponíasele sobre todas las cosas, aunque no había pasado el mes de Noviembre, el rigor del tiempo, que era mucho más áspero de lo que solía ser en aquella sazón, porque había grandes nieves y fríos intolerables que casi de continuo impedían los ejercicios militares, y se alojaban al sereno, habiendo los de Faenza, antes que se arrimase el ejército á las murallas, abrasado todas las casas y cortado todos los árboles que había cerca de la ciudad. Obligado por estas dificultades el Valentino, alzando el sitio al décimo día, distribuyó la gente en sus alojamientos por los lugares vecinos, con sumo dolor de que, teniendo demás de las fuerzas francesas un ejército florido de capitanes y sol-

dados italianos porque estaban en él Paulo y Julio Orsini, Vitellozzo y Juan Paulo Baglione con mucha gente escogida, y de que, habiéndose prometido, en sus mal medidos conceptos, que ni los mares ni los montes le habían de resistir, le obscureciese la fama de los principios de su milicia un pueblo que había vivido en larga paz y que, en aquel tiempo, no tenía otra cabeza que un muchacho; jurando con gran eficacia y muchos suspiros que lo más presto que diese lugar la sazón del tiempo volvería á la misma empresa, con ánimo determinado de morir ó vencer.

En este tiempo Alejandro, su padre (para que todas las obras propias correspondiesen á un mismo fin), había el mismo año creado con gran infamia doce cardenales, no de los más beneméritos, sino de los que le ofrecieron mayor precio; y por no omitir ninguna especie de granjería, esparció por toda Italia y por las provincias forasteras el Jubileo que se celebra en Roma con gran concurso, particularmente de las naciones ultramontanas, dando facultad de ganarle á cualquiera que, no yendo á Roma, diese alguna cantidad de dinero, que, junto con lo demás que por cualquier modo podía sacar de los tesoros espirituales y del dominio temporal de la Iglesia, enviaba al Valentino, el cual, habiéndose detenido en Forli, disponía lo necesario para la expugnación en el año siguiente, y no era menor la prontitud con que atendían los de Faenza á la fortificación de la ciudad.

---

## CAPITULO II.

Tregua entre Maximiliano y el rey de Francia.—Convenio entre los reyes de Francia y España para repartirse el reino de Nápoles.—El duque Valentino toma á Faenza.—Le concede el Papa el título de duque de Romaña.—Marcha hacia Florencia.—Pedro de Médicis en Loiano.—Convenio entre los florentinos y el duque Valentino.—Movimientos del ejército francés para la conquista del reino de Nápoles.—Gonzalo de Córdoba en Sicilia.—Los franceses saquean á Padua.—Fadrique de Aragón sale de Nápoles y se retira á Francia.—Gonzalo de Córdoba retiene prisionero al duque de Calabria, á pesar de haber jurado darle libertad.

Estas cosas se hicieron en el año 1500, pero mucho mayores se ordenaban por el rey de Francia para el de 1501, y con propósito de estar más libre para ellas había procurado siempre hacer paz con el Rey de Romanos, por la cual, demás de alcanzar la investidura del ducado de Milán, le fuese lícito acometer el reino de Nápoles; valiéndose para estas negociaciones del Archiduque, su hijo, que estaba inclinado á la paz, porque sus pueblos, por no impedir el comercio de las mercancías, guerreaban de mala gana con los franceses, y porque el Rey, que no tenía hijos varones, proponía dar á su hija Claudia por mujer á Carlos, hijo del Archiduque, y en dote, cuando fuesen de edad hábil para consumir el matrimonio (porque ambos eran menores de tres años), el ducado de Milán. Por su intercesión, no pudiéndose resolver tan presto muchas dificultades que intervenían en la plática de la paz, alcanzó treguas de Maximiliano por algunos meses en el principio del año 1501, dándole cierta cantidad de dinero por alcanzarla, en la cual no se hizo mención alguna del rey de Nápo-

les, aunque Maximiliano, habiendo recibido de él cuarenta mil ducados y obligación de pagarle cuando fuese menester quince mil ducados cada mes, le hubiese prometido no hacer ningún acuerdo sin incluirle en él, y romper la guerra, si fuese necesario, para distraer fuerzas francesas en el Estado de Milán. Quedando por entonces seguro el rey de Francia de los movimientos de Alemania, y esperando alcanzar dentro de muy poco tiempo, por medio del mismo Archiduque, la investidura y la paz, volvió todos sus pensamientos á la empresa del reino de Nápoles. Temiendo se le opusiesen á ella los reyes de España, juntándose, por miedo de su grandeza, con los venecianos y quizá con el Papa, renovó con ellos las pláticas que se habían comenzado en tiempo del rey Carlos, de la división de aquel reino; pues asimismo pretendía Fernando, rey de España, que tenía derecho á él, porque si bien Alfonso, rey de Aragón, le había conquistado por derechos separados de la Corona de Aragón, y por esto, como cosa propia, dispuso de él en favor de Fernando, su hijo natural; con todo eso, había habido hasta entonces en Juan, su hermano, que le sucedió en el reino de Aragón, y en Fernando, hijo de Juan, mucha queja de que, habiéndole conquistado Alfonso con las armas y dinero del reino de Aragón, pertenecía legítimamente á aquella Corona. Había encubierto Fernando esta queja con astucia y paciencia española, no sólo no dejando de usar con Fernando, rey de Nápoles, y después con los otros que le sucedieron, los oficios debidos entre parientes, sino también aumentándolos con vínculos de nueva afinidad, porque dió por mujer á Fernando de Nápoles á Juana, su hermana, y convino después en que Juana, hija de aquélla, se casase con Fernando el mozo; pero no había conseguido por esto que su codicia dejase de ser notoria mucho tiempo antes á los reyes de Nápoles.

Concurriendo, pues, en Fernando y en el rey de Francia la misma inclinación, el uno por quitarse los embrazos y dificultades y el otro por ganar parte de aquello que había deseado mucho tiempo, porque no se descubría ocasión para conseguirlo todo, se concertaron para acometer á un mismo tiempo al reino de Nápoles y que se dividiese entre ellos en esta forma: que al rey de Francia le tocase la ciudad de Nápoles con toda la Tierra de Labor y la provincia de los Abruzzos, y á Fernando las provincias de Pulla y de Calabria; que cada uno conquistase por sí mismo su parte, no estando el otro obligado á ayudarle, sino sólo á no impedirle; y sobre todo concertaron que esta concordia se tuviese en gran secreto hasta que el ejército que el rey de Francia enviase á aquella empresa hubiese llegado á Roma, y á este tiempo, los embajadores de ambos, alegando que este concierto se había hecho por beneficio de la cristiandad y para ir contra infieles, pidiesen de conformidad al Papa que concediese la investidura según la división que habían asentado entre ellos, dándose á Fernando debajo de título de duque de Pulla y de Calabria, y al rey de Francia, no ya del de Sicilia, sino del de rey de Jerusalén y de Nápoles. Había tenido una vez este título de rey de Jerusalén Federico II, emperador romano y rey de Nápoles, por dote de su mujer, hija de Juan, rey de Jerusalén, que en el nombre, mas no en el efecto, se había usado continuamente por los reyes que le sucedieron, aunque en un mismo tiempo se lo habían adjudicado por diversas razones, no menos codiciosamente, los reyes de Chipre, de la familia Lusigniana. ¡Tan codiciosos son los príncipes en abrazar colores con que puedan molestar con aparente justicia, aunque muchas veces injustamente, los Estados que tienen otros!

Hecho este convenio entre los dos Reyes, comenzó

el de Francia descubiertamente á disponer el ejército, y mientras se preparaba, se había arrimado el Valentino en los primeros días del año, de noche y con gran cantidad de escalas, al burgo de Faenza, y teniendo en él, según se creía, inteligencia, había intentado tomarlo. Mas no esperando nada del engaño, tomó pocos días después á Russi y los otros lugares de aquella comarca, y últimamente se volvió allí con el ejército al principio de la primavera. Poniéndose enfrente de la fortaleza y batiendo por aquella parte la muralla, hizo dar asalto á la gente francesa y española que estaba á su sueldo, mezclada toda; pero habiéndose presentado con desorden, se volvió sin hacer algún fruto. Pasados tres días, hizo dar otro con las fuerzas de todo el ejército, y el primer acometimiento tocó á Vitellozo y á los Orsini, que, escogiendo la flor de sus soldados, acometieron con gran valor y con grande orden, adelantándose tanto, que tal vez tuvieron esperanza de ganar la victoria; pero no era menos el valor de los de adentro, y gallardos los reparos que habían hecho; de manera que, hallándose los que asaltaban con un gran foso delante de sí, siendo batidos por el costado por mucha artillería, fueron obligados á retirarse, y de ellos quedó muerto allí Fernáudo Farnese y muchos hombres de calidad y número grande de heridos. Pero con todo eso, habiendo recibido los de Faenza gran daño en este asalto, comenzaron á considerar de tal manera la dificultad con que podrían sustentarse contra tan gran ejército, desamparados de todos, y con cuánto daño y malas condiciones vendrían á entregarse en las manos del vencedor, ó expugnados por fuerza, ó por la última necesidad, que, entibiado tanto ardimiento, y entrando en su lugar el miedo, se rindieron pocos días después al Valentino, libres las haciendas y las personas, y concertada la libertad de Astorre, su señor, y que le

fuese lícito irse donde quisiese; quedándole libre la renta de sus propias posesiones, lo cual observó fielmente el Valentino en cuanto á la gente de Faenza; mas en cuanto á Astorre, que era menor de diez y ocho años y de muy buen talle, cediendo la edad y la inocencia á la bellaquería y crueldad del vencedor, le detuvo cerca de su persona con honrosas demostraciones debajo de color que quedase en su Corte; pero poco después fué llevado á Roma, y habiéndose cebado primero en él (según se dijo) la deshonestidad de alguno, fué muerto secretamente, junto con su hermano natural.

Habiendo ganado el Valentino á Faenza, se movió hacia Bolonia, teniendo intención, no sólo de ocupar aquella ciudad, sino de molestar después á los florentinos, que estaban en gran declinación por haberse aumentado nuevas ocasiones al enojo primero del Rey; siendo así que fatigados de los grandes gastos que habían hecho y que continuamente estaban necesitados á hacer por la guerra de los pisanos y por la sospecha que tenían de las fuerzas del Papa y del Valentino, no pagaban al Rey, aunque hacía grande instancia, el resto del dinero que antes les prestó el duque de Milán, ni el que pretendía que le tocaba por cuenta de los suizos que había enviado contra Pisa; porque habiéndose negado los florentinos á dar una paga (según lo que habían concertado en Milán con el cardenal de Rohán) para volverse á su patria, por haberse ido, á muchos infantes que habían acabado de servir el sueldo que recibieron, el Rey, por conservar en su amistad aquella nación, lo había pagado de su hacienda propia, y lo pedía con palabras muy ásperas, no admitiendo excusa alguna de su poco poder. Dificultaba más el remedio que se había de poner en estas cosas la discordia civil nacida de los desórdenes del gobierno popular, en el cual, no habiendo alguno que tuviese cuidado firme de

las materias, y muchos ciudadanos principales sospechosos, ó como amigos de los Médicis, ó como deseosos de otra forma de gobierno, se regían más con confusión que con consejo; por lo cual, no despachando las demandas del Rey, antes dejando pasar sin efecto las dilaciones alcanzadas de él, le habían encendido en gravísima indignación, y así les pedía, demás de esto, que se dispusiesen á darle el dinero y las ayudas que le habían prometido para la empresa del reino de Nápoles; porque si bien, según los conciertos, no se debían, hasta haber recuperado á Pisa, se debía tener por recuperada en cuanto á él, pues había procedido por culpa de ellos no ganarla; cuya instancia hacía movido de la codicia del dinero, que amaba mucho naturalmente, ó del enojo de que, en los plazos que les había concedido, no le habían pagado, ó por haberse persuadido de que, por los desórdenes del gobierno y por los muchos amigos que tenían allí los Médicis, no podían hacer algún fundamento en aquella ciudad en sus necesidades. Y por reducirlos con la aspereza y rigor á aquello que con la autoridad no había podido, usaba públicamente malos términos con los embajadores que tenía cerca de su persona, afirmando que no estaba obligado ya á su protección, porque, habiendo faltado ellos en cumplir la capitulación hecha en Milán, pues no le habían pagado á los tiempos prometidos el dinero que habían concertado en ella, nó estaba obligado á guardársela; por lo cual, habiendo ido á su Corte, por instigación del Papa, Julián de Médicis, á suplicarle en su nombre y de sus hermanos que los volviese á su patria, prometiéndole gran cantidad de dinero, le oyó muy agradablemente, tratando con ellos continuamente sobre su vuelta; y por esto el Valentino, habiendo tomado ánimo de estas cosas y provocado por Vitellozzo y por los Orsini, soldados suyos muy enemigos de los florentinos, aquél

por la injuria de la muerte de su hermano, y éstos por la unión que tenían con los Médicis, había enviado primero en ayuda de los pisanos á Liberotto de Fermo con cien caballos ligeros, determinando molestarles después de la conquista de Faenza, aunque no habían recibido ofensas de ellos ni su padre ni él, sino gracias y comodidades, pues, á su petición, habían renunciado la protección de los Estados de los Riarios, á que estaban obligados, y convenido en que fuesen continuamente á su ejército vituallas del dominio florentino.

Partido, pues, de la Romaña con esta determinación, declarado ya duque de Romaña por el Papa, después de la conquista de Faenza, con aprobación del Consistorio y alcanzada la investidura, entró con el ejército en la comarca de Bolonia con grandísima esperanza de ocuparla; pero el mismo día que se alojó en Castel San Pietro, lugar situado casi en los confines entre Imola y Bolonia, recibió orden del rey de Francia para no proceder á ocupar á Bolonia ni á echar de ella á Juan Bentivoglio, porque alegaba que estaba obligado á la protección de la ciudad y á la suya, y que aquella excepción, expresada al aceptar la protección, de no perjudicar los derechos de la Iglesia, se debía entender de aquellos derechos y preeminencias que entonces poseía allí la Iglesia; porque entendiéndose indistintamente y contra el tenor de las palabras, como pretendía el Papa, hubiera sido para los boloñeses y para los Bentivoglios cosa vana y de ningún momento recibirlos en su protección; por lo cual, el Valentino, depuesta por entonces la esperanza que había concebido, con gran queja del Papa y suya, concertó con el Bentivoglio, por medio de Paulo Orsini, que le concediese paso y vituallas por el Boloñés; que le pagase cada año nueve mil ducados; que le sirviese con cierto número de hombres de armas y de infantes para ir á la Toscana, y le dejase

la villa de Castel Boloñese, que está entre Imola y Faenza, en jurisdicción de Bolonia, que él dió á Paulo Orsini. Hecho este acuerdo, el Bentivoglio, ó por sospecha que tenía por sí mismo, ó porque, según fué fama, el Valentino, para ponerle en más odio con aquella ciudad, le había revelado que había sido invitado á arriarse á Bolonia por la familia de los Mariscotti, familia poderosa de parientes y amigos, y que por esto, ó por su insolencia, le era muy sospechosa, hizo matar los que de ellos estaban en Bolonia, usando por ministros de esta crueldad, juntamente con Hermes, su hijo, muchos mozos nobles, para que, con la memoria de haber manchado las manos en la sangre de los Mariscotti, estuviesen obligados á desear la conservación de su Estado, por haber quedado enemigos de aquella familia.

No siguió más adelante al Valentino la gente francesa, porque esperaba juntarse con el ejército del Rey, el cual iba á la empresa de Nápoles, gobernado por Obigni, en número de dos mil lanzas y diez mil infantes. El Valentino se enderezó por el Boloñés hacia el dominio florentino con setecientos hombres de armas y cinco mil infantes de gente muy escogida, y demás de éstos, con cien hombres de armas y dos mil infantes que le dió el Bentivoglio, gobernados por su hijo el protonotario, y habiendo enviado á pedir á los florentinos paso y vituallas por su dominio, se adelantó sin esperar la respuesta, dando benignas palabras á los embajadores que le habían enviado los florentinos hasta que hubo pasado el Apenino. Mas en llegando á Barberino, mudando la benignidad en aspereza, pidió que hiciesen confederación con él; que lo condujesen con el número de gente de armas y con las calidades que convenían á su dignidad, y que, mudando el gobierno presente, constituyesen otro en que pudiera hacer confianza. To-

maba ánimo para estas demandas, no tanto por su poder (pues no tenía consigo gran ejército ni artillería con que batir los lugares) cuanto por las malas calidades de los florentinos, teniendo poca gente de armas y no otra infantería que los paisanos diariamente á sus órdenes. En Florencia había miedo, sospecha y gran desunión, por estar con el Valentino Vitellozzo y los Orsini, y porque, por su orden, se había detenido Pedro de Médicis en Loiano, en el Boloñés, y el pueblo estaba lleno de recelo de que los ciudadanos poderosos hubiesen procurado su venida para ordenar un gobierno á su satisfacción. No tenía el Valentino deseo de volver á meter en Florencia á Pedro de Médicis, porque no juzgaba que sería á su propósito la grandeza de los Orsini y de Vitellozzo, con quien se sabía que se juntaría Pedro en volviendo á su patria. He oído, demás de esto, á hombres de gran crédito que tenía fija en su ánimo la memoria de un enojo antiguo que había concebido contra él, cuando, siendo su padre arzobispo de Pamplona, antes de llegar al pontificado, estudiaba las leyes canónicas en el estudio de Pisa, porque habiendo ido á Florencia á hablarle sobre un caso criminal de un amigo suyo, después que hubo esperado en vano muchas horas su audiencia, se había vuelto á Pisa sin haberle hablado, por estar ocupado ó en negocios ó en pasatiempos; teniéndose por despreciado y muy injuriado de esto. Con todo eso, por complacer á los Vitelli y á los Orsini, fingía otra cosa, y mucho más por acrecentar el terror y la desunión de los florentinos, mediante la cual esperaba, ó alcanzar mejores condiciones de ellos, ó poder tener ocasión de ocupar alguna villa importante de aquel dominio.

Pero reconociendo ya que su mal modo de proceder era molesto al rey de Francia, al llegar á Carpi, seis millas de Florencia, se concertó con ellos en esta forma:

que entre la república de Florencia y él hubiese confederación para la defensa de los Estados, siendo prohibido al uno el ayudar á los rebeldes del otro y señaladamente el Valentino á los pisanos; que perdonasen los florentinos todos los delitos cometidos por cualquiera persona á causa de haberse acercado él á dicha ciudad, y que no se le opusiesen en defensa del señor de Piombino, el cual estaba debajo de su protección; que le recibiesen á su sueldo por tres años con trescientos hombres de armas y con sueldo de treinta y seis mil ducados cada año, obligándose á enviar aquéllos en ayuda de los florentinos cada vez que lo hubiesen menester, ó para su propia defensa ó para ofensa de otros.

Hecho este acuerdo, fué á Siena, caminando jornadas cortas, deteniéndose en los alojamientos algún día y haciendo daños en el país con incendios y con robos, no menos que si fuera enemigo declarado. Pedía también, según la costumbre de las pagas que se daban á los hombres de armas, la cuarta parte del dinero que se debía en un año y que le acomodasen de artillería para llevarla contra Piombino. Rehusaban los florentinos descubiertamente una de estas demandas, porque no estaban obligados á ella, y la otra la diferían porque tenían intención de no cumplir las promesas que habían hecho por fuerza, y esperaban ser libres de esta molestia con la autoridad del rey de Francia, por avisos que habían recibido de los embajadores que tenían cerca de su persona. No salió vana esta esperanza, porque al Rey había sido grato que el Valentino les amenazase, mas no que les acometiese, y, ó le fuera enojosa la mudanza del gobierno presente, ó si acaso hubiera deseado otra forma de gobierno en Florencia, le habría agrado que se estableciera por otras fuerzas ó con otra autoridad que la suya; por lo cual, en llegando á su noticia que el Valentino había entrado en el dominio

de Florencia, le ordenó que saliese luego de él y á Obigni (que estaba ya en Lombardía con el ejército), que en caso que no obedeciese, fuese con todas las fuerzas á hacerle salir; por lo cual el Valentino, sin llevar la cuarta paga del año, ni la artillería, se enderezó hacia Piombino, y ordenó que los pisanos, que por medio de Vitellozzo, á quien había enviado á Pisa para traer artillería al ejército, habían ido á sitiar á Ripomerancia, castillo de los florentinos, levantasen el sitio.

Al entrar en el territorio de Piombino tomó Sughereto, Scarlino y las islas de Elba y de Pianosa, y dejando suficiente gente en los lugares ocupados para defenderlos y para molestar continuamente á Piombino, se fué con la demás á tierra de Roma para seguir el ejército del Rey en la empresa de Nápoles, del cual una parte, gobernada por Obigni, había entrado en la Toscana por el camino de Castrocaro, y la otra caminaba la misma vuelta por la Lunigiana, siendo el número del ejército que estaba junto mil lanzas, cuatro mil suizos, seis mil entre infantes franceses y gascones, y según lo que acostumbraban, gran provisión de artillería. Fué cosa digna de consideración que aquella parte que vino por la Lunigiana pasó por la ciudad de Pisa amigablemente con muy grande regocijo, así de los franceses como de los pisanos. Al mismo tiempo partía de Provenza para la misma empresa la armada marítima gobernada por Ravesten, gobernador de Génova, con tres carracas genovesas, otras diez y seis naves y muchos bajeles menores cargados de mucha infantería.

Contra estos movimientos (no sabiendo el rey Fadrique que las armas españolas se prevenían contra él, debajo de color de amistad), solicitaba á Gonzalo de Córdoba que viniese á Gaeta (el cual se había detenido en Sicilia con la armada del rey de España, fingiendo que le quería ayudar), habiendo puesto en sus manos algu-

nos lugares de Calabria que él había pedido para facilitar más la conquista por su parte, pero debajo de pretexto que los quería para seguridad de su gente. Esperaba Fadrique, en juntándose Gonzalo con su ejército, el cual disponía que fuese de setecientos hombres de armas, seiscientos caballos ligeros y seis mil infantes, (parte de esta gente tomada á su sueldo, parte que los Colonnas tomaron al suyo en Marino), que tendría ejército poderoso para resistir á los franceses, sin estar obligado á encerrarse en las villas, aunque le faltasen las ayudas que esperaba del Príncipe de los turcos, á quien había pedido socorro con gran instancia, mostrándole que de la victoria de este Rey tendría aún mayor peligro que si la hubiera alcanzado el pasado; y para asegurarse de los engaños, habiéndole acusado al príncipe de Bisignano y al conde de Meleto de que tenían pláticas ocultas con el conde de Gayazzo, que estaba con el ejército francés, los hizo prender. Habiendo enviado con estas esperanzas á Fernando, su hijo primogénito (que aún era muchacho), á Taranto, más para su seguridad, si sucediese algún caso adverso, que por defensa de aquella ciudad, detúvose con su ejército en San Germán, donde, esperando las ayudas de España, y la gente que le traían los Colonnas, creía que defendería la entrada del reino con más feliz suceso que lo había hecho Fernando, su sobrino, en la venida de Carlos.

Estaba verdaderamente Italia en este estado de las cosas toda llena de increíble suspensión, juzgando todos que esta empresa había de ser principio de gravísimas calamidades, porque el ejército prevenido por el rey de Francia no parecía tan poderoso que pudiese vencer fácilmente las fuerzas de Fadrique y de Gonzalo, estando juntas, y se juzgaba que, en comenzando á irritarse los ánimos de reyes tan poderosos, había de

continuar la guerra con mayor fuerza cada parte, de lo cual se podrían levantar fácilmente por todã Italia graves y peligrosos movimientos por las varias inclinaciones de los otros potentados. Vióse que eran vanos estos discursos luego que el ejército francés estuvo reunido en tierra de Roma, porque entrando juntos en el Consistorio los embajadores españoles y franceses, notificaron al Papa y á los cardenales la liga y la división hecha entre sus Reyes para poder atender (como decían) á la expedición contra los enemigos de la religión cristiana, pidiendo la investidura-según el tenor del concierto que habían hecho, que fué concedida por el Papa sin dilación; por lo cual, no dudándose ya cuál sería el fin de esta guerra, y convertido el temor de la gente en suma admiración, vituperaban todos mucho la imprudencia del rey de Francia de que hubiese querido más que la mitad de aquel reino entrase en poder de los reyes de España, y que fuese introducido en Italia, donde primero era él solo árbitro en las materias, un rey émulo suyo á quien pudiesen recurrir todos sus enemigos y malcontentos de él, y unido con el Rey de Romanos con intereses muy estrechos, que sufrir, que el rey Fadrique quedase señor de todo, debajo de su protección, y pagándole tributo, como había procurado alcanzar por varios medios.

No era menos vituperada en el concepto universal la integridad y fe de Fernando, maravillándose todos que por codicia de tener aquella parte del reino se coligase contra un rey de su sangre, y que, para poder derribarle más fácilmente, le hubiese sustentado siempre con promesas falsas de que le ayudaría, y oscurecido el esplendor del título de rey católico que pocos años antes lo habían alcanzado del Papa él y la reina Isabel, y la gloria con que hasta el cielo se había ensalzado su nombre por haber echado los moros del reino de Granada,

no menos por celo de la religión que de su propio interés. A estas calumnias que se decían de ambos reyes no se respondía en nombre del de Francia más sino que el poder francés era bastante para poner remedio en todas las órdenes cuando fuese tiempo. Decíase en nombre de Fernando, que, si bien le había dado Fadrique ocasión justa para moverse contra él, por saber que mucho antes había tenido pláticas secretas en su perjuicio con el rey de Francia, no le había movido esto, sino considerar que, habiendo determinado aquel Rey hacer la empresa del reino de Nápoles de cualquier manera, se ponía en necesidad de defenderle ó de desampararle. El tomar su defensa era principio de incendio tan grande, que hubiera sido muy dañoso para toda la cristiandad, mayormente hallándose las armas del Turco tan poderosas por mar y tierra contra los venecianos; el desampararle conocía que era causa de que quedase en grave peligro su reino de Sicilia y, sin esto, resultaba en notable daño suyo que el rey de Francia ocupase el reino de Nápoles que le tocaba á él jurídicamente, y que también podía suceder en él con nuevos derechos en caso que faltase la línea de Fadrique, por lo cual había elegido, en estas dificultades, el camino de la división, con esperanza de que, por el mal gobierno de los franceses, le podría llegar su parte en breve tiempo, lo cual, cuando sucediese, ó la retendría en sí ó la restituiría á Fadrique ó á sus hijos, según le aconsejase el respeto del bien público; pues siempre le había mirado más que su interés propio. Porque no negaba que casi tenía horror á su nombre por lo que sabía que, desde antes que el rey de Francia tomase el ducado de Milán, había tratado con los turcos.

La nueva de la concordia de estos reyes espantó de tal manera á Fadrique, que aunque Gonzalo (mostrando que no hacía caso de lo que se había publicado en

Roma) le prometía con la misma eficacia ir en su socorro, se apartó de sus primeras determinaciones, y retirado de San Germán hacia Capua, esperaba la gente que por su orden habían levantado los Colonnas; los cuales, dejando guardada á Amelia y Roca del Papa, desampararon todo lo demás que tenían en tierra de Roma, porque el Papa, con voluntad del rey de Francia, había movido las armas para ocupar sus Estados; habiendo en estas dificultades descubierto Gonzalo sus comisiones, al saber que el ejército había pasado de Roma y enviado á Nápoles seis galeras para sacar las dos reinas viejas, la una hermana y la otra sobrina de su Rey. Aconsejaba Próspero Colonna á Fadrique que detuviese aquellas galeras, y juntas todas sus fuerzas se opusiese en campaña á los enemigos, porque, en intentar la fortuna, quizá podía haber alguna esperanza de victoria, siendo mucho más inciertos que todas las otras acciones de los hombres los sucesos de las batallas, pero que, de cualquier otra manera, estuviese certísimo que no tenía ningún poder para resistir á dos reyes tan poderosos que le acometían por diferentes partes su reino; y juzgando Fadrique que también este consejo era de muy poca esperanza, determinó reducirse á la guarda de las villas. Mas habiéndose rebelado, antes que saliese Obigni de Roma, San Germán y otros lugares cercanos, determinó hacer la primer defensa en la ciudad de Capua, donde metió á Fabricio Colonna con trescientos hombres de armas, algunos caballos ligeros y tres mil infantes, y con Rinuccio de Marciano; traído nuevamente á su servicio. En guarda de Nápoles dejó á Próspero Colonna, y él con el resto de la gente se detuvo en Aversa.

Al partir de Roma Obigni hizo quemar, yendo de camino, á Marino Cavi y otros lugares de los Colonnas, enojado de que Fabricio Colonna hubiese hecho matar

en Roma los mensajeros de algunos barones del reino, secuaces de la parte francesa, que habían ido á tratar con él. Enderezóse después á Montefortino, donde se pensaba que haría resistencia Julio Colonna; pero habiéndole desamparado, con poca reputación, pasando más adelante Obigni ocupó todos los lugares cercanos al camino de Capua, hasta el Vulturno, que no pudiéndose pasar por cerca de Capua, fué con el ejército á pasarle más arriba hacia la montaña.

Sabiendo esto Fadrique se retiró á Nápoles, desamparando á Aversa, que junto con Nola y otros muchos lugares se entregaron á los franceses, cuyo esfuerzo se redujo totalmente á los contornos de Capua, donde pusieron su campo, una parte de él de este lado, y otra de la parte de arriba, donde comienza á pasar el río por cerca del lugar; y habiéndole batido gallardamente por cada parte, dieron un muy furioso asalto que, aunque no sucedió prósperamente, antes se retiraron de la muralla con mucho daño, con todo eso, no habiendo sido sin grave peligro de los de adentro, comenzaron los ánimos de los capitanes y de los soldados á inclinarse al acuerdo, mayormente viendo gran alboroto en el pueblo de la ciudad y en la gente del país, que en gran número se había recogido dentro. Pero habiendo comenzado el octavo día después de puesto el sitio á hablar Fabricio Colonna y el conde de Gayazzo desde un bastión sobre las condiciones de rendirse, dió ocasión á que entrasen en la ciudad la mala guarda de los de adentro, como sucede muchas veces, en la esperanza vecina del acuerdo, los cuales, por la codicia del robar y por el enojo del daño recibido cuando dieron el asalto, la saquearon toda con muchas muertes, prendiendo los que sobraron á su crueldad. No fué menor la impiedad bestial que usaron contra las mujeres, porque de toda calidad, aun las consagradas á la religión, fueron

miserable presa de la lujuria y de la avaricia de los vencedores, muchas de las cuales fueron después vendidas en Roma por precio muy moderado; y se dice que en Capua algunas, espantándolas menos la muerte que la pérdida de su honra, se echaron unas en los pozos y otras en el río. Divulgóse, demás de las maldades dignas de eterna infamia, que, habiéndose recogido en una torre muchas que habían escapado de la primer furia, el duque Valentino, que con título de lugarteniente del Rey seguía el ejército, sin más gente que con sus gentiles hombres y sus guardas, las quiso ver todas, y considerándolas con grande atención se quedó con cuarenta de las más hermosas. Quedaron presos Fabricio Colonna, D. Hugo de Cardona y todos los otros capitanes y hombres de calidad, entre los cuales Rinuccio de Marciano, que el día que se dió el asalto fué herido con una flecha de ballesta, y quedando en poder de la gente del Valentino, vivió solos dos días, no sin sospecha de que le procuraron la muerte.

Con la pérdida de Capua se perdieron todas las esperanzas de poder defender ninguna cosa. Rindióse sin dilación Gaeta, y habiendo ido Obigni con el ejército á Aversa, desamparando Fadrique la ciudad de Nápoles (la cual se concertó luego con condición de pagar sesenta mil ducados á los vencedores), se retiró á Castilnuovo, y pocos días después concertó con Obigni que le entregaría dentro de seis días todas las villas y fortalezas que estaban por él en la parte que tocaba al rey de Francia, según la división que se había hecho, quedándose solamente con la isla de Ischia por seis meses; siéndole lícito en este tiempo ir á cualquiera parte que le pareciese, excepto al reino de Nápoles, y enviar á Taranto cien hombres de armas; que pudiese sacar cualquier cosa de Castilnuovo y de Castel del Uovo, excepto la artillería, que quedó allí, del rey

Carlos; que se perdonase á todos por las cosas hechas después que Carlos conquistó el reino de Nápoles; y los cardenales Colonna y de Aragón gozasen las rentas eclesiásticas que tenían en el reino. Viérose juntas verdaderamente en la fortaleza de la isla de Ischia, con miserable espectáculo, todas las desdichas de la descendencia de Fernando el Viejo, porque además de Fadrique, nuevamente despojado de un reino tan esclarecido, congojado aún más por la suerte de tantos hijos pequeños y del mayor, que estaba encerrado en Taranto, que de la suya propia, estaba en el castillo Beatriz, su hermana, la cual, después de la muerte de Matías, famosísimo rey de Hungría, su marido, tuvo promesa de casarse con Uladislao, rey de Bohemia, para inducirle á que le ayudara á conseguir aquel reino, repudiándola ingratamente después que hubo conseguido su deseo, y celebró otro matrimonio con dispensa del papa Alejandro. Estaba también allí Isabel, que había sido duquesa de Milán, no menos infeliz que todos los otros, habiendo sido despojada casi á un mismo tiempo de su marido, de su Estado y de su único hijo.

No se debe dejår de decir una cosa muy grande y tanto más rara cuanto lo es en nuestros tiempos el amor de los hijos á los padres; es el caso, que habiendo ido á Pozzuolo para ver el sepulcro de su padre uno de los hijos de Gilberto de Montpensier, conmovido de gran dolor, después que hubo derramado muchas lágrimas se cayó muerto sobre el mismo sepulcro.

Resuelto Fadrique por el gran odio que tenía al rey de España á acogerse antes á los brazos del de Francia, le envió á pedir salvo conducto, y obteniéndole, dejando todos los suyos en el castillo de Ischia, donde también quedaron Próspero y Fabricio Colonna (que, pagando su rescate, les habían dado libertad los franceses), quedando la isla como estaba primero, debajo

del gobierno del marqués del Basto y de la condesa de Francavila, y enviando parte de su gente á la defensa de Taranto, fué á Francia con cinco galeras sutiles, determinación verdaderamente infeliz, porque, de estar en lugar libre, hubiera quizá tenido muchas ocasiones para volver á su reino en las guerras que después nacieron entre los dos reyes; pero escogiendo la vida más quieta y acaso esperando que sería éste el camino mejor, aceptó el partido del Rey de quedar en Francia, dándole el Rey el ducado de Anjou y renta que subía cada año de treinta mil ducados. Mandó á los que habían dejado el gobierno de Ischia que la entregasen al rey de Francia, los cuales, rehusando obedecerle, la tuvieron mucho tiempo, aunque debajo de las armas de Fadrique.

Había pasado en este mismo tiempo Gonzalo á la Calabria, donde, aunque deseaba más casi todo el país el dominio francés, no habiendo quien la defendiese, le recibieron voluntariamente todos los lugares excepto Manfredonia y Taranto, y ganando por asedio á Manfredonia y la fortaleza, se fué con el ejército á los contornos de Taranto, donde se veía mayor dificultad, mas al fin la ganó por acuerdo, porque el conde de Potenza, en cuya guarda había dejado su padre al pequeño duque de Calabria y fray Leonardo, napolitano, caballero de Rodas y gobernador de Taranto, no viendo esperanza de poderse defender más, concertaron entregarle la ciudad y el castillo si no fuesen socorridos dentro de cuatro meses, recibiendo de él juramento solemne sobre la hostia consagrada de dejar libre al duque de Calabria, el cual tenía orden secreta de su padre de irse con él á Francia cuando no se pudiese resistir más á la fortuna, pero ni el temor de Dios, ni el respeto de la estimación de los hombres pudo más que el interés del Estado; porque, juzgando Gonzalo que en algún tiempo podría ser de gran daño el no estar en

poder del rey de España su persona, despreciando el juramento, le negó la licencia de irse, y lo más presto que pudo le envió á España bien acompañado, donde, acogido benignamente por el Rey, fué tenido cerca de su persona en las demostraciones exteriores con honras casi reales.

---

### CAPITULO III.

Ríndese Piombino al duque Valentino.—Casamiento de Lucrecia Borgia con Alfonso de Este.—Conferencia del Rey de Romanos y del cardenal de Rohán en Trento.—Muerte de Agustín Barbarigo, dux de Venecia.—Le sucede Loredano.—Nueva liga de los florentinos con el rey de Francia.—Emprenden otra vez la guerra contra los pisanos.—Origen de la guerra de españoles y franceses en Italia.—Rebelión de Arezzo contra los florentinos.—El duque Valentino invade y se apodera del ducado de Urbino.—Los franceses marchan contra Arezzo.—Vitellozzo entrega Arezzo á los franceses, que lo restituyen á los florentinos.—Pedro Soderini es elegido por toda su vida Alférez mayor de la justicia en Florencia.

Procedían en estos mismos tiempos las cosas del Papa con la prosperidad acostumbrada, porque había ganado con gran facilidad todo el Estado que los Colonnas y Savelli tenían en tierra de Roma, del cual dió una parte á los Orsini, y continuando el Valentino su empresa contra Piombino, envió allá á Vitellozzo y á Juan Paulo Baglione con nueva gente, por cuya venida, espantado Jacobo de Appiano, que era el señor, dejando guardada la fortaleza y la villa, se fué por mar á Francia para intentar conseguir del Rey que no le dejase perecer por respeto de su propia honra, pues le había toma-

do en su protección mucho antes, á lo cual respondió el Rey muy libremente (no cubriendo con algún artificio su infamia), que había prometido al Papa que no se le opondría, ni lo podía hacer sin hacerse gran daño á sí mismo. En este ínterin se rindió la villa al Valentino por medio de Pandolfo Petrucci, y lo mismo hizo pocos días después la fortaleza. Casó el Papa á Lucrecia, su hija, con Alfonso, hijo primogénito de Hércules de Este, y la dió en dote cien mil ducados en dinero de contado y muchas dádivas de gran valor. Había sido esta Lucrecia casada tres veces, y entonces era viuda por la muerte de Gismundo, príncipe de Biselli, hijo natural de Alfonso, rey que fué de Nápoles, á quien había muerto el duque Valentino. Vinieron en este matrimonio, aunque indigno de la familia de Este, acostumbrada á hacer nobles casamientos) (1) Hércules y Alfonso, porque el rey de Francia, deseoso de satisfacer en todo al Pontífice, hizo mucha instancia. Movióles además el propósito de asegurarse con este medio (si contra tan grande perfidia había seguridad bastante), de las armas y ambición del Valentino, el cual, poderoso de dinero y de la autoridad de la Sede Apostólica, y por el favor que tenía del rey de Francia, era ya formidable á una gran parte de Italia, conociéndose que su codicia no tenía freno ni término alguno.

Continuaba el rey de Francia en estos mismos tiempos tratando con gran solicitud la paz con el emperador Maximiliano, no sólo con esperanza de quitarse de gastos y celos y de alcanzar la investidura del ducado de Milán que deseaba mucho, sino también para tener facultad de ofender á los venecianos, moviéndole á esto el saber que les eran muy molestas sus prosperi-

(1) El autor añade la siguiente frase, no traducida por el Rey: "E perche Lucrezia era spuria, e coperta di molte infamia.,,"

dades y el persuadirse que habían trabajado mucho en secreto para interrumpir la paz entre el Emperador y él. Pero más le movía el deseo que tenía por sí mismo y por las provocaciones que le hacían los milaneses de recuperar á Cremona y á la Ghiaradadda, cosa que poco antes se las concedió él mismo, y á Brescia Bergamo y Crema, que en tiempo pasados habían sido del ducado de Milán y las habían ocupado los venecianos en las guerras que tuvieron con Felipe María Visconti. Y para tratar más de cerca estas materias y hacer las provisiones necesarias para la empresa de Nápoles, había enviado mucho antes á Milán al cardenal de Rohán, cuya voz y autoridad era la misma que la del Rey, el cual se había detenido allí algunos meses, no habiendo podido aún establecer nada con el Rey de Romanos por sus muchas variaciones.

Trataron los florentinos en este tiempo por medio del Cardenal que los recibiese de nuevo el Rey en su protección; pero no tuvo efecto, porque proponía condiciones muy dificultosas; antes mostrando que totalmente tenía el ánimo apartado de ellos, y pretendiendo que el Rey no estaba obligado ya á los conciertos hechos en Milán, hizo entregar á los luqueses (á los cuales de nuevo había recibido debajo de su amparo) á Pietra Santa y Mutrone como cosa que pertenecía á aquella ciudad por antiguos derechos, pero recibiendo de ellos, como señor de Génova, veinticuatro mil ducados, porque los luqueses, que antiguamente eran poseedores de Pietra Santa la habían empeñado á los genoveses en cierta necesidad por otra tanta cantidad, de los cuales vino después á poder de los florentinos por fuerza de armas. Trató también con los sieneses, luqueses y pisanos sobre que se juntasen para volver á Florencia á Pedro de Médicis, procurando que consiguiese el Rey de cada cual de ellos gran cantidad de

dinero, y aunque estas pláticas llegaron casi á recíproco concierto, no tuvieron efecto, porque no estaban todos poderosos para pagar la cantidad de dinero que se les pedía. Sobrevino finalmente esperanza más cierta del Rey de Romanos, por lo cual fué el cardenal á Trento á concertarse con él, donde trataron muchas cosas concernientes á establecer el casamiento de Claudia, hija del rey de Francia, con Carlos, hijo del Archiduque, concediéndoles á ambos la investidura del ducado de Milán.

Tratóse asimismo de mover guerra á los venecianos para recuperar cada uno lo que pretendía que le habían ocupado y de convocar un concilio universal para poner en orden las cosas de la Iglesia, no sólo, como decían, en los miembros, sino también en la cabeza, y en esto fingía el Rey de Romanos convenir para dar esperanza al cardenal de Rohán de que conseguiría el pontificado, cosa á que aspiraba con grandes veras, teniendo su Rey no menos deseo que él de que esto fuese, por el interés de su grandeza propia. Consentíase también por parte del rey de Francia en la inclusión, al tratar de sus confederados, de la cláusula de *salvos los derechos del Imperio*, que dejaba á Maximiliano en libertad respecto á aquellos que fuesen nombrados ahora por el Rey ó aceptados antes en su protección. Quedaba solamente la dificultad principal de la investidura, porque el Emperador rehusaba concederla á los hijos varones del Rey, si le naciese alguno, y también había alguna sobre la restitución de los desterrados del Estado de Milán que no concedía el Rey, aunque se la pedía el Emperador con grande instancia, porque eran muchos y personas de séquito y autoridad; si bien oprimido por sus mismos ruegos, no rehusó dar libertad al cardenal Ascanio, y dió esperanzas de hacer lo mismo con Luis Sforza, señalándole provisión de veinte mil ducados

cada año con que pudiese vivir decentemente en el reino de Francia.

No habiéndose concertado enteramente sobre estas dificultades, sino con esperanza de introducir alguna forma conveniente y prorrogada por esta razón la tregua, se volvió el Cardenal á Francia, teniendo casi por cierto que las materias que se habían tratado tendrían presto perfección. Aumentóse esta esperanza porque poco después, debiendo ir el Archiduque á España para recibir de aquellos pueblos en su persona y en la de Juana, su mujer, hija primogénita de aquellos Reyes, el juramento, como destinados para aquella sucesión, habiendo hecho el camino por tierra con su mujer, llegado á Blois, fué recibido por el rey de Francia con gran honra, y quedaron concertados en el matrimonio de sus hijos.

En este mismo año murió Agustín Barbarigo, dux de Venecia, habiendo ejercitado muy felizmente su principado, y con tal autoridad que parecía que en muchas cosas había pasado el grado de sus antecesores, por lo cual, limitando con leyes nuevas el poder de los sucesores, fué elegido en su lugar Leonardo Loredano, no habiendo, por la forma excelente de su gobierno, variación alguna en las cosas públicas, ni por la muerte del Príncipe ni por la elección del nuevo sucesor.

Habían estado en este mismo año quietas las armas de los florentinos y de los pisanos (cosa fuera del uso de los años precedentes), porque no estando ya los florentinos debajo de la protección del rey de Francia, y teniendo continuos recelos del Papa y del Valentino, habían atendido más á guardar lo que les tocaba que á ofenderlos, y los pisanos, que no tenían poder por sí mismos para oprimirlos, no podían hacerlo con ayuda de otros, porque nadie se movía sino para sustentarlos cuando estaban en peligro de perderse. Volvieron el

año 1502 á los movimientos acostumbrados, porque los florentinos, casi en el principio del dicho año, se concertaron de nuevo con el rey de Francia, vencidas todas las dificultades, más por el beneficio de la fortuna, que por la benignidad del Rey ó por otras causas, porque habiendo entrado el Rey de Romanos, después que se apartó de su presencia el cardenal de Rohán, en nuevos designios, y rehusando conceder al Rey la investidura del ducado de Milán, ni para sí ni para sus hijas hembras, había enviado á Italia por embajadores á Hermes Sforza (á quien había librado de la cárcel el rey de Francia por la intercesión de la Reina de Romanos, su hermana) y al preboste de Brisina á tratar con el Papa y con los otros potentados sobre su pasaje para tomar la corona del Imperio, los cuales, habiéndose detenido algunos días en Florencia, alcanzaron que les prometiese la ciudad ayuda de cien hombres de armas y treinta mil ducados cuando hubiese entrado en Italia; por lo cual, sospechando el Rey que los florentinos, desesperados de su amistad, volviesen el ánimo á las cosas del Emperador, apartándose de las demandas inmoderadas que había hecho, se redujo á más tolerables condiciones. La suma de ellas fué que, recibiendoles el Rey en su protección, estuviese obligado por tres años venideros á defenderlos con sus armas á su propia costa contra cualquiera que directa ó indirectamente los molestase en el Estado y dominio que poseían en aquel tiempo; que los florentinos le pagasen en los dichos tres años ciento diez mil ducados, cada uno la tercera parte; que se entendiese ser nulas todas las otras capitulaciones hechas entre ellos y las obligaciones que dependían de ellas y que fuese lícito á los florentinos proceder con las armas contra los pisanos y contra todos los otros que ocupasen sus villas. Habiendo tomado brío con esta capitulación, determinaron

talar la siembra de los trigos y cebadas en el territorio de Pisa para reducir á los pisanos á obediencia con el tiempo y con el hambre, pues que la expugnación se había intentado infelizmente.

Había propuesto el primer año de la rebelión algún ciudadano sabio, aconsejando estos caminos más ciertos aunque más largos, que se procurase afligir y consumir á los pisanos con menor gasto y peligro, porque, estando las condiciones de Italia tan perturbadas, conservando el dinero, podrían ayudarse para muchas ocasiones; pero si procuraban forzarles, sería empresa dificultosa por ser aquella ciudad fuerte de muros y llena de moradores obstinados en defenderla, y porque cualquier vez que estuviese en peligro de perderse, la ayudarían todos los que deseaban que no se perdiese, que eran muchos; de manera que los gastos serían grandes y la esperanza pequeña, y con evidente peligro de despertar graves trabajos. Rehusóse este consejo al principio como dañoso, pero después del curso de algunos años se conoció por útil, si bien fué al tiempo que se había gastado ya mucho dinero y sustentado muchos peligros para alcanzar la victoria. Hecha la tala de las mieses, esperando que por el respeto de la protección del Rey no se movería nadie, enviaron su ejército á Vico Pisano, porque esta villa la ocuparon los pisanos pocos días antes por traición de algunos soldados que estaban dentro, y el castellano de la fortaleza, sin esperar socorro, que hubiera llegado en pocas horas, se la había entregado con muy gran vileza. No dúbaban alcanzar la victoria fácilmente, sabiendo que no había dentro vituallas bastantes á sustentarlos quince días, y confiando que impedirían que entrasen, porque, fabricando bastiones sobre los montes y en muchos lugares, habían ocupado todos los pasos; y teniendo noticia al mismo tiempo que el Fracassa (el cual

pobre y sin sueldo estaba en el Mantuano) iba á entrar en Pisa con pocos caballos en nombre y con cartas de Maximiliano, pedidas con gran instancia, dieron orden que fuese acometido al pasar por tierra de Barga, donde, aunque se huyó á una iglesia cercana en el territorio del duque de Ferrara, fué preso por los que le seguían.

Estas cosas se movían en Toscana, no viéndose todavía lo que habían de producir fuera de la esperanza de los hombres; pero mayores y más peligrosos movimientos, de que habían de proceder efectos de importancia, comenzaban á descubrirse en el reino de Nápoles por las discordias que habían nacido entre los capitanes españoles y franceses desde el año antes, las cuales tuvieron origen de que, habiéndose adjudicado en la división hecha entre los dos Reyes, al uno la Tierra de Labor y el Abruzzo, y al otro la Pulla y la Calabria, no fueron bien expresados en la división los confines y términos de las provincias, por lo cual comenzó á pretender cada uno que le tocaba la parte que se llama el Capitanato, dando causa á esta disposición el haberse variado la denominación antigua de las provincias por Alfonso de Aragón, primer rey de Nápoles de aquel nombre, el cual, atendiendo á facilitar la cobranza de las rentas, dividió todo el reino en seis provincias principales, que son: Tierra de Labor, Principado, Basilicata, Calabria, Pulla y Abruzzo. De estas se dividió la Pulla en tres partes, es á saber: en tierra de Otranto, tierra de Bari y Capitanato. Estando este Capitanato contiguo con el Abruzzo y dividido de lo restante de la Pulla con el río Lofanto, que en tiempos pasados se llamaba Anfido, pretendían los franceses (los cuales, no considerando la denominación moderna, habían tenido respeto á la antigua en la división), ó que el Capitanato no se comprendiese debajo de alguna de las cuatro pro-

vincias divididas, ó que fuese antes parte del Abruzzo que de la Pulla, moviéndoles no tanto aquello que por sí mismo importaba al país, cuanto porque, si no poseían el Capitanato, no les pertenecía ninguna parte de las rentas de la aduana del ganado, miembro importantísimo de las rentas del reino de Nápoles, y porque, no habiendo en el Abruzzo ni en la Tierra de Labor el trigo que nace en el Capitanato, podían verse fácilmente reducidas aquellas provincias en los tiempos estériles á grandísima extremidad cualquier vez que los españoles les prohibiesen sacarlo de la Pulla y de Sicilia. Alegábase en contrario que no podía pertenecer el Capitanato á los franceses, porque el Abruzzo, que se termina en los lugares altos, no se extiende por lo llano, y porque en las diferencias de los nombres y de confines se atiende siempre al presente uso.

Sobre estas diferencias se habían concertado el año antes, partiendo en partes iguales la renta de la Aduana, pero el año siguiente, no contentos con la misma división, había ocupado cada uno lo más que había podido y se habían añadido después nuevas diferencias sustentadas hasta entonces, según se decía, más por la voluntad de los capitanes que por consentimiento de los Reyes; porque los españoles pretendían que el Principado y Basilicata se incluyesen en Calabria, que se divide en dos partes, Calabria *citra* y *ultra*, que es la una de arriba y la otra de abajo, y que el valle de Benavente, que tenían los franceses, era parte de la Pulla, y por esto enviaron oficiales á gobernar la justicia á la Tripalda, dos millas de Avellino, donde residían los oficiales franceses.

Siendo estos principios de manifiesta disensión molestos á los barones principales del reino, se interpusieron entre Gonzalo de Córdoba y Luis D'Armagnac, duque de Nemours, lugarteniente del rey de Francia y

habiendo venido por medio de ellos Luis á Melfi y Gonzalo á Atella, villa del príncipe de Melfi, después de pláticas de algunos meses, en las cuales también se juntaron á hablar los dos capitanes, no hallándose entre ellos forma de concordia, concertaron que se esperase la determinación de sus Reyes, y que en este medio no se innovase alguna cosa; pero, ensoberbecido el francés por verse muy superior en fuerzas, habiendo tomado otra determinación pocos días después, prótestó la guerra á Gonzalo en caso que no dejase luego el Capitanato, é inmediatamente hizo correr su gente á la Tripalda. De su venida, que fué á 19 de Junio, tuvo principio la guerra que, prosiguiéndola continuamente los franceses, comenzaron sin respeto á ocupar por fuerza en el Capitanato y en otras partes los lugares que estaban por los españoles.

No sólo no enmendó su Rey estas cosas, sino que, teniendo ya noticia de que estaba determinado el rey de España á no cederle el Capitanato, vuelto con todo el ánimo á la guerra, les envió de socorro por la mar dos mil suizos, é hizo tomar á su sueldo á los principes de Salerno y de Bisignano y algunos otros barones principales. Demás de esto, vino el rey á Lyón para poder, desde lugar más cercano, hacer las provisiones necesarias para la conquista de todo el reino, al cual aspiraba ya manifestamente, no contento con los lugares de la diferencia y con intención de pasar personalmente á Italia si fuere menester.

Obligáronle á ejecutar esta resolución con presteza nuevos alborotos que sobrevinieron en Toscana, levantados por Vitellozo, con sabiduría de Juan. Paulo Baglione y de los Orsini, y principalmente con el consejo y autoridad de Pandolfo Petrucci, deseosos todos de que Pedro de Médicis volviese al Estado de Florencia.

Tuvo esta materia origen en esta forma: habiendo

llegado á la noticia de Guillermo de Pazzi, comisario florentino en Arezzo, que algunos ciudadanos se habían concertado con Vitellozzo para hacer rebelar de los florentinos aquella ciudad, mas no creyendo él que el ánimo de todos fuese dañado, y persuadiéndose que la autoridad del nombre público supliría la falta de las fuerzas, sin esperar á hacer provisión bastante para oprimir á los conjurados y á quien le quisiese resistir, como lo pudiera hacer en poco tiempo, hizo prender á dos de los que lo sabían, por lo cual, alterado el pueblo por los otros conjurados que ordinariamente tenían mal ánimo contra el nombre florentino, levantando alboroto, recobró los dos presos y prendió al comisario y á los otros oficiales, y, apellidando por todo Arézzo el nombre de la libertad, se descubrió en manifiesta rebelión, quedando sola la ciudadela á devoción de los florentinos adonde se había recogido al principio del tumulto Cosme, obispo de aquella ciudad, hijo del comisario. Después de esto, enviaron los aretinos á llamar á Vitellozzo, el cual no estaba contento de que hubiese sucedido este accidente antes del tiempo que había determinado con los conjurados, porque no tenía todavía en orden las provisiones señaladas para resistir á la gente de los florentinos, si, como era verosímil, viniesen á entrar en Arezzo por la fortaleza. Por este miedo, aunque fué luego á Arezzo con su compañía de la gente de armas y con mucha infantería enviada de Ciudad del Castillo, esperando que Juan Pablo Baglione le enviase de Perusa y Pandolfo Petrucci le diese secretamente alguna cantidad de dinero, con todo eso, dejando allí aquella gente y dando orden que atendiesen á cerrar con cuidado la ciudadela para que no se pudiese entrar por ella en la ciudad, se volvió á Ciudad del Castillo con pretexto de que iba para volver pronto á Arezzo con mayor provisión.

A los que les tocaba en Florencia tomar la resolución para las provisiones, no consideraron desde el principio cuánto importaba este accidente, porque, habiendo aconsejado los ciudadanos principales, con cuyo consejo se solían determinar las cosas importantes de la República, que la gente que estaba en el sitio de Vico Pisano, que era en tal número que, habiéndose movido con presteza no hubieran tenido gran resistencia, se volviese luego á Arezzo, muchos, poco prácticos, que ejercían las mayores magistraturas, dando voces, decían que este era accidente ligero y que se podía curar con la fuerza de los otros vasallos vecinos de la ciudad; pero que mostraban el peligro mucho mayor aquellos que, enemigos del gobierno presente, deseaban que no se tomase á Vico Pisano, porque aquel año no se pudiese atender á la recuperación de Pisa, y difirieron tanto el movimiento de la gente que, tomando ánimo Vitellozzo de su tardanza y acrecentado ya de fuerzas, volvió á Arezzo, adonde, después de él, fueron con más gente Juan Paulo Baglione, Fabio, hijo de Paulo Orsino, el Cardenal, y Pedro de Médicis, y teniendo de Siena municiones para la artillería, comenzaron á batir la ciudadela, en la cual, según el uso de muchos, más solícitos en edificar nuevas fortalezas, que diligentes en conservar las edificadas, había falta de vituallas y de todas las otras cosas necesarias para defenderla. Demás de esto la cerraron con fosos y diques por la parte de afuera para prohibir que le entrase socorro, de manera que los de adentro, faltándoles lo necesario y sabiendo que la gente de los florentinos, guiada por Hércules Bentivoglio, que, finalmente, había llegado á Quarata, castillo cercano de Arezzo, no osaba adelantarse, desesperados de ser socorridos, se rindieron por necesidad catorce dias después de la rebelión, con condición de que, libres los otros, quedase preso el obispo

con ocho escogidos por los aretinos, para trocarlos con algunos de sus ciudadanos que habían sido presos en Florencia. Deshicieron los aretinos popularmente la ciudadela y temiendo la gente de Florencia que Vitellozzo y Juan Paulo, que estaban ya más poderosos que ellos, fuesen á acometerles, se retiraron á Montevarchi, dejando poder á los enemigos para tomar todos los lugares circunvecinos.

Créese que este acometimiento se hizo sin participación del Papa ni del Valentino, á los cuales hubiera causado disgusto la vuelta de Pedro de Médicis á Florencia, por su unión con Vitellozzo y con los Orsini, á los cuales tenían ya en su ánimo, aunque secretamente, oprimir; pero, con todo eso, habiendo dado siempre esperanzas de lo contrario, convinieron en que Vitellozzo, Juan Paulo, Fabio y sus soldados, prosiguiesen esta empresa, y no disimularon después que habían recibido mucho gusto de la rebelión de Arezzo, esperando que, de los trabajos de los florentinos, podría suceder fácilmente que ellos conquistasen alguna parte de su dominio ú obligarles á alguna condición dura en beneficio propio. Creían dificultosamente los florentinos que ellos no hubiesen sido autores de esta rebelión, por lo cual, espantados grandemente, y confiando poco en los remedios que pudiesen poner por sí mismos, porque tenían poco número de gente de armas á su sueldo ó por la mala disposición de la ciudad, no siendo posible hacer prevenciones tan presto cuanto hubiera sido necesario en peligro tan repentino, recurrieron con gran diligencia á las ayudas del rey de Francia, recordándole, no sólo lo que tocaba á su reputación, por haberse obligado, hacía tan poco tiempo, á tenerlos debajo de su amparo, sino también el peligro que amenazaba al ducado de Milán, si el Papa y el Valentino (por cuyo medio era cierto que se había hecho este movimiento) re-

dujesen á su arbitrio las cosas de Toscana, hallándose muy poderosos en las armas y con ejército muy florido de capitanes y de soldados escogidos; y que ya se veía manifestamente que no era bastante la Romaña ni la Toscana para satisfacer su ambición infinita, porque se habían propuesto fines grandes y desproporcionados; y que, pues habían ofendido la honra del Rey, acometiendo á aquellos que estaban debajo de su protección, le obligaba la necesidad á pensar ahora, no menos en su propia seguridad, que en quitarles el poder, para vengarse de tan gran injuria.

Conmovieron mucho al Rey estas razones, habiendo comenzado á enfadarse, antes de esto, por la insolencia y ambición del Papa y de su hijo, y considerando que se había comenzado en el reino de Nápoles la guerra entre él y los reyes de España, que se había interrumpido la concordia tratada con Maximiliano y que no se podía confiar en los venecianos por muchas causas, empezó á sospechar que el insulto de Toscana no tuviese mayores fines contra sí, con oculto consejo de otros. Confirmáronle mucho en esta sospecha las cartas de Carlos de Amboise, señor de Chaumont, sobrino del cardenal de Rohán y su lugarteniente en todo el ducado de Milán, el cual, sospechoso de esta novedad, le aconsejaba que remediase con presteza su propio peligro, por lo cual, determinado de acelerar su propio pasaje á Italia y de no interponer ningún tiempo en sustentar las cosas de los florentinos, mandó al mismo monseñor de Chaumont que enviase luego en su socorro cuatrocientas lanzas, y envió por la posta desde Normandía su rey de armas á mandar, no solamente á Vitellozzo, á Juan Paulo, á Pandolfo y á los Orsini, sino también al duque Valentino, que desistiesen de ofender á los florentinos. Sobre esto hizo él mismo grande instancia con el embajador del Papa y amenazó con pa-

labras muy injuriosas á Julián de Médicis y á los agentes de Pandolfo y de Vitellozzo, que estaban en su corte.

En este mismo tiempo el Valentino que, después del caso de Arezzo, salió con el ejército de Roma, fingiendo que quería expugnar á Camerino, donde había enviado primero á talar las mieses y á tenerlo asediado al duque de Gravina y á Liberoto de Fermo con parte de su gente (si bien era su intento verdadero conquistar con estratagemas el ducado de Urbino), después que hubo recogido el ejército en los confines de Perusa, pidió á Guido Ubaldo, duque de Urbino, artillería y ayuda de gente, lo cual le fué concedido con facilidad, porque no era seguro el negarlo á un príncipe que tenía las armas tan á mano y porque, habiendo compuesto con el Papa primero algunas diferencias de censos, no tenía causa de temer, con lo cual habiéndole disminuído el poder para defenderse, partiendo luego de Nocera y caminando con tan gran presteza que apenas dió lugar á su gente para que comiese en el camino, llegó el mismo día á Cagli, ciudad del ducado de Urbino. Esta venida arrebatada y el hallarse desproveídos espantó tanto á todos, que el Duque y Francisco María de la Rovere, prefecto de Roma, su sobrino, se huyeron, teniendo con dificultad lugar para salvarse, de manera que excepto el castillo de San León y el Mainolo, ganó en pocas horas el Valentino todo aquel Estado con grandísimo dolor y espanto de Pandolfo Petrucci, de Vitellozzo y de los Orsini, los cuales, por el mal de los otros, comenzaban á conocer claramente su peligro propio. Ganado el ducado de Urbino fueron varios sus pensamientos, ó de volverse á acabar la empresa de Camerino, ó de acometer descubiertamente á los florentinos, á lo cual se hubiera inclinado con todo el ánimo, de no detenerle la orden ya recibida del Rey y el estar

certificado de que enviaba (no obstante cualquier medio que hubiese usado el Papa para que no se opusiese á estos movimientos) la gente de armas en favor de los florentinos, estando dispuesto á defenderlos de todas maneras; y lo que más le movía era haber oído que el Rey pasaba en persona á Italia. Mientras estaba en esta duda, deteniéndose en Urbino para tomar diariamente consejo de lo que sucedía, trataban al mismo tiempo el Papa y él varias cosas con los florentinos, esperando inducirlos á algo de lo que deseaban, y, por otra parte, permitía que continuamente fuesen de sus soldados al ejército de Vitellozzo, el cual, teniendo juntos ochocientos caballos y tres mil infantes y llamando á su ejército eclesiástico, para que procediesen las cosas con mayor estimación, había (después que se rindió la ciudad de Arezzo) ocupado el monte de San Sovino, Castiglione, Aretino y la ciudad de Cortona con todos los otros lugares y castillos de Valdichiana. Ninguna de ellas había esperado asalto porque no veían prontas las ayudas de los florentinos, y porque, siendo el tiempo de la cosecha, no querían perder sus rentas, y se disculpaban con que, por esto, no se rebelaban de los florentinos, pues estaba en el ejército Pedro de Médicis, por cuya restitución se decía que se hacía esta empresa.

No hay duda que si, después de la conquista de Cortona, entra Vitellozzo con solicitud en el Casentino, hubiera estado en su mano ir hasta las murallas de Florencia, por no haber aún llegado á ella la gente francesa y estando deshecha la mayor parte de la infantería florentina, porque siendo casi toda ella de los lugares perdidos, los infantes habían vuelto á sus casas. Mas la codicia de ganar para sí el Borgo de San Sepolcro, lugar cerca de Ciudad del Castillo (aunque por cubrirla alegaba que no era seguro dejarse á las espaldas nin-

guna villa de los enemigos), impidió el mejor consejo, por lo cual se volvió á Anghiari. Esta villa, después que sólo por su constancia había esperado que le plantasen la artillería, imposibilitada del todo para defenderse, se rindió con algunos soldados que estaban dentro, sin excepción alguna, á su albedrío. Tomada Anghiari, tomó luego por acuerdo el Burgo de San Sepolcro, y después volvió hacia el Casentino, y al llegar á la villa de Rassina envió un trompeta á pedir el lugar de Poppi, donde había pocos soldados por ser fuerte de sitio.

Pero la reputación de las armas francesas hizo lo que no habían sido bastantes á hacer las fuerzas florentinas, porque habiendo llegado ya cerca de Florencia doscientas lanzas gobernadas por el capitán Imbalt, no osando arrimarse á los enemigos, por la falta de la infantería, habían ido á San Juan en el Val d'Arno, con intención de que se juntase en aquel lugar toda la gente; mas al saber Vitellozzo que se habían movido hacia Val d'Arno, temiendo no sucediese algo en Arezzo por su ausencia, se retiró con gran-presteza de la Vernia al cerro de Ciciliano, dos millas de Quarata, y adelantándose después tres millas para mostrar ánimo y asegurar á Rondine y á otros lugares circunvecinos, se puso en alojamiento fuerte cerca de Rondine, dejando algunos infantes en la guarda de Gargonsa y de Civitella, que eran las puertas por donde podía entrar en aquel país la gente de Florencia; la cual, habiendo llegado ya otras doscientas lanzas, gobernadas por el capitán Lanire, se juntaba entre Montevarchi y Laterina, con intención, en habiendo juntado tres mil infantes, de ir á alojar cerca de Vitellozzo, en algún collado eminente. Mas no queriendo esperarlos, porque no hubiera podido detenerse allí ni irse sin gran peligro, se retiró á las murallas de Arezzo. Habiendo salido los

franceses con todo su ejército á campaña, y puéstose enfrente de Quarata, se retiró dentro de Arezzo, y aunque siempre había dicho que quería hacer en aquella ciudad una defensa memorable, fué obligado, por sobrevenir nuevos accidentes, á tomar nuevas resoluciones, porque Juan Paulo Baglione se había retirado á Perugia con su gente, temiendo lo que le tocaba por el ejemplo de Urbino, por el cual, y no menos por lo que le sucedió á Camerino, estaban muy confusos los ánimos de Vitellozozo, de Pandolfo Petrucci y de los Orsini, y porque el Valentino, mientras trataba de acuerdos con Julio de Varano, señor de Camerino, ocupó con engaños aquella ciudad, y habiendo venido á su poder Julio con dos hijos suyos, los hizo estrangular con la misma inhumanidad que usaba con los otros.

Lo que daba mayor terror á Vitellozzo era que el rey de Francia, que había llegado á Asti, enviaba á Toscana á Luis de la Tremoville con doscientas lanzas y mucha artillería; y habiendo llegado ya á Parma, esperaba allí tres mil suizos que el Rey enviaba para la recuperación de Arezzo, á costa de los florentinos; porque, conmovido grandemente contra el Papa, tenía intención de despojar al Valentino de la Romaña y de los otros Estados que había ocupado. Para este efecto había llamado á sí todos aquellos que ó temían su poder ó él les había ofendido, y afirmaba que quería ir en persona, diciendo públicamente con gran ardor que era empresa tan piadosa y tan santa, que no lo sería más la empresa contra los turcos; trazando demás de esto echar de Siena al mismo tiempo á Pandolfo Petrucci, porque había enviado dinero á Luis Sforza cuando volvió á Milán, y después hizo siempre descubierta profesión de ser amigo del Emperador.

Conociendo el Papa y el Valentino que no podían resistir á tan grande tempestad, le ayudaban con su in-

dustria, excusándose de que el movimiento de Arezzo lo había hecho Vitellozzo sin saberlo ellos, ni habían tenido autoridad bastante para retirarle ni para hacer que los Orsini y Juan Pablo Baglione, aunque eran sus soldados, movidos de sus intereses propios, se abstuviesen de darle ayuda; antes por mitigar más el ánimo del Rey había enviado el Valentino á amenazar á Vitellozzo que, si no dejaba luego á Arezzo y los otros lugares de los florentinos, iría contra él con su gente.

Espantado de esto Vitellozzo y temiendo que, como sucede casi siempre, reconciliándose entre sí mismos los más poderosos, volviese el enojo del Rey contra él que tenía menos poder, llamó á Arezzo al capitán Imbalt, contradiciéndolo en vano los florentinos, que querían que los lugares perdidos se les restituyesen libremente, y concertó que, yéndose luego Vitellozzo con su gente, entregase Arezzo y todos los otros lugares á los capitanes franceses para que los tuviesen en nombre del Rey hasta que el cardenal Orsino, que iba á verse con el Rey, le hubiese hablado, y que en este interin no entrase en Arezzo más gente que uno de los capitanes franceses con cuarenta caballos, para cuya seguridad, y no menos para la observancia de las promesas, diese Vitellozzo á Imbalt dos sobrinos suyos en rehenes. Hecho el concierto, se fué luego con toda la gente y artillería que había en Arezzo, dejando libre á los franceses la posesión de todos los lugares, los cuales fueron restituidos luego á los florentinos por orden del Rey, verificándose aquello que, mientras se trataba la paz, había respondido Imbalt, burlándose de sus quejas, que no sabía en qué consistía el ingenio tan celebrado de los florentinos, pues no conocían que para asegurarse luego de la victoria sin dificultad y sin gasto, y para huir el peligro de los desórdenes que podían nacer por la naturaleza de los franceses, si había

falta de vituallas, y por otras razones, habían de desear que de cualquier manera viniese Arezzo á manos del Rey, el cual no estaría obligado á cumplir sino lo que le pareciese de las promesas que sus capitanes habían hecho á Vitellozzo.

Librándose así los florentinos con gran facilidad, aunque era con mucha costa, de tan grave y arrebatado acontecimiento, enderezaron su ánimo á poner en orden el gobierno de la República, pues, por su confusión y desorden, había corrido muy grande peligro, como por experiencia era ya manifiesto hasta á la misma plebe; porque, por la mucha mudanza de los magistrados, y por ser sospechoso al pueblo el nombre de pocos, no había ni personas públicas ni particulares que tuviesen cuidado ordinario de los negocios. Mas porque casi toda la ciudad aborrecía la tiranía y era al pueblo muy sospechosa la autoridad de los mejores, no era posible poner en orden con una misma determinación la forma perfecta del gobierno. No pudiendo convencer solamente con razones á los hombres incapaces, determinóse introducir por entonces sola una cosa nueva, que es que el alférez mayor de la justicia, cabeza de la Señoría, que juntamente se creaba con ella por tiempo de dos meses, se eligiese en lo venidero por toda la vida, para que, con pensamientos perpetuos, velase y cuidase de las cosas públicas, de manera que, por ser descuidadas, no cayesen en tantos peligros; y se esperó que, con la autoridad que le daría la calidad de su persona y el haber de estar siempre en tan gran dignidad, alcanzaría tal crédito en el pueblo, que fácilmente podría poner en orden con el tiempo las otras partes del gobierno; y poniendo en algún puesto justo á los ciudadanos de mayor calidad, constituiría un medio entre sí y el pueblo, por donde, templándose la poca práctica y licencia popular, y refrenando al que le sucediese en aquella

dignidad, si se quisiese atribuir mucho, se establecería gobierno prudente y honrado, con muchas circunstancias por donde tener pacífica la ciudad. Después de esta determinación fué elegido por el Consejo mayor, con gran concurso y consentimiento de los ciudadanos, por alférez mayor Pedro Soderini, hombre de madura edad, de suficiente riqueza y de ascendencia noble, con fama de entereza y continencia, y que en las cosas públicas había trabajado mucho, y no tenía hijos, cosa que se deseaba mucho, por no dar ocasión á quien tuviese este puesto de pensar en cosas mayores.

---

## CAPITULO IV.

El cardenal de Rohán aspira al Pontificado.—Amistad del duque Valentino con el rey de Francia.—Gonzalo de Córdova se retira á Barletta.—El rey de Francia parte de Italia.—Poder extraordinario que ejerce el duque Valentino.—Liga de capitanes italianos contra él.—Sus artes y fingimientos para deshacer la liga.—Los capitanes se ponen de acuerdo con él.—Condiciones del acuerdo.—Traición del duque Valentino.—Vitelozzo y Liverotto son estrangulados.

Volviendo á las cosas comunes, diré que fueron á la presencia del rey de Francia al llegar éste á Asti, como era cosa usada, todos los príncipes y las ciudades libres de Italia, unos en persona y otros por embajadores, entre los cuales fueron el duque de Ferrara y el marqués de Mantua (aunque éste ni confiado ni acepto) y el cardenal Bautista Orsino, que había ido contra la voluntad del Papa para justificar á los suyos y á Vitellozzo en las cosas de Arezzo y para irritar al Rey contra el Papa y

el duque Valentino, contra los cuales, según el ardimiento que había mostrado el Rey, se esperaba, con sumo deseo de toda Italia, que se moviesen las armas francesas; pero la experiencia muestra que es muy cierto que raras veces sucede lo que es deseado de muchos, porque, dependiendo comúnmente los efectos de las acciones humanas de la voluntad de pocos, y siendo la intención y fines de éstos casi siempre diferentes de la de muchos, pueden suceder las cosas difícilmente de otra suerte que según la intención de aquellos que les dan el movimiento. Así sucedió en este caso, en el cual indujeron al Rey los fines é intenciones particulares á determinar lo contrario que deseaban todos.

Movió al Rey, no tanto la diligencia del Papa, que no cesó nunca, enviándole muchas veces personas propias, para procurar mitigar su ánimo, cuanto el consejo del cardenal de Rohán, deseoso, como siempre lo había estado, de conservar la amistad entre el Papa y el Rey, induciéndole á esto por ventura, demás del provecho del Rey, el suyo particular en alguna parte, porque el Papa le prorrogó la legacía de Francia por año y medio, y porque, atendiendo con gran solicitud á hacerse fundamentos para subir al pontificado, quería poder alcanzar de él promoción al cardenalato de parientes y dependientes suyos, y juzgaba que le servía para la misma intención el tener fama de amador y protector del Estado eclesiástico.

Concurrían las condiciones de los tiempos presentes para inducir con más facilidad al Rey en este parecer, pues tenía recelos del Emperador; el cual, no aquietando su ánimo, había enviado de nuevo á Trento muchos caballos y cierto número de infantes, y hacía grandes ofrecimientos al Papa para que le ayudase á pasar á Italia á tomar la corona del Imperio. Cualquier movimiento suyo le causaba mayor consideración, porque

sabía el Rey que era de disgusto para los venecianos que estuviese en su poder el ducado de Milán y el reino de Nápoles. Añadíase el estar en guerra con los cuatro cantones de suizos que pedían la cesión de los derechos de Bellinzone y que, demás de esto, les diese el valle de Valtelina, Schaffhusen y otras cosas desencaminadas; amenazándole que, si no lo hacía, se concertarían con Maximiliano.

Hacia mayores estas dificultades el estar entonces excluído de toda esperanza de composición con el rey de España, porque, si bien el de Francia había propuesto que se restituyese al rey Fadrique el reino de Nápoles, por lo cual lo había llevado consigo á Italia, y también se había tratado de hacer tregua por algún tiempo, reteniendo cada uno aquello que poseía; con todo eso, tuvieron tantas dificultades ambas pláticas, que con gran indignación despidió el Rey de su Corte á los embajadores españoles.

Habiendo, finalmente, enviado el Papa al Rey por estas ocasiones á Troccies, su camarero confidente, y prometiéndole que le ayudarían cuanto pudiesen en la guerra de Nápoles él y el Valentino, se dispuso á continuar en la amistad del Papa, por lo cual, al volver Troccies á Roma, el Valentino, por la revelación que él le hizo, fué por la posta secretamente á ver al Rey, que había venido á Milán, de quien fué recibido con excesivas caricias, contra la esperanza y gravísimo disgusto de todos; por lo cual, no siendo ya necesaria la gente que tenía en Toscana, la mandó venir á Lombardía, habiendo recibido primero en su protección á los sieneses y á Pandolfo Petrucci, con condición que le pagasen cuarenta mil ducados, parte de presente y parte á ciertos plazos.

Entibiáronse después con brevedad los movimientos de Maximiliano, de manera que le quedaba casi solo al

Rey el pensamiento de las cosas de Nápoles, y parecía que hasta entonces procedían prósperamente y esperaban mayor prosperidad en lo venidero, habiendo enviado allá el Rey de nuevo por mar, luego que llegó á Italia, dos mil suizos y más de dos mil gascones, los cuales juntos con el Virrey, que ya había ocupado todo el Capitanato, excepto Manfredonia y Sant'Angelo, sitió este á Canosa, que estaba guardada por Pedro Navarro, con seiscientos infantes españoles, quien, después que se hubo defendido muchos días con gran valor, mandándole Gonzalo, porque no se perdiesen aquellos infantes, que no esperase á los últimos peligros, rindió la villa á los franceses, libres las haciendas y las personas.

No quedando en Pulla ni en Calabria ni en el Capitanato ninguna villa por los españoles, excepto las sobredichas y Barletta, Andía, Galípoli, Taranto, Cosenza, Ghierache, Seminara y otras pocas cercanas al mar, y hallándose muy inferior de gente, se redujo Gonzalo con el ejército á Barletta, sin dinero, con pocas vituallas y falta de municiones; si bien se alivió esto algo por la licencia tácita del Senado veneciano, que no prohibió que se comprase en Venecia mucho salitre, y quejándose de esto el rey de Francia, respondía que lo habían hecho sin su sabiduría los mercaderes particulares, y que en Venecia, ciudad libre, jamás se había prohibido á nadie ejercitar sus comercios y negociaciones.

Tomada Canosa alegaron los capitanes franceses que, por muchas razones, mayormente por la falta del agua, no se podían detener con todo el ejército alrededor de Barletta, si bien determinaron (contra el consejo y protestas de Obigni, como afirmaban muchos) que la gente, que se decía era en número de mil doscientas lanzas y diez mil infantes entre italianos y ultramontanos, quedando una parte á lo largo, asediando á Barletta, atendiese la otra á la recuperación de lo restante

del reino, cosa que, como muchos han creído, junto con la negligencia de los franceses, hizo gravísimo daño á sus cosas. Tomada esta determinación, se apoderó el Virrey de toda la Pulla, excepto de Taranto, Otranto y Galípoli; después de este suceso volvió al asedio de Barletta, y al mismo tiempo, entrando Obigni en la Calabria con la otra parte del ejército, tomó y saqueó la ciudad de Cosenza, quedando la fortaleza en poder de los españoles; y juntándose después todos los españoles de aquella provincia con otra gente que había venido de Sicilia, llegó con ellos á las manos, y los dispersó. Estas prosperidades pasadas y sucedidas todas en el tiempo que el Rey estuvo en Italia, no sólo le hicieron negligente en continuar las provisiones debidas (pues si las continuara con solicitud hubiera echado fácilmente á los enemigos de todo el reino), mas le quitaron cualquier duda para volverse á Francia, tanto más, que ya esperaba alcanzar (como poco después sucedió) la tregua larga del Rey de Romanos.

Comenzó á descubrirse en su partida de Italia, con suma admiración universal, lo que había tratado con el duque Valentino, al cual, aceptándole la justificación que dió de las cosas de Arezzo, no sólo le había admitido en su gracia, sino recibido también promesa y fe del Papa y suya de que le ayudarían en la guerra de Nápoles cuando lo hubiese menester, y él les había prometido que les concedería trescientas lanzas para ayudarles á ganar á Boloña en nombre de la Iglesia y para oprimir á Juan Paulo Baglione y á Vitellozzo; moviéndole á favorecer tan demasadamente la grandeza del Papa el persuadirse que le haría su amigo verdadero con tantos beneficios, y que, durante esta unión, no se atrevería nadie á intentar contra él cosas nuevas en Italia, ó porque, el no confiar tanto en su amistad, le obligase á temer que fuese su enemigo.

Añadiase á esto que tenía particular enojo contra Juan Paulo, Vitellozzo y los Orsini, porque todos habían despreciado sus órdenes de apartarse de la ofensa contra los florentinos, y Vitellozzo especialmente había rehusado restituir la artillería ocupada en Arezzo. Demás de esto, habiéndole pedido salvoconducto para ir seguramente á su presencia, y alcanzándole, había rehusado después ir.

No tenía el Rey por inútil para sus cosas que estuviesen oprimidos los capitanes italianos, fuera de que por la astucia del Papa y del Valentino, ó por persuasiones de otros, había comenzado á temer que estos mismos y los Orsini se hiciesen al fin amigos y siguiesen los sueldos del rey de España. Volvió, pues, el Valentino, habiéndole dado licencia el Rey en Asti, á la Romaña, aunque el Rey había dado esperanzas á los que temían al Duque de que le llevaría consigo á Francia, por la seguridad común. Conmovió su vuelta, no solamente los ánimos de aquellos contra quien se enderezaba su primera furia, sino también los de otros muchos, porque el mismo temor tenía Pandolfo Petrucci y los Orsini, unidos casi en la misma causa con Vitellozzo y con Juan Paulo Baglione. Al duque de Ferrara causaba mayor espanto la maldad y ambición del Valentino y de su padre, que confianza el parentesco; y los florentinos, aunque habían recuperado las villas con el favor del Rey, estaban con gran miedo por hallarse poco proveídos de gente de armas; pues no confiando enteramente el Rey del marqués de Mantua, por la dependencia que había tenido cuando gobernaba sus armas con el Emperador, aunque en Milán le había recibido en su gracia, no consintió que le recibiesen por su capitán general, y conocían por muchas señales que el Valentino tenía contra ellos la voluntad acostumbrada, y especialmente porque, por tenerlos en continuos

recelos, acogía en los lugares cercanos todos los desterrados de Arezzo y de las otras villas. Acrecentaba el temor de todos estos el considerar cuán poderosos estaban semejantes enemigos con las armas, con el dinero y con la autoridad; cuán favorable se les mostraba la fortuna en todas sus cosas, y que no se había moderado en ninguna parte su ambición por tantas conquistas, antes (como si continuamente se echase en el fuego nuevo alimento) se había hecho inmoderada é infinita; temíase que, si conocían cuánto respeto les tenía el rey de Francia, tomasen ánimo para intentar alguna cosa, aun contra su voluntad, y ya decían descubiertamente el padre y el hijo que se arrepentían de los muchos respetos y dudas que habían tenido en las cosas de Arezzo, afirmando que el Rey, según la naturaleza de los franceses y por los medios poderosos que tenían en su Corte, sufriría siempre las cosas hechas, aunque le fuesen de disgusto.

No aseguraba á ninguno de los que temían estas cosas el estar el Rey obligado á su protección, porque estaban recientes los ejemplos de que, debajo de ella, había permitido que fuese despojado el señor de Piombino, ni se había resentido de que hubiese sucedido lo mismo al duque de Urbino, á quien había admitido en su protección, porque dió para que le sirviesen, cuando envió el ejército á Nápoles, cincuenta hombres de armas; pero más vecino y digno de temor era el ejemplo de Juan Bentivoglio, porque el Rey había mandado los años pasados al Valentino que no molestase á Bolonia, alegando que las obligaciones que tenía con el Papa no se entendían sino por las preeminencias y autoridad que en el tiempo que se confederaron juntos poseía allí la Iglesia. Pidiéndole en este tiempo ayuda el Bentivoglio por las preparaciones que se hacían contra él, variando la interpretación de las palabras, según

la variación de sus fines, y comentando las capitulaciones hechas más como jurisconsulto que como Rey, respondía que la protección, por la que se había obligado á defenderle, no impedía la empresa del Papa, sino sólo por su persona y bienes particulares; porque si bien las palabras eran generales, estaba especificado en ella que se entendiese sin perjuicio de los derechos de la Iglesia, á la cual nadie negaba que pertenecía la ciudad de Bolonia, y porque en la confederación hecha con el Papa (anterior en tiempo á todas las que había hecho en Italia) se obligó á exceptuar siempre, en cualquier concierto que en adelante hiciese con otros, que no se entendiesen en perjuicio de los derechos de la Iglesia. Perseveró de tal manera en esta determinación y tan sin vergüenza, que, aconsejándole el cardenal de Rohán que lo hiciese así, contra el parecer de todos los otros de su consejo, envió á Bolonia persona propia á intimar que, siendo aquella ciudad perteneciente á la Iglesia, no podía faltar en favorecer la empresa del Papa, y que, en virtud de su protección, sería lícito á los Bentivoglios habitar secretamente en Bolonia y gozar sus heredades.

Comenzaba á ser sospechosa, no sólo á todos estos, sino también á los venecianos, tan grande prosperidad del duque Valentino, enojados también de que, pocos meses antes, mostrando que estaba en poca estimación cerca de su persona la autoridad de aquel Senado, había hecho robar la mujer de Juan Bautista Caracciolo, capitán general de su infantería, que, yendo de Urbino á juntarse con su marido, pasaba por la Romaña, por lo cual, para dar causa al Rey que procediese más moderadamente en sus favores, mostrando que se movían como sus amigos y celosos de su honra, le recordaron por medio de sus embajadores con palabras dignas de la gravedad de tan gran República, que conside-

rasede cuánto cargo le era dar tanto favor al Valentino, y cuán poco convenía al esplendor de la Casa de Francia y al apellido glorioso de rey Cristianísimo favorecer á un tirano como este, destructor de los pueblos y de las provincias, sediento rabiosamente de la sangre humana, y ejemplo á todo el mundo de horrible impiedad y maldad; el cual, como público ladrón, había muerto tan cruelmente, faltando á la fe prometida, tantos nobles y señores, y que no absteniéndose ni aun de la sangre de sus hermanos y parientes, había cometido unas veces con hierro y otras con veneno crueldades contra menores de edad, de quien aún se apiadaba la barbaridad de los turcos. Respondía el Rey á estas palabras (confirmándose quizás más en su propósito por la intercesión de los venecianos) que no quería ni debía impedir al Papa que dejase de disponer á su arbitrio de los lugares que tocaban á la Iglesia; de manera que absteniéndose los otros, por su respeto, de oponerse á las armas del Valentino, los que estaban ya cerca del incendio determinaron hacer prevenciones por sí mismos, por lo cual los Orsini, Vitellozzo, Juan Paulo Baglione y Liberotto de Fermo, aunque como soldados del Valentino (el cual fingía que solamente quería mover las armas contra Bolonia) hubiesen recibido de nuevo dinero de él, retiraron la gente de sus compañías á lugares seguros, con intención de juntarse para la defensa común. Hizoles acelerar esta determinación la pérdida de la fortaleza de San Leo, la cual, por trato de uno del país puesto allí para la guarda de una muralla, volvió á poder de Guido Ubaldo, duque de Urbino, y llamándole, por este principio, casi todos los pueblos de aquel Estado, acudiendo de Venecia, donde se había retirado, por mar á Sinigalia recuperó luego todo el Ducado, excepto las fortalezas.

Juntáronse, pues, en un mesón en tierra de Perusa

el cardenal Orsino (el cual, después de la partida del Rey, temiendo volver á Roma, se había estado en Monteritondo), Paulo Orsino, Vitellozzo, Juan Paulo Baglione, Liberotto de Fermo y, por Juan Bentivoglio, Hermes su hijo, y, en nombre de los sieneses, Antonio de Venafro, ministro muy confidente de Pandolfo Petrucci, donde, discurriendo sobre sus peligros tan evidentes y sobre la oportunidad que tenían por la rebelión del Estado de Urbino, porque al Valentino (á quien ellos habían desamparado) le quedaba muy poca gente, hicieron confederación en defensa común y ofensa del Valentino y en socorro del duque de Urbino, obligándose á poner en campaña entre todos setecientos hombres de armas y nueve mil infantes, con condición de que el Bentivoglio rompiese la guerra en el distrito de Imola, y los otros procediesen con mayor esfuerzo hacia Rímíni y Pésaro, teniendo gran respeto en esta confederación á no irritar el ánimo del rey de Francia; y esperando que acaso no le sería de disgusto que fuese trabajado el Valentino con las armas de otro, expresaron que querían moverse prontamente con sus personas y con su gente, á su petición, contra cualquiera, y por la misma causa no admitieron en esta unión á los Colonnas, aunque eran tan enemigos y perseguidos por el Papa. Procuraron demás de esto el favor de los venecianos y de los florentinos, ofreciendo á éstos la restitución de Pisa, que decían estaba en el arbitrio de Pandolfo Petrucci, por la autoridad que tenía con los pisanos. Los de Venecia estuvieron suspensos hasta ver primero la inclinación del rey de Francia, y los florentinos también por la misma ocasión y porque, teniendo por enemigas á ambas partes, temían la victoria de cualquiera.

Sobrevino este accidente de improviso al duque Valentino en tiempo que, estando todo atento á ocupar

los Estados de otros, no pensaba en nada menos que en que pudiesen ser acometidos los suyos, pero no perdiendo por lo grande del peligro ni el ánimo ni el consejo, y confiando sumamente, como debía, en su próspera fortuna, atendió con suma industria y providencia á aplicar los remedios necesarios, principalmente por hallarse casi desarmado. Envió sin dilación á pedir con grande instancia ayuda al rey de Francia, recordándole cuánto podía valerse más, en aquel caso, del Papa y de él que de sus enemigos y cuán poco se podía fiar de Vitellozzo y de Pandolfo, que era principal cabeza y consejero de todos los otros, pues primero había ayudado al duque de Milán contra él y después tenido siempre dependencia del Rey de Romanos. Con todo eso, atendía con grande solicitud á prevenirse de nueva gente, no olvidando su padre ni él sus ardidés y mañas engañosas, porque el Papa, unas veces disculpando las cosas públicas y otras negando las dudosas, procuraba con gran cuidado mitigar el ánimo del cardenal Orsino por medio de Julio, su hermano, y el Valentino, con varias lisonjas y promesas, hacía lo que podía para aplacar y asegurar unas veces á unos y otras á otros de ellos; por lo cual, para hacerlos más negligentes en sus provisiones, como por esperanza de que estas pláticas hubiesen de producir entre ellos sospecha y división, determinó no irse de Imola hasta tener ejército poderoso, sino atender á guardar aquélla y las otras villas de la Romaña, sin dar algún socorro al ducado de Urbino. Para ello mandó á Don Hugo de Cardona y á Don Miguel, personas suyas que estaban en aquellos confines con cien hombres de armas, doscientos caballos ligeros y cinco mil infantes, que se retirasen á Rímíni, mas no lo ejecutaron por la ocasión que se les presentó de recuperar y saquear la Pérgola y Fossombro-ne, donde fueron introducidos por los castellanos de

las fortalezas. Mostró el resultado cuánto más provechoso hubiera sido cumplir la orden del Duque, porque, yendo hacia Cagli, encontraron cerca de Fossombrone á Paulo y al duque de Gravina, ambos de la familia de los Orsini, con los cuales estaban seiscientos infantes de Vitellozzo, y habiendo venido á las manos quedaron rotos los del Valentino con muerte y prisión de muchos, entre los cuales murió Bartolomé de Capranica y fué preso Don Hugo de Cardona. Recogióse en Fano Don Miguel, de donde, por orden del Valentino, se retiró á Pésaro, dejando á Fano, como villa más fiel, en manos del pueblo, pues no tenía tantas fuerzas que pudiese defenderlas ambas.

En estos mismos días la gente de los boloñeses, que estaba alojada en Castel San Piero, fué á Doccia, lugar cerca de Imola, y verdaderamente se redujeron las cosas del Valentino á mucho peligro si hubieran usado los coligados más presteza en ofenderle.

Pero mientras ellos, ó por no estar en orden con la gente que habían concertado en la junta, ó estando suspensos con las pláticas de la paz, se miraban á la cara unos á otros, se comenzó á pasar la ocasión que primero se había mostrado favorable, porque el rey de Francia había cometido á Chaumont que enviase cuatrocientas lanzas al Valentino y procurase por todos los caminos posibles dar reputación á sus cosas. Al entender esto los coligados, hallándose muy confusos, comenzó cada uno á pensar en lo que le tocaba, por lo cual el cardenal Orsino continuaba las pláticas comenzadas con el Papa y Antonio de Venafro, enviado de Pandolfo Petrucci, fué á Imola á tratar con el Valentino, con quien asimismo trataba Juan Bentivoglio, habiendo enviado en el mismo tiempo por embajador al Papa á Carlos de Ingrati, y hecho restituir lo que se había robado en Doccia. Siendo estas pláticas mantenidas y

ayudadas con sumo artificio por el Valentino, y juzgando que Paulo Orsino sería buen medio para disponer á los otros, fingiendo que hacía gran confianza en él, le llamó á Imola, para cuya seguridad fué el cardenal Borgia á las villas de los Orsini. Usó el Valentino con Paulo de muy dulces palabras, quejándose no tanto de él y de los otros que, habiéndole servido hasta aquel día con tanta lealtad, se hubieran apartado de él tan ligeramente por sospechas vanas, cuanto de su propia imprudencia, no habiendo sabido proceder de manera con ellos que les hubiese dado causa de no admitir estas vanas dudas; pero que esperaba que esta diferencia, nacida del todo sin ninguna causa, produciría, en lugar de enemistad, perpetua é indisoluble unión entre él y ellos, porque ya debían de haber entendido que no podían oprimirle, pues que estaba el rey de Francia tan dispuesto á sustentar su grandeza, y él por otra parte, habiendo abierto mejor los ojos por la experiencia de este movimiento, confesaba ingenuamente que conocía que de sus consejos y valor de sus armas había procedido toda su felicidad y reputación, por lo cual, deseoso de volver á la antigua fe con ellos, estaba dispuesto á asegurarles en cualquier modo que quisiesen y á acabar (como en alguna manera se atendiese á su reputación) las diferencias con los boloñeses como á ellos les pareciese. Añadió, demás de lo que tocaba á todos, demostración de confiar mucho en Paulo, llenándole de esperanzas y de promesas para sí propio, y con tan grande artificio que fácilmente le persuadió de todo lo que le decía, siendo por su naturaleza muy eficaz en las palabras y de ingenio muy vivo.

Mientras se trataban estas cosas, el pueblo de Camerino llamó á Juan María de Varano, hijo del señor pasado, que estaba en el Aquila, y Vitellozzo, con gran queja del Duque y de Paulo Orsino, tomó la fortaleza de

Fossombrone. Habiéndose perdido asimismo la fortaleza de Urbino y después las de Cagli y de Agobbio, no le quedaba en aquel Estado más que Santa Agata, demás de haber perdido toda la comarca de Fano. Pero continuando Paulo la plática comenzada, después que, para dar forma á las cosas de los Bentivoglios, parientes suyos (estaba su hija casada con Hermes, hijo de Juan), había ido de Imola á Bolonia, se concertó con él en este modo, pero con condición de que el concierto fuese aprobado por el cardenal Orsino, á cuya autoridad se referían casi todos los otros; que se borrasen los odios concebidos y la memoria de todas las injurias pasadas; que se confirmasen á los coligados los compromisos antiguos del servicio á sueldo, con obligación de ir como soldados del Valentino á la recuperación del ducado de Urbino y de los otros Estados rebelados; mas que, para su seguridad, no fuesen obligados á ir á servirle personalmente, sino uno cada vez, ni el cardenal Orsino fuese á estar en la corte de Roma, y que, de las cosas de Boloña, se hiciese compromiso libre entre el duque Valentino, el cardenal Orsino y Pandolfo Petrucci.

Habiendo ido Paulo Orsino con esta conclusión (certificándose cada día más de la buena intención del Valentino) á buscar á los otros para inducirlos á que la ratificasen, no pareciéndole al Bentivoglio ni seguro, ni honroso, ni razonable que quedasen sus cosas en el arbitrio de otro, enviando á Imola al protonotario su hijo y recibiendo personas del Valentino, concluyó el acuerdo con el Papa y con él. En este acuerdo convinieron ellos más fácilmente, porque entendían que el rey de Francia, considerando mejor, ó la infamia de permitir la agresión contra su protegido, ó lo que importaba que la ciudad de Bolonia estuviese en poder de ellos, apartado de la primera determinación, no consentiría que la ocupasen.

Las condiciones fueron liga perpetua entre el Valentino de una parte, y los Bentivoglios, juntamente con la comunidad de Bolonia, de la otra; que tuviese el Valentino de los boloñeses cien hombres de armas á su servicio y sueldo por ocho años, cuya paga era cada año doce mil ducados; que estuviesen obligados los boloñeses á servirle con cien hombres de armas y cien ballesteros á caballo, pero solamente por el siguiente año; que el rey de Francia y los florentinos prometiesen la observancia de esto por ambas partes, y que, por mayor firmeza de la paz, se casase con el hijo de Annibal Bentivoglio la hermana del obispo de Enna, sobrina del Papa.

No cesaba por esto el Valentino de solicitar la venida de la gente francesa y la de tres mil suizos conducidos á su sueldo, debajo de color de que no usaría de ellos contra los coligados, sino para la recuperación del ducado de Urbino y de Camerino, porque los coligados habían resuelto ya ratificar el acuerdo hecho, habiéndose ido á este parecer el cardenal Orsino, que estaba en el Spedaletto, en tierra de Siena, por las persuasiones de Paulo y aconsejándole mucho á ello Pandolfo Petrucci, y, aunque después de contradecirlo largamente, lo aceptaron Vitellozzo y Juan Paulo Baglione, á los cuales era muy sospechosa la fe del Valentino.

Después de haberlo ratificado éstos, y hecho lo mismo el Papa, el duque de Urbino, aunque el pueblo, que le prometía que quería morir por su conservación, le rogó que no se fuese, teniendo mayor temor á las armas militares que confianza en las voces del pueblo, volvióse á Venecia, dando con ello lugar á la furia de los enemigos y haciendo arruinar antes todas las fortalezas de aquel Estado, excepto la de San Leo y de Maiuolo. Los pueblos, habiendo ido á ellos por comisión del Valentino, Antonio del Monte á Sansovino

(que después fué cardenal) con facultad de concederles perdón, volvieron de acuerdo debajo de su yugo, lo cual hizo también la ciudad de Camerino, porque su señor huyó al reino de Nápoles, temeroso de que Vitellozzo y los otros que habían sacado su gente de la comarca de Fano, se prevenían para ir á aquella empresa como soldados del Valentino.

En este tiempo envió el Papa el ejército á Palombara, que la habían recuperado los Savelli, juntamente con Senzano y otros castillos suyos, con la ocasión de las armas que movieron los otros.

Queriendo el duque Valentino poner en ejecución sus pensamientos ocultos, fué de Imola á Cesena, donde aún no hubo bien llegado cuando las lanzas francesas que pocos días antes habían venido, se apartaron de él repentinamente, llamadas por Chaumont, no por orden del Rey, sino (como se afirmaba) por indignación particular nacida entre él y el Valentino, ó quizá por haberlo procurado éste así, para ser menos formidable á los que deseaba asegurar sumamente. En Cesena, atendió á poner en orden su gente, que era mayor en número de lo que se decía, porque industriosamente no había tomado grandes fuerzas á sueldo, pero había asoldado y asoldaba continuamente muchas lanzas divididas y gentiles hombres particulares. Al mismo tiempo Vitellozzo y los Orsini, que por su orden habían ido á sitiar á Sinigaglia, ganaron la villa y la fortaleza, de donde se huyó, desamparada de todos, la prefecta, hermana del duque de Urbino, no obstante que su hijo pequeño estaba debajo de la protección del rey de Francia, el cual se excusaba de no ayudarle porque había entrado en la liga hecha en el mesón.

Tomada á Sinigaglia, fué el Valentino á Fano, donde, después que se hubo detenido algunos días para juntar toda la gente, dió á entender á Vitellozzo y á los Orsi-

ni que al día siguiente quería ir á alojarse á Sinigaglia para que sacasen de la villa los soldados que estaban con ellos que alojaban dentro, lo cual se ejecutó luego; alojando la infantería en los burgos de la ciudad y la gente de armas distribuída por la comarca.

Fué el Valentino á Sinigaglia el día concertado, al cual salieron á recibir Paulo Orsino, el duque de Gravina, Vitellozzo y Liberotto de Fermo, y acogidos por él con grandes agasajos, le acompañaron hasta la puerta de la ciudad, delante de la cual se había parado en orden la gente del Valentino, y queriendo ellos en este lugar despedirse de él para irse á sus alojamientos, que estaban fuera, recelosos ya de ver que tenía más gente de la que habían creído, les pidió que entrasen, porque había menester hablar con ellos, y no pudiendo rehusarlo, si bien casi adivinando su ánimo el mal futuro, le siguieron á su alojamiento, y retirándose con él á un aposento, después de pocas palabras (porque diciendo que quería ir á tomar otro vestido se apartó presto de ellos) fueron presos todos cuatro por la gente que entró en el aposento, y al mismo tiempo fueron también desbalijados sus soldados. Al día siguiente, que fué el último de Diciembre, para que el año de 1502 acabase en esta tragedia, quedando los otros en la cárcel, hizo estrangular en un aposento á Vitellozzo y á Liberotto, de los cuales el uno no había podido huir el hado de su casa de morir de muerte violenta, como habían muerto todos los otros sus hermanos, en tiempo que tenían ya en las armas gran experiencia y reputación y sucesivamente el uno después del otro, según el orden de su edad; Juan de un cañonazo en el ejército que el papa Inocencio envió contra la ciudad de Orsino; Camilo, soldado de los franceses, de una pedrada en las inmediaciones de Circelle; y Paulo, degollado en Florencia. No pudo negar nadie que el fin de Liberotto no fuese digno de sus

maldades, siendo muy justo que muriese por traición quien, pocos días antes, había muerto con ella cruelmente en Fermo, para hacerse grande en aquella ciudad, á Juan Frangiani, su tío, con otros muchos ciudadanos principales de aquel lugar, habiéndolos traído á un convite á su propia casa.

No sucedió en este año otra cosa memorable, excepto que Luis y Fadrique, de la familia de Pichi, condes de la Mirandola, habiendo sido echados primero de ella por Juan Francisco, su hermano, y pretendiendo que tenían el mismo derecho que él, aunque era mayor de edad, alcanzando gente en su ayuda del duque de Ferrara, por ser hijos de una hermana natural suya y de Juan Jacobo Tribulcio, suegro de Luis, echaron por fuerza á su hermano; cosa no tanto digna de memoria por sí misma, cuanto porque después, en los años siguientes, produjeron efectos de consideración las diferencias entre estos hermanos.

---

## CAPITULO V.

Los Orsini prisioneros del Papa.—Muerte del cardenal Orsino.—Pablo y el duque de Gravina son estrangulados.—Los sieneses expulsan á Pandolfo Petrucci.—Sospecha el rey de Francia del duque Valentino.—Guerra del papa Alejandro contra los Orsini.—Vuelve á Siena Pandolfo Petrucci.—Muerte del conde de Gaiazzo.—Los franceses sitian á Bartetta.—Son derrotados quedando prisionero La Paliza.—Desafío de trece italianos y trece franceses.—Victoria de los italianos.—Tratado de paz entre los reyes de Francia y España.—Gonzalo de Córdoba no acepta las condiciones de la paz.—Derrota de los franceses en Seminara y en Cirignuola.—Muerte del duque de Nemours.—Entra en Nápoles Gonzalo de Córdoba.

Síguese el año 1503, lleno aun más que los pasados de cosas memorables y gravísimos accidentes, al cual dió principio la maldad impía del Príncipe de la religión cristiana, ignorante de lo que había de suceder de sí y de sus cosas este mismo año, porque habiendo el Valentino con gran presteza (como se habían concertado entre ellos) significado al Papa cuán dichoso fin habían tenido sus artificios en Sinigaglia, teniendo el aviso muy secreto y procurando que no pudiese llegar á otros por diferentes caminos, llamó luego al palacio del Vaticano, debajo del color de otros negocios, al cardenal Orsino, el cual, confiando en el acuerdo hecho y en la fe de quien era notorio á todo el mundo que jamás la había tenido, llevado más del hado que de la razón, había ido pocos días antes á Roma. Al llegar á palacio fué luego preso. Al mismo tiempo prendieron en sus casas á Rinaldo Orsino, arzobispo de Florencia, al protonotario Orsino, al abate de Albiano, hermano de Bar-

tolomé, y á Jacobo de Santa Cruz, gentil hombre romano de los principales de aquella facción, y llevándolos al castillo de Sant'Angelo, envió el Papa al príncipe de Esquilache, su hijo, á tomar posesión de los lugares de Paulo y de los otros, y con él al protonotario y á Jacobo de Santa Cruz, para que los hiciesen entregar, los cuales fueron después remitidos á la misma guarda.

Había excusado el Papa con agudeza española lo que su hijo César hizo, diciendo que, habiendo sido Paulo Orsino y los otros los primeros á quebrantarle la palabra que le dieron de ir á su presencia uno cada vez, yendo todos juntos, no le había sido menos lícito al Valentino quebrantársela á ellos.

Estuvo cerca de veinte días preso el cardenal, alegando el Papa varias razones para la prisión de un cardenal tan antiguo, de tal edad y autoridad, y finalmente, esparciendo voz de que estaba malo, murió en palacio de veneno, según se creyó por muy cierto. Para deshacer esta opinión el Papa (aunque estaba acostumbrado á no descargarse de las infamias) quiso que fuese llevado de día y descubierto á la sepultura y acompañado de su familia y de todos los cardenales, y á los otros prisioneros se les dió facultad, poco después, para poder andar libres.

No queriendo el Valentino que su maldad quedase sin premio, partió sin tardanza de Sinigaglia y se encaminó á Ciudad de Castillo, y, hallándola desamparada de los que quedaban de la familia de los Vitelli (que, al saber la muerte de Vitellozzo, huyeron), continuó su camino hacia Perusa, donde huyó Juan Paulo, el cual, destinado á mayor suplicio, aunque más tarde, había sido, por la sospecha, más cauto que los otros en no ir á Sinigaglia. Dejó ambas ciudades debajo del nombre de la Iglesia, habiendo vuelto á meter en Perusa á Carlos Baglione, á los Oddi y á todos los otros enemigos de

Juan Paulo, y, queriendo intentar, con tan grande ocasión, apoderarse de Siena, siguiéndole algunos emigrados de aquella ciudad, fué con el ejército (al cual había llegado de nuevo la ayuda del Bentivoglio) al castillo de la Pieve, donde, entendiendo la prisión del cardenal Orsino hizo estrangular al duque de Gravina y á Paulo Orsino y envió embajadores á Siena á pedir que echasen á Pandolfo Petrucci como á enemigo suyo y turbador de la quietud de Toscana, prometiendo que, en echándole, se iría con el ejército á tierra de Roma, sin molestar de ninguna manera sus confines. Por otra parte el Papa y él, que deseaban ardentísimamente que, así como Pandolfo había sido compañero de los otros en la vida, lo fuese también en la muerte, procuraban descuidarle por los mismos caminos con que habían adormecido á los otros, escribiéndole Breves y cartas muy afables y enviándole por personas propias embajadas llenas de caricias y dulzuras; pero la sospecha que había entrado en el pueblo de Siena de que atendiesen á ocupar aquella ciudad, hacía más difícil su designio contra Pandolfo, porque muchos ciudadanos mal contentos ordinariamente de él, se reducían á querer contemporizar antes debajo de la tiranía de un ciudadano que venir á servidumbre forastera, de manera que de la ciudad no le dieron al principio respuesta alguna por donde pudiese esperar que echarían á Pandolfo, pero, continuando en el mismo fingimiento de no querer otra cosa sino esto, pasaba adelante en su comarca y había llegado ya á Pienza y á Chiusi y los otros lugares cercanos se le habían rendido de acuerdo.

Creciendo por esto en Siena el temor y comenzado á esparcirse en el pueblo y también entre algunos de los principales que no era conveniente que, por sustentar el poder de un ciudadano, se pusiese toda la ciudad á tan gran peligro, determinó Pandolfo hacer de buena

gracia todo lo que temía que al fin había de venir á hacer con odio de todos y con mayor peligro y daño suyo; por lo cual, con su consentimiento, se significó al Valentino en nombre público que venían en hacer su voluntad en lo que les había pedido, con tal de que se fuese con su gente de su distrito. Aceptó esta resolución (aunque él y el Papa habían aspirado á mayor designio) por la dificultad que conocían tenía la expugnación de Siena, ciudad grande y fuerte de sitio, en donde estaba Juan Paulo Baglione y muchos soldados y donde el pueblo, cuando hubiese sido certificado de que el Valentino tenía otro fin que la idea de Pandolfo, se hubiera juntado á resistirle.

Añadióse á esto que al Papa le pareció necesario que, para su seguridad propia, trajese su hijo el ejército á tierra de Roma, donde no se estaba sin sospecha de algún movimiento, porque en Pitigliano se habían reunido Julio y algunos otros de los Orsini, y Muzio Colonna, que había partido del reino de Nápoles, entró en Palombara en socorro de los Savelli, los cuales tenían nuevamente inteligencia con los Orsini y habían emparentado con ellos.

Pero perdieron ambos más la esperanza de ocupar á Siena, porque se entendía ya que si el Rey había estado desde el principio ambiguo, le causaba disgusto esta empresa, como aquel que, aunque había deseado que fuesen abatidos Vitellozzo y los demás coligados, le parecía que su total ruina, con el aumento de tantos Estados, hacía muy poderosos al Papa y al Valentino, y estando la ciudad de Siena y Pandolfo debajo de su protección y no perteneciendo á la Iglesia, sino al Imperio, le parecía que se podía oponer muy justificadamente á aquella conquista. Tuvieron también esperanza de que, por la partida de Pandolfo, quedaría el gobierno de aquella ciudad en alguna confusión, y que por esto, con

el tiempo, se les podría ofrecer coyuntura de dar color á su designio.

Partió, pues, Pandolfo de Siena, pero dejando la misma guarda y autoridad en sus amigos y dependientes, de manera que no se echaba de ver mudanza en el gobierno. El Valentino se enderezó hacia Roma para ir á la destrucción de los Orsini, los cuales, juntos con los Savelli, habían tomado el puente de Lamentano y corrían por todo el país; pero refrenáronse por la llegada del Valentino, el cual acometió luego el Estado de Juan Jordán, no teniendo respeto á que, demás de no haberse mostrado su contrario, tenía la orden de San Miguel, la protección del rey de Francia, y estaba entonces en su servicio en el reino de Nápoles, de lo cual se disculpaba el Papa con el Rey, diciendo que no se movía por ambición de quitarle su Estado, sino porque, habiendo tantas injurias y ofensas entre él y la familia de los Orsini, no podía tenerle tan vecino con seguridad, por lo cual vino en dejarle en recompensa el principado de Esquilache y otros lugares equivalentes; mas no aceptando el Rey estas razones, se quejó mucho de semejante insulto, no tanto porque pudiese en él más que solía el respeto de la protección, cuanto porque, no continuándose en la primer prosperidad sus cosas en el reino de Nápoles, comenzaba á tener recelos del atrevimiento é insolencia del Papa y del Valentino, ó volviendo á acordarse del acometimiento del año pasado á la Toscana y lo que habían intentado después, contra su protección, en las cosas de Siena, y considerando que cuanto más habían alcanzado y alcanzasen de él en lo futuro, tanto más había crecido y crecería siempre su codicia, envió, con una embajada muy áspera, á mandar al Valentino que desistiese de molestar el Estado de Juan Jordán, el cual, por caminos desusados y con harto peligro, había ido á Bracciano. Después de esto,

pareciéndole necesario asegurar que no hiciese variación alguna en las cosas de Toscana, mayormente habiendo entendido que en Siena empezaban á verse principios de discordias civiles, comenzó, por el consejo de los florentinos, á tratar que Pandolfo Petrucci, que se había detenido en Pisa, para que volviese á Siena, y que entre los florentinos, sieneses y boloñeses se hiciese unión en defensa común; restituyéndose á los florentinos, para quitar todas las causas de las diferencias, á Montepulciano, y que cada uno de éstos se previniese según su posibilidad de gente de armas para la defensa común y para que se interrumpiera al Papa y al Valentino la disposición de extenderse más en Toscana.

Había tomado en este medio el Valentino con parte de su gente á Vicovaro, donde estaban seiscientos infantes por Juan Jordán, porque, habiendo recibido la orden del Rey, apartándose de la empresa de Bracciano con mucho disgusto suyo y del Papa, fué á sitiar á Ceri, donde estaba con Juan Orsino, señor de aquel lugar, Lorenzo, su hijo, y Julio y Frangiotto, de la misma familia, y al mismo tiempo procedía su padre, por vía de justicia, contra toda la casa de los Orsini, excepto Juan Jordán y el conde de Pitigliano, el cual no querían sufrir los venecianos que fuese molestado.

Ceri es lugar muy antiguo y, por la fortaleza de su sitio, muy celebrado, porque está puesto en un peñasco, ó por mejor decir, en un cerro hecho todo de una peña, por lo cual los romanos, cuando rotos por los galos en el río Allia, llamado hoy Caminate, perdieron las esperanzas de poder defender á Roma, enviaron á aquella ciudad, como á lugar segurísimo, las vírgenes vestales y los simulacros más secretos y más venerados de los dioses, con otras muchas cosas sagradas y religiosas; y por esta misma razón no fué violado del furor de los bárbaros, cuando, por la declinación del imperio roma-

no, inundaron con tan gran ímpetu toda Italia. Por todo esto, y por estar llena de valerosos defensores, le sería dificultosa la empresa al Valentino, el cual no dejaba diligencia ni industria alguna para ganarle, ayudándose, demás de otras muchas máquinas de guerra para sobrepujar lo alto de las murallas, de gatos y de otros varios ingenios de madera. Mientras estaba en esto, Francisco de Narni, enviado á Siena por el rey de Francia, significó que la intención del Rey era que volviese Pandolfo, el cual le había prometido antes que perseveraría en su devoción y que, para su seguridad, enviaba á Francia á su hijo mayor; que le pagaría aquello que le quedaba debiendo por el concierto de cuarenta mil ducados y restituiría á los florentinos á Montepulciano. Entendido esto en Siena, hubo poca dificultad para su vuelta, añadiéndose á la reputación del nombre del rey de Francia el favor descubierto de los florentinos y la disposición de los ciudadanos sus amigos, los cuales, habiéndose anticipado á tomar las armas la noche antes del día que estaba señalado para su venida, hicieron que no se moviesen todos los que tenían otro parecer. Sucedió esto con gran disgusto del Papa, cuyas cosas corrían felizmente por otras partes, porque se le habían rendido Palombara y los otros lugares de los Savelli, y los que estaban en Ceri, maltratados de día y de noche por muchos caminos y con muchos asaltos, se rindieron al fin, con condición que el Papa pagase á Juan, señor del lugar, cierta cantidad de dinero, y que á él y á todos los otros los dejasen ir libres á Pitigliano, lo cual se guardó sinceramente, contra la costumbre del Papa y la esperanza de todos.

No procedían ya con semejante prosperidad las cosas de los franceses en el reino de Nápoles, comenzado á dificultarse desde el principio de este año, porque, habiendo sitiado el conde de Meleto con gente de los

príncipes de Salerno y Bisignano á Terranova, pasó de Mesina á Calabria Don Hugo de Cardona con ochocientos infantes españoles que trajo de Roma (habiendo estado antes al sueldo del Valentino con cien caballos y ochocientos infantes entre sicilianos y calabreses) y en llegando á Seminara se movió hacia Terranova para socorrerla. Al saber esto el conde de Meleto, levantándose de Terranova, fué á encontrarle. Caminaban los españoles por un llano estrecho entre una montaña y un río que trae muy poca agua, pero que se junta al camino con un ribazo, y los franceses, superiores en número, caminaban contra ellos por la otra parte del río, deseosos de sacarlos á lugar ancho; pero viendo que caminaban estrechos y en fuerte ordenanza, creyendo que si no les cortaban el camino podrían llegar libres á Terranova, pasaron de la otra parte del río para acometerlos, donde, prevaleciendo el valor de los infantes españoles (ejercitados en la guerra), causando gran daño á los franceses la ventaja del dique, fueron rotos.

Poco después llegaron de España á Mesina, por la mar, doscientos hombres de armas, doscientos jinetes y dos mil infantes guiados por Manuel de Benavides (con el cual pasó entonces á Italia Antonio de Leiva, que, subiendo después desde soldado por todos los grados militares á ser capitán general, ganó en Italia muchas victorias), los cuales pasando de Mesina á Reggio de Calabria (que poco antes lo habían ganado los españoles), estando entonces Obigni en la otra parte de la Calabria (la cual estaba casi toda por él), fueron á alojar á Losarno, cinco millas de Calimera, en donde había entrado dos días antes Ambricourt con trescientas lanzas y el conde de Meleto con mil infantes y, presentándose á la mañana siguiente al amanecer ante las murallas, por donde no había puertas, sino sólo una estaca-

da, sorprendiendo y matando á los centinelas la ganaron al segundo asalto, aunque se defendieron valerosamente. Quedó muerto el capitán Spírito, Ambricourt preso y el conde de Meleto se salvó refugiándose en la fortaleza, porque los vencedores se retiraron luego á Terranova por temor de Obigni, que, con trescientas lanzas, tres mil infantes forasteros y dos mil del país, se acercaba.

Habiendo hecho alto Obigni, después de este accidente, en Pollistrine, castillo cercano, partieron una noche ocultamente los españoles por la falta de sus vituallas, para ir á Chierace, pero siguiéndoles la gente de Obigni hasta la subida de una áspera montaña, perdieron sesenta hombres de armas y muchos infantes, y de los franceses murió allí Grugni, por haberse adelantado mucho, hombre á quien ellos estimaban grandemente, que guiaba la compañía que había sido del conde de Gayazzo, el cual, poco después de la toma de Capua, murió de muerte natural.

Vino en este tiempo de España á Sicilia otra armada que trajo doscientos hombres de armas, doscientos caballos ligeros y dos mil infantes, de quienes era capitán Portocarrero, el cual, muriendo en Reggio, donde había pasado con la gente, quedó el cuidado de ella á don Fernando de Andrade su lugarteniente. Tomando ánimo los españoles, que se habían recogido en Ghierace, por la llegada de esta gente, volviendo á Terranova, se fortificaron en la parte del lugar que confina con la fortaleza que ellos tenían, que está al principio de un valle, al cual se junta lo restante del lugar, temiendo, y no en vano, la venida de Obigni, porque, llegando luego de Pollistrine, alojó en aquella parte que no estaba ocupada por los españoles, fortificándose cada uno y haciendo estacadas por su parte; pero entendiendo después Obigni que los españoles que habían desembarcado en

Reggio se acercaban para juntarse con los otros, se retiró á Losarno y los enemigos, siguiendo la comodidad de las vituallas, se pusieron todos juntos en Seminara.

Mientras procedían de esta manera las cosas en Calabria, volviendo el Virrey francés hacia Barletta, haciendo alto en Matera, había distribuído la gente en los lugares circunvecinos, atendiendo á impedir que entrasen allí vituallas, y esperando que, por la peste y el hambre que había en Barletta, no se podrían detener más allí los españoles, ni irse á Trani, donde había las mismas dificultades. Pero era maravillosa su perseverancia en tantas incomodidades y peligros, confirmada por el valor y diligencia de Gonzalo de Córdoba, el cual los sustentaba, dando unas veces esperanza de que vendrían presto dos mil infantes tudescos, que había enviado á levantar á Alemania Octaviano Colonna, otras de otros socorros y otras echando fama de que quería retirarse por mar á Taranto. Pero mucho más los animaba con su ejemplo, sufriendo todos los trabajos en sí mismo con ánimo alegre, y toda la estrechez del sustento y de las cosas necesarias.

Estando reducida la guerra á tal estado, comenzaron, por la negligencia y modos insolentes de proceder de los franceses, á ser superiores aquellos que hasta aquel día habían sido inferiores, porque la gente de Castellaneta, villa cerca de Barletta, desesperada por las injurias y daños que padecían de cincuenta lanzas francesas que alojaban en ella, tomando las armas popularmente, las deshalijaron y pocos días después, teniendo noticia Gonzalo de que monseñor de La Paliza, el cual alojaba con cien lanzas y trescientos infantes en la villa de Rubos, distante doce millas de Barletta, no observaba la debida vigilancia, salió una noche de Barletta, fué á Rubos, plantó con presteza la artillería (que, por ser el camino llano, la había traído fácilmente) y le

acometió con tal furia, que los franceses, que no esperaban semejante suceso, espantados de un acometimiento tan repentino, se perdieron, habiendo hecho flaca defensa, quedando preso La Paliza, juntamente con los otros. El mismo día se volvió Gonzalo á Barletta sin riesgo de recibir ningún daño de Nemours, que pocos días antes había venido á Canosa, porque alojada su gente en diferentes lugares para tener asediada á Barletta por diversas partes, ó quizá para mayor comodidad suya, no podía juntarse á tiempo. Añadióse á esto que cincuenta lanzas francesas que iban para tomar unos dineros que se traían de Francia á Barletta, fueron rotos por la gente que había enviado Gonzalo para seguridad del dinero.

Siguió luego á estos accidentes otro que quebrantó mucho la osadía de franceses, no pudiendo atribuir á la contrariedad de la fortuna aquello que había sido propia obra del valor, porque, habiendo ido para tratar de la recuperación de unos soldados presos en Rubos, un trompeta á Barletta á fin de rescatarlos, dijeron algunos hombres de armas italianos ciertas palabras contra los franceses, que el trompeta cuando volvió las dijo en el ejército francés, y respondiendo ellos á los italianos, se encendieron tanto todos, que, para sustentar la honra de la propia nación, se concertaron que en campo seguro, á batalla acabada, combatesen juntos trece hombres de armas franceses y otros trece italianos y que el lugar del combate fuese señalado en una campaña entre Barletta, Andría y Quadrato, donde fuesen acompañados de número determinado de gente; pero por asegurarse de las asechanzas, acompañó cada capitán á los suyos hasta la mitad del camino con la mayor parte del ejército, animándolos con que habiendo sido escogidos de todo el ejército, correspondiesen con el ánimo y las obras á la esperanza que ha-

bían concebido de ellos, que era tal, que en sus manos y en su valor se había puesto, con voluntad de todos, la honra de tan nobles naciones. Recordaba el Virrey francés á los suyos que estos eran los mismos italianos que, no teniendo osadía para resistir el nombre de los franceses, les habían dado siempre el paso, sin hacer jamás experiencia de su valor, cuantas veces habían corrido desde los Alpes hasta la última punta de Italia; que no les encendía ahora nueva generosidad de ánimo ó nueva fortaleza, sino que, por hallarse en el servicio de los españoles y sujetos á sus órdenes, no habían podido resistir á su voluntad, los cuales, no acostumbrados á pelear con el valor, sino con estratagemas y engaños, estaban de buena gana ociosos á la mira de los peligros ajenos, pero que en llegando los italianos al campo y viéndose cara á cara las armas y la ferocidad de aquellos de quien siempre habían sido vencidos, vueltos á su temor acostumbrado, ó no se atreverían á pelear, ó peleando tímidamente, con facilidad serían sus prisioneros, no siendo bastante escudo contra las armas de los vencedores el fundamento hecho sobre las palabras y arrogancias vanas de los españoles. Por otra parte, Gonzalo encendía á los italianos con no menos vivas provocaciones, trayéndoles á la memoria la honra antigua de aquella nación y la gloria de sus armas, con las cuales habían, en tiempos pasados, domado todo el mundo; que estaba ahora en poder de estos pocos, no inferiores al valor de sus antepasados, hacer manifiesto á todos que si Italia, vencedora de todos los otros, había sido recorrida de pocos años á esta parte por ejércitos forasteros, no lo había causado otra cosa que la imprudencia de sus Príncipes, los cuales, discordes entre sí mismos por ambición, habían llamado las armas extranjeras para abatirse los unos á los otros; que los franceses no habían ganado en Italia ninguna

victoria por verdadero valor suyo, sino ayudados del consejo ó de las armas de los italianos ó por haber cedido á su artillería, con cuyo espanto, por ser cosa nueva en Italia, y no con el poder de sus armas, se les había hecho el camino; que ahora tenían ocasión de pelear con las armas y con el valor de las propias personas, hallándose presentes á tan glorioso espectáculo las principales naciones de la cristiandad y tanta nobleza de los suyos mismos, los cuales, así de una parte como de la otra, tenían gran deseo de su victoria; que se acordasen que se habían criado todos con los famosos capitanes de Italia, entretenidos continuamente debajo de sus armas, y que cada uno de ellos había hecho honradas experiencias de su valor en varias partes, por lo cual estaba destinada para estos la palma de poner el nombre italiano en aquella gloria con que había estado, no sólo en el tiempo de sus mayores, sino en el que ellos mismos la habían visto; y si no se conseguía por estas manos tan grande honra, se podrían perder las esperanzas de que Italia pudiese quedar en otro grado que el de afrentosa y perpetua servidumbre. No eran menores las provocaciones que los otros capitanes y soldados particulares de ambos ejércitos hacían á cada uno de ellos, animándolos á ser semejantes á sí mismos y á ensalzar con su propio valor el esplendor y gloria de su nación. Con estos estímulos llegados al campo, llenos todos de ánimo y ardimiento, habiéndose detenido la una de las partes á un lado del palenque contrario al lugar donde se había detenido la otra (1), al dar la señal, corrieron ferozmente á encontrarse con las lanzas, y no habiéndose mostrado en este encuentro ninguna venta-

(1) Quien quisiere ver más difusamente este desafío, lea el Jovio en la vida del Gran Capitán, donde pone las armas con que se peleó y otras muchas particularidades dignas de ser leídas.—(Nota del traductor.)

ja, metiendo mano á las otras armas con grande ánimo y furia mostraba cada uno de ellos con grande excelencia su valor, confesando secretamente todos los que los miraban que no se pudieran escoger de ambos ejércitos otros soldados más valerosos y más dignos de hacer tan gloriosa prueba. Pero habiéndose combatido ya largo espacio y cubierto el suelo de muchas piezas de las armas y de mucha sangre de los heridos de ambas partes, dudoso aún el suceso de la batalla y mirados con gran silencio, pero casi con mayor ansia y trabajo de ánimo de los circunstantes que de ellos mismos, sucedió que Guillermo Albimonte, uno de los capitanes italianos, fué derribado del caballo por un francés, pero mientras que con ferocidad se acercaba éste con su caballo para matarle, Francisco Salamone, acudiendo con presteza al peligro de su compañero, mató con un gran golpe al francés, el cual, cebado en oprimir á Albimonte, no se guardaba de él; después Francisco, juntamente con Albimonte, que ya se había levantado y con Miale, que estaba en tierra herido, tomando en las manos venablos que habían traído para este efecto, mataron muchos caballos de los enemigos, por lo cual, comenzando á quedar inferiores los franceses, fueron presos todos por los italianos, quienes acogidos con grandísima alegría de los suyos y encontrados después con Gonzalo, que los esperaba en la mitad del camino, recibidos con gran fiesta y honra, dándoles las gracias á todos como á restauradores de la gloria italiana, entraron como triunfantes en Barletta, llevando delante los presos, resonando el aire con el ruido de las trompetas y tambores, de tiros de artillería y del aplauso y voces de los soldados. Dignos son de que cualquier italiano procure, en cuanto le sea posible, que sus nombres pasen á la posteridad mediante el instrumento de la pluma.

Fueron, pues, Héctor Fieramosca, capuano; Juan Capoccio, Juan Bracalone y Héctor Juvenal, romanos; Marco Carellario, de Nápoles; Mariano de Sarni; Romanello, de Forli; Luis Aminale, de Terni; Francisco Salamone y Guillermo Albimonte, sicilianos; Miale, de Troya, y el Ricio y Tanfulla, parmesanos, criados todos en las armas ó debajo del gobierno de los reyes de Aragón ó de los Colonnas. Es cosa increíble el ánimo que quitó al ejército francés este suceso y cuánto le acrecentó al español; adivinando todos el fin universal de la guerra por la experiencia de estos pocos.

En este mismo tiempo estaba el rey de Francia en Lombardía molestado por los suizos, al principio por sólo los tres cantones que habían ocupado á Belinzona; los cuales, queriendo inducirle á que conviniese en que aquel lugar fuese de ellos, acometieron á Lucerna y á la Murata, que es un muro muy largo sobre el lago Mayor, cerca de Lucerna, con el cual se prohíbe la bajada de aquellas montañas á lo llano, si no es por una sola puerta que hay en el muro. Y aunque al principio no lo ganaron, por la defensa de los franceses que le guardaban y á pesar de que Chaumont, que con ochocientas lanzas y tres mil infantes se había detenido en Varese y en Galera, tenía esperanza que se hubiese de defender; creciendo después en número los suizos, porque tuvieron socorro de los grisonos, después de haber dado muchos asaltos en vano, subidos una parte de ellos sobre un monte áspero que predomina á la Murata, obligaron á que la desamparasen los que la guardaban, y tomando después el burgo de Lucerna, mas no la fortaleza, se aumentaban cada día más, porque los otros nueve cantones, si bien al principio habían ofrecido gente al rey de Francia, por la confederación que tenían con él, comenzaron después á socorrer á los tres cantones, alegando que no podían faltar en

ayudar á sus compañeros y que estaban obligados á esto por las ligas antiguas que había entre ellos, anteriores á las obligaciones que tenían á todos los otros. Mientras estaban alrededor de la fortaleza con quince mil infantes, no pudiendo socorrerla los franceses por la estrechez de los pasos y por las guardas cuidadosas que hacían en ellos, atendían á robar el país circunvecino, y enojados de que el castellano de Musocco (villa de Juan Jacobo Tribulcio) rehusaba prestarles artillería para batir la fortaleza de Lucerna, saquearon aquella villa, no molestando el castillo porque era inexpugnable. Por otra parte, los franceses, haciendo gran consideración de este movimiento y habiendo recogido todas las fuerzas que tenían en Lombardía y alcanzado ayuda de Bolonia, Ferrara y Mantua, pidieron á los venecianos las ayudas que debían dar para la defensa del Estado de Milán, las cuales, habiéndolas prometido con presteza, las despacharon tan despacio que no fueron necesarias.

Atendía Chaumont, habiendo proveído bien las fortalezas que estaban en lugares montuosos, á tener la gente en lo llano, esperando que los suizos, que no osaban, por no tener caballería, ni artillería, bajar á los lugares abiertos, se cansarían, por la dificultad de las vituallas y porque estaban sin dinero y sin esperanza de hacer ningún efecto importante. Habiéndose detenido en este estado muchos días los suizos y creciendo la falta de las vituallas por haber los franceses armado muchos bajeles y con ellos echado á fondo gran número de barcas que las llevaban á los suizos é impedían que por el lago las pudiesen tener; comenzando á desunirse entre ellos, porque no tocaba la empresa sino á los cantones que poseían á Belinzone, sobornados también los capitanes con dinero de los franceses, vinieron á retirarse, restituyendo todas las villas que

habían ocupado en esta jornada, excepto á Musocco, como cosa que no tocaba al Rey y alcanzando promesa suya de que no molestaría á Belinzone por cierto tiempo; tan ajenos estaban los franceses de querer la enemistad de los suizos, que no se avergonzaban, no sólo en este tiempo en que tenían guerra con el Rey de España, temían al Rey de Romanos y recelaban de los venecianos, sino también en cualquier otro, de comprar la amistad de aquella nación, con pagar cada año provisiones en público y en secreto y hacer conciertos con ellos con indignas condiciones; moviéndoles, además de la desconfianza de sus propios infantes, el conocimiento de que se hace con grandes desventajas la guerra con quien no tiene que perder. Libre ya el rey de Francia de la guerra de los suizos, no tenía en el mismo tiempo menos esperanza de desembarazarse de la que había en el reino de Nápoles, porque después de varias pláticas que había habido sin fruto entre ambos reyes, queriéndose volver de España á Flandes Felipe, archiduque de Austria y príncipe de Flandes, determinó volverse por tierra, aunque contra muchos ruegos de sus suegros, de los cuales alcanzó amplia facultad y libre orden de hacer la paz con el rey de Francia, la cual había deseado mucho mientras estuvo en España; pero acompañándole dos embajadores, sin cuya participación no quería concluir ni tratar nada.

Es increíble con cuánta magnificencia y honra fué recibido por orden del Rey en todo el reino de Francia, no sólo por desear tenerle propicio en las cosas de paz, sino para reconciliar para todo tiempo el ánimo de aquel príncipe mozo y en esperanza de gran poder, porque era el más próximo heredero del Imperio Romano y de los reinos de España con todas sus dependencias. Con la misma liberalidad fueron acogidos los grandes cerca de su persona y les hicieron muchos donativos.

Correspondió Felipe á estas demostraciones con real magnanimidad, porque habiendo el Rey (demás de la palabra que le había dado de que podría pasar por Francia seguramente) enviado algunos de los primeros señores del reino, para que estuviesen en Flandes por su seguridad, mientras estuviese el Archiduque en su reino, ordenó Felipe al entrar en Francia, por confiarse en todo de su palabra, que se diese libertad á los rehenes.

Ni á estas demostraciones tan grandes de amistad sucedieron (en cuanto fué de su parte) efectos menores, porque juntándose en Blois, después de haber discurrido algunos días, concluyeron la paz con estas condiciones: que se poseyese el reino de Nápoles según la primera división, pero dejando en depósito á Felipe las provincias, por cuya diferencia se había venido á las armas, y que al presente Carlos, su hijo, y Claudia, hija del Rey, entre los cuales se establecía el desposorio tratado otras veces, se intitulasen reyes de Nápoles y duques de la Pulla y de Calabria; que la parte que tocaba al rey de España fuese gobernada en lo futuro por el Archiduque, y la del rey de Francia por quien el Rey señalase; pero estando la una y la otra debajo del nombre de los dos muchachos, á los cuales, cuando consumasen el matrimonio, entregase el Rey en dote de su hija su parte.

Esta paz se publicó solemnemente en la iglesia mayor de Blois y se confirmó con juramento del Rey y de Felipe, como procurador de los Reyes sus suegros; paz sin duda de gran consideración si hubiera tenido efecto, porque no sólo se dejaban las armas entre Reyes tan poderosos, sino que tras esta, hubiera seguido la paz entre el Rey de Romanos y el de Francia, naciendo de ella nuevos pensamientos contra los venecianos; y el Papa, que era sospechoso á todos y cualquiera le tenía

en malísima reputación, no quedaba sin miedo de Concilios y de otros designios para reprimir su autoridad.

Habiendo enviado luego el Rey y Felipe á intimar la paz en el reino de Nápoles y á mandar á los capitanes que, hasta que llegase la ratificación del Rey de España, poseyendo cada una lo que tenía, se abstuviesen de las ofensas, ofreció el capitán francés obedecer á su Rey; pero el español, ó porque esperaba más la victoria, ó porque no le bastaba sola la autoridad de Felipe, respondió que, hasta que tuviese la misma orden de sus Reyes, no podía dejar de hacer la guerra. Dábale mayor ánimo para continuarla ver que, esperando el rey de Francia primero en las pláticas y después en la conclusión de la paz y presuponiendo por cierto lo que todavía era dudoso, no solamente había entibiado las otras provisiones, sino detenido tres mil infantes que había ordenado primero se embarcasen en Génova y trescientas lanzas que estaban señaladas para que, debajo del gobierno de Persi, fuesen á aquella empresa. Por el contrario, habían llegado á Barletta los dos mil infantes tudescos que, levantados con el favor del Rey de Romanos y embarcados en Trieste, pasaron seguramente por el golfo de los venecianos con grandes quejas del rey de Francia, por lo cual el duque de Nemours, no pudiendo prometerse la suspensión de armas y enflaquecido por los daños recibidos poco antes, para hallarse con fuerzas suficientes, si la ocasión le convidase ó la necesidad le redujese á pelear con los enemigos, envió á llamar toda la gente francesa que estaba dividida en diferentes puntos, excepto la que militaba debajo del gobierno de Obigni en Calabria, y todas las ayudas de los señores del reino. Pero tuvo contraria la fortuna al recogerla, porque, habiendo determinado el duque de Atri y Luis de Ars, uno de los capitanes franceses que habían repartido su gente en tierra

de Otranto, ir unidos á juntarse con el Virrey, porque entendían que Pedro Navarro con mucha infantería española estaba en parte que les podía hacer daño si fuesen divididos, sucedió que Luis de Ars, teniendo comodidad para ir seguro por sí mismo, partió sin cuidar del peligro del duque de Atri, el cual, quedando solo y habiendo llegado á su noticia que Pedro Navarro se había movido hacia Matera, para ir á juntarse con Gonzalo, se puso también él en camino con su gente.

Mas no bastaban los consejos de los hombres para resistir á la fortuna, porque la gente de Rutiliano (villa que está en tierra de Bari, y que, en estos mismos días, se había rebelado contra los franceses) llamó á Pedro Navarro, volviendo éste del camino de Matera, que había comenzado, hacia Rutiliano, y se encontró con el duque de Atri que, espantado con este accidente, estuvo suspenso sobre lo que había de hacer. Al fin, no teniendo segura de todo punto la retirada, confiándose en que, si bien era inferior en el número de infantería, tenía más caballos y creyendo que la infantería española, por haber caminado mucho la noche antes, estaría cansada, comenzó la batalla, en la cual, habiéndose peleado valerosamente por ambas partes fué rota al fin su gente, muerto Juan Antonio su tío y él preso. Y como sucede que las más de las veces no vienen solos los trabajos, ocurrió que cuatro galeras francesas, cuyo capitán era Pregianni, de Provenza, caballero de Rodas, anclaron en el puerto de Otranto, con licencia del oficial veneciano, que les prometió que no serían molestadas por la armada de España, la cual, gobernada por Villamarín, andaba dando bordes en aquellos parajes. Entró ésta poco después en el mismo puerto, y viéndose Pregianni inferior en fuerzas y temiendo le envistiesen, para que á lo menos su daño no fuese

con ganancia de los enemigos, librando la chusma y, echando á fondo las galeras, se salvó él y á los suyos por el camino de tierra.

Había encargado el rey de Francia á sus capitanes que, estando á la defensa, rehusasen el combate, porque tendrían presto ó el establecimiento de la paz ó grande socorro; pero era muy difícil, estando poderosos y vecinos todos los ejércitos, refrenar el calor de los franceses y hacerles mantener con paciencia la dilación de la guerra, antes estaba destinado que, sin diferirlo más, se decidiese la suma de las cosas cuyo principio se dió en Calabria, pues juntándose los españoles en Seminara y recogiendo Obigni toda su gente y la de los señores que seguían la parte francesa, alojó la infantería en la villa de Gioia, tres millas de Seminara, y la caballería en Losarno, lugar apartado tres millas de Gioia. Fortificándose con cuatro piezas de artillería sobre la orilla del río en que está situada Gioia, estaba dispuesto para oponerse á los enemigos si intentasen pasar el río; pero los españoles, teniendo otro propósito que el suyo, el día que determinaron pasar se movieron por el camino derecho, encaminando hacia el río la vanguardia gobernada por Manuel de Benavides, el cual, al llegar á la orilla comenzó á hablar con Obigni que había traído todo su ejército á la otra orilla y al mismo tiempo la retaguardia española, seguida de la batalla, se volvió por otro camino á pasar el río milla y media más arriba de Gioia. Recelando Obigni esta marcha, se movió con gran presteza y sin artillería para llegar antes que hubiesen pasado todos, pero ya lo habían hecho y puéstose en orden, aunque sin artillería, en firme y estrecha batalla, de donde se movieron contra los franceses, los cuales acelerando el camino y teniendo (como dicen algunos) muchó menor número de infantería, iban tan desordenados, que los rompieron presto

antes que pasase el río la vanguardia española. En este aprieto quedó preso Ambricourt con algunos otros capitanes franceses y el duque de Somma con muchos barones del reino, y aunque Obigni huyó á la fortaleza de Angitola, encerrándose dentro, estuvo obligado á rendirse á prisión.

Fué roto y preso en aquellos mismos lugares donde poco antes había, con tan gran gloria, vencido y roto al rey Fernando y á Gonzalo. ¡Tan poco constante es la prosperidad de la fortuna! Y ninguna otra cosa le causó tanto daño (siendo de los más excelentes capitanes que Carlos trajo á Italia y de ingenio muy libre y noble) que proceder con mucho ardimiento, en la esperanza de la victoria, lo cual causó mucho daño en Pulla al Virrey; ardimiento acaso mayor por haber sabido la rota sufrida en Calabria. No sabiendo todavía Gonzalo la victoria de los suyos, ni pudiendo perseverar más en Barletta por el hambre y la peste, se fué, dejando allí poca guarda y se enderezó á la Cirignuola, villa apartada diez millas y casi en triángulo entre Barletta y Canosa, donde estaba el Virrey.

Habíase disputado primero en el consejo del Virrey si se había de buscar ó huir la ocasión de la batalla, y muchos capitanes tuvieron este parecer: que estando los españoles acrecentados de gente y los suyos disminuidos y comenzándose á envilecer, por los desórdenes que antes habían sucedido en Rubos y Castellaneta, después en tierra de Otranto y últimamente en Calabria, no se debían poner en manos de la fortuna, sino retirarse á Melfi ó á otra cualquiera villa grande y abundante y esperar que viniese de Francia nuevo socorro ó el establecimiento de la paz, pues les obligaba también á este modo de contemporar la orden que nuevamente habían recibido del Rey. Tuvo este consejo muchos que le contradijeron, á los cuales les parecía peligroso

esperar que el ejército vencedor en Calabria se juntase con Gonzalo ó se volviese á alguna empresa importante, donde no hallaría quien le hiciese resistencia; recordaban el fruto que había producido al ejército de Montpensier escoger antes retirarse á las villas que pelear; que los ejemplos pasados les amonestaban lo que podrían esperar de los socorros largos é inciertos de Francia, y que si, estando las cosas dudosas, ni Gonzalo había convenido en dejar de ofender, ni el rey de España aceptado la paz, tanto menos lo harían ahora que tenían tanta esperanza de la victoria; que no era su ejército inferior, ni en fuerzas ni en valor, al de los enemigos, ni se debía argüir de las derrotas recibidas por su negligencia, la experiencia que con las armas y con el valor del ánimo (no con astucia, ni engaños) se harían en campaña abierta; que era más glorioso y más seguro partido hacer con esperanzas casi iguales experiencia de la fortuna, que, huyéndola y dejándose consumir poco á poco, conceder á los enemigos la victoria sin sangre y sin peligro; que las órdenes del Rey, que estaba lejos, se debían tomar más por recuerdos que por preceptos, los cuales se habrían observado prudentemente, si Obigni los hubiera seguido; pero que, habiéndose variado por aquel desorden el estado de la guerra, era asimismo necesario que se variasen las determinaciones. Prevalecía en el Consejo este parecer; por lo cual, al tener noticia de sus espías que la gente española, ó toda ó parte, había salido de Barletta, tomó también Nemours el camino hacia la Cirignuola, que para ambos ejércitos era muy incómodo por haber muy poca agua en aquellos pasos y haber venido el verano mucho antes de lo que suele ser en principio de Mayo. Dícese que aquel día perecieron muchos de todas partes de sed. Ni sabían los franceses si lo que se había movido era todo ó parte del ejército español, porque

Fabricio Colonna con los caballos ligeros, no les dejaba tener alguna noticia y las lanzas derechas de los hombres de armas y los troncos de hinojos que en aquel país son muy altos, les quitaban la vista.

Llegaron primero los españoles á la Cirignuola, la cual guardaban los franceses, y comenzándose á alojar entre unas viñas, ensancharon, por consejo de Próspero Colonna un foso que estaba en el frente del alojamiento. Llegaron los franceses mientras se alojaban, y estando ya cercana la noche, estuvieron dudosos sobre si comenzarían luego la batalla ó la dilatarían para el día siguiente. Aconsejaban Ibo de Allegri y el príncipe de Melfi que se esperase al día siguiente, en el cual tenían por cierto que, necesitados los españoles por la falta de vituallas, se moverían, y por esto se excusaba, demás de la vecindad de la noche, la desventaja de acometerles en su propio alojamiento, mayormente no sabiendo la disposición que tenían; pero despreciando con cólera Nemours el consejo más saludable, acometieron á los españoles con gran furor, peleando con la misma ferocidad los suizos, y habiéndose pegado fuego ó por acaso ó por otro accidente en las municiones de los españoles, abrazando Gonzalo el agüero con ánimo franco, dijo en alta voz: «Nosotros hemos vencido; Dios nos anuncia por cierta la victoria, dándonos señales de que no hemos menester usar de la artillería.»

Varia es la fama del suceso de la victoria. Los franceses publicaron que al primer encuentro habían roto la infantería española, y que llegando á la artillería habían encendido la pólvora y apoderádose de ella, pero que, sobreviniendo la noche, había herido la gente de armas por yerro, en su propia infantería, y que por este desorden se habían vuelto á rehacer los españoles. Los otros publicaron que por la dificultad de pasar el foso comenzando los franceses á embarazarse entre sí mis-

mos, se pusieron en huída, no menos por su propio desorden que por el valor de los enemigos, mayormente espantados por la muerte de Nemours, el cual, peleando valerosamente entre los primeros y animando á los suyos á pasar el foso, cayó herido de un arcabuzazo. Otros dicen más particularmente que, desesperado Nemours de pasar el foso, queriendo volver su gente por el costado del ejército para probar á entrar por aquella parte, hizo gritar: «¡Atrás!,» la cual voz, para quien no sabía la causa, era señal de huir, y que habiendo sobrevenido su muerte al mismo tiempo en el primer escuadrón, volvió todo el ejército en fuga manifiesta. Quitan otros al Virrey la infamia de haber peleado contra el consejo de los demás, y aun antes la pasan á Allegri, porque, estando inclinado el Virrey á no pelear aquel día, reprendiéndole de temeroso, le indujo al consejo contrario.

Duró la batalla muy poco rato, y aunque siguieron á los franceses los españoles, pasando el foso, fueron presos y muertos muy pocos, por ser ya de noche oscura, especialmente de la gente de á caballo, entre la cual fué muerto monseñor de Chiandeu. Lo restante, habiendo perdido el carruaje y la artillería, se salvó huyendo, esparciéndose los capitanes y soldados en varias partes. Dícese que, habiendo echado ya á los enemigos de todos los puestos, no viendo Gonzalo en ninguno á Próspero Colonna, preguntaba por él con grande instancia, temiendo no hubiese sido muerto en la batalla y que Fabricio, queriendo motejarle de medroso, riendo le respondió que no se debía temer que hubiese entrado Próspero en lugar de peligro.

Ganóse esta victoria ocho días después de la rota de Obigni y la una y la otra en viernes, día observado por feliz de los españoles. Hicieron los franceses, al recogerse de la fuga, varios designios ó de juntarse con las

reliquias del ejército en algún lugar á propósito para impedir el ir á Nápoles á los enemigos ó detenerse en la defensa de la ciudad; pero como en las cosas contrarias crece cada día más el miedo y las dificultades de quien ha sido vencido, ninguno de estos partidos se puso en ejecución, porque en otros lugares tenían dificultad de detenerse, y juzgaban que no podrían defender á Nápoles por la falta de vituallas, para cuya provisión habían los franceses hecho primero comprar en Roma gran cantidad de trigo, pero el pueblo romano impidió que se sacase, ó por conservar á Roma abundante ó por mandato oculto (como muchos creyeron) del Papa; por lo cual Allegri, el príncipe de Salerno y otros muchos barones se retiraron entre Gaeta y Traietto, donde se recogió, tras el nombre de ellos, la mayor parte de las reliquias del ejército.

Alcanzada por Gonzalo tan gran victoria, no entibiando el favor de la fortuna, se encaminó con el ejército á Nápoles. Pasando por Melfi, ofreció al príncipe facultad para tener su Estado, en caso que quisiese seguir la devoción de España, y él, aceptando antes que le dejasen ir con su mujer é hijos, fué á juntarse con Luis de Ars, que se había detenido en Venosa. Ganado Melfi, siguió Gonzalo el camino de Nápoles, de donde, al arrimarse, se retiraron los franceses que había dentro á Castilnuovo, y desamparados los napolitanos, recibieron á 14 de Mayo á Gonzalo, como lo hicieron en el mismo tiempo Aversa y Capua.

# LIBRO VI.

---

## SUMARIO.

Siguiendo Gonzalo la felicidad de la victoria, tomó la fortaleza de Nápoles y expugnó á Gaeta, por lo cual, habiendo entendido el rey de Francia la nueva de estas tres rotas, hizo grandes prevenciones para pasar á Italia. En este mismo tiempo no dejaban de molestar los florentinos á los pisanos con talarles las mieses en su país, entrando en él muchas veces, y resueltos á vencerlos, más con este modo de pelear que con otro ninguno, aunque había entre ellos y los pisanos muchas rotas y escaramuzas. No dejaba tampoco el Valentino de usar de la felicidad de su fortuna, por la cual aspiraba al dominio de Pisa; pero fueron rotos sus designios por la muerte del Papa, su padre, que murió con el mismo veneno que había prevenido para otros, y estando en este mismo tiempo también gravemente enfermo el Valentino por causa del mismo veneno, no pudo disponer sus cosas como deseaba. Fué creado papa Francisco Piccolomini y llamado Pío III, al cual, por haber vivido muy poco tiempo, sucedió Julio II, y no mostrando mucho amor al Valentino ninguno de estos Papas, comenzó á declinar su reputación. Los Orsini, que habían sido casi despojados por él de sus Estados, le acometieron en Roma y su gente fué desbalijada. Las ciudades de la Romaña se le rebelaron y algunas de ellas tomaron los venecianos. El papa Julio le quitó las fortalezas y Gonzalo le envió á España casi preso. No se habían acomodado aún las diferencias del reino de Nápoles, por lo cual sucedió entre los españoles y franceses la batalla del Garellano, por cuya ocasión se anegó en él Pedro de Médicis. Porque había resuelto el papa Julio que los venecianos no tuviesen ni una torre

en la Romaña, le enviaron embajadores, los cuales no concluyeron nada por entonces. Los venecianos hicieron paz con el turco por muchas causas, pero, entre otras, por tener el comercio de la especiería. Sucedió también en estos tiempos la muerte de Fadrique de Aragón, la paz entre España y Francia, y aquel hecho lastimoso del cardenal Hipólito de Este, que hizo sacar los ojos á su hermano porque se los había alabado una mujer á quien amaba.

---

## CAPITULO PRIMERO.

Motivos por los cuales el rey de España no ratificó la paz con Francia.—Los españoles toman á Castel del Uovo.—Gonzalo de Córdoba sitia á Gaeta.—Los florentinos talan las mieses de los pisanos.—Inclinación del duque Valentino y del Papa á favor de los españoles.—El Papa y el duque Valentino envenenados.—Muerte del papa Alejandro.—El duque Valentino se reconcilia con los Colonnas.—El cardenal de Rohán en Roma.—El cardenal Piccolomini, elegido Pontífice, toma el nombre de Pio III.

Habiendo llegado al rey de Francia las nuevas de tan gran daño en tiempo que podía más con él la esperanza que los pensamientos de la guerra, conmovido grandemente por la pérdida de un reino tan noble, por la ruina de sus ejércitos, en que había tanta nobleza y tantos hombres valerosos, por el peligro en que quedaba todo lo demás que poseía en Italia y no menos por juzgar que era gran deshonor de su persona ser vencido por los reyes de España, que sin duda eran menos poderosos que él, y enojado grandemente por haber sido engañado debajo de la esperanza de la paz, determinaba atender con sus fuerzas á recuperar la honra del reino perdido, y vengarse con las armas de tan gran

injuria. Pero antes de pasar más adelante, se quejó con gran eficacia al Archiduque (que aún no había partido de Blois), pidiéndole que hiciese las provisiones convenientes si quería conservar su crédito y honra; el cual, hallándose sin culpa, pedía con gran instancia á sus suegros el remedio de esto, sintiendo grandemente que hubiese sucedido así, con tan gran infamia suya á la vista de todo el mundo, los cuales antes de la victoria habían diferido con varias excusas enviar la ratificación de la paz, alegando unas veces que no se hallaban ambos en un mismo lugar como era necesario, habiendo de hacer juntos el despacho, y otras que les tenían ocupados diferentes negocios, como quienes estaban mal satisfechos de la paz, ó porque su yerno hubiese excedido de sus comisiones, y después de su partida de España concibieran mayor esperanza del suceso de la guerra, ó porque les había parecido muy extraño que hubiese tomado para sí mismo la parte que ellos tenían en el reino, sin certeza ninguna de tener efecto el casamiento de su hijo, por la tierna edad de los desposados, y con todo eso, no negando la ratificación, antes dando siempre esperanzas de hacerla, aunque difiriéndolo, se habían reservado todo lo más que pudieron la libertad de tomar consejo según los sucesos de las cosas. Mas habiendo entendido la victoria de los suyos, determinados á desechar la paz hecha, alargaban el declarar su intención al Archiduque, porque cuanto más tiempo le fuese incierto al rey de Francia, tanto más tardase en hacer nuevas provisiones para socorrer á Gaeta y á los otros lugares que le quedaban. Obligados al fin por su yerno, el cual estaba determinado á no irse de Blois de otra suerte, enviaron á aquella ciudad embajadores, los cuales, después de haber tratado algunos días, declararon al fin que no era la intención de sus Reyes ratificar aquella paz, pues no

se había hecho de manera que fuese para ellos ni honrosa ni segura, antes viniendo á porfiar con el Archiduque, le decían que se habían maravillado mucho sus suegros de que hubiese en las condiciones de la paz pasado los límites de su voluntad; porque si bien, por su honra, la orden había sido libre y amplia, debía referirse á las instrucciones limitadas.

Respondía á esto Felipe que no habían sido menos libres las instrucciones que la orden, antes le habían dicho ambos, sus suegros, cuando partió, que deseaban y querían la paz por su medio, y le habían jurado en el libro de los Santos Evangelios y en la imagen de Cristo Crucificado que observarían todo aquello que concluyese, y que, con todo eso, no había querido usar tan amplia y libre licencia sino con participación y aprobación de dos hombres que habían enviado con él. .

Propusieron los embajadores con los mismos artificios nuevas pláticas de paz, mostrándose inclinados á restituir el reino al rey D. Fadrique, pero conociéndose que estas cosas, no sólo eran vanas sino engañosas, porque miraban á apartar del rey de Francia el ánimo de Felipe, que deseaba alcanzar aquel reino para su hijo, respondióles el mismo Rey en pública audiencia, negando querer dar oídos á nuevas pláticas, si no ratificaban primero la paz hecha y daban señales de que les habían desagradado los desórdenes sucedidos, añadiendo que no sólo le parecía cosa maravillosa, pero detestable y aborrecible que aquellos que se gloriaban tanto de haber alcanzado el título de Católicos, hiciesen tan poco caso de su propia honra, de la palabra dada, del juramento y de la religión, ni tuviesen algún respeto al Archiduque, príncipe de tanta grandeza, nobleza y virtud, é hijo y heredero suyo.

Habiéndoles hecho salir el mismo día de la corte, con esta respuesta se volvió con todo el ánimo á las pre-

venciones de la guerra, trazando hacerlas mayores por mar y tierra que en mucho tiempo atrás las hubiese hecho ningún Rey de aquel reino. Determinó, pues, enviar gran ejército y muy poderosa armada marítima al reino de Nápoles. Y porque en este tiempo no se perdiese Gaeta y los castillos de Nápoles, enviar con presteza por mar socorro de mucha gente y de todas las cosas necesarias. Y para impedir que de España fuese socorro, lo cual había sido causa de todos los desórdenes, acometer con dos ejércitos por tierra aquel reino, enviando uno al condado de Rosellón, que está junto el mar Mediterráneo, y otro hacia Fuenterrabía y á los otros lugares circunvecinos situados sobre el mar Océano, y con una armada de mar molestar al mismo tiempo las costas de Cataluña y Valencia.

Mientras se disponían estos despachos con grande solicitud, intentó Gonzalo la expugnación de los castillos de Nápoles; plantó la artillería contra Castilnuovo á las faldas del monte de San Martín, de donde, por ser lugar levantado, se batía el muro de la ciudadela, la cual estaba situada hacia el dicho monte y era de murallas antiguas, fundadas casi sobre tierra. Al mismo tiempo hacía Pedro Navarro una mina para arruinar las murallas de la ciudadela y también se batían los muros del castillo desde la torre de San Vicente, que pocos dias antes la había tomado Gonzalo.

Era entonces Castilnuovo de diferente forma que la presente, porque ahora, que no hay ciudadela, comienza desde donde estaban sus murallas un nuevo circuito de muros que se extiende por la plaza del castillo hasta la marina; este circuito, comenzado por el rey Fadrique y levantado por él hasta el bastión fabricado de muralla fuerte y bien fundada, es muy difícil de minar por estar bien contraminado todo él, y porque la altura de las aguas está muy vecina á la superficie de la tierra.

Era el designio de Gonzalo, en habiendo tomado la ciudadela, arrimándose á la escarpa de la muralla del castillo, hacer esfuerzo por arruinarla con nuevas minas; pero la temeridad ó desdicha de los franceses le presentó mejor ocasión, porque, después que estando ya en perfección la mina le hizo pegar fuego Pedro Navarro, abrió la furia de la pólvora la muralla de la ciudadela, y al mismo tiempo los infantes españoles que estaban en batalla esperando este suceso, entraron dentro, parte por la abertura y parte subiendo por escalas por muchas partes, y por la otra los franceses salieron del castillo, para no dejarlos parar en la ciudadela, y fueron á encontrarlos. Los españoles, por su valor, les rindieron en poco tiempo, y retirándose los franceses al rebelín, entraron aquéllos en él mezclados con ellos, y adelantándose con la misma furia hacia la puerta (donde no había entonces el nuevo torreón que después hizo fabricar Gonzalo), acrecentaron tanto el miedo en los franceses, que ya estaban inútiles, que en menos de media hora, perdido el ánimo de todo punto, entregaron el castillo con sus haciendas (de que habían recogido grande cantidad en él) y personas á discreción del vencedor, quedando preso el conde de Montorio y otros muchos señores.

Fué esta empresa más dichosa, porque el día siguiente llegó de Génova para socorrer á los franceses una armada de seis naves gruesas y de otros muchos bajeles cargados de vituallas, de armas y de municiones, y dos mil infantes. Al saber que se acercaba esta armada, la española, que estaba en el puerto de Nápoles, se retiró á Ischia, donde habiendo entendido la pérdida de Castilnuovo, la siguió la armada francesa; mas habiendo la española, por no verse obligada á pelear, echado á fondo delante de sí unas barcas, después que se hubieron tirado algunos cañonazos, fué la una á Gaeta y la

otra, asegurándose por su partida, se retiró al muelle de Nápoles. -

En ganando Gonzalo á Castilnuovo intentó la conquista de todo el reino, sin esperar el ejército de Calabria, el cual, para quitar todos los estorbos que le impedían el adelantarse, se había detenido á conquistar el valle de Ariano. Envió á Próspero Colonna al Abruzzo, y él, dejando á Pedro Navarro en la expugnación de Castel del Uovo, se encaminó con el resto del ejército á Gaeta, en cuya empresa se interesaba la perfección de la guerra, porque la esperanza ó desesperación de los franceses consistía en librarse ó perderse aquella ciudad fuerte marítima, y que tiene puerto tan capaz y á propósito para las armadas que se enviaban de Génova y de Provenza. Por ello no estaban los franceses recogidos sólo en Gaeta, sino, demás de los lugares circunvecinos que estaban por ellos, tenían en el Abruzzo Aquila, la fortaleza de Evandro y otros muchos lugares; y habiendo recogido Luis de Ars mucha caballería é infantería, y fortificándose en Venossa con el príncipe de Melfi, molestaba todo el país vecino. Rossano, Matalona y otros muchos lugares fuertes que eran de los barones de la parte anjovina, se conservaban firmemente en la devoción del rey de Francia.

Hacia en este tiempo Pedro Navarro unas barcas cubiertas, con las cuales, arrimándose á las murallas de Castel del Uovo, hizo más seguramente la mina por la parte que mira á Pizzifalcone, no recatándose los que estaban dentro de su obra y dando fuego por ella, botó con gran ímpetu al aire una parte del peñasco, juntamente con los hombres que estaban encima. Espantados de este suceso los otros, se tomó luego la fortaleza, con tan grande reputación de Pedro Navarro, y tanto terror de los hombres, que por ser más espantosos los nuevos modos de las ofensas (porque aún no se han

pensado las maneras de defenderse), se creía que no podría resistir á sus minas ninguna muralla ni fortaleza; y verdaderamente era cosa muy horrible que con la fuerza de la pólvora que se usaba para la artillería metida en la zanja ó en la mina se echasen por el suelo muy grandes murallas.

La primera vez que se vió en Italia esta manera de expugnación, fué por los genoveses, con los cuales (según afirmaban algunos) militaba como infante particular Pedro Navarro, cuando el año 1487 sitiaron la fortaleza de Serezanelo que tenían los florentinos, donde, con una zanja hecha de esta manera, abrieron parte de la muralla; pero no ganando la fortaleza, por no haber penetrado la mina cuanto hubiera sido menester debajo de los cimientos de la muralla, no siguieron por entonces el ejemplo de esta invención.

Acercándose Gonzalo á Gaeta, Allegri, que había distribuído cuatrocientas lanzas y cuatro mil infantes de los que se habían salvado de la rota entre Gaeta, Fondi, Itri, Traietto y Rocca Gugielma los retiró todos á Gaeta y entraron juntamente con ellos en aquella ciudad los príncipes de Salerno y de Bisignano, el duque de Traietto y otros muchos barones del reino que primero se habían juntado con él. Apoderándose Gonzalo, después de la retirada de éstos, de todos aquellos lugares y de la fortaleza de San Germán, alojó con el ejército en el burgo de Gaeta, y plantando la artillería la batió con gran furia por la parte del puerto y por la del monte, llamado vulgarmente el monte de Orlando, junto y levantado sobre la ciudad, el cual (ceñido por él después de murallas) lo habían fortificado entonces los franceses con reparos y trincheras de tierra, y habiendo intentado, aunque en vano, entrar dentro con dos asaltos mal ordenados, al fin se abstuvo de dar el asalto bien ordenado el día que había determinado hacerlo, tenien-

do por difícil aquella expugnación por el número y valor de los defensores, y considerando que, cuando su ejército hubiese entrado por fuerza en el monte, se reducía á mayor peligro, porque estaría expuesto á la artillería que estaba plantada en el monasterio y en otros sitios levantados que había sobre el monte, con todo eso continuaba en batir con la artillería y molestar la ciudad, que asimismo apretaba por la parte de la mar, porque estaban delante del puerto diez y ocho galeras españolas, cuyo capitán era D. Ramón de Cardona.

Llegó pocos días después una armada de seis carracas grandes genovesas, otras seis naves y siete galeras cargadas de vituallas y de mucha infantería. Venía en esta armada el marqués de Saluzzo, á quien enviaba el rey de Francia por nuevo Virrey, por la muerte del duque de Nemours, estando cuidadoso cuanto era posible de la conservación de Gaeta, por lo cual envió á aquella ciudad en pocos días mil infantes corsos y tres mil gascones, parte embarcados en estos bajeles y parte en otros que llegaron poco después. ■

Por la venida de esta armada le fué forzoso á la española retirarse á Nápoles, y, desconfiando Gonzalo de hacer allí algún fruto, redujo su gente á Mola de Gaeta y á Castellone, de donde tenía á Gaeta como asediada de lejos, habiendo perdido mucha gente, parte en las escaramuzas y parte en la retirada, en que fué muerto por la artillería D. Hugo de Cardona. Sucediéndole al mismo tiempo prósperamente todas las otras cosas del reino, porque Próspero Colonna había tomado la fortaleza de Evandro y Aquila, y reducido á la devoción española todas las otras villas del Abruzzo; y casi toda la Calabria seguía la misma obediencia por el acuerdo que nuevamente había hecho el conde Capaccio con ellos, no quedando en aquella provincia más que Ros-

sano con Santa Severina, donde estaba asediado el príncipe de Rossano.

No estaban en este mismo tiempo las otras partes de Italia libres enteramente de recelos y trabajos, porque los florentinos, desde antes de las rotas que los franceses tuvieron en el reino, temiendo las fuerzas y engaños del Papa y del Valentino, demás de haberse prevenido de otras armas, habían tomado á su sueldo y para gobernar toda su gente al bailío de Occán (aunque sin título), capitán estimado en la guerra, con cincuenta lanzas francesas; persuadiéndose que, por ser cosa del rey de Francia y llevando con su voluntad la conducta de cincuenta lanzas que le habían dado, procederían con más respeto aquellos de quienes se temían, y que, demás de esto, en cualquier necesidad que tuviesen estarían más prontas las ayudas del Rey. Recogiendo con su llegada toda su gente, talaron segunda vez las mieses de los pisanos, mas no por todo el país, porque la entrada en Valdisechio tenía peligro por estar aquel valle situado entre montes y aguas y en medio de Luca y Pisa. En acabando la tala fué el ejército á Vico Pisano, que se ganó sin dificultad, porque, amenazando el bailío á cien infantes franceses que había dentro que los castigaría como á enemigos del Rey, y prometiendoles el sueldo de un mes, fué medio para que se saliesen, por cuya ida se vieron obligados los de Vico Pisano á rendirse libremente.

Tomado Vico sitió luego la Verrucola, donde había pocos defensores, porque no querían que entrase nueva gente, y llevando después por aquellos montes ásperos con gran dificultad la artillería, se rindieron los de dentro, esperando pocos cañonazos, libres las haciendas y las personas. Es el sitio de la Verrucola (fortaleza pequeña fabricada sobre un monte alto en las largas guerras que hubo en la comarca de Pisa) de mu-

cha importancia, porque, estando cinco millas de aquella ciudad, no sólo es á propósito para infestar el país circunvecino y hasta las puertas de Pisa, sino también para descubrir todas las tropas de caballería y gente que sale de ella, la cual en esta guerra había sido acometida en vano muchas veces por Pablo Vitelli y por otros.

La confianza que los pisanos habían tenido de que se defendería Vico Pisano, sin cuya conquista no podían los florentinos sitiar á la Verrucola, había sido ocasión de que no la hubiesen proveído suficientemente. Espantó mucho á los pisanos la pérdida de la Verrucola, y con todo eso, aunque recibían muchos daños, tenían pocos soldados forasteros y falta de dineros y carestía de vituallas, no se rendían á volver debajo de la obediencia de los florentinos, movidos principalmente por estar desesperados de alcanzar perdón, á causa de las muchas y grandes ofensas que les habían hecho. Era necesario que conservasen esta disposición con extraordinaria diligencia y maña infinita aquellos que tenían mayor autoridad en el gobierno, porque al fin los labradores (sin los cuales no eran bastantes para defenderse) llevaban á mal perder sus cosechas, por lo cual tendían á sustentarles con varias esperanzas y juntamente á los del pueblo, que vivían más de los oficios de la paz que de la guerra, con cartas fingidas y con diversas invenciones, mostrando y mezclando las cosas falsas con las verdaderas é interpretando á su propósito lo que sucedía de nuevo en Italia, diciéndoles unas veces que se movía este príncipe, otras aquel, en su auxilio.

No les faltaba en este extremo alguna ayuda y socorro de los genoveses y luqueses, enemigos antiguos del nombre florentino; y asimismo de Pandolfo Petrucci, poco agradecido de los beneficios recibidos; pero lo

que más les importaba era que también estaban sustentados con alguna ayuda secreta del Valentino (si bien las esperanzas que les daba eran mucho mayores), el cual, habiendo tenido deseo mucho tiempo, había de apoderarse de aquella ciudad, que se la habían ofrecido los mismos pisanos, absteniéndose de recibirla por no ofender el ánimo del rey de Francia, tomando ahora osadía por las adversidades de los franceses en el reino de Nápoles, trataba, con voluntad de su padre, con los embajadores pisanos, que habían sido enviados á Roma para este fin, de aceptar el dominio, extendiendo demás de esto sus pensamientos á ocupar toda la Toscana.

Aunque tuvieron los florentinos y sieneses grandes recelos de esta materia, con todo eso, estando impedido el bien universal por los intereses particulares, no pasaba adelante la unión que había propuesto el rey de Francia entre los florentinos, boloñeses y sieneses, porque rehusaban los florentinos hacerla sin la restitución de Montepulciano, como desde el principio se había tratado y prometido, y Pandolfo Petrucci, teniendo el ánimo ajeno de esto, aunque las palabras dijeren otra cosa, alegaba que el restituirle le causaría tan grande odio en el pueblo sienés, que se vería necesitado á irse de nuevo de aquella ciudad, y que por esto era mayor beneficio de todos diferirlo algo para hacerlo con mejor ocasión que, por restituirlo al presente, facilitar al Valentino el ocupar á Siena, y así, no negándolo, sino dando largas en la materia, procuraba que los florentinos aceptasen la esperanza por efecto; pero, rehusando ellos estas excusas, fueron aceptadas y creídas en la corte de Francia por obra de Francisco de Narni, que, por orden del rey de Francia, se había detenido en Siena.

No era intención del Papa ni del Valentino poner la mano en estas empresas, sino conforme les diesen áni-

mo los progresos del ejército que preparaba el rey de Francia, y según lo que ellos hubiesen determinado de juntarse más á un rey que á otro, sobre lo cual tenían diferentes pensamientos, difiriendo cuanto podían declarar su intención, que no estaba inclinada al rey de Francia sino cuanto les obligaba el temor á ello, porque la experiencia vista en las cosas de Bolonia y de Toscana, les privaba de la esperanza de hacer mayores ganancias con su favor. Por esto habían comenzado, antes de la victoria de los españoles, á apartarse de él cada día más con la voluntad, y, tomando mayor ánimo después de la victoria, no tenían ya el respeto que acostumbraban á sus deseos y autoridad; y aunque habían afirmado luego, en pasando las rotas de los franceses, que querían seguir la parte del rey de Francia y hecho demostración de levantar gente para enviarla al reino, con todo eso, llevados de la codicia de nuevas conquistas y no pudiendo quitar los ojos ni apartar el ánimo de la Toscana, pidiéndoles el Rey que se declarasen por él descubiertamente, respondió el Papa con tal duda, que cada día se hacían más sospechosos él y su hijo, cuya disimulación y fingimiento era tan notorio en la corte de Roma, que se decía comúnmente por refrán que el Papa no hacía nunca lo que decía y el Valentino no decía jamás lo que hacía.

No estaba aún acabada su contienda con Juan Jordán, porque si bien el Valentino, temiendo la indignación del Rey, se había abstenido de molestarle cuando recibió su orden, el Papa, mostrando gran disgusto, no había cesado jamás de hacer instancias con el Rey para que, ó le concediese permiso de conquistar con las armas todos los Estados de Juan Jordán, ó le obligase á que recibiese recompensa por ellos, mostrando que no le movía á esto la ambición, sino temor justo de su vecindad, porque habiéndose hallado en los papeles del

cardenal Orsino un pliego en blanco firmado de mano de Juan Jordán, argüía que había tenido contra él, en la materia que se trató en el mesón, la misma voluntad é inteligencia que los Orsini.

En esta cosa, teniendo el Rey por fin más la utilidad que lo honesto, había procedido diversamente, según la diferencia de los tiempos; unas veces mostrándose favorable, como primero, á Juan Jordán, y otras inclinado á satisfacer al Papa por algún camino; por lo cual, habiendo rehusado Juan Jordán poner á Bracciano en manos del embajador de Francia, que residía en Roma, pidió el Rey que esta diferencia se le remitiese á él, con condición de que Juan Jordán pasase á Francia dentro de dos meses y que no se innovase nada hasta su determinación. Vino en ello por necesidad Juan Jordán, porque había esperado por los méritos de su padre y suyos que sería libre de todo punto de esta molestia y el Papa también vino en ello, más por miedo que por otra causa, por haberse hecho la petición en el tiempo que el Archiduque hizo la paz en nombre del rey de España; pero mudándose el estado de las cosas por la victoria de los españoles, viendo el Papa la necesidad que el rey de Francia tenía de él, pedía todos sus Estados, ofreciendo la recompensa que fuese declarada por el Rey, el cual, por la misma causa, había inducido á Juan Jordán (aunque de mala gana) á que viniese en ello y á que ofreciese que daría su hijo para seguridad de que ejecutaría lo que el Rey declarase, porque su intención era no dar estos Estados al Papa, si al mismo tiempo no se unía con él descubiertamente en la guerra de Nápoles. Mas habiendo rehusado los de Pitigliano, donde estaba su hijo, entregarle á monseñor de Trans, embajador del Rey, el cual había ido á Puerto Hércules para recibirle, fué el mismo Juan Jordán, que ya había vuelto á Puerto Hércules, á ofrecer al embajador su

propia persona, el cual, aceptándole imprudentemente, le hizo meter en una nave, si bien luego que el Rey tuvo noticia de ello le hizo soltar.

Acelerábanse entretanto las prevenciones ordenadas para emplearlas de esta y de la otra parte de los montes, porque á Guiena habían ido para romper la guerra por la parte de Fuenterrabía monseñor de Albret y el mariscal de Gies con cuatrocientas lanzas y cinco mil infantes, entre los suizos y gascones, y al Languedoc, para mover la guerra en el condado de Rossellón, el mariscal Ruis, bretón, con ochocientas lanzas y ocho mil infantes, parte suizos y parte franceses, y al mismo tiempo se movía la armada para infestar las costas de Cataluña y del reino de Valencia; á Italia había enviado el Rey por capitán general del ejército á monseñor de La Tremouille, á quien entonces, por voto de todos, se daba el primer lugar en las armas de todo el reino de Francia, y encargado al bailío de Dijón á que hiciese levantar ocho mil suizos. La gente de armas y demás infantería se solicitaba que caminase, pero no estaba el ejército tan poderoso como lo habían trazado al principio, no porque le detuviese ó el poder ó el deseo de gastar menos, sino porque fuese con mayor presteza al reino de Nápoles (como se había juzgado por más útil), y en parte porque, significándole Allegri el estado de las cosas de aquella provincia, le había afirmado que eran más gallardas las reliquias del ejército de lo que en hecho de verdad lo eran, y más firmes los lugares y barones que estaban á su devoción; y porque había pedido ayuda de gente á todos aquellos que eran sus amigos en Italia, por lo cual le concedieron los florentinos al bailío de Occán con las cincuenta lanzas pagadas por ellos, y otros ciento cincuenta hombres de armas. El duque de Ferrara, los boloñeses y el marqués de Mantua dieron cada uno cien lanzas, y el mar-

qués iba en persona, llamado por el Rey, y los sieneses dieron otras ciento. Estas gentes, añadidas á ochocientas lanzas y cinco mil gascones que llevaba á Italia La Tremouille, á los ocho mil suizos que se esperaban y á los soldados que había en Gaeta, hacían el número de mil y ochocientas lanzas entre italianas y francesas y de más de diez y ocho mil infantes.

Demás de estas prevenciones de tierra se había movido la armada marítima tan poderosa, que confesaban todos que no había memoria de que ningún rey de Francia, computando las fuerzas por mar y tierra y de la una y otra parte de los montes, hubiese hecho nunca más poderosa ni mayor prevención.

No se tenía por seguro que pasase á Roma el ejército real si primero no se aseguraba el rey del Papa y del Valentino, teniendo causas muy justas para recelar de ellos, por muchas razones é indicios, y porque, por cartas que se habían tomado mucho antes del Valentino para Gonzalo, se entendió que se había tratado entre ellos que si Gonzalo ganaba á Gaeta, asegurado en semejante caso de las cosas del reino, pasase adelante con el ejército, tomase á Pisa el Valentino, y que juntos Gonzalo y él acometiesen á la Toscana, por lo cual el Rey, habiendo ya pasado el ejército á Lombardía, hacía grande instancia para que declarasen últimamente su intención el Papa y el Valentino. Estos si bien oían y trataban con todos, juzgando que era el tiempo acomodado para hacer ganancia de los trabajos ajenos, tenían mayor inclinación á juntarse con los españoles; pero deteniales el peligro manifiesto de que comenzase á acometer sus Estados el ejército francés y que, por esto, hubiesen de comenzar á experimentar daños y molestias donde trazaban conseguir premios y honras.

Permitían en esta duda que ambas partes levantasen gente en Roma descubiertamente, difiriendo lo más

que podían el declararse, pero al fin, habiéndoselo pedido estrechamente el Rey, le ofrecían que el Valentino se juntaría con su ejército con quinientos hombres de armas y dos mil infantes, con que el Rey no solamente le consintiese las villas de Juan Jordán, sino también la conquista de Siena; pero, cuando se acercaban á la conclusión, variaban las cosas que se habían tratado, introduciendo nuevas dificultades, como aquellos que, para poder tomar consejo (según su costumbre) de los sucesos de las cosas, estaban ajenos de declararse. Por esta razón se introdujo otra plática por donde el Papa, proponiendo que no se quería declarar por ninguna de las partes para conservarse padre común, venía en dar al ejército francés paso por el dominio de la Iglesia, y prometía no molestar á los florentinos, sieneses y boloñeses durante la guerra de Nápoles. Fueron al fin aceptadas por el Rey estas condiciones, por que pasase sin tardanza el ejército al reino de Nápoles, aunque conocía que este partido no era ni con honra ni con seguridad suya ni de los que dependían de él en Italia, porque no tenía certeza alguna de que, si sucediese á los suyos en el reino algún suceso contrario, el Papa y el Valentino no se descubriesen contra él. Demás de esto, estaba mal seguro de que, en saliendo su gente de tierra de Roma, haciendo ellos poco caso de su palabra, no acometiesen á la Toscana, que, por su desunión y por las ayudas que había dado al Rey, quedaba flaca y casi desarmada, y era verosímil que hubiesen de intentar esta ú otra empresa, pues se habían asegurado que, de tan grandes ocasiones, conseguirían aventajadas ganancias.

Pero en el colmo más levantado de las mayores esperanzas (como son vanos y engañosos los pensamientos de los hombres), trajeron un día repentinamente muerto al Papa al palacio pontifical, de una viña cerca del

Vaticano, donde había ido á cenar para recrearse de los calores, y luego tras él trajeron por muerto á su hijo. Al día siguiente, que fué á 18 de Agosto, le llevaron muerto (como es costumbre de los Papas) á la Iglesia de San Pedro, negro, hinchado y feísimo, señales manifiestas de veneno. Mas el Valentino, con el vigor de la edad, y por haber usado luego medicinas eficaces y á propósito contra el veneno, libró su vida, quedando oprimido de una grave enfermedad.

Creyóse constantemente que había procedido este accidente de veneno, y se cuenta, según la opinión más común, el orden del suceso de esta manera: «que había el Valentino (invitado para la misma cena), resuelto dar veneno á Adriano, cardenal de Corneto, en cuya viña habían de cenar, porque es cosa manifiesta que era costumbre frecuente suya y de su padre, no sólo usar del veneno para vengarse de sus enemigos, ó para asegurarse de los sospechosos, sino también por dañada codicia de quitar sus propias haciendas á las personas ricas, cardenales y otros cortesanos; no teniendo respeto á no haber recibido jamás de ellos ofensa alguna (como sucedió con el cardenal de Sant Angelo, que era muy rico), pero ni tampoco á que fuesen sus amigos y allegados, como fueron los cardenales de Capua y de Módena, que habían sido sus ministros muy útiles y fieles. Refiérese, pues, que habiendo enviado delante el Valentino unos frascos de vino con veneno, y habiéndolos hecho entregar á un criado que no sabía el secreto, con orden de que no los diese á nadie, llegó acaso el Papa antes de la hora de la cena, y vencido de la sed y de los grandes calores que hacía, pidió que le diesen de beber; pero porque aún no habían llegado de palacio las prevenciones para la cena, le dió de beber aquel criado del vino que había enviado delante el Valentino, que creía se reservaba por muy bueno, y llegando él mientras be-

bía su padre, se puso á beber también del mismo vino.» Concurrió á ver el cuerpo de Alejandro en San Pedro toda Roma con increíble alegría, no pudiendo satisfacerse los ojos de nadie de ver muerta una serpiente que con su maldad pestífera, desmesurada ambición y con todos los ejemplos de horrible crueldad, de monstruosa lujuria y nunca oída avaricia, vendiendo sin distinción las cosas sagradas y profanas, había atosigado á todo el mundo, y con todo eso, había sido ensalzado con rarísima y casi perpetua prosperidad desde el principio de su juventud hasta el fin de su vida, deseando siempre cosas grandes y alcanzando más de lo que deseaba; poderoso ejemplo para confundir la arrogancia de aquellos que, presumiendo conocer con la flaqueza de los ojos humanos la profundidad de los juicios divinos, afirman que lo que de próspero ó adverso sucede á los hombres, procede de méritos ó desméritos suyos; como si cada día no se viesen muchos hombres buenos maltratados injustamente, y muchos de ánimo dañado ensalzados sin razón, ó como si (interpretándolo de otra manera) se derogase la justicia y el poder de Dios, cuyo extendido campo no se estrecha á términos breves y presentes; pues en otro lugar, con larga mano, con premios y castigos eternos diferencia los justos de los injustos.

El Valentino, viéndose gravemente enfermo en Palacio, trajo á sí toda su gente, y habiendo antes pensado siempre hacer elegir Papa á su albedrío cuando muriese su padre, parte con el terror de sus armas y parte con el favor de los cardenales españoles, que eran once, tenía al presente mucha mayor dificultad de lo que primero había imaginado en esto y en todos los otros designios por su peligrosa enfermedad, por lo cual se quejaba con grandísima indignación de que, habiendo pensado muchas veces en otros tiempos en los acciden-

tes que pudiesen sobrevenir de la muerte de su padre, y meditado remedios para todos, no había llegado á imaginar nunca que al mismo tiempo hubiese de verse impedido de una tan peligrosa enfermedad. Por tanto, habiendo menester acomodar sus consejos con la necesidad que había sobrevenido, y no con los designios hechos antes, pareciéndole que no podía sustentar á un mismo tiempo la enemistad de los Colonnas y de los Orsini, y temiendo se juntasen contra él, se resolvió á fiarse más en aquéllos, á quien solamente había ofendido en el Estado, que en los que había ofendido en el Estado y en la sangre; por lo cual, reconciliándose luego con los Colonnas y con la familia de la Valle, amiga de la misma facción, y convidándoles á volver á sus propios Estados, les restituyó las fortalezas que, con gran gasto habían sido fortificadas y aumentadas por Alejandro. Pero no bastaba esto ni para su seguridad, ni para aquietar la ciudad de Roma, donde todo estaba lleno de sospechas y alborotos, porque había entrado en ella Próspero Colonna y toda la parte de su familia había tomado las armas. Fabio Orsino, que había venido á sus casas de Monte Jordán, con gran número de partidarios suyos, había quemado algunas tiendas y casas de mercaderes y cortesanos españoles, y contra el nombre de esta nación estaban irritados los ánimos de casi todos por la memoria de las insolencias que habían usado en el pontificado de Alejandro, y sediento de la sangre del Valentino juntaba muchos soldados forasteros y solicitaba á Bartolomé de Albiano, que entonces estaba en servicio de los venecianos, que viniese á vengarse de tantas injurias juntamente con los otros de su familia; el burgo y los prados estaban llenos de gente del Valentino, y juzgando los Cardenales que no se podían juntar seguramente en el palacio del Papa, se fueron al convento de la iglesia de la Minerva, en don-

de, fuera del uso antiguo, comenzaron á hacer las exequias de Alejandro, aunque fué más tarde de lo que solía.

Temíase la venida de Gonzalo á Roma, mayormente porque Próspero Colonna había dejado en Marino cierto número de soldados españoles, y porque por la reconciliación del Valentino con los Colonnas, creía que se había concertado seguir la parte española; pero mucho más se temía que viniese allí el ejército francés, que hasta aquel día había procedido lentamente, porque los consejos públicos de los suizos, espantados de los infelices sucesos que aquella nación había tenido en el reino de Nápoles, habían estado muy suspensos antes que concediesen á los ministros del Rey el levantar infantes suyos, y rehusando, por la misma causa, casi todos los capitanes é infantes escogidos ir allá, se había tardado mucho en alistarlos y después caminaron muy despacio.

Por la muerte del papa Alejandro, el ejército gobernado por el marqués de Mantua, con título de lugarteniente del Rey, y en su compañía (cuanto al efecto, pero no en el nombre) del bailío de Occán y de Sandri-court, porque La Tremouille se había detenido enfermo en Parma, sin esperar los suizos, había entrado en el territorio de Siena con intención de ir á Roma, porque así lo había mandado el Rey; y también que la armada que estaba en Gaeta fuese á Ostia, para impedir, según decía, á Gonzalo, si quisiese ir con el ejército á Roma, á obligar á los cardenales que el nuevo Papa fuese elegido á su albedrío. Pero detuviéronse algunos días entre Buonconvento y Viterbo, porque, dificultando los mercaderes, por los alborotos de Roma, aceptar las letras de cambio enviadas de Francia, rehusaban los suizos (que aquel día habían llegado á Siena) pasar más adelante si no les pagaban.

No eran menores en este tiempo los alborotos en el territorio de Roma y en otros muchos lugares del Estado de la Iglesia y del que poseía el Valentino, porque los Orsini y todos los barones romanos volvían á sus Estados. Los Vitelli habían vuelto á Ciudad del Castillo, y Juan Paulo Baglione, debajo de la esperanza de un trato, había acometido á Perusa, y aunque, por haberle puesto en huida los enemigos, hubiese sido obligado á irse, con todo eso, volviendo allí de nuevo con mucha gente y con las ayudas descubiertas de los florentinos, dando un gallardo asalto, entró, con algunas muertes de los enemigos y de los suyos. Habían tomado las armas los de Piombino, y aunque los sieneses procuraron ocupar esta ciudad, volvió á ella su señor antiguo, con ayuda de los florentinos, y lo mismo hacían en sus Estados el duque de Urbino y los señores de Pésaro, de Camerino y de Sinigaglia.

Solamente la Romana (aunque no estaba sin recelos de los venecianos, los cuales metían mucha gente en Ravena) estaba quieta é inclinada á la devoción del Valentino, habiendo conocido por experiencia cuánto más tolerable estado era para aquella provincia servir toda junta debajo de un señor solo y poderoso, que no cuando todas aquellas ciudades estaban debajo de un príncipe particular, el cual, ni por su flaqueza las podía defender, ni por su pobreza beneficiar; antes, no bastándole sus propias rentas para sustentarse, veíase obligado á oprimirlas. Acordábase también la gente que, por su autoridad y grandeza y por la administración libre de la justicia, había estado quieto aquel país en los alborotos de las partes, de las cuales solía ser antes maltratado continuamente con muchas muertes de hombres. Con estas obras había cobrado la amistad de los pueblos y asimismo con beneficios hechos á muchos de ellos, distribuyendo sueldos en las personas de la

guerra, oficios, por sus lugares y de la Iglesia, á los togados, y ayudando con su padre á los eclesiásticos en las cosas benéficas; por lo cual ni el ejemplo de los otros, que todos se rebelaban, ni la memoria de los antiguos señores, les apartaba del Valentino, á quien, aunque estaba oprimido de tantas dificultades, todavía los españoles y los franceses hacían instancia para que se juntase con ellos, porque, además de valerse de su gente, esperaban ganar los votos de los cardenales españoles para la futura elección. Pero aunque se había creído, por la reconciliación hecha con los Colonnas, que se quería juntar con los españoles, con todo eso, no habiéndole inducido á ella otra cosa sino el miedo de que se juntasen con los Orsini, y habiendo entonces declarado (según decía) que no quería estar obligado á nadie contra el rey de Francia, determinó seguir su partido, porque en Roma, donde tenía tan cerca el ejército, y en los otros Estados suyos podía ofenderle y ayudarle más que los españoles; por lo cual, á 1.º de Septiembre, concertó con el cardenal de San Severino y con monseñor de Trans, embajador del Rey, que trataban en su nombre, que le prometía dar su gente para la empresa de Nápoles y para cualquiera otra contra todos, excepto la Iglesia, y por otra parte, los agentes dichos, obligaron al Rey á su protección con todos los Estados que poseía y de ayudarle á recuperar los que había perdido. Dió el Valentino, demás de esto, esperanza de volver los votos de la mayor parte de los cardenales españoles en favor del cardenal de Rohán, el cual, lleno de gran esperanza de alcanzar el pontificado con la autoridad, con el dinero y con las armas de su Rey, había partido de Francia para ir á Roma luego al morir el Papa, llevando consigo, demás del cardenal de Aragón, al cardenal Ascanio, el cual, habiéndole sacado dos años antes de la torre de Bourges,

había estado después en la Corte, entretenido honradamente y muy acariciado por Rohán, esperando que, en la primera vacante del pontificado, le hubiesen de ayudar mucho la antigua reputación, amistades y dependencia grande que solía tener en la Corte romana; fundamentos no muy firmes, porque ni el Valentino podía disponer totalmente de los cardenales españoles, atentos más (según el uso de los hombres) al provecho propio que á la remuneración de los beneficios recibidos de su padre y de él, y porque muchos de ellos tenían respeto á no ofender el ánimo de sus Reyes y no se inclinaban á elegir por Papa á un cardenal francés; ni Ascanio, si pudiera, hubiera consentido que Rohán consiguiese el pontificado para perpetua opresión y fin de toda la esperanza que les quedaba á él y á los de su casa.

No se había dado principio todavía á la elección del nuevo Pontífice, no sólo por haberse comenzado á celebrar más tarde las exequias del muerto (hasta el fin de las cuales, que duraron nueve días, no entran los cardenales en el cónclave, según la costumbre antigua), sino porque, por quitar las ocasiones y peligros de un cisma, en tan gran confusión de accidentes y en tan importante división de los Príncipes, habían consentido los cardenales presentes que se diese tiempo para venir los que faltaban de allí, y aunque habían venido, tenían suspenso al Colegio los recelos de que la elección no hubiese de ser libre por la gente del Valentino y porque el ejército francés, reunido al fin todo entre Nepi é Isola, y con intento de extenderse hasta Roma, rehusaba pasar el río Tíber, si primero no se creaba el nuevo Papa, ó por miedo que la parte contraria obligase al Colegio á elegirle á su modo, ó porque el cardenal de Rohán lo quisiese así para mayor seguridad suya y con esperanza de favorecerse de él para el pontificado.

Tomaron forma estas cosas después de muchas disputas, rehusando el Colegio querer entrar de otra manera en el cónclave, porque el cardenal de Rohán dió su palabra á todo el Colegio que el ejército francés no pasaría de Nepi y de Isola, y el Valentino vino en irse á Nepi y después á Civita Castellana, enviando al ejército francés doscientos hombres de armas y trescientos caballos ligeros, gobernados por Luis de la Mirandola y Alejandro de Tribulcio. El Colegio, poniendo en orden mucha infantería para la guarda de Roma, dió autoridad á tres prelados, señalados para la guarda del cónclave, de abrirle si oyesen algún alboroto, para que, quedando los cardenales libres para irse donde les pareciese, perdiesen todos la esperanza de poderles hacer fuerza.

Entraron al fin los cardenales en el Cónclave treinta y ocho en número, donde la desunión acostumbrada en otros tiempos á producir dilación, fué causa que, dándose prisa, creasen dentro de pocos días el nuevo Pontífice; porque, no estando conformes en la persona que hubiesen de elegir, por sus codicias y principalmente por la diferencia que había entre los cardenales dependientes del rey de Francia y los españoles ó dependientes del rey de España, pero espantados de su propio peligro, estando las cosas de Roma con tantos recelos y alborotos, y por la consideración de los accidentes que podían sobrevenir en tiempos tan difíciles por la vacante de la Sede, se inclinaron, viniendo también en ello el cardenal de Rohán (al cual faltaba cada día más la esperanza de ser electo), á elegir por Pontífice á Francisco Piccolomini, cardenal de Siena (el cual porque era viejo y entonces estaba enfermo, creyeron todos que en pocos días moriría), cardenal verdaderamente de entera fama, y tenido, por las demás calidades suyas, por digno de tan gran puesto, el cual por renovar

la memoria de Pío II, su tío, por quien había sido promovido á la dignidad de cardenal, tomó el nombre de Pío III.

---

## CAPITULO II.

Tumultos en Roma.—Los Orsini entran á sueldo de los españoles.—Fuga del duque Valentino al castillo de Sant Angelo.—Muerte del Papa.—Le sucede el cardenal de San Pedro in Vincola, que toma el nombre de Julio II.—Medios que empleó para ascender al Pontificado.—Estado de las ciudades de la Romaña.—Progresos de los venecianos.—El Papa retiene al duque Valentino.—Gonzalo de Córdoba en el Garellano.—Combates entre españoles y franceses.—Contrariedades que sufren los españoles en el Garellano.—Los socorre el Albiano.—Retirada de los franceses.—Pedro de Médicis se ahoga en el Garellano.—Derrota de los franceses.—Gonzalo de Córdoba toma á Gaeta.

Habiéndose creado el Papa y no teniendo ya causa para detenerse, enderezándose por el camino que primero había trazado, pasó luego el río Tíber. Mas ni por la creación del Papa, ni por la ida del ejército se aquietaban los movimientos de Roma porque, esperándose en aquella ciudad al Albiano y á Juan Paulo Baglione, que juntos en el Perusino hacían gente, el Valentino, apretado todavía de grave enfermedad, temiendo su venida, había vuelto a Roma con mil y quinientos hombres de armas, otros tantos caballos ligeros y ocho cientos infantes, habiéndole concedido salvoconducto el Papa, el cual pensó que podría aquietar las cosas más fácilmente con alguna composición. Pero estando dentro de las mismas murallas el Valentino y los Orsini, encendidos éstos de justísima sed de su sangre, jun-

taban continuamente nueva gente, porque si bien habían pedido breve justicia contra él al Papa y al Colegio de los cardenales, hacían el fundamento principal para vengarse en sus armas, por lo menos en llegando Juan Paulo Baglione y el Albiano, por lo cual Roma y el burgo, donde se alojaba el Valentino, estaban continuamente en alboroto.

Esta diferencia, no sólo turbó al pueblo romano y á la Corte, sino que hizo gran daño (como se cree) á las cosas francesas, porque preparándose los Orsini para ir, en acabando las cosas del Valentino, al sueldo del rey de Francia ó del de España, y juzgándose que serían de consideración sus armas para la victoria de la guerra, los convidaban ambas partes con grandes condiciones. Siendo naturalmente más aficionado al nombre francés, el cardenal de Rohán, atrajo á la causa de su Rey, á Julio Orsino, el cual se concertó con él en nombre de toda su casa, aceptando al Albiano, á quien se reservó lugar con honradas condiciones. Mas todo se turbó con su venida, porque si bien al principio quedó casi ajustado con el mismo Cardenal, con todo eso, habiéndose estrechado casi en un momento con el embajador español, le llevó con sus Reyes á él y á toda la familia Orsini, excepto á Juan Jordán, con quinientos hombres de armas y sesenta mil ducados de provisión cada año.

Indújole principalmente á esta determinación, según afirmaba constantemente, el enojo de que el Cardenal, encendido más que nunca de la codicia del pontificado, favoreciese al Valentino por la esperanza de alcanzar por su medio parte de los votos de los cardenales españoles; aunque el Cardenal, descargándose de la culpa que se le ponía y echándola á otros, mostraba persuadirse que habían sido autores los venecianos, los cuales, por el deseo de que el rey de Francia no alcanzase

el reino de Nápoles, no sólo habían consentido para este efecto que se apartase de su sueldo, prometiéndole, según se decía, reservarle el mismo lugar, sino que también habían prestado al embajador de España, para que el principio de las pagas fuese más pronto, quince mil ducados, lo cual, si bien no era del todo cierto, por lo menos no se podía negar que el embajador de Venecia se había interpuesto manifiestamente en esta plática. Otros afirmaban que había sido ocasión de haber alcanzado más amplias condiciones de los españoles, porque se obligaron á darle Estados en el reino de Nápoles á él y á los otros de su casa y rentas eclesiásticas á su hermano; y lo que él estimaba mucho, que le concederían, acabada la guerra, ayuda de dos mil infantes españoles para la empresa que tenía en su ánimo hacer contra los florentinos en favor de Pedro de Médicis.

Crejóse que Juan Paulo Baglione, que había venido á Roma juntamente con el Albiano, así como, siguiendo su ejemplo, trataba á un mismo tiempo de ir con los franceses y con los españoles, le seguiría también en la determinación; mas el cardenal de Rohán, atónito de la enajenación de los Orsini, por la cual se conocía que se habían reducido á duda las esperanzas que antes habían tenido por casi ciertas los franceses, le recibió al sueldo de su Rey con ciento cincuenta hombres de armas, concediéndole cualquier condición que pidiese, aunque debajo del nombre de los florentinos, porque así lo avisó Juan Paulo, por estar más seguro de recibir á su tiempo las pagas que se habían de compensar con lo que debían al Rey en virtud de sus conciertos. Con todo eso, volviendo Juan Paulo á Perugia para poner en orden su gente y recibido ya catorce mil ducados, gobernándose más según los sucesos de las cosas nuevas y según sus pasiones é intereses que con-

forme á lo que convenía á su honra y á la fe de los soldados, y difriendo con varias excusas ir al ejército francés, no se movió de Perusa, lo cual interpretó el cardenal de Rohán diciendo que había procedido de que, imitando Juan Paulo la fe poco sencilla de los capitanes de Italia de aquellos tiempos, había prometido, desde que él le recibió, á Bartolomé de Albiano y á los españoles que lo haría así.

Con la entrada de los Orsini á sueldo de los españoles se ajustó la paz entre ellos y los Colonnas, concertada en la misma hora en la posada del embajador español, al cual y al embajador de los venecianos remitiéron concordemente todas sus diferencias; temeroso el Valentino por esta unión, determinó irse de Roma, y moviéndose ya para ir á Bracciano, porque Juan Jordán había dado su palabra al cardenal de Rohán de llevarle seguro, Juan Paulo y los Orsini, dispuestos á acometerle, no habiendo podido entrar en el burgo por el puente del castillo de Sant'Angelo, salieron de Roma. Viniendo con largo rodeo á la puerta del torreón, que estaba cerrada, la quemaron, y entrando dentro, comenzaron á pelear con algunos caballos del Valentino, y aunque acudieron en su ayuda muchos soldados franceses que aún no se habían ido de Roma, con todo eso, siendo mayores las fuerzas y grande la furia de los enemigos, habiendo hecho la gente del Valentino (cuyo número se había disminuído primero) señal de desampararle, fué obligado juntamente con el príncipe de Esquilache y con algunos cardenales españoles á encerrarse en el palacio Vaticano, de donde se retiró luego al castillo de Sant'Angelo, recibiendo, con voluntad del Papa, la palabra del castellano (el cual era el mismo que en tiempo del Papa pasado) que le dejaría ir luego siempre que quisiese, y toda su gente se dispersó. Fué herido en este alboroto, aunque ligeramente, el bailío de

Occán, y el cardenal de Rohán tuvo aquel día mucho miedo de sí mismo.

Quitada con este accidente la ocasión de los escándalos, se quitaron también los alborotos de Roma, de manera que con quietud se comenzó á trabajar en la elección del nuevo Papa, porque Pío, no engañando á la esperanza que los cardenales habían concebido en su creación, había pasado á mayor vida veinte días después de electo; habiéndose diferido después de su muerte algunos días por los cardenales el entrar en el cónclave, porque quisieron que primero saliesen de Roma los Orsini (que habían quedado en aquella ciudad para reunir el número de gente de su ejército), se trató fuera del cónclave la elección, porque el cardenal de San Pedro in Víncula, poderoso de amigos de reputación y de riqueza, había alcanzado para sí los votos de tantos cardenales que, no teniendo osadía para openérsele los que eran de contrario parecer, entrando en el cónclave con el Papa ya creado y establecido, fué, con ejemplo no oído jamás de la memoria de la gente, sin que se cerrase de otra manera el cónclave, la misma noche, que era la del último día de Octubre, elevado al Pontificado, y por semejanza con su primer nombre de Julián, ó, como fué fama, para significar la grandeza de sus conceptos, ó también por no ceder en excelencia del nombre á Alejandro, tomó el nombre de Julio, segundo de todos los Papas de aquel nombre.

Fué en verdad grande la maravilla universal de que se hubiese dado el Pontificado con tanta concordia á un cardenal que era muy notorio ser de natural muy duro y formidable á todos, el cual, inquieto en todos tiempos, y gastada su vida en continuos trabajos, había por necesidad ofendido á muchos y ejercitado odios y enemistades con muchos grandes personajes; pero

vieron por otra parte manifiestamente las razones por donde, superadas todas las dificultades, fué levantado á tan alto puesto, porque por haber sido mucho tiempo cardenal muy poderoso, por la magnificencia con que siempre se había adelantado á todos los otros y por la rara grandeza de su ánimo, no sólo tenía muchos amigos, pero autoridad muy antigua en la Corte y nombre de ser único defensor de la dignidad y libertad eclesiásticas; si bien fué mucho mayor causa de su promoción las grandes é infinitas promesas que había hecho á los cardenales, á los príncipes, á los barones y á cualquiera que le pudiese ser de provecho para este efecto; y demás de esto, tuvo facultad para distribuir dinero y muchos beneficios y dignidades eclesiásticas, así de las suyas propias como de las de otros, porque á la fama de su liberalidad concurrían muchos voluntariamente á ofrecerle que usase para su propósito de sus dineros, nombre, oficios y beneficios; y no consideró ninguno que eran sus promesas mucho mayores de lo que después, siendo Papa, pudiese ó debiese cumplir, porque había tenido mucho tiempo tal opinión de hombre libre y verídico, que Alejandro VI, enemigo tan cruel, murmurándole en otras cosas, confesaba que era hombre de verdad; pero sabiendo él que ninguno engaña mejor á los otros que aquel que no acostumbra á engañar nunca á nadie, no hizo caso de manchar ésta alabanza por conseguir el Pontificado.

Asistió á esta elección el cardenal de Rohán, porque desesperado de poder alcanzar el Pontificado para sí, esperó que, por las dependencias pasadas, hubiese de ser amigo del Rey, como se había tenido por tal hasta entonces. También vino en ello el cardenal Ascanio, que primero se había reconciliado con él, depuesta la memoria de los disgustos antiguos que habían tenido cuando, siendo cardenales ambos, antes del pontificado

de Alejandro, preponderaban en la corte romana, pues conociendo mejor su índole que el cardenal de Rohán esperó que, llegado á ser Papa, había de tener la misma ó mayor inquietud que la que había tenido en menor fortuna y tales conceptos que le podrian abrir el camino para recuperar el ducado de Milán. Convinieron asimismo en la elección los cardenales españoles, aunque tenían el ánimo muy ajeno de ella, porque viendo que concurrían tantos otros y, por esto, temiendo no ser bastantes para interrumpir su elección, juzgaron que era más seguro mitigarle viniendo en ello, que exasperarle negándolo, teniendo también confianza en las grandes promesas que habían obtenido de él, é inducidos por las persuasiones y ruegos del Valentino, el cual estaba reducido á tales calamidades, que se veía obligado á seguir cualquier peligroso consejo, y engañado en sus esperanzas, no menos que los otros, porque le prometía casar á su hija con Francisco María de la Rovere, prefecto de Roma, su sobrino, confirmarle el capitanato de las armas de la Iglesia y ayudarle (que era lo que más importaba) á recuperar los Estados de la Romaña, los cuales todos, excepto las fortalezas, se habían apartado ya de su obediencia.

Atormentaban las cosas de esta provincia (por verse llenas de muchas novedades y mudanzas) el ánimo del Papa con varios pensamientos, conociéndose por entonces que no estaba poderoso para disponerla á su albedrío y pudiendo tolerar con dificultad que se extendiese en ella la grandeza de los venecianos, porque cuando en la Romaña se supo la huída del Valentino al castillo de Sant Angelo y el haberse deshecho la gente que estaba con él, las ciudades que primero le habían esperado constantemente, perdida la esperanza, comenzaron á tomar diversos partidos. Cesena había vuelto á la antigua devoción de la Iglesia. Imola (ha-

biendo sido muerto el castellano de la fortaleza por obra de algunos ciudadanos principales) estaba suspensa, deseando algunos el dominio de la Iglesia y otros volver debajo de los Riarios, sus primeros señores. La ciudad de Forli (que por largo tiempo había sido poseída por los Ordelaifi, antes que, por concepción del papa Sixto, viniese á los Riarios, había llamado á Antonio, de la misma familia, el cual, habiendo intentado primero con el favor de los venecianos entrar en ella, pero temiendo después que éstos usasen de su nombre para ocuparla para sí, recurriendo á los florentinos, había entrado en ella con su ayuda. A Pésaro había vuelto Juan Sforza; á Rimini Pandolfo Malatesta, ambos llamados por el pueblo; pero Dionisio de Naldo, soldado antiguo del Valentino, habiéndoselo pedido el castellano de Rímini, fué á su socorro; por lo cual, huyendo Pandolfo, volvió la ciudad debajo del nombre del Valentino. Faenza sólo había perseverado más tiempo en su devoción, pero privada al fin de la esperanza de su vuelta, volviendo á las reliquias de los Manfredos, sus antiguos señores, llamó á Astorre, mozo de aquella familia, pero natural, porque no había legítimos en ella.

Aspirando los venecianos al dominio de toda la Romaña habían enviado á Ravena, luego que murió Alejandro, muchos soldados, con los cuales una noche de repente asaltaron con gran furia la ciudad de Cesena, y defendiéndose varonilmente su pueblo, se volvieron á la comarca de Ravena por haber ido sin artillería, confiando más en el hurto que en las fuerzas; atentos á todo lo que les pudiese dar ocasión para extenderse en aquella provincia, la cual se les entregó prontamente, por las discordias entre Dionisio de Naldo y los de Faenza; porque siendo de mucho disgusto á Dionisio que los de Faenza volviesen debajo del dominio de

los Manfredi (contra los cuales se había rebelado cuando el Valentino acometió á aquella ciudad) llamado por los venecianos, les dió las fortalezas de Valdilamone, que estaban guardadas por él, los cuales poco después metieron en la fortaleza de Faenza trescientos infantes, introducidos en ella por el castellano, que estaba sobornado con dinero. Ocuparon también al mismo tiempo el castillo de Forlimpopolo y otros muchos de la Romaña y enviaron una parte de su gente á ocupar la ciudad de Fano, donde se defendió el pueblo constantemente á favor de la Iglesia. Fueron también introducidos en Rímini con voluntad del pueblo, habiendo concertado primero con Pandolfo Malatesta darle en recompensa la villa de la Ciudadela, en el territorio de Padua, provisión cada año y mando perpetuo de gente de armas y se volvieron después con sumo cuidado á la expugnación de Faenza, porque los de aquella ciudad, sin espantarse de la pérdida del castillo (el cual, por estar edificado en lugar bajo, y porque lo habían apartado luego de la ciudad con un foso, podía ofender poco), se resistían varonilmente, aficionados al nombre de los Manfredi y enojados de que la gente de Valdilamone prometiesen á otros el dominio de Faenza; pero viendo que no eran poderosos para defenderse por sí mismos, porque los venecianos habían acercado su ejército y la artillería debajo del gobierno del proveedor Cristóbal Moro á la ciudad y ocupado los lugares más importantes de su comarca, pedían ayuda á Julio, que ya era Papa, á quien era muy pesado este atrevimiento. Siendo nuevo en la sede pontificia y sin fuerzas ni dinero, no esperando ayuda de los reyes de España y de Francia, por estar ocupados en mayores proyectos y porque no pensaba juntarse con ninguno de ellos, no podía acudir á aquéllos, sino con la autoridad del nombre pontificio.

Para hacer experiencia de lo que valía con el Senado veneciano el respeto de la amistad que había tenido mucho tiempo con aquella república, envió al obispo de Tívoli á Venecia á quejarse de que, siendo Faenza ciudad de la Iglesia, no se abstuviese de hacer este deshonor á un Papa, que antes que llegase á aquella dignidad, había estado siempre muy unido con su república y de quien, levantado ahora á mayor fortuna, podían esperar copiosos frutos de su antigua amistad.

Debe creerse que no faltarían en el Senado algunos de aquellos mismos que habían disuadido el intervenir en las cosas de Pisa, el recibir en empeño los puertos del reino de Nápoles y el dividir el ducado de Milán con el rey de Francia, los cuales considerarían lo que podría producir el hacerse cada día más odiosos y sospechosos á muchos y añadir á las otras enemistades la de los Papas; pero habiendo sido favorecidos los consejos ambiciosos de sucesos tan felices y por esto descogidas todas las velas al viento tan próspero de la fortuna, no se oían los avisos de los que sentían lo contrario; por lo cual se respondió con gran unión al embajador del Papa, que siempre había deseado sumamente aquel Senado que el cardenal de San Pedro in Víncula subiese al Pontificado, por la larga amistad confirmada con oficios y beneficios hechos y recibidos de ambas partes, ni se debía dudar que á quien habían respetado tanto cuando era Cardenal, no le respetasen ahora mucho más, siendo Papa; pero que no conocían en qué ofendían su dignidad abrazando la ocasión que se les había ofrecido de tener á Faenza, porque aquella ciudad, no solamente no estaba poseída por la Iglesia, sino que ella misma voluntariamente se había despojado de sus derechos, habiendo pasado su dominio tan plenamente en el Consistorio al duque Valentino; que le recordaban también que, antes de esta concesión, no estaba en la

memoria de los hombres que los Papas hubiesen poseído jamás á Faenza, pues de día en día la habían concedido á nuevos vicarios, no reconociendo en ella otra superioridad que el censo, el cual ofrecían pagar prontamente en caso que estuviesen obligados á ello; que ya no deseaban los faentinos el dominio de la Iglesia, antes, aborreciéndole, habían adorado hasta lo último el nombre del Valentino, y faltándoles de esto toda la esperanza, se habían precipitado á llamar los bastardos de la familia de los Manfredi; y que, finalmente, suplicaban al Papa que quisiese conservar al Senado veneciano el mismo amor que había tenido cuando era cardenal.

Hubiera el Papa, después de haberse certificado del ánimo de los venecianos, enviado al Valentino á la Romaña, el cual, acogido de él, luego que llegó á ser Papa, con grande honra y demostraciones de amistad, vivía en el palacio pontifical; pero abstúvose de enviarle creyendo que su ida, que al principio hubiera sido gustosa á los pueblos, no les fuese ahora odiosa, pues se le habían rebelado ya todos. Quedaba solamente á los de Faenza el recurso de los florentinos, los cuales, llevando de mala gana que una ciudad tan vecina viniese á poder de los venecianos, habían enviado á ella doscientos infantes y sustentádoslos, con grande esperanza de enviar más gente para darles ánimo á defenderse hasta que tuviese tiempo el Papa para socorrerles, pero viendo que Su Santidad no estaba dispuesto á tomar las armas, y que ni la autoridad del rey de Francia, el cual desde el principio había aconsejado á los venecianos que no molestasen los Estados del Valentino, era bastante á refrenarles, no queriendo enredarse solos en guerra con enemigos tan poderosos, se abstuvieron de enviarles mayores ayudas, por lo cual los de Faenza, excluidos de toda esperanza y habiendo el ejército ve-

neciano, que estaba alojado en la iglesia de la Observancia, comenzando á batir con la artillería las murallas de la ciudad, conmovidos también por haberse descubierta un trato y preso algunos que se habían conjurado para meter dentro á los venecianos, les entregaron la ciudad, los cuales concertaron dar á Astorre por su vida cierto socorro, aunque pequeño. Ganada Faenza, hubieran los venecianos ocupado fácilmente á Imola y Forli; pero por no irritar más al Papa, que se resentía de ello grandemente, enviando la gente á sus alojamientos, determinaron no pasar más adelante por entonces, habiendo ocupado en la Romaña, demás de Faenza á Rímìni con sus comarcas Montefiori, Santo Arcangelo, Verruchio, Gattera, Savignano, Meldola y Puerto Cesenático, y del territorio de Imola, Tosignano, Solaruolo y Montebattaglia. Estaban solamente por el Valentino en la Romaña las fortalezas de Forli, de Cesena, de Forlimpopolo y de Bertinoro, las cuales, aunque deseaba mucho ir á la Romaña, porque no las ocupasen los venecianos, hubiera venido en darlas á guardar al Papa con obligación de que se las volviese cuando estuvieran aseguradas; pero el Papa (no estando todavía vencida por la fuerza del mandar su antigua sinceridad) lo había rehusado, diciendo que no quería aceptar voluntariamente las ocasiones que le convidasen á faltar á la fe. Finalmente, para oponerse de alguna manera á los progresos de los venecianos, que eran muy molestos al Papa por el peligro del Estado eclesiástico, deseoso demás de esto de que el Valentino se fuese de Roma, concertó con él, interponiendo en este concierto, demás de su nombre, el del Colegio de los Cardenales, que fuese el Valentino por mar á la Spezia, de allí, por tierra, á Ferrara, y después á Imola, donde fuesen cien hombres de armas, y ciento cincuenta caballos ligeros que todavía seguían sus banderas. Habien-

do con esta resolución ido á Ostia á embarcarse, arrepiñtiéndose el Papa de no haber aceptado las fortalezas y dispuesto ya á tenerlas para sí de cualquier modo que pudiese, le envió los cardenales de Volterra y de Surrente á persuadirle que, para evitar que aquellos lugares fuesen á poder de los venecianos, consintiera en ponerlos debajo de su autoridad con la misma promesa que se había tratado en Roma; pero rehusando hacerlo el Valentino, enojado el Papa, le hizo detener en las galeras en que ya se había embarcado, y después, con honesto modo, llevarle á la Magliana, de donde (holgándose toda la Corte y toda Roma de su detención) fué llevado á palacio, pero honrado y acariciado, si bien con diligente guarda, porque, temiendo el Papa que los castellanos, desesperados de su remedio, no vendiesen las fortalezas á los venecianos, procuraba con humildad y amor que le diese las contraseñas.

Así el poder del Valentino, que casi de repente creció no menos con la crueldad y engaños que con las armas y poder de la Iglesia, acabó con más súbita ruina, experimentando en su persona los mismos engaños con que su padre y él habían atormentado á tantos otros. No tuvo mejor fortuna su gente que, llevada á tierra de Perusa, con esperanza de que les darían salvoconducto los florentinos y otros, descubriéndoseles por las espaldas la gente de los Baglioni, Vitelli y sieneses, se fueron, para salvarse, al país de los florentinos, donde, habiéndose extendido entre Castiglione y Cortona y reducidos al número de cuatrocientos caballos y pocos infantes, fueron desbalijados por orden de los florentinos y preso D. Miguel que los guiaba, el cual entregaron después al Papa, que lo pidió con suma instancia, queriéndole mal todos los ministros de aquel Pontificado por haber sido fidelísimo ministro y ejecutor de todas las maldades del Valentino, aunque le libró poco

después, porque naturalmente se mitigaba con facilidad con aquellos á los cuales estaba en su poder el castigarlos rigurosamente.

Partió en este tiempo de Roma el cardenal de Rohán para volver á Francia, habiendo alcanzado de Julio la confirmación de la legacía de aquel reino, más por no haber tenido osadía para negársela que por su libre voluntad; pero no le siguió el cardenal Ascanio, aunque, cuando partió de Francia había prometido con juramento al Rey que volvería á aquel reino, si bien se hizo absolver de él secretamente primero por el Papa. El ejemplo de haber sido su credulidad escarnecida por el cardenal Ascanio no hizo al cardenal de Rohán más cauto en las cosas de Pandolfo Petrucci, el cual recibéndole en Siena con gran honra, introduciéndose con él con grande astucia y artificiosos consejos y prometiendo la restitución de Montepulciano á los florentinos, fué de tanto efecto, que, al llegar el Cardenal á Francia, demás de afirmar que no había hallado en Italia hombre más sabio que Pandolfo, hizo que le concediese el Rey que Borghesse, su hijo, enviado á Francia para la observancia de las promesas de su padre, volviera á Siena.

Tales fueron las mudanzas que sucedieron en Italia por la muerte del Pontífice. Pero en estos mismos tiempos las empresas comenzadas por el rey de Francia, con tan gran esperanza, de la otra parte de los montes, se habían reducido á mucha dificultad, porque el ejército que había ido á los confines de Gasuña, se había deshecho con mucha presteza por falta de dinero y poco gobierno de quien lo mandaba. La armada de mar, habiendo corrido con poco fruto los mares de España, se había retirado á Marsella, y el ejército que había ido hacia Perpiñán, en cuyos progresos confiaba mucho el Rey, estando bien proveído de todas las cosas neces-

rias, había sitiado á Sals, fortaleza cerca de Narbona, situada en las faldas de los montes Pirineos, en el condado de Rosellón, la cual, estando bien defendida, hacía gallarda resistencia, y aunque los franceses la batían valerosamente y usaban todas las diligencias para batir las murallas con la artillería y arruinarla con las minas, con todo eso, nunca pudieron ganarla, antes habiéndose juntado en Perpiñán gran ejército de todos los reinos de España para socorrerla, donde había venido la persona del Rey y uniéndose á aquel ejército, por haberse deshecho los franceses que habían sido enviados á Fuenterrabía, la gente que había ido á defender aquella frontera, todos juntos se movieron para acometer al ejército francés, y los capitanes, conociéndose inferiores, se retiraron con su campo hacia Narbona, habiendo estado ya cerca de cuarenta días en el sitio de Sals.

En su seguimiento entraron los españoles por las tierras del reino de Francia, y tomaron algunos lugares de poco momento, donde permanecieron pocos días porque, habiendo hecho alto los franceses en Narbona, se retiraron á sus tierras los españoles por orden de su Rey, que, conseguido lo que es propio fin del que es acometido, sustentaba de mala gana la guerra de la otra parte de los montes, siendo cierto que, aunque sus reinos eran muy poderosos para defenderse del rey de Francia, también eran débiles para ofenderle. Pocos días después (interponiéndose el rey Fadrique) hicieron entre los dos tregua por cinco meses, solamente para las cosas de la otra parte de los montes; porque habiendo dado intención á Fadrique, el rey de España, de convenir en que se le restituyese el reino de Nápoles, y esperando que hubiese de venir en lo mismo el rey de Francia, con el cual, inducida á compasión la reina de Francia, trabajaba mucho en inter-

ceder por él, había introducido entre ellos pláticas de paz, para las cuales, mientras ardía la guerra en Italia, fueron á Francia embajadores del rey de España, gobernándose con tan gran artificio que se persuadía Fadrique que la dificultad de la restitución (contradicha grandemente por los barones de la parte Anjovina) consistía principalmente en el rey de Francia.

Habiéndose, pues, reducido todas las guerras de los dos Reyes al reino de Nápoles, estaban vueltos á aquella parte los ojos y los pensamientos de todos.

Partidos los franceses de Roma y pasando por los lugares de Valmontone y de los Colonnas, en donde les dieron voluntariamente vituallas, caminaban por la campaña eclesiástica hacia San Germán, por lo cual, metiendo guarda Gonzalo en Rocca Secca y en Montecasino, había hecho alto, sin intención de tentar la fortuna, sino para prohibir que no pasasen más adelante, y esperaba que lo podía hacer fácilmente por la fortaleza de aquel sitio. Llegados los franceses á Pontecorvo y á Capperano, se juntó con ellos el marqués de Saluzzo con la gente de Gaeta, habiendo recuperado primero, con la ocasión de la ida de Gonzalo, el ducado de Traietto y el condado de Fondi hasta el río Garellano.

Fué el primer empleo del ejército francés la expugnación de Rocca Secca, de donde se levantaron, habiendo dado en vano un asalto, y quedando tan desprestigiados, que públicamente se afirmaba en el ejército español que aquel día habían asegurado al reino de Nápoles de franceses, los cuales, desconfiando por esto de echar á los enemigos del paso de San Germán, determinaron volverse al camino de la marina, por lo cual, después de haberse detenido dos días en Aquino, lugar que ellos habían tomado, dejando setecientos infantes en Rocca Guglielma, y volviendo atrás á Pontecorvo, fueron por el camino de Fondi á alojar á la torre que está situa-

da sobre el paso del río Garellano (adonde hay fama que solía estar la ciudad antigua de Minturne), alojamiento no sólo á propósito para echar el puente y pasar el río, como era su intención, pero muy acomodado en caso que estuviesen necesitados á detenerse, porque tenían á Gaeta y la armada de mar á las espaldas, y á Traietto, Itri, Fondi y todo el país hasta el Garellano á su devoción. Creíase que en pasar el ejército francés el río consistía gran parte de la victoria; porque estando Gonzalo tan inferior en fuerzas que no podía oponerse en campaña abierta, les quedaba libre á los franceses el camino hasta los muros de Nápoles, á los cuales se hubiera asimismo arrimado la armada, pues no tenía ninguna oposición por la mar. Por esta causa, partiendo Gonzalo de San Germán, había venido de la otra parte del Garellano á oponerse con todas sus fuerzas para que no pasasen los franceses, confiando poderlo prohibir por la desventaja y dificultad que tienen los ejércitos en pasar los ríos que no se vadean cuando los enemigos se les oponen.

Pero como sucede muchas veces, salió más fácil lo que primero se tuvo por más dificultoso, y por el contrario, más dificultoso aquello que de todos era tenido por más fácil, porque los franceses, aunque los españoles procuraron estorbarlo, echado el puente, ganaron el paso del río por la fuerza de la artillería que estaba plantada, parte en la orilla donde alojaban, que era algo más alta que la contraria, y parte en las barcas que habían traído de la armada y subídotas contra la corriente del agua, y habiendo comenzado á pasar el día siguiente, se les opusieron los españoles, y acometiendo con gran ánimo á los que ya habían pasado, se entraron hasta la mitad del puente, y los hubiera següido más adelante si la furia de la artillería no les obligara á retirarse.

Murió en este encuentro de la parte de los franceses el lugarteniente del baillío de Dijón, y del ejército español Fabio, hijo de Paulo Orsino, mozo, entre los soldados italianos, de grande esperanza. Decíase que si los franceses, cuando comenzaron á pasar se hubieran adelantado más varonilmente hubieran quedado superiores aquel día, pero mientras procedían lentamente y con demostración de miedo, no sólo perdieron la ocasión de la victoria de aquel día, sino que se enflaquecieron en gran parte las esperanzas de lo futuro, porque después de aquel día tuvieron sucesos poco felices en sus cosas y entre los capitanes había ya más confusión que concordia, y según la costumbre de soldados franceses con capitanes italianos, poca obediencia al marqués de Mantua, lugarteniente del Rey; de manera que él, ó por esta causa, ó porque verdaderamente estuviese, como alegaba, enfermo, ó porque por la experiencia que se había hecho primero en Rocca Secca, y después el día que se intentó pasar el puente, había perdido la esperanza de la victoria, se fué del ejército, dejando de sí en el rey de Francia mayor concepto de fe que de ánimo ó gobierno en el ejercicio militar. Después de su partida, los capitanes franceses que eran los principales, el marqués de Saluzzo, el baillío de Occán y Sandricourt, habiendo hecho primero á la cabeza del puente de la otra parte del río un reparo; con las carretas fabricaron allí un bastión capaz de mucha gente, por el cual no les podían acometer ya los enemigos cuando pasaban el puente.

Pero impedíales el pasar más adelante otras dificultades, causadas, parte por culpa suya, parte por el valor y constancia de los enemigos, y parte por la contrariedad de la fortuna, porque, atento Gonzalo á impedirles más con la ocasión del invierno y del sitio del país, se había detenido en Cintura Casale, puesto en

sitio algo eminente, apartado del río poco más de una milla; y la infantería y demás gente la había alojado alrededor con harta incomodidad, porque alojando en lugar solo y donde son muy raras las casas y las cabañas de los labradores y pastores, no había allí casi ninguna cubierta, y el terreno, por la bajeza natural de aquel llano, y porque los tiempos eran muy lluviosos, lleno de agua y de lodo, por lo cual los soldados, que no tenían lugar para alojar en los sitios más altos, trayendo grande cantidad de fagina, procuraban cubrir con ella el terreno donde alojaban. Por estas dificultades, y porque el ejército estaba mal pagado, y por haber ganado los franceses de todo punto el paso del río, era el consejo de algunos capitanes que se retirasen á Capua, para que padeciese menos la gente, y para quitarse del peligro en que parecía que se estaba continuamente.

Rehusó Gonzalo con magnanimidad este consejo con estas palabras memorables: «Que deseaba tener antes la sepultura al presente un palmo de tierra más adelante, que, con retirarse atrás pocas brazas, alargar su vida cien años.» Y resistiendo así las dificultades con la constancia del ánimo y habiéndose fortificado con un profundo foso y dos bastiones hechos al frente del alojamiento del ejército, se mantenía en oposición á los franceses, los cuales, aunque habían hecho el bastión no intentaban moverse, porque estando el país todo inundado por las lluvias y por las aguas del río (llamó Tito Livio á este lugar por la vecindad de Sessa las aguas Sinuesanas; y acaso son las lagunas de Minturne, en donde se escondió Mario huyendo de Sila) no podían pasar adelante, sino por camino estrecho lleno de lodos muy hondos, donde el suelo no tenía firmeza y con peligro de que les acometiese por el costado la infantería española, que alojaba muy cerca.

Eran los tiempos de aquel invierno muy fríos y ásperos y con nieves y lluvias casi continuas mucho más de lo que solía ser en aquel país, por lo cual, parecía que la fortuna y el cielo estaban conjurados contra los franceses, los cuales, por su detención, no sólo gastaban el tiempo inútilmente, sino que recibían de la dilación, por su naturaleza, casi el mismo daño que reciben los cuerpos humanos con el veneno que obra lentamente, porque si bien alojaban con menos incomodidad que los españoles, porque las reliquias de un teatro antiguo á que habían juntado muchos cobertizos de madera, y las casas y hosterías cercanas cubrían una parte de ellos, y siendo el sitio de alrededor de la Torre algo más alto que el llano de Sessa, estaba menos ofendido de las aguas, y también porque la mayor parte de la caballería se había recogido en Traietto y en los otros lugares comarcanos; sin embargo, no resistiendo, por su naturaleza, los cuerpos de los franceses ni de los suizos los largos trabajos y las incomodidades que resisten los españoles, se entibiaba continuamente la furia y el ardor de sus ánimos.

Aumentábanse estas dificultades por la avaricia de los ministros que el Rey había señalado para disponer las vituallas y las pagas de los soldados, los cuales, atentos á su propia ganancia, no perdonando ningún género de engaños, dejaban disminuir el número y no tenían el ejército abundante de vituallas.

Sobrevenían ya muchas enfermedades al ejército por estas causas, y el número de soldados, aunque para recibir las pagas era casi el mismo, en cuanto al efecto era mucho menor, habiéndose deshecho por sí misma también alguna parte de la gente italiana.

Hacía estos desórdenes mayores la discordia de los capitanes, y esto era causa de que no se gobernase el ejército con el orden y obediencia conveniente. Por

tanto, los franceses, impedidos por la aspereza del invierno, se detenían ociosamente sobre la orilla del Garellano, sin hacerse facción alguna, ni por los enemigos ni por ellos; excepto ligeras escaramuzas no importantes para el fin del intento, en las cuales parecía que casi siempre prevalecían los españoles.

Sucedió también en estos mismos días que los infantes que habían dejado los franceses en la guardia de Rocca Guglielma, no pudiendo sufrir las molestias que cada día padecían de la gente que guardaba á Rocca Secca y á los lugares cercanos, volviéndose por esto al ejército, fueron rotos en el camino por aquélla.

Habiendo estado ya muchos días las cosas en aquel estado, llegaron al ejército español Bartolomé de Albiano y los otros Orsini con sus compañías, por cuya venida, habiéndose aumentado las fuerzas de Gonzalo de manera que tenía en el ejército novecientos hombres de armas, mil caballos y nueve mil infantes españoles, comenzó á pensar en no estar más á la defensa, sino en ofender á los enemigos, dándole mayor ánimo el saber que los franceses, muy superiores en caballería, pero no en infantería, se habían esparcido tanto por los lugares comarcanos, que ya sus alojamientos ocupaban poco menos de diez millas del país, de manera que alrededor de la Torre del Garellano habían quedado el virrey marqués de Saluzzo y los otros capitanes principales, con la menor parte del ejército, que se disminuía continuamente, aunque á éste había llegado gran cantidad de vituallas. Extendíase, además, en aquella gente día por día la enfermedad de que habían muerto muchos, y entre ellos el bailío de Occán, por lo cual, intentando Gonzalo pasar el río secretamente (pues si sucedía no se dudaba de la victoria), encargó al Albiano (autor según dicen algunos de este consejo) que hiciese el puente con secreto, por cuya orden, habiéndose hecho con

mucho silencio un puente de barcas en un casal junto á Sessa, llevándole de noche al Garellano lo echaron en el paso de Suio, cuatro millas más arriba que el puente de los franceses, donde no tenían ninguna guarda. Luego que se echó, que fué á 27 de Diciembre en la noche, pasó todo el ejército y con él la persona de Gonzalo, el cual alojó la misma noche, en el lugar de Suio, pegado al río, que lo ocuparon los que pasaron primero, y la mañana siguiente, que era viernes (día feliz para los españoles), habiendo ordenado Gonzalo que la retaguardia que estaba alojada entre el castillo de Mondragón y Carinoli, cuatro millas más abajo del puente de los franceses, fuese á acometerles, se enderezó con la vanguardia, guiada por el Albiano y con la batalla que había pasado con él, á seguir los franceses, los cuales, teniendo noticia la misma noche de que, habiendo echado el puente los españoles, pasaban ya, ocupados de gran terror, como aquellos que, habiendo determinado no intentar nada hasta que viniese benigna sazón y persuadiáanse que había en los enemigos la misma negligencia é ignorancia, se conmovieron tanto más por este atrevimiento y accidente repentino, por lo cual (si bien antes temblando que aconsejando ó resolviendo, como se hace en los casos repentinos) el Virrey, á quien se juntaban muchos, saliendo de Traietto y de los otros lugares circunvecinos donde se habían esparcido, envió á Allegri hacia Suio con algunos infantes y caballería, para impedir el paso; pero entendiendo que llegaban tarde y siendo superior en cualquier discurso y consideración el miedo, se levantaron alborotadamente á media noche de la Torre del Garellano para retirarse á Gaeta, dejando allí la mayor parte de las municiones y nueve piezas gruesas de artillería y juntamente quedando los heridos y gran cantidad de enfermos.

Pero habiendo entendido Gonzalo su retirada siguién-

dolos con el ejército, echó adelante á Próspero Colonna con los caballos ligeros para que, embarazándolos, les obligase á caminar más despacio, los cuales, habiendo llegado á sus espaldas en frente de Scandi, comenzaron á escaramuzar con ellos, no dejando los franceses de caminar, si bien hacían alto muchas veces, para no desordenarse, en los pasos fuertes y puentes, de donde, después de haberse detenido algo, se retiraban siempre recibiendo algún daño.

El orden con que caminaban era este: la artillería delante de todos, la infantería después y en el último lugar los caballos, de los cuales los que iban de retaguardia peleaban continuamente con los enemigos. Habiendo caminado en esta ordenanza, unas veces haciendo alto y otras peleando ligeramente hasta el puente que está delante de Mola de Gaeta, obligó la necesidad al Virrey á hacer detener en aquel paso una parte de su gente de armas para dar lugar á que se adelantase su artillería que, no pudiendo caminar con la presteza de la gente, comenzaba ya á mezclarse con ella, trabándose por esta causa en aquel lugar una grande escaramuza. Llegó poco después la retaguardia española que, habiendo pasado sin ninguna resistencia con las mismas barcas del puente que había sido roto por los franceses, caminaba hacia Gaeta por el camino derecho, habiendo ido siempre Gonzalo con el resto del ejército por el costado. Peleóse ferozmente por algún rato en el puente de Mola, sustentándose los franceses (aunque llenos de mucho miedo) principalmente por la fortaleza del sitio y acometiéndoles con gran furia los españoles, á los cuales les parecía que estaban ya en posesión de la victoria.

No pudiendo al fin resistir más los franceses y temiendo les cortase el camino una parte de la gente que Gonzalo había enviado para este efecto por el costado,

comenzaron á retirarse con desorden, siguiéndoles siempre los enemigos; y llegando al principio de dos caminos que el uno va á Atri y el otro á Gaeta, se pusieron en manifiesta fuga, quedando muertos muchos, entre los cuales lo fué Bernardino Adorno, lugarteniente de cincuenta lanzas; y dejando la artillería con los caballos de su servicio y quedando muchos presos, huyeron los demás á Gaeta, seguidos victoriosamente hasta las puertas de la ciudad. Al mismo tiempo Fabricio Colonna, enviado por Gonzalo, después que hubo pasado el río con quinientos caballos y mil infantes á la vuelta de Pontecorvo y de la Frace, con el favor de la mayor parte de los castillos y de la gente de la tierra, desbalijó las compañías de Luis de la Mirandola y de Alejandro Tribulcio. Fueron presos y desbalijados por el país, demás de éstos, muchos de los que, alojando en Fondi, Atri y en los lugares cercanos, al saber que los españoles habían echado el puente, no habían ido á juntarse con el ejército á la Torre del Garellano, sino que, por salvarse, habían tomado, divididos alborotadamente, el camino de diversos lugares.

Mayor infortunio tuvieron Pedro de Médicis, que seguía el campo francés y algunos otros gentiles-hombres, los cuales, habiéndose embarcado, cuando se levantó el ejército del Garellano, en una barca con cuatro piezas de artillería para llevarlas á Gaeta, hundiéndose por el mucho peso y por ser los vientos contrarios en la boca del río, se anegaron todos.

Alojó la noche siguiente Gonzalo con el ejército en Castellone y en Mola, y arrimándose al otro día á Gaeta, donde habían entrado demás de los capitanes franceses los príncipes de Salerno y de Bisignano, ocupó luego el burgo y el monte que habían desamparado los franceses, los cuales, aunque en Gaeta había bastante gente para defenderla, suficientes vituallas y era á propósito

el lugar para ser socorrido por la armada marítima, con todo, temerosos y mal dispuestos á tolerar el recelo de esperar las ayudas inciertas, volvieron luego el ánimo á concertarse, y habiendo ido para esto, con voluntad de los otros, á tratar con Gonzalo el bailío de Dijón, Santa Colomba y el Tribulcio, concertaron el primer día del año 1504 entregar á Gaeta y la fortaleza á Gonzalo, teniendo licencia para irse libres con sus haciendas por tierra y por mar fuera del reino de Nápoles, y que Obigni y los demás prisioneros de ambas partes fuesen libres. Pero no se capituló esto tan claramente que no tuviese Gonzalo ocasión para disputar que, por virtud de estos conciertos, no se entendía que debían ser libres los barones del reino de Nápoles.

Esta es la rota que tuvo el ejército del rey de Francia junto al río Garellano, en cuya orilla se había detenido cerca de cincuenta días, causada no menos por los desórdenes propios que por el valor de los enemigos. Fué rota muy memorable, porque se siguió de ella la pérdida total de tan noble y poderoso reino y el establecimiento del imperio de los españoles, y aun más memorable porque, habiendo entrado en ella los franceses, muy superiores de fuerzas á los enemigos y abundantes de todas las provisiones terrestres y marítimas que son necesarias para la guerra, fueron destruídas con tanta facilidad, sin sangre ni peligro de ninguno de los vencedores; y aunque murieron pocos por las armas de los enemigos, fué muy corto el número de los que se salvaron de tan poderoso ejército, siendo así que de los infantes que con la fuga libraron sus personas y también de los que habiendo hecho el acuerdo se fueron por tierra de Gaeta, murió una parte de ellos por el camino, acabados por el frío y por enfermedades; y de los que de éstos llegaron vivos á Roma, iban la mayor parte desnudos y miserables, por lo cual, murieron mu-

chos en los hospitales y de noche por el frío y por el hambre en las plazas y calles. Y sin entenderse cuál fuese la ocasión y el hado contrario de los franceses, no menos adverso para la nobleza que para la gente plebeya, ni cuáles enfermedades cobradas por la incomodidad que habían pasado alrededor del Garellano, muchos de aquellos que, en habiéndose hecho el acuerdo, se habían ido por mar de Gaeta, donde dejaron la mayor parte de sus caballos, ó murieron en el camino ó luego en llegando á Francia, entre los cuales fué el marqués de Saluzzo, Sandricourt y el bailío de la Montaña y otros muchos gentiles-hombres de gran estimación.

Consideróse que, demás de lo que se podía atribuir á la discordia y poco gobierno de los capitanes franceses, á la aspereza de los tiempos y á no estar tan acostumbrados los franceses y los suizos como los españoles á sufrir con ánimo el enfado de la dilación de las cosas, ni con el cuerpo las descomodidades y trabajos, habían impedido dos cosas principalmente al rey de Francia la victoria; la una lo mucho que se detuvo en tierra de Roma el ejército, por la muerte del Papa, lo cual fué causa que llegase antes el invierno y que Gonzalo tomase á su sueldo á los Orsini antes que entrasen aquellos en el reino, porque no se duda de que entrando en él en buena sazón, hubiera estado obligado Gonzalo, por verse entonces muy inferior de fuerzas y poco favorecido del rigor de los tiempos, desamparando la mayor parte del reino, á retirarse á pocos lugares fuertes; la otra la avaricia de los comisarios reales, los cuales, engañando al Rey en las pagas de los soldados y desordenando las vituallas por la misma intención, fueron mucha causa de la disminución de aquel ejército. Porque el Rey había hecho con tal presteza, tal provisión de todas las cosas necesarias que es cierto que, al tiempo de la rota, había en Roma gran canti-

dad de dineros por su orden, y aparato grande de vituallas; y si bien á lo último, por las muchas quejas de los capitanes y de todo el ejército, había más cantidad de bastimentos en él, con todo eso había habido antes tal estrechez que, añadido este desorden á las otras incomodidades, fué causa de tantas enfermedades, de la ida de mucha gente y de haberse extendido muchos en los lugares cercanos, procediendo finalmente de estas cosas la ruina del ejército; porque como para sustentar un cuerpo no basta solamente que esté buena la cabeza, sino que es necesario que los otros miembros hagan su oficio, así no basta que el Príncipe esté sin culpa en las materias, si en sus ministros no hay proporcionadamente la debida diligencia y virtud.

---

### CAPITULO III.

Paz entre los venecianos y el Sultán de Turquía.—Disertación acerca de las navegaciones de portugueses y españoles.—Cristóbal Colón.—Lamentaciones en Francia al saber la derrota del Garellano.—El duque Valentino da al Papa las contraseñas de los castillos y parte.—El Gran Capitán le da salvoconducto y, faltando á su promesa, le detiene.—Es enviado á España.—Condiciones con las cuales se pacta tregua entre españoles y franceses.

En el mismo año que sucedieron en Italia estas cosas tan graves se hizo la paz entre el otomano Bayaceto y los venecianos, la cual abrazaron con gran deseo ambas partes, porque Bayaceto, príncipe de ingenio manso y muy ajeno de la ferocidad de su padre, dado á las letras y á los estudios de libros sagrados de su religión, tenía por su naturaleza el ánimo muy adverso á las ar-

mas, por lo cual, habiendo comenzado la guerra con muy grandes aparatos de mar y tierra, y ocupado en los dos primeros años en la Morea á Naupacto (llamado hoy Lepanto), Modor, Corón y Yunco, no la había continuado después con el mismo ardor, obligándole por ventura á esto, demás de su deseo de quietud, la sospecha de que los peligros propios del amor de la religión no irritase contra él á los príncipes cristianos; porque el Papa Alejandro había enviado algunas galeras sutiles en favor de los venecianos y junto con ellos había sublevado con dineros á Uladislao, rey de Bohemia y Hungría, para mover la guerra en los confines de los turcos; y los reyes de España y Francia enviaron ambos, pero no al mismo tiempo, su armada á juntarse con la de los venecianos. Pero con mayor deseo aceptaron la paz los venecianos, á los cuales se les interrumpía por la guerra, con muy gran daño del público y del particular, el trato de las mercancías que ejercitaban los suyos en muchas partes de Levante; porque, estando acostumbrada la ciudad de Venecia á sacar cada año de los lugares súbditos de los turcos gran cantidad de trigo, les causaba mucho embarazo el ser privados de semejante comodidad; y mucho más porque, acostumbrados á acrecentar su imperio en las guerras con los otros príncipes, no tenían á nada más horror que al poder de los otomanos, de los cuales cualquier vez que habían tenido guerra con ellos, habían sido rebatidos; porque Amurates, abuelo de Bayaceto, había ocupado la ciudad de Tesalónica (hoy Salónica) perteneciente al dominio veneciano, y después Mahomet, su padre, habiendo tenido diez y seis años continua guerra con ellos, les quitó la isla de Negroponto, una gran parte del Peloponeso (llamado hoy Morea), Skutari y otros muchos lugares en Macedonia y en Albania. De manera que, sustentando la guerra contra los turcos con

grandes dificultades y gastos infinitos, sin esperanza de sacar algún fruto, y demás de esto, temiendo ser acometidos al mismo tiempo por los otros príncipes cristianos, estaban siempre deseosísimos de tener paz con ellos.

Fué lícito á Bayaceto, por las condiciones del acuerdo, retener todo aquello que había ocupado, y los venecianos, quedándose con la isla de Cefalonia, fueron obligados á dejarle á Nerito (llamado hoy Santa Maura).

No había dado tanto disgusto á los venecianos la guerra de los turcos cuanto molestia ó detrimento les había causado el haberles quitado el rey de Portugal el trato de la especiería, pues trayendo estas mercancías sus bajeles de Alejandría, ciudad nobilísima de Egipto, á Venecia, las repartían con gran ganancia por todas las provincias de la cristiandad, y habiendo sido esto de las cosas más memorables que de muchos siglos á esta parte han sucedido en el mundo, y teniendo alguna unión con las cosas de Italia, por el daño que recibió la ciudad de Venecia, no es del todo fuera de propósito hacer de ello alguna memoria extensamente.

Aquellos que contemplando con ingenio y consideraciones maravillosas el movimiento y la disposición del cielo han dado noticias de ello á sus sucesores, figuran que por la redondez del cielo discurre del Occidente á Oriente una línea, distante igualmente en todas sus partes del polo septentrional y del meridional, llamada por ellos línea equinoccial, porque cuando el sol está debajo de ella, son entonces iguales los días y las noches. La longitud de esta línea dividieron con la imaginación en trescientas sesenta partes que llaman grados, así como el circuito del cielo, por medio de los polos, tiene el mismo número de grados. Siguiendo la forma que éstos dieron, los cosmógrafos, midiendo y dividiendo la tierra figuran en ella una línea equinoccial que cae

perpendicularmente debajo de la que los astrólogos figuran en el cielo, dividiendo asimismo aquélla y el circuito de la tierra con una línea que perpendicularmente cae debajo de los polos en latitud de trescientos sesenta grados; de manera que de nuestro polo al meridional pusieron ciento ochenta grados de distancia y de ambos polos á la línea equinoccial noventa grados. Estas cosas en general dijeron los cosmógrafos; pero en cuanto al particular de lo habitado de la tierra, habiendo dado la noticia que tenían de una parte de ella, que está debajo de nuestro emisferio, se persuadieron que en aquella parte de la tierra que está debajo de la tórrida zona, figurada en el cielo por los astrólogos, en donde se contiene la línea equinoccial, como más cercana al sol, era por el calor inhabitable, y que de nuestro emisferio no se pudiese ir á las tierras que están debajo de la tórrida zona y á las que están de la otra parte de ella hacia el polo meridional, á las cuales Ptolomeo (príncipe de los cosmógrafos en opinión de todos) llamaba tierra y mares no conocidos. Por lo cual él y los otros presupusieron que, quien quisiere pasar de nuestro emisferio á los senos arábigo y persiano ó á aquellas partes de la India (que primero las habían dada á conocer á nuestros mayores las victorias de Alejandro Magno) fuese obligado á ir por tierra, ó, arrimándose á ella lo más que pudiese por el mar Mediterráneo, hacer por tierra lo restante del camino. Ha mostrado á nuestros tiempos la navegación de los portugueses que estas opiniones y presupuestos han sido falsos, porque comenzaron muchos años ha los reyes de Portugal á costear el África por indicios de ganancias mercantiles, y llegando poco á poco hasta las islas de Cabo Verde, llamadas por los antiguos, según la opinión de muchos, las islas Hespérides, que distan catorce grados de la equinoccial hacia el polo ártico, tomando después continua-

mente más ánimo, navegando con largo rodeo hacia el Mediodía, llegaron al Cabo de Buena Esperanza, punto más apartado de la línea equinoccial que ninguno otro de África y dista de ella treinta y ocho grados.

Volviéndose de allí al Oriente, han navegado por el Océano hasta los senos arábigo y persiano. En estos lugares solían comprar los mercaderes de Alejandría las especias, parte nacidas allí, pero la mayor parte se traen de las islas Molucas y de otras partes de la India, y después por tierra por camino muy largo y lleno de descomodidades y grandes gastos, las llevaban á Alejandría, donde las vendían á los mercaderes venecianos, los cuales, llevándolas á Venecia, abastecían á toda la cristiandad. Volviendo ellos con grandes ganancias porque, teniendo solos en su poder las especias, ponían los precios á su albedrío, trayendo en los mismos bajeles en que las sacaban de Alejandría muchas mercaderías, y los propios bajeles que llevaban las especias á Francia, Flandes, Inglaterra y á otras partes volvían cargados asimismo á Venecia de otras mercancías. Aumentaba también mucho esta navegación las rentas de la República por las gabelas y pasajes.

Pero los portugueses, yendo por mar desde Lisboa, ciudad real de Portugal, á aquellas partes remotas, y habiendo hecho amistad en el mar de la India con el rey de Calicut y de otras tierras cercanas, y después poco á poco entrado en los lugares más íntimos, edificado con el tiempo fortalezas en lugares á propósito, confederándose con algunas ciudades del país y rendido á otras con las armas, han pasado así el comercio de comprar las especias, que solían tener primero los mercaderes de Alejandría y, llevándolas por mar á Portugal, las envían también por la mar á los mismos lugares que antes las enviaban los venecianos, navegación por cierto maravillosa y de diez y seis mil millas de largo

por mares de todo punto no conocidos, debajo de otras estrellas y de otros cielos y con otros instrumentos, porque, en pasando la línea equinoccial, no tienen ya por guía el Norte y quedan privados del uso de la piedra imán sin poder por tan largo camino dejar de topar tierras no conocidas, de diferentes lenguas, religión y costumbres y de todo punto bárbaras y muy enemigas de los forasteros. Pero no obstante tantas dificultades, se han hecho tan familiares estas navegaciones con el tiempo que, donde primero gastan en el viaje diez meses de tiempo, le acaban hoy comúnmente, con mucho menores peligros, en seis.

Pero aún ha sido más maravillosa la navegación de los españoles, comenzada el año 1490 por invención de Cristobal Colón, genovés, el cual, habiendo navegado muchas veces por el mar Océano y conjeturado por la observancia de unos vientos lo que después verdaderamente le sucedió, pidiendo á los reyes de España ciertos bajeles y navegando hacia el Occidente, descubrió al fin de treinta días, en la última parte de nuestro emisferio, algunas islas de que primero no se tenía noticia alguna. Felices por el sitio del cielo, por la fertilidad de la tierra y porque excepto algunas poblaciones que se ceban con los cuerpos humanos, casi todos sus habitantes son simplicísimos en las costumbres, y contentos con lo que produce la benignidad de la naturaleza, no son atormentados por la ambición ni por la avaricia; pero infelicísimos, porque, no teniendo la gente ni religión cierta, ni noticia de letras, sin saber de artificios, ni de armas, ni de artes de la guerra, sin ciencia, ni experiencia alguna de las cosas, son casi todos, como animales mansos, facilísimo robo de cualquiera que los acometa, por lo cual atraídos los españoles por la facilidad de ocupar las tierras y de la riqueza del robo (porque se han hallado en ellas minas muy abun-

dantes de oro), comenzaron muchos á habitar allí como en casa propia. Pasando Cristobal Colón más adelante y después de él Américo Vespucio, florentino, y sucesivamente otros muchos, han descubierto otras islas y grandes países de tierra firme, y en algunas de ellas (aunque en casi todas ha sido lo contrario) han hallado en edificar pública y privadamente y en el vestir y hablar costumbres y estilos cortesanos, si bien toda la gente mansa y fácil de ser robada.

De tan gran espacio de tierras nuevas, que sin comparación son mayores que lo que primero había llegado á nuestra noticia que se habitaba, en las cuales, extendiéndose los españoles con nuevas gentes y nuevas navegaciones, unas veces sacando oro y plata de las minas que hay en muchos lugares y de las arenas de los ríos, otros comprándolo de los moradores por precio de cosas sin valor, y otras robando de lo que ya tenían junto, han traído á España infinita cantidad, navegando privadamente muchos (si bien con la licencia del Rey y á su costa), pero dando todos al Rey la quinta parte de todo lo que sacan ó de otra cualquier suerte que llega á su poder.

Así ha pasado tan adelante el atrevimiento de los españoles, que habiéndose extendido algunas naves cincuenta y tres grados hacia el polo Antártico, siempre á lo largo de la costa de tierra firme, y después entrado en un mar estrecho y desde él, navegando por un piélago muy extendido al Oriente, volviendo después por la navegación que hacen los portugueses, han rodeado toda la tierra, como se ve claramente.

Dignos los portugueses y los españoles, y especialmente Colón, inventor de esta más maravillosa y peligrosa navegación, que con eternas alabanzas se celebre su inteligencia, industria, osadía, diligencia y trabajos,

por los cuales ha llegado á nuestro siglo noticia de cosas tan grandes, no conocidas. Y fuera mucho más digno de ser celebrado su propósito, si no les hubiera inducido á tantos peligros y trabajos la sed grande del oro y de las riquezas, sino el deseo de darse á sí mismo y á los otros esta noticia, ó de propagar la fe cristiana, aunque esto en algunas partes ha sucedido por consecuencia, porque, en muchos lugares, se han convertido los habitantes á nuestra religión.

Por estas navegaciones se ha manifestado que en el conocimiento de la tierra, se engañaron en muchas cosas los antiguos, como no poder pasar de la otra parte de la línea equinoccial, ni habitar toda la tórrida zona, y asimismo, contra su opinión, se ha comprendido por otros que se habita debajo de las zonas cercanas á los polos, debajo de los cuales afirmaban que no se podía habitar por los grandes fríos, en sitio tan apartado del curso del sol, y se ha manifestado lo que creían algunos de los antiguos y reprendían otros, que debajo de nuestros pies hay otros moradores llamados por ellos antípodas.

Pero volviendo á nuestro discurso y á las cosas que sucedieron, después de haberse rendido á los españoles Gaeta el año 1504, digo que las nuevas de la rota sufrida en el Garellano y de tantos desórdenes que siguieron después llenaron de lágrimas y de llantos á casi todo el reino de Francia, por la multitud de los muertos y especialmente por la pérdida de tanta nobleza, por lo cual se veía toda la Corte con los trajes y con otras muchas señales de dolor llena de tristeza y afligida, y se oían por todo el reino las voces de los hombres y mujeres que maldecían el día en que entró en los corazones de sus reyes, no contentos de tan gran imperio como poseían, la desgraciada codicia de conquistar Estados en Italia. Pero sobre todo estaba

atormentado el ánimo del Rey por la desesperación de no poder recuperar ya un reino tan noble y por haberse disminuído tanto su estimación y autoridad, acordándose de las arrogantes palabras que tantas veces había dicho contra el rey de España, y de cuanto se había prometido vanamente de los aparatos hechos para acometerle por tantas partes.

Acrescentábale el dolor y la indignación considerar que, habiendo hecho tantas prevenciones con tanta diligencia y sin ninguna escasez y teniendo guerra con enemigos muy pobres y necesitados de todo, hubiese sido vencido tan ignominiosamente por la avaricia y por los engaños de sus ministros, por lo cual, exclamando hasta al cielo, afirmaba con eficaces juramentos que, pues estaba servido por los suyos con tan grande negligencia y maldad, no encargaría jamás ninguna guerra á sus capitanes, sino que iría en persona á todas las empresas.

También le atormentaba y congojaba más el conocer cuán enflaquecidas estarían sus fuerzas por la pérdida de tal ejército y por la muerte de tantos capitanes y nobleza, de manera que si Maximiliano hubiera hecho algún movimiento en el ducado de Milán ó el ejército español, saliendo del reino de Nápoles, hubiera pasado más adelante, él mismo desconfiaba mucho de poder defender aquel Estado, mayormente si se juntaba á alguno de estos Ascanio Sforza, cuyo imperio era deseado ardientemente de todos los pueblos. Pero si del Rey de Romanos nadie se maravillaba que no despertase en tan gran oportunidad, siendo su antigua costumbre trocar las más de las veces los tiempos y las ocasiones, de Gonzalo se persuadían todo lo contrario; por lo cual estaban todos los que seguían en Italia á los franceses con gran miedo de que con la esperanza de que no hubiese de faltar al ejército vencedor dineros ni

ocasiones, se siguiese sin tardanza la victoria para derribar el Estado de Milán y mudar en el camino las cosas de Toscana.

Creíase firmemente que si llega á hacer esto, el rey de Francia, viéndose exhausto de dinero y abatido de ánimo hubiera cedido á esta tempestad, sin hacer alguna resistencia, estando asimismo el ánimo de su gente muy ajeno de pasar á Italia, y habiendo, la que vino de Gaeta, pasado los montes, despreciando las órdenes del Rey que les entregaron en Génova. Se reconocía claramente que el Rey, sin ningún pensamiento en las armas, estaba todo atento á tratar paz con Maximiliano, y no con menos atención á continuar las pláticas con los reyes de España, para las cuales (no habiendo cesado en el ardor de la guerra) habían estado siempre y estaban todavía embajadores españoles en su Corte. Pero Gonzalo (que de aquí adelante llamaremos más de ordinario el Gran Capitán) después que con victorias tan gloriosas se había confirmado el renombre que la jactancia española le había dado, no usó de tan grande ocasión, porque hallándose de todo punto sin dineros y deudor á su ejército de muchas pagas, le era imposible mover con esperanza de ganancias futuras ó de pagos distantes á su gente que pedía dinero y alojamientos, ó porque estuviese necesitado á proceder según la voluntad de sus Reyes ó porque no le parecía seguro, si primero no echaba á los enemigos de todo el reino de Nápoles, sacar de él el ejército, porque Luis de Ars, uno de los capitanes franceses, después de la batalla de Cirignola, se había detenido en Venosa con tales reliquias de la gente rota que no se debían despreciar, y éste, mientras estaban los ejércitos en las orillas del Garellano, había ocupado á Troya y á San Severo y tenía alterada toda la Pulla, y algunos barones anjovinos se defendían, reti-

rados á sus Estados, siguiendo descubiertamente el nombre del rey de Francia.

Añadióse á todas estas cosas que poco después de la victoria cayó malo el Gran Capitán de una enfermedad peligrosa, por lo cual, no pudiendo ir personalmente á ninguna empresa, envió con parte de la gente al Albiano á destruir á Luis de Ars.

Por esta determinación ó necesidad suya de no seguir por entonces fuera del reino de Nápoles la victoria, quedaban las demás cosas de Italia, más con recelos que con trabajos, porque los venecianos estaban (según su costumbre) suspensos, esperando el fin de los intentos. A los florentinos les parecía que ganaban mucho si, al tiempo que desesperaban totalmente del socorro del rey de Francia, no fuesen acometidos por el Gran Capitán; y el Papa, difiriendo para otro tiempo sus grandes pensamientos, trabajaba por que el Valentino le concediese las fortalezas de Forli, de Cesena y de Bertinoro que estaban solas por él en la Romaña; porque Antonio de Ordelaifi había ocupado pocos días antes, con dádivas que hizo al castellano, la de Forlimpopolo.

Convino el Valentino en dar al Papa las contraseñas de Cesena, y yendo con ellas Pedro de Oviedo, español, para recibirlas en nombre del Papa, diciendo el castellano que era deshonor suya obedecer á su amo mientras estaba preso, y que merecía ser castigado quien pensase hacerle tal demanda, le hizo ahorcar, por lo cual el Papa, excluído de la esperanza de poderlas alcanzar sin la libertad del Valentino, se concertó con él (y para mayor seguridad de este concierto, despachó una Bula en el Consistorio), que el Valentino fuese puesto en la fortaleza de Ostia en absoluto poder de Bernardino de Carvajal, español, cardenal de Santa Cruz, para que le pudiese dar libertad cuando hubiese

restituído al Papa las fortalezas de Cesena y Bertinoro, entregado las contraseñas de la fortaleza de Forli, y dado seguridad de cambios en Roma, por quince mil ducados, por que aquel castellano prometía restituirla en habiendo recibido las contraseñas y la dicha cantidad, en satisfacción de los gastos que afirmaba había hecho.

Pero era otra la intención del Papa, el cual, aunque no quería romper descubiertamente la palabra dada, resolvió en su ánimo prorrogar la determinación por miedo de que, viéndose libre, no hiciese que el castellano de Forli negase la entrega del Castillo, ó por la memoria de las injurias que había recibido de su padre y de él, ó por el odio que justamente le tenían todos.

Recelándose de esto el Valentino, pidió secretamente al Gran Capitán que le diese salvo conducto para ir con seguridad á Nápoles, y le enviase dos galeras para sacarle de Ostia, y habiéndoselo concedido Gonzalo, el cardenal de Santa Cruz, que tenía el mismo recelo, luego que tuvo noticia de que, demás de la seguridad dada en Roma de quince mil ducados, los castellanos de Cesena y de Bertinoro habían entregado las fortalezas, le dió licencia para irse, sin saberlo el Papa.

El duque Valentino, sin esperar las galeras que debía enviarle el Gran Capitán, se fué por tierra á Nettunne, desde donde, en una barca pequeña, fué á la fortaleza de Mondragón y de allí por tierra á Nápoles, siendo recibido por Gonzalo con alegría y grande honor.

Entrando en Nápoles muchas veces en pláticas secretas con Gonzalo, le pidió que le diese comodidad para ir á Pisa, proponiéndole que, deteniéndose en aquella ciudad, resultaría gran beneficio para las cosas de sus Reyes, lo cual, mostrando Gonzalo que aprobaba, ofreciéndole las galeras para llevarle, y dándole fa-

cultad para levantar en el reino la gente que trataba llevar consigo, le sustentó en esta esperanza hasta que tuvo respuesta de sus Reyes, conforme á lo que él había pensado hacer, consultando cada día con él sobre las cosas de Pisa y de Toscana, y ofreciéndole que al mismo tiempo el Albiano acometería á los florentinos, por el deseo que tenía del restablecimiento de los Médicis en Florencia.

Pero estando prevenidas ya las galeras y la infantería para partir al día siguiente, el Valentino, después que aquella tarde hubo hablado largo rato con Gonzalo y recibido licencia suya con demostraciones grandes de amor, y abrazádole al partir (procediendo con el mismo fingimiento que se decía había usado en tiempos pasados Fernando el viejo de Aragón contra Jacobo Piccinino), luego que salió del aposento fué preso por orden suya en el castillo, y al mismo tiempo envió á la casa en que alojaba á tomar el salvoconducto que le había dado antes que partiese de Ostia. Alegaba que, habiéndole mandado sus Reyes que le prendiese, prevalecía esta orden á su salvoconducto, porque la seguridad que de su autoridad propia da el ministro, no era válida más que cuanto fuese la voluntad del Señor, añadiendo demás de esto, que había sido necesario detenerle, porque, no contento de tantas maldades como había cometido por lo pasado, procuraba alterar en lo futuro los Estados de otros, maquinando cosas nuevas, sembrar escándalos y hacer que se levantasen en Italia dañosos incendios. Poco después le envió preso á España en una galera sutil, sin seguirle más de los suyos que un paje, donde fué preso en el castillo de Medina del Campo.

Hízose tregua en estos mismos tiempos por mar y por tierra, así para las cosas de Italia, como para las de la otra parte de los montes entre los reyes de España y

de Francia, en la cual (deseada grandemente por el rey de Francia), vinieron de buena gana los españoles, porque juzgaron que era mejor establecer por este medio con mayor seguridad y quietud lo que se había ganado, que por el de nuevas guerras; las cuales, estando llenas de trabajos y gastos, tienen muchas veces diferente fin de lo que se espera. Las condiciones fueron que cada uno retuviese lo que poseía; que fuese libre por todos los reinos y Estados de ambas partes el comercio á sus vasallos, excepto en el reino de Nápoles; pues con esta excepción alcanzó el Gran Capitán por medio indirecto lo que él había prohibido derechamente, porque en las fronteras de los lugares que estaban por los franceses, que solamente eran en la Calabria, Rossano, en tierra de Otranto, Oira, y en la Pulla, Venosa, Conversano y Castel del Monte, puso gente que prohibiese que ninguno de los soldados ó de la gente de aquellos lugares tuviese trato en ningún lugar poseído por los españoles. Redújoles esto con brevedad á tal extremo, que, viendo Luis de Ars y los otros soldados y barones de aquellos lugares que no pudiendo sufrir los hombres tantas incomodidades, determinaban rendirse á los españoles, se fueron.

Con todo eso, el reino de Nápoles, aunque se había echado de todo él á los enemigos, no gozaba de los frutos de la paz, porque los soldados españoles, acreedores de las pagas de más de un año, no contentos con que el Gran Capitán, porque se sustentasen, hasta que tuviera provisión de dinero, los hubiese alojado en diferentes lugares, en los cuales vivían á costa de los pueblos, sino usando indiscretamente á su albedrío (á lo cual los soldados han dado nombre de alojar á discreción), rotos los frenos de la obediencia, entraron en Capua y en Castelamare, con gran disgusto del Gran Capitán; de donde, rehusando irse si no se les contaba

sus sueldos ya corridos, y no pudiéndose proveer á esto (porque importaba gran cantidad de dinero) sin gravar excesivamente el reino, ya exhausto y acabado por las largas guerras, era miserable el estado de los hombres, no siendo menos pesada la medicina que la enfermedad que se quería curar; cosas tanto más molestas cuanto eran más nuevas, y fuera de los ejemplos pasados, porque, si bien después de los tiempos antiguos (en los cuales la disciplina militar se administraba severamente), habían sido siempre los soldados licenciosos y pesados en los pueblos, como no estaban de todo punto desordenadas las cosas, vivían en gran parte de sus sueldos, y no pasaba á términos intolerables su licencia.

Los españoles fueron los primeros que en Italia comenzaron á vivir totalmente de la sustancia de los pueblos, dando ocasión y quizá necesidad á tan grande licencia el ser pagados mal por sus Reyes por su poco poder y, extendiéndose la corrupción de este principio (porque la imitación del mal sobrepuja siempre al ejemplo, como al contrario, la imitación del bien es siempre inferior), comenzaron después los mismos españoles y no menos los italianos á hacer lo mismo, siendo ó no siendo pagados, de manera que, con suma infamia de la milicia que hoy se usa, no están más seguras por la maldad de los soldados las haciendas de los amigos que las de los enemigos.

---

## CAPITULO IV.

Juan Pablo Baglione es nombrado capitán de los florentinos.—Marcha contra Pisa.—Los pisanos reciben socorro de diversos pueblos.—Naufragio de las galeras florentinas en Rapalle.—Negociaciones para la paz entre los reyes de España y Francia.—Embajadores del emperador Maximiliano en Francia.—Muerte de D. Fadrique de Aragón.—Muerte de Doña Isabel, reina de España.—Los venecianos envían embajadores al Papa.—Derrota de los florentinos en Osole.—Juan Pablo Baglione deja de estar á sueldo de los florentinos.—Conjura del Albiano, de Pandolfo Petrucci y de Baglione contra los florentinos.—Combate de florentinos y pisanos en Torre de San Vicente.—Derrota de los pisanos, mandados por Albiano.—Consulta de los florentinos para el asalto de Pisa.—Su ejército frente á Pisa.—Cobardía de la infantería italiana.—Condiciones de la paz entre Francia y España.—Crueldad del cardenal de Este con su hermano D. Julio.

La tregua que se había hecho entre los reyes de España y Francia con opinión que poco después hubiese de seguir la paz, y en alguna parte la prisión del Valentino, aquietaron del todo las cosas de la Romaña porque, habiendo venido primero Imola á poder del Papa por la voluntad de los cabos de aquella ciudad y no sin la del cardenal de San Jorge, á quien sustentaba con vanas esperanzas de que la restitución iría á sus sobrinos, y entrado en aquellos días en Forli, por la muerte de Antonio de Ordelaifi, Luis, su hermano natural, hubiera venido aquella ciudad á poder de los venecianos (á los cuales se la ofrecía Luis, conociendo que no estaba con fuerza para sustentarla) si las condiciones de los tiempos no les asustaran de aceptarla por no aumentar la indignación del Papa, el cual, no habiendo quien se le opusiese, ganó el lugar, huyendo de él Luis,

y asimismo la ciudadela, pagando los quince mil ducados; pero el castellano, fiel al Valentino, nunca vino en entregarla si primero no tenía certeza de su prisión por personas propias enviadas á Nápoles.

Terminada la guerra en todas las otras partes de Italia, no cesaron por esta razón al principio del verano (según su costumbre) las armas de los florentinos contra los pisanos, los cuales, habiendo tomado de nuevo á su sueldo á Juan Pablo Baglione y algunos capitanes de gente de armas Colonnas y Savelli y juntando mayores fuerzas que solían, las enviaban á talar las mieses de los pisanos, procediendo en esto con mayor ánimo porque no dudaban que no se lo impedirían los españoles, no sólo porque los reyes de España no habían nombrado á los pisanos en la tregua en la cual había sido lícito á ambos Reyes nombrar sus amigos y confederados, sino porque el Gran Capitán, después de la victoria alcanzada contra los franceses, si bien primero dió muchas esperanzas á los pisanos, había procedido con los florentinos en términos mansos, esperando acaso que, con estos ardidés, los podría separar del rey de Francia; y aunque después fué excluído de esta esperanza, con todo eso, no queriendo darles causa, con provocaciones, á que se precipitasen más de veras á todo lo que fuese la voluntad de aquel Rey, había hecho por medio de Próspero Colonna, sólo con simples palabras, casi una tática inteligencia con ellos de que, si sucediera que el rey de Francia acometiese de nuevo el reino de Nápoles, no le ayudasen, y por otra parte que él no diese ayuda á los pisanos, sino en caso que los florentinos enviasen el ejército con artillería para expugnar aquella ciudad, la cual deseaba que no recuperasen mientras seguían la amistad del rey de Francia.

Extendióse el ejército de los florentinos no sólo á talar las mieses en las partes de la comarca de Pisa en donde

se habían talado en tiempos pasados, sino también á San Rossore y Barbericina y después á Valdiserchio y Valdosoli, lugares cercanos á Pisa, adonde, cuando el ejército había estado menos poderoso, no se había podido ir sin peligro. Hecha la tala, yendo á sitiar á Librafatta, donde había corto presidio, obligaron á los de dentro á rendirse libremente, y no se dudó que aquel año los pisanos se vieran obligados por el hambre á recibir el yugo de los florentinos, si no los hubiesen sustentado los vecinos y mayormente los genoveses y luqueses; porque Pandolfo Petrucci, diligente en animar á los otros y largo en prometer concurrir en los gastos, dilatava mucho los efectos, con cuyo dinero Rinieri de la Sassetta, soldado del Gran Capitán, alcanzando licencia suya y algunos otros capitanes trajeron por mar doscientos caballos y los genoveses enviaron un comisario con mil infantes.

Demás de estas provisiones, el Bardella de Porto Venero, cosario famoso en el mar Tirreno, y que, pagado por los dichos, tenía título de capitán de los pisanos, metía en Pisa continuamente con un galeón y otros bergantines vituallas, por lo qual, juzgando los florentinos por necesario que, demás de las molestias que se les daban por tierra, se les prohibiese el uso de la mar, tomaron á sueldo tres galeras del rey Fadrique que estaban en la Provenza, con las cuales, acercándose D. Dimas de Requesens, capitán de ellas, á Liorna, el Bardella se apartó; aunque alguna vez, favorecido por los vientos, metía alguna barca cargada de vituallas en la boca del Arno, de donde entraba fácilmente en Pisa. Molestábase al mismo tiempo por tierra á esta ciudad porque habiendo tomado á Librafatta el ejército florentino, distribuído en la campaña en diferentes partes de aquella comarca, procuraba prohibir las labranzas de las tierras para el año siguiente y que no

entrasen vituallas por el camino de Luca y del mar. Talaron, demás desto, al fin del verano el mijo y otras legumbres semejantes, de las cuales produce gran cantidad aquel país.

No cansados los florentinos de tantos gastos ni teniendo por imposible nada que les diese esperanza de llegar al fin deseado, procuraron por muchos caminos ofender á los pisanos, intentando hacer pasar el río Arno, que corre por Pisa, desde la torre de Fagiana, cerca de aquella ciudad á cinco millas, por nueva madre, á la laguna que está entre Pisa y Liorna, con lo cual se les quitaba la disposición de conducir cosa alguna desde el mar á Pisa por el río Arno y, no teniendo las aguas que llovían salida por el país circunvecino para ir á la marina, por ser muy bajo, quedaba aquella ciudad como casi en medio de una laguna. Además por la dificultad de pasar el Arno, no hubieran podido en lo venidero los pisanos hacer correrías, interrumpiendo el comercio de Liorna á Pisa, y viéndose los pisanos obligados á fortificar la parte de Pisa por donde entraba y salía el río, á fin de que no quedase abierta á los ataques de los enemigos.

Comenzada esta obra con grande esperanza y seguida con mucho mayor gasto, salió vana porque, como sucede las más de las veces en cosas semejantes, aunque tengan con las medidas la demostración casi cierta, se conocen con la experiencia que son engañosas; prueba certísima de cuán distante está el proyectar del efectuar, porque demás de otras muchas dificultades, que no se consideraron primero, causadas por el curso del río, y porque habiendo querido estrecharle se ahondaba royendo su madre, pareció que era más alta la de la laguna en que había de entrar que la del Arno, contra lo que habían prometido muchos ingenieros y prácticos en las aguas.

Mostrándose contra los florentinos la adversidad de la fortuna más contraria de lo que se esperaba por el ardiente deseo de ganar á Pisa. Habiendo ido á Villafranca las galeras que habían tomado á su sueldo para tomar una nave de los pisanos cargada de trigo, al volverse, combatidas por los vientos cerca de Rapalle, fueron obligadas á dar en tierra, salvándose con trabajo el capitán y la gente que las guiaban. Añadieron los florentinos á la experiencia de las armas y del terror, por no dejar de intentar cosa alguna, la prueba de la benignidad y de la gracia, porque establecieron con una nueva ley que cualquier ciudadano ó labrador que fuese dentro de cierto tiempo á habitar en sus posesiones ó á sus casas, alcanzase perdón de todo lo que había cometido y restitución de sus bienes. Pocos salían sencillamente de Pisa por esta concesión; pero muchos y casi todos personas inútiles, se fueron con voluntad de, los otros, aliviando á un mismo tiempo el hambre que apretaba la ciudad, y consiguiendo comodidad para poder en lo venidero ayudar con aquellas rentas á los que habían quedado dentro, como lo hacían ocultamente. Disminuyéronse por estas cosas en parte las necesidades de los pisanos, mas no tanto que por la gran pobreza y carestía no estuviesen muy trabajados. Pero causándoles menor horror cualquiera otra cosa que el nombre de los florentinos, si bien alguna vez titubeasen los ánimos de los labradores, determinaban padecer cualquier extremo antes que rendirse, por lo cual ofrecieron entregarse á los genoveses, con quien habían combatido tantas veces sobre el imperio y sobre las vidas, y de quien antiguamente había estado afligido su poder.

Propusieron esto los luqueses y Pandolfo Petrucci, deseando, por excusar los continuos gastos y molestias, obligar á los genoveses á defender á Pisa y ofreciendo porque viniesen en ello más fácilmente susten-

tar por tres años alguna parte del gasto. Aunque repugnaban esto muchos en Génova y especialmente Juan Luis del Fiesco, viniendo en ello la ciudad, hicieron instancia para que el rey de Francia (sin cuya voluntad no estaban libres para tomar semejante resolución) lo concediese, representándole cuán peligroso era que los pisanos, excluidos de esta esperanza casi única, se entregasen al rey de España, por lo cual, con gran perjuicio suyo, estaría Génova en continua molestia y peligro, y la Toscana necesitada casi toda á seguir la parte de España. Movieron tanto al Rey al principio estas causas, que casi vino en su demanda; mas habiéndose considerado después en su consejo que si comenzaban los genoveses á meterse por sí mismos en guerras y en confederaciones con otros potentados, y en codicia de acrecentar imperio, sería ocasión que, levantándose continuamente con pensamientos á cosas mayores, aspiraran antes de mucho tiempo á absoluta libertad, les negó expresamente aceptar el dominio de los pisanos, pero no prohibiéndoles, á pesar de las grandes quejas de los florentinos, que perseverasen en ayudarles.

Tratábase en este mismo tiempo estrechamente la paz entre los reyes de España y Francia, los cuales proponían fingidamente que se restituyese el reino al rey Fadrique ó á su hijo el duque de Calabria, á los cuales cediese el rey de Francia sus derechos y que el duque se casase con la Reina viuda, sobrina de aquel Rey, que había sido mujer de Fernando de Aragón, el Mozo. Y no había duda de que el rey de Francia tenía el ánimo tan apartado de las cosas del reino de Nápoles, que por sí hubiera aceptado cualquier forma de paz; pero deteníanle para no aceptar el partido propuesto dos dificultades; la una, si bien más ligera, que al fin se avergonzaba de desamparar á los barones que,

por haber seguido su partido, estaban privados de sus Estados, á los cuales se les habían propuesto condiciones duras; la otra (que le movía más), que temiendo que los reyes de España tuviesen otra intención en su ánimo y propusiesen por algún fin, con sus acostumbrados artificios, esta restitución, temía que, viniendo en ello, aún no tendría efecto el intento y se enajenaría el ánimo del Archiduque, el cual, deseando alcanzar el reino de Nápoles para su hijo, hacía instancia de que la paz hecha otras veces por él pasase adelante, por lo cual respondía generalmente que deseaba la paz, pero que le causaba deshonra ceder los derechos que tenía en el reino á un aragonés.

Por otra parte, continuaba las pláticas antiguas con el Rey de Romanos y con el Archiduque, y estando casi cierto de que habían de tener efecto, por no interrumpirlas con la plática incierta del rey de España, mostrando por mayor honra suya que se movía por los embarazos que tocaban á los barones, llamando á su presencia á los embajadores de España y sentado en la silla real, presente toda la Corte, con ceremonias solemnes y que se acostumbraban usar raras veces, se quejó de que aquellos Reyes mostraban con las palabras deseo de la paz, de la cual estaban muy ajenos con la intención, y que por esto, no siendo cosa digna de un rey gastar el tiempo en pláticas vanas, era más conveniente que se fuesen del reino de Francia.

Después de su partida, vinieron embajadores de Maximiliano y del Archiduque para dar perfección á las materias tratadas, en las cuales (porque se enderezaban á mayores fines) intervenía el Obispo de Sistrón, Nuncio ordinario del Papa, residente en aquella Corte y el marqués del Finale, enviado por él particularmente para esta negociación. Habiéndose ventilado otras muchas veces y mostrándose á todos estos

príncipes su gran utilidad, se concluyó fácilmente, en esta forma: Que el matrimonio antes tratado de Claudia, hija del rey de Francia, con Carlos, primogénito del Archiduque, tuviese efecto, añadiendo por mayor firmeza á lo que se había confirmado con el juramento y firma del rey de Francia, la firma de Francisco, señor de Angulema, el cual, si no le nacían al Rey hijos varones, era el más próximo á la sucesión, y las de otros muchos señores principales del reino de Francia: que anuladas por justas y honestas causas todas las investiduras del Estado de Milán concedidas hasta aquel día, concediese Maximiliano la investidura al rey de Francia, para sí y para sus hijos varones, en caso que los tuviese, y no teniéndolos fuese concedido, por favor del dicho matrimonio, á Claudia y á Carlos, y muriendo Carlos antes de que fuese consumado el matrimonio, se concediese á Claudia y al hijo segundo del Archiduque, en caso que ella se casase con él: que entre el Papa, el Rey de Romanos, el rey de Francia y el Archiduque, se entendiese que se había hecho confederación para defensa común y ofensa de los venecianos, para recuperar lo que ocupaban de todos: que el Emperador pasase á Italia en persona contra los venecianos y después pudiese pasar á Roma por la corona del Imperio; que le pagase el rey de Francia por la investidura, en estando despachada, sesenta mil florines del Rhin y otros sesenta mil dentro de seis meses; y cada año por Pascua de Navidad, un par de espuelas de oro: que á los reyes de España se les dejase lugar para entrar en ella dentro de cuatro meses; pero sin declarar, si en caso que no entrasen, sería lícito al rey de Francia acometer al reino de Nápoles; que no ayudase más el rey de Francia al conde Palatino, el cual, provocado por él y sustentado con la esperanza de sus socorros, tenía grave guerra con el Rey de Romanos.

Quedaron excluidos los venecianos, aunque sus embajadores eran oídos siempre por el Rey gratamente, y el cardenal de Rohán, por quitarles sospechas, les prometía continuamente con palabras y juramentos muy eficaces que jamás el Rey contravendría la confederación que tenía con ellos.

Estas cosas se contenían en las escrituras establecidas solemnemente, demás de las cuales se trató que el Emperador y el Rey se juntasen en aquel lugar que otra vez se había determinado, prometiendo el Rey que libraría entonces de la prisión á Luis Sforza, dándole honesta manera de vivir en el reino de Francia, cuyos intereses se avergonzaba el Emperador de no procurar, acordándose de cuánto se había acelerado su ruina por las promesas que le había hecho y por la esperanza que le había dado tan vanamente; por lo cual, cuando fué el cardenal de Rohán á verle á Trento, había hecho que se le quitase gran parte de la estrechez con que primero estaba preso y ahora hacía instancia que pudiese estar libremente en la Corte del Rey ó en en la parte de Francia que fuese más á gusto suyo. También prometió el Rey, á su instancia, la restitución de los expatriados del ducado de Milán, sobre lo cual había mucha dificultad en las pláticas de Trento.

Creíase que siendo esta capitulación tan útil para el Archiduque y para Maximiliano, no obstante sus muchas mudanzas, había de pasar adelante, estando comprendido en ella el Papa y siendo agradable al rey de Francia, no tanto por el deseo que tenía entonces de nuevas empresas, cuanto por el de alcanzar la investidura de Milán y de asegurarse que no le molestarían el Emperador y su hijo.

Murió casi en los mismos días el rey D. Fadrique, privado de todo punto de la esperanza de volver á tener por acuerdo el reino de Nápoles, si bien engaña-

do primero del deseo (como es cosa natural en los hombres), se había persuadido que estaban más inclinados á esto los reyes de España que el de Francia, no considerando que era vano en nuestro siglo esperar tan magnánima restitución de reino tan grande; habiendo sido asimismo muy raros los ejemplos en los tiempos antiguos dispuestos mucho más que los presentes á las acciones virtuosas y generosas, y no pensando que iba fuera de lo verosímil que quien había usado tantas estratagemas para ocupar la mitad, quisiese, ahora que lo había conseguido todo, privarse de él. Pero en el tratar los negocios había entendido ya que no había menor dificultad en el uno que en el otro, y que se debía desesperar más de que restituyese quien poseía que de que viniese en ello quien no estaba en posesión.

Al fin de este mismo año murió Isabel, reina de España, mujer de honestísimas costumbres y que estaba en sus reinos en gran concepto de magnanimidad y de prudencia, á la cual tocaba propiamente el reino de Castilla, parte mucho mayor y más poderosa de España, que la había heredado por muerte de Enrique, su hermano, pero no sin guerra y sin sangre, porque, si bien se había creído largamente que Enrique fuese por naturaleza impotente para el acto matrimonial y que por esto no pudiese ser su hija la Beltraneja (nacida de su mujer y criada muchos años por él como su hija), por cuya causa Isabel, viviendo Enrique, había sido reconocida por princesa de Castilla, título del que está más próximo á la sucesión, con todo eso, levantándose por la muerte del Rey en favor de la Beltraneja muchos señores de Castilla, y ayudándoles con las armas el rey de Portugal, su pariente, llegando al fin ambas partes á la batalla, aprobó el éxito en esta ocasión por más justa la causa de Isabel, gobernando el ejército

Fernando de Aragón, su marido, nacido también él de la casa de los reyes de Castilla y pariente de Isabel en tercer grado de consanguinidad; el cual, habiendo sucedido después, por la muerte de Juan su padre, en el reino de Aragón, se intitulaban rey y reina de España, porque, estando unido al reino de Aragón, el de Valencia y el Condado de Cataluña, estaba debajo de su imperio toda la provincia de España que se contiene entre los montes Pirineos, el mar Océano y el Mediterráneo, y debajo de este título, por haber sido ocupada atiguamente de muchos reyes moros, se comprende (como cada uno de ellos hacía un título de por sí) el título de muchos reinos, exceptuando el reino de Granada, que entonces poseían los moros y que después fué gloriosamente reducido por ellos debajo del imperio de Castilla, y el pequeño reino de Portugal y el de Navarra, que era mucho menor, que tenían reyes particulares.

Pero siendo el reino de Aragón con Sicilia, Cerdeña y las otras islas pertenecientes á él, propio de Fernando, se regía por él solo, sin mezclar en ello el nombre ó autoridad de la Reina. En Castilla se procedía diferentemente, porque, siendo aquel reino hereditario de Isabel y dotal de Fernando, se administraba con el nombre, con las demostraciones y con los efectos de ambos; no ejecutándose cosa alguna sino determinada, ordenada y firmada de los dos. Común era el título de reyes de España, comúnmente se despachaban los embajadores en nombre de ambos, se ordenaban los ejércitos y se administraban las guerras y ninguno se atribuía más que el otro de la autoridad ni del gobierno de aquel reino.

Por la muerte de Isabel sin hijos varones, tocaba la sucesión de Castilla por las leyes de aquel reino (que atendiendo más á la proximidad del parentesco que al

sexo, no excluye á las hembras) á Juana, hija de Fernando y de ella, mujer del Archiduque, porque la hija mayor de todas, que había sido casada con el rey Manuel de Portugal y un muchacho pequeño que nació de ella, habían muerto mucho antes, por lo cual, Fernando, no tocándole ya la administración del reino dotal, acabado el matrimonio, había de volver al corto reino de Aragón, pequeño en comparación del de Castilla por lo estrecho del país y de las rentas y porque, no teniendo los reyes aragoneses absoluta autoridad real en todas las cosas, están sujetos en muchas á las constituciones y costumbres de aquella provincia, que limitan mucho la potestad de los Reyes. Pero Isabel, cuando estuvo cerca de la muerte, dispuso en el testamento que mientras viviera Fernando fuese gobernador de Castilla, obligado, ó porque habiendo vivido siempre muy unida con él, deseaba se conservase en la primer grandeza, ó porque, según afirmaba, conocía que era más provechoso para sus pueblos continuar debajo del prudente gobierno de Fernando y no menos para su yerno y para su hija, á los cuales, pues al fin habían de suceder también á Fernando, sería gran beneficio que hasta tanto que Felipe, nacido y criado en Flandes, donde se gobernaban diferentemente los negocios, llegase á madura edad y con mayor conocimiento de las leyes, de las costumbres, de las naturalezas y usos de España, se les conservasen todos los reinos debajo de pacífico y ordenado gobierno, manteniéndose en este interin como un cuerpo mismo Castilla y Aragón.

La muerte de la reina produjo después nuevos accidentes en España, pero en cuanto á las cosas de Italia (como abajo se dirá) más tranquila disposición de nueva paz. Continuóse en el año de 1505 la misma quietud que el año antes, y tal que, si no la hubieran turbado algo los accidentes que nacieron por respeto de los flo-

rentinos y pisanos, hubieran cesado totalmente este año los movimientos de las armas, estando una parte de los potentados deseosa de la paz y los otros (más inclinados á la guerra) impedidos por varias causas; porque al rey de España (que aun así continuaba su título), ocupado en los pensamientos que le causaba la muerte de la Reina, le bastaba conservar por medio de la tregua hecha el reino de Nápoles, y el rey de Francia estaba en el ánimo muy suspenso, porque el Emperador, siguiendo en esto como en las demás cosas su naturaleza, no había ratificado la paz hecha; el Papa, deseoso de cosas nuevas, no se atrevía ni podía moverse si no era acompañado de las armas de príncipes poderosos, y á los venecianos no les parecía pequeña gracia, si en tantas cosas tratadas contra ellos y en tan mala disposición del Papa, no fuesen molestados por los otros. Para mitigar su ánimo, le habían ofrecido muchos meses antes dejar á Rímini y todo lo que ocuparon en la Romaña después de la muerte del papa Alejandro, si convenía en que tuviesen á Faenza con su territorio, movidos del miedo que tenían al rey de Francia, y porque el Emperador, á instancias de Julio, enviando un embajador á Venecia, les había aconsejado que restituyesen los lugares á la Iglesia. Pero habiendo respondido el Papa, según la constancia de su ánimo y el natural libre de dar á entender sus conceptos, que no consentiría retuviesen ni una pequeña torre, sino que esperaba recuperar antes de su muerte á Ravena y á Cervia, ciudades que poseían no menos injustamente que Faenza, no se había pasado más adelante en la materia.

Al principio de este año, habiéndoseles hecho mayor el miedo, ofrecieron por medio del duque de Urbino, amigo de todos, que restituirían lo que habían ocupado que no fuese de las comarcas de Faenza, ni de Rímini, si el Papa (que siempre había negado admitir sus em-

bajadores para darle la obediencia) consintiera ahora admitirlos.

Estuvo el Papa algo renitente en esta petición, pareciéndole cosa ajena de su dignidad y que no convenía con tantas quejas como había hecho; con todo eso, obligado por las molestias de los de Forli, de los de Imola y de Cesena, que, privados de la mayor parte de sus tierras, toleraban grandes incomodidades, y no viendo el remedio cercano por otra vía, pues procedían tan á la larga las cosas entre el Emperador y el rey de Francia, consintió finalmente en lo que, en cuanto á los efectos, era ganancia sin pérdida, pues no se había de obligar á nada ni con palabras ni con escrituras. Fueron, pues (pero habiendo restituído antes los lugares dichos), ocho embajadores de los principales del Senado, escogidos desde el principio de su elevación al Pontificado, número mayor que jamás había señalado aquella República para ningún Pontífice que no fuera veneciano, los cuales, dándole la obediencia con las ceremonias acostumbradas, no volvieron por ello con ninguna señal á Venecia ni de mayor facilidad ni de ánimo más benigno del Papa.

Envió en este tiempo el rey de Francia, deseoso de dar perfección á lo que se había tratado, al cardenal de Rohán á Agunod, lugar de la Alemania inferior, y ocupado nuevamente al Conde Palatino, donde le esperaban el Emperador y el Archiduque. Con su venida se publicaron y juraron solemnemente los conciertos hechos y el Cardenal pagó la mitad del dinero prometido por la investidura del ducado de Milán. Debía recibir la otra mitad luego que pasara á Italia y, con todo eso, insinuaba entonces y declaró poco después que no podía pasar en el año presente, por las ocupaciones que tenía en Alemania, por lo cual cesaban tanto más los recelos de la guerra porque, sin el Rey de

Romanos, no tenía inclinación el de Francia á intentar cosas nuevas.

Quedaban solamente enconados en Italia los trabajos casi perpetuos de los florentinos y pisanos, entre los cuales, procediéndose á una larga guerra sin alguna empresa determinadamente, sino según las ocasiones que se presentaban, tal vez á la una parte y tal á la otra, sucedió que saliendo de Cascina, lugar en que los florentinos hacían el asiento de la guerra, Lucas Savello y algunos otros capitanes y condestables de los florentinos, con cuatrocientos caballos y mucha infantería, para conducir vituallas á Librafatta y para ir á robar cierto ganado de los pisanos que estaba de la otra parte del río, en el Luqués, no tanto por la codicia del robo, cuanto por deseo de sacar á pelear á los pisanos, confiando romperlos en campaña por estar más fuertes que ellos, habiendo metido las vituallas en Librafatta y hecho el robo trazado, volvían hacia atrás despacio por el mismo camino para dar tiempo á los pisanos á que viniesen á acometerles.

Al tener aviso del robo hecho salió de Pisa Tarlatino, capitán de la guerra, pero por la presteza, no llevó más de quince hombres de armas, cuarenta caballos ligeros y sesenta infantes, habiendo dado orden que le siguiesen los demás; y teniendo noticia de que algunos de los caballos de los florentinos habían corrido hasta Santiago, junto á Pisa, fué hacia ellos. Estos caballos retiráronse para juntarse con la otra gente, que se había detenido en la puente de Cappellese, sobre el río de Osole, á tres millas de Pisa, esperando allí el ganado que habían robado y las recuas con que habían conducido las vituallas que venían detrás, y estaban todos de la otra parte del puente, el cual habían ocupado los primeros infantes y amunicionado los diques y los fosos. Siguióles Tarlatino hasta cerca del puente, y sin entender antes

que había hecho alto en aquel lugar toda la gente del enemigo, había pasado tan adelante, que sin manifesto peligro no se podía retirar, por lo cual determinó acometer el puente mostrando á los suyos que aquello á que la necesidad le obligaba no era sin esperanza de poder vencer, porque en lugar estrecho, donde pocos podían pelear, no les podía ofender el gran número de enemigos de manera que, cuando por acaso no pudiesen pasar el puente, se defenderían con facilidad tanto rato que el pueblo de Pisa vendría á tiempo á socorrerles, al cual había enviado á solicitar para esto; pero que si pasaban el puente sería muy fácil la victoria, porque siendo estrecho el camino de la otra parte del río que corre por entre el puente y el monte, impedida la multitud de los enemigos por el bagaje y ganado robado, se desordenaría fácilmente por sí misma, reducida á lugar estrecho para pelear y para huir.

Sucedieron los hechos como las palabras, porque él el primero, dando con las espuelas furiosamente al caballo, acometió al puente; pero obligado á apartarse, hizo lo mismo otro y después el tercero, al cual, habiéndole herido el caballo, volviendo el capitán con gran furia á ayudarle, pasó con la fuerza de las armas y con la ferocidad del caballo de la otra parte del puente, dándole lugar los infantes que le defendían; hicieron lo mismo otros cuatro de sus caballos, y entre tanto que éstos peleaban de la otra parte del puente con la infantería enemiga, en un estrecho prado, pasando el río algunos infantes de los pisanos con el agua hasta las espaldas y por otra parte, pasando por el puente, ya desamparado, los caballos sin ningún embarazo, comenzó á llegar la demás gente que venía de Pisa esparcida y sin orden. Habiéndose reducido á lugar angosto los soldados de los florentinos, confusos entre sí mismos y llenos de gran vileza, aún más la gente de armas que la

infantería, y no habiendo capitán de autoridad que los detuviese ú ordenase, se pusieron en manifiesta huída, dejando la victoria á aquellos que mucho menos poderosos en fuerzas caminaban en ordenada batalla, á los que habían venido á la deshilada, en poco número, con más intención de presentárseles, que de pelear, quedando entre los presos muertos y heridos muchos capitanes de infantería y personas de calidad, y los que huyeron fueron desbalijados en la fuga, la mayor parte por los villanos del país de Luca.

Descompusiéronse mucho por esta rota en la comarca de Pisa las cosas de los florentinos, porque habiendo quedado en Cascina pocos caballos, no pudieron estorbar por muchos días que, ensoberbecidos los pisanos por la victoria, dejasen de correr y robar todo el país; cobrando por este suceso esperanza Pandolfo Petrucci (que era lo que más importaba) de que fácilmente se podía interrumpir que los florentinos talasen aquel verano las mieses de los pisanos, quienes, combatiendo con las dificultades acostumbradas, estaban ayudados por los genoveses y luqueses, aunque cortamente, porque los sieneses les daban más consejos que dinero y vituallas. Procuró Petrucci que Juan Paulo Baglione, de quien los florentinos confiaban mucho, por haber sido ellos la causa principal de su vuelta á Perusa, rehusase continuar á su sueldo, por alegar que, estando en el mismo servicio Mario Antonio, Mucio Colonna, Lucas y Jacobo Savelli, que todos juntos tenían mayor número de soldados que él, no podía estar sin peligro por la diversidad de los bandos; y para que tuviesen menos tiempo en prevenirse tardó cuanto pudo, antes que totalmente descubriese su pensamiento. Prometió á los florentinos para que diesen mayor crédito á su excusa, no tomar las armas contra ellos, dejando, como por prenda, en su servicio, porque tuviesen mayor se-

guridad de esto, á Malatesta su hijo, de muy tierna edad, con quince hombres de armas, y él por no quedar de todo punto sin gente, se fué con setenta hombres de armas con los sieneses, y porque éstos no tenían fuerzas para llevar tanto gasto, participaron los luqueses de éste, recibiendo en su servicio con setenta hombres de armas á Troilo Savello, que antes habia sido soldado de los sieneses.

Por la ida repentina de Juan Paulo y por el daño recibido en el puente de Cappellese, quedando los florentinos con poca gente no talaron las mieses á los pisanos por aquel año, antes se veían necesitados á pensar remedios para mayores peligros, porque habiéndose despertado en Pandolfo y en Juan Paulo el antiguo humor, trataban secretamente con el cardenal de Médicis de turbar el Estado de los florentinos, haciendo el fundamento principal en Bartolomé de Albiano, que habiendo venido á tierra de Roma, y mostrándose desavenido con el Gran Capitán, juntaba consigo con varias esperanzas y promesas muchos soldados. Temiase que estos consejos pasasen hasta al cardenal Ascanio, con orden (si sucedían felizmente las cosas de la Toscana) de acometer con las fuerzas juntas de los florentinos y de los otros que consentían en este movimiento al ducado de Milán, esperando que, acometido, haría fácilmente mudanza, por la poca gente de armas que tenían en él los franceses, á causa de haber fuera muchos nobles; por la inclinación de los pueblos al nombre sforcesco y porque el rey de Francia, habiendo llegado tan al cabo por una grave enfermedad que le sobrevino, que por muchas horas se perdió totalmente la esperanza de su vida, si bien después mejoró algo, parecía que estaba de manera que se esperaba que viviría poco, y los que consideraban más interiormente, sospecharon que Ascanio (con quien en estos tiempos comunicaba

mucho el embajador de Venecia) tenía oculta inteligencia, no sólo con el Gran Capitán, sino también con los venecianos, los cuales estarían más prontos y con mayor confianza que por lo pasado en la ofensa de los franceses, porque, habiendo venido el rey de Francia á muchos recelos y desconfianzas con el Rey de Romanos y con su hijo, y considerando cuán grande sería la grandeza del Archiduque, después de la muerte de la reina Doña Isabel, apartándose descubiertamente de ellos, ayudaba contra el Archiduque al duque de Gueldres, cruel enemigo suyo, y se inclinaba á tener particular inteligencia con el rey de España.

Mas como son engañosos los pensamientos de los hombres y caducas las esperanzas, mientras se trataban estas cosas, el rey de Francia (del cual se tenía por casi desesperada la vida) iba recuperando la salud continuamente, y Ascanio murió súbito de peste en Roma; por cuya muerte, habiendo cesado el peligro de Milán, no se interrumpieron por esto de todo punto los designios de molestar á los florentinos, por lo cual se juntaron en Piegai, castillo situado en los confines del Perusino y de los Sieneses, Pandolfo Petrucci, Juan Paulo Baglione y Bartolomé de Albiano, mas no con esperanzas de estar poderosos para volver á meter en Florencia á los Médicis, sino para que el Albiano, entrando en Pisa con voluntad de los pisanos, molestase, por seguridad de aquella ciudad, los confines de los florentinos, con intención de pasar más adelante si las ocasiones le diesen lugar á ello.

Comenzándose á descubrir estas prevenciones, temían los florentinos de la voluntad del Gran Capitán, estando ciertos de que el compromiso del Albiano con el rey de España continuaba hasta el mes de Noviembre venidero, y por eso no creían que, sin su consentimiento, intentase cosas nuevas Pandolfo Petrucci, el

cual, no habiendo querido pagar nunca el dinero prometido al rey de Francia y entreteniéndole muchas veces con varias esperanzas, dependía solamente del rey de España. Aumentó la sospecha de los florentinos que, temiendo el señor de Piombino (que estaba debajo de la protección del rey de España) ser acometido por los genoveses, había enviado Gonzalo á Piombino para su seguridad mil infantes españoles de su ejército, gobernados por Nuño del Campo, y al canal tres naves, dos galeones y otros bajeles, fuerzas que, traídas á lugar tan cercano de Florencia, les daba causa de temor no se juntasen con el Albiano, como él afirmaba que se le había prometido.

Pero lo cierto era que, habiendo el rey de España, después de la tregua hecha con el de Francia, y por disminuir los gastos, ordenado juntamente con las limitaciones de las fuerzas á sueldo de los otros, que la del Albiano se redujese á cien lanzas, enojado él de esto, no sólo negaba volver á su servicio, sino que afirmaba estar libre del primer compromiso, porque no le habían pagado los sueldos corridos, y porque el Gran Capitán rehusaba guardarle la promesa que le había hecho de concederle, después de la victoria de Nápoles, dos mil infantes para servirse de ellos contra los florentinos en favor de los Médicis.

El pensamiento del Albiano era naturalmente deseoso de cosas nuevas, y no podía llevar con paciencia la quietud.

Pidieron los florentinos para defenderse de este acometimiento al rey de Francia, que estaba obligado por los capítulos de la protección á defenderlos con cuatrocientas lanzas, que enviase doscientas en su ayuda, el cual, movido más de la codicia del dinero que de los ruegos ó de la compasión de sus antiguos coligados, respondió que no les quería dar algún socorro si primero no le pa-

gaban treinta mil ducados que le debían por la protección, y aunque los florentinos, alegando que estaban agraviados de infinitos gastos, necesarios para su defensa, le suplicaron que les permitiese alguna dilación en la paga, perseveró obstinadamente en su mismo propósito, de manera que más les ayudó quien estaba sospechoso y agraviado que quien era confidente y beneficiado, siendo así que el Gran Capitán, deseoso de que no se turbase la quietud de Italia, ó por no interrumpir las pláticas de la paz comenzadas de nuevo entre los dos Reyes, ó porque ya por la ocasión de la muerte de la Reina y por las semillas de la discordia futura entre el suegro y el yerno, tuviese algún pensamiento de quedarse con el reino de Nápoles, no sólo hacía todas las diligencias para inducir al Albiano á que volviese á su servicio (quien, por la orden que tenía del Papa de que, ó despidiese la gente ó saliese de la jurisdicción de la Iglesia, había venido á Pitigliano), si no le había ordenado, como á feudatario y como á soldado de su Rey, que no pasase más adelante, so pena de privación de los Estados que tenía en el reino, que eran de siete mil ducados de renta; había significado á los pisanos, que poco antes los había recibido en la protección de su Rey, y al señor de Piombino que no le recibiesen; y ofreció á los florentinos consentiren que usasen para su defensa de sus infantes que estaban en Piombino, los cuales quería que estuviesen debajo de la obediencia de Marcio Antonio Colonna, su capitán. Pidió asimismo á Pandolfo Petrucci que no fomentase al Albiano, y prohibió á Luis, hijo del conde de Pitigliano, á Francisco Orsino y á Juan de Ceri, sus soldados, que le siguiesen.

Con todo eso el Albiano, con quien estaban Juan Luis Vitello, Juan Conrado Orsino, trescientos hombres de armas y quinientos infantes aventureros, pa-

sando siempre adelante, aunque lentamente y teniendo vituallas de los sieneses, había venido por la marisma de Siena al llano de Scarlino, villa sujeta á Piombino, una jornada pequeña cerca de los confines de los de Florencia, donde le llegó un hombre enviado por el Gran Capitán á mandarle de nuevo que no fuese á Pisa ni ofendiese á los florentinos, y habiéndole replicado que él era libre por sí mismo, pues no le había guardado el Gran Capitán lo que le había prometido, fué á alojar junto á Campiglia, lugar de los florentinos, donde hubo ligeras escaramuzas entre él y la gente de Florencia que se juntaba en Bibbona. Vino después á la Cornia, entre los confines de los florentinos y de Sughereto, pero con designios y esperanzas muy inciertos, representándosele cada día mayor la dificultad, porque ni de Piombino tenía más vituallas, ni le enviarían infantería (según la intención que le habían dado) Juan Paulo Baglione ni los Vitelli, cuyas determinaciones se acomodaban con los sucesos de las materias. Veía que Pandolfo Petrucci se abstenía de favorecer sus cosas como antes, y no estaba bien cierto de que los pisanos, por no desobedecer al Gran Capitán, le quisiesen recibir.

Por estas razones, y porque continuamente se trataba de tomarle de nuevo á sueldo, pero ahora con mayor esperanza, porque no relusaba ya aceptar las cien lanzas, se retiró á Vignale, lugar de el señor de Piombino, mostrando que esperaba de Nápoles la última determinación. Mas habiendo tenido en este tiempo el consentimiento de que los pisanos le recibirían en Pisa, partiendo de Vignale, donde había estado alojado diez días, se descubrió á 17 de Agosto por la mañana con el ejército en batalla en el Caldane, una milla más abajo de Campiglia, con intención de combatir allí con el ejército florentino, el cual había ido á alojar en aquel

mismo puesto el día antes, pero sucedió que, habiendo tenido alguna noticia de su movimiento, por espías venidos del ejército del Albiano, se había retirado la misma noche á las murallas de Campiglia, donde, conociendo el Albiano que no podía acometer sin gran desventaja, se volvió hacia Pisa por el camino de la torre de San Vicente, que dista de Campiglia cinco millas.

Por otra parte, la gente de los florentinos, gobernada por Hércules Bentivoglio (el cual, por ser muy práctico del país, no deseaba otra cosa por la disposición del sitio, que venir á las manos con él en aquel lugar), se enderezó por el camino que va de Campiglia á la misma torre de San Vicente, habiendo hecho dos partes de los caballos ligeros; la una seguía al ejército del Albiano, molestándole continuamente por la retaguardia, y la otra iba adelante á encontrar con los enemigos por el mismo camino por donde venía atrás el ejército florentino.

Llegando estos á la torre antes que la gente del Albiano, y comenzando á pelear con los que venían delante, y rebatidos con facilidad por estos, se fueron retirando hacia el grueso del ejército, que estaba media milla, donde sabiendo que había pasado ya la torre la mayor parte de los enemigos, caminando Hércules despacio llegó á su retaguardia, al tiempo que llegaban á las ruinas de San Vicente, donde había hecho cara su gente de armas y su infantería, y en llegando al llano del paso, los envistió con gran valor por el costado con la mitad del ejército y después que hubo peleado un buen rato, los rechazó, rompiendo de manera su infantería en este primer acometimiento, que la llevó retirándose hasta el mar, sin que jamás les pudiese hacer rostro. Pero la caballería, que se había retirado un tiro de arco, pasando el foso de San Vicente hacia Bibbona, haciendo cara y estrechándose, acometió con gran fu-

ria la gente de los florentinos y la rebatió ferozmente hasta el foso, por lo cual Hércules hizo adelantar el resto de la gente, y juntándose allí de todas partes el nervio del ejército se peleó ferozmente por gran rato, sin inclinarse la victoria á alguna parte, procurando el Albiano (que haciendo oficio no menos de soldado que de capitán, había recibido dos heridas en la cara con un estoque) echar de aquel paso á los enemigos, lo cual, si le sucediera, hubiera quedado vencedor, mas Hércules (que algunos días antes había afirmado que si se daba la batalla en aquel lugar alcanzaría la victoria) con industria y sin peligro hizo plantar en la orilla del foso de la torre seis falconetes que traía consigo, y habiendo comenzado con ellos á batir á los enemigos, viendo que por la furia de la artillería comenzaban ya á abrirse y desordenarse, atento á esta ocasión en la cual se había prometido siempre la victoria, le envistió con gran furia por diferentes partes con todas las fuerzas del ejército, con los caballos ligeros por la parte de la marina, con la gente de a pie por el camino real y con la infantería por el costado de arriba por el bosque. Con esta furia los rompió y puso en huída sin dificultad, salvándose el Albiano, no sin trabajo, con muy pocos caballos corredores, con los cuales huyó á Monteritondo, en tierra de Siena. El resto de su gente, desde San Vicente hasta el río de Cecina, fué casi todo preso y desbalijado, perdidas todas las banderas, salvándose muy pocos caballos.

Este fin tuvo el movimiento de Bartolomé de Albiano, que llamó la atención de los hombres, más por sus largas pláticas y por la jactancia de sus palabras, llenas de ferocidad y amenazas, que por sus fuerzas ó fundamento firme que tuviese su empresa.

Tomando ánimo Hércules Bentivoglio de esta victoria y Antonio Giacomini, comisario del ejército, acon-

sejaron con cartas vehementes y muchos mensajeros á los florentinos, que el ejército vencedor se arrimase á las murallas de Pisa, haciendo primero con la mayor presteza que fuese posible las prevenciones necesarias para ganarla, esperando que, por hallarse en mucha dificultad y haber faltado á los pisanos la esperanza de la venida del Albiano y por ceder cualquiera dificultad á la reputación de la victoria, se alcanzaría con poco trabajo. Sustentábale mucho en esta esperanza cierto trato que tenía en Pisa con algunos, pero pidiendo en Florencia el Magistrado de los Diez, que está puesto para las cosas de la guerra, consejo sobre lo que se había de hacer, á los ciudadanos con quien acostumbraba consultar los negocios importantes, contradijeron todos unidamente esta determinación, porque presuponían que en los pisanos habría la dureza acostumbrada y que, estando experimentados tantos años en la guerra, no bastaría para vencerlos el nombre y reputación de la victoria habida contra otros, por la cual no se habían disminuído nada sus fuerzas, sino que era necesario vencerlos como en cualquier otro tiempo con las fuerzas de que solamente temen los hombres belicosos, y que esto parecía que estaba lleno de muchas dificultades, porque estando la ciudad de Pisa rodeada, mejor que cualquier otra ciudad de Italia, de fuertes, murallas bien reparadas y fortificada y defendida por hombres valerosos y obstinados, no se podía esperar forzarla sino con gran ejército y con soldados que no fuesen inferiores en virtud y valor, el cual, aún no sería bastante para rendirla por asalto ó con breve combate, sino que sería forzado á estar sobre ella muchos días para arrimarse seguramente, tomándoles puestos ventajosos y cansándoles antes que forzarles: que repugnaba á estas cosas la sazón del año, porque no se podía juntar con presteza más gente, que

infantería de rebato, ni arrimarse con intención de detenerse mucho allí por la inclemencia del aire corrompido de los vientos del mar, pues se hacían pestilenciales con los vapores de las lagunas y de los estanques y dañoso para los ejércitos, como sucedió cuando la sitió Paulo Vitelli, y porque el país de Pisa comienza desde Septiembre á estar sujeto á las lluvias, de las cuales, por ser bajo, se llena tanto que en aquel tiempo se está con dificultad en aquellos contornos: que ni en tan grande obstinación universal se podía hacer fundamento en los tratos ó inteligencias particulares porque, ó saldrían falsas ó serían tratadas por personas que no tuviesen poder para ejecutar aquello que prometiesen: que también se añadía que, aunque no se había dado al Gran Capitan la fe pública, con todo eso le había Próspero Colonna dado intención (si bien como de sí mismo, pero casi con tácito consentimiento de ellos) que por este año no se iría con artillería á las murallas de Pisa y se debía tener por cierto que, conmovido de este enojo, por las promesas que muchas veces había hecho á los pisanos y porque para sus cosas no era provechoso este suceso de los florentinos, se opondría á esta empresa, pues tenía modo fácil para emprenderlo, pudiendo en pocas horas meter en Pisa los infantes españoles que estaban en Piombino, como había afirmado muchas veces que lo haría cuando se intentase expugnarla: que era más útil usar de la ocasión de la victoria donde, si bien el fruto fuese menor, sería más grande sin comparación la facilidad, y no por esto sin considerable provecho; que ninguno se había opuesto ni se opondría á sus designios; ninguno había impedido la recuperación de Pisa, ni nadie habría procurado más alterar el presente gobierno sino Pandolfo Petrucci; que él había aconsejado al Valentino que entrase armado en el dominio de Florencia; él había

sido el principal consejero y guía del acometimiento de Vitellozzo y de la rebelión de Arezzo, que, mediante sus consejos, se habían juntado con el Estado de Siena los genoveses y luqueses para sustentar á los pisanos; que él había inducido á Gonzalo á tomar la protección de Piombino y á introducirse en las costas de Pisa y Toscana y que había sido procurador y fautor de este movimiento del Albiano; que el ejército se debía volver contra él, robar y correr todo el distrito de Siena, donde no hallaría resistencia alguna; que podría suceder, con la reputación de sus armas, algún movimiento contra él en la ciudad, donde tenía muchos enemigos ó á lo menos no faltaría ocasión para ocupar algún castillo importante en aquella comarca y tener como trueque y prenda para volver á cobrar á Montepulciano; que se podía esperar que lo que no habían hecho los beneficios, lo haría este resentimiento de hacerle en lo venidero proceder con mayor circunspección en sus ofensas; que de la misma manera se debía correr después el país de los luqueses con quien había sido dañoso usar de tantos respetos; que así se podía esperar sacar de la victoria ganada honra y provecho, pero yendo á la expugnación de Pisa, no se conocía otro fin que gasto y deshonor.

No entibiaron estas razones, alegadas concordemente, el atrevimiento del pueblo (pues se gobierna muy de ordinario más con la voluntad que con la razón) de que se fuese á sitiar aquella ciudad; ciego también por aquella opinión antigua de que á muchos principales no agradaba la recuperación de Pisa por fines ambiciosos y estando no menos encendido en este parecer que todos los otros Pedro Soderini, Alférez mayor, juntando el consejo grande del pueblo (al cual no se solía remitir estas determinaciones), le preguntó si le parecía que se fuese con el ejército á Pisa. Votando casi todos que fue-

se vencida la prudencia por la temeridad, fué necesario que la autoridad de la mejor parte se rindese á la voluntad de la mayor, por lo cual se atendió á hacer las provisiones y con increíble brevedad, deseando prevenir no menos el socorro del Gran Capitán que los peligros de los tiempos lluviosos. Con esta presteza se arrió el ejército á seis de Setiembre á las murallas de Pisa con seiscientos hombres de armas y siete mil infantes, diez y seis cañones y otra mucha artillería; poniéndose entre Santa Cruz y San Miguel en el mismo lugar donde, en tiempos pasados, se puso el ejército francés, y habiendo la noche siguiente plantado con diligencia la artillería batieron aquel día con gran fuerza desde la puerta de Calci hasta el torreón de San Francisco, donde las murallas tienen por dentro un ángulo y habiendo desde el salir del sol (que fué cuando comenzaron á disparar la artillería) hasta las nueve de la mañana arruinado más de treinta brazas de muralla, se tuvo una grande escaramuza en la parte arruinada, pero con poco fruto, porque no se había derribado tanto pedazo del muro como hubiera sido necesario en un pueblo donde los hombres se habían presentado á la defensa con su acostumbrado ánimo y valor, por lo cual la mañana siguiente, para tener abierta más muralla, se dispuso otra batería en lugar poco distante, quedando en medio de estas dos baterías aquella parte de muralla que habían batido antes los franceses. Derribando tanto del muro cuanto pareció que era bastante, quiso Hércules adelantar la infantería que estaba ordenada en batalla para dar con gallardía el asalto por una y otra parte de la muralla derribada, por lo cual trabajando allí los pisanos, según su costumbre, con no menor ánimo las mujeres que los hombres, habían hecho un reparo, mientras se batían, con un foso delante.

Mas no tenía la infantería italiana, recogida de tropel, tanto ánimo y tanto valor que fuese bastante para tal empresa, por lo cual comenzando, por su vileza, á rehusar el presentarse ante las murallas, el coronel de los infantes á quien tocaba (por suerte que se había echado entre ellos) el primer acometimiento, no fué bastante para hacerla pasar adelante, ni la autoridad, ni los ruegos del Capitán, ni del comisario florentino, ni el respeto, ni honra propia, ni la honra común de la milicia italiana; cuyo ejemplo, siguiéndolo los otros que se habían de presentar despues de ellos, se retiró la gente á los alojamientos sin hacer más que infamarse los infantes italianos por toda Europa.

Corrompida la felicidad de la victoria que se había alcanzado contra el Albiano y aniquilada la reputación del Capitán y del Comisario que con los florentinos era muy grande, si contentos con la gloria adquirida hubieran sabido moderar la primera fortuna, se retiraron á los alojamientos.

No se dudó la determinación de levantar el sitio, mayormente por haber entrado en Pisa el mismo día, por orden del Gran Capitán, seiscientos infantes españoles de los que estaban en Piombino, por lo cual el día siguiente se retiró el ejército florentino á Cascina con gran deshonor; y pocos días después, entraron de nuevo en Pisa mil y quinientos infantes españoles, los cuales, pues no era necesario su presidio, habiendo acometido (aunque en vano) por orden de los pisanos, el lugar de Bientina, continuaron su navegación á España, adonde los enviaba el Gran Capitan, porque ya se había hecho la paz entre el rey de Francia y Fernando, rey de España, para la cual (quitadas todas las dificultades, que eran el respeto del rey de Francia y el temor de no apartar de sí el ánimo del Archiduque) había hallado modo fácil la muerte de la reina de España,

porque, causándole gran disgusto al rey de Francia la mucha grandeza del Archiduque, deseaba interrumpir sus designos; y teniendo noticia el rey de España de que el Archiduque, despreciando el testamento de su suegra, tenía en su ánimo apartarle del reino de Castilla, estaba obligado á afirmarse con nuevas uniones, por lo cual se contrajo matrimonio entre él y la dama Germana de Fox, hija de una hermana del rey de Francia, con condición que el Rey la diese en dote la parte que le tocaba del reino de Nápoles, obligándose el rey de España á pagarle en diez años setecientos mil ducados para reintegrar los gastos hechos y á dotar su nueva mujer en trescientos mil ducados.

Acompañada la paz con este matrimonio se concertó que los barones anjovinos y todos aquellos que habían seguido la parte francesa, fuesen restituídos, sin pagar nada, á su libertad, á su patria, á sus Estados, dignidad y bienes en el mismo grado que se hallaban el día que se dió principio á la guerra entre españoles y franceses; y este día se declaró que había sido el que los franceses corrieron á la Tripalda; que quedasen anuladas todas las confiscaciones hechas por el rey de España y por el rey D. Fadrique; que se diese libertad al príncipe de Rossano, á los marqueses de Bitonto y de Giesualdo, Alonso y Onorato San Severino y á todos los demás barones del reino de Nápoles, que los españoles habían preso, y depusiese el rey de Francia el título de rey de Jerusalén y de Nápoles. Que los homenajes y reconocimientos de los barones se hiciesen respectivamente conforme á los conciertos hechos; y de la misma manera se pidiese la investidura al Papa, y que, muriendo la reina Germana, durante el matrimonio, sin hijos, su parte del dote la poseyese Fernando; mas que si vivía más que él, volviese á la Corona de Francia; que estuviese obligado el rey Fernando á ayudar

á Gastón, conde de Fox, hermano de su nueva mujer, en la conquista del reino de Navarra que pretendía la tocaba, por haberle poseído con título real Catalina de Fox y Juan, hijo de Albret, su marido: que obligase el rey de Francia á la viuda del rey Fadrique á que se fuese á España con dos hijos que tenía consigo, donde se le señalaría honesto modo de vivir y, no queriendo ir, la echase del reino de Francia, sin darle más provisión ni entretenimiento á ella, ni á sus hijos: que fuese prohibido á ambas partes ir contra los nombrados por cada una; ambas nombraron en Italia al Papa y el rey de Francia nombró á los florentinos; y que se entendiese, para firmeza de la paz, que entre los dos Reyes hubiese perpetua confederación, para defensa de sus Estados, estando obligado el rey de Francia con mil lanzas y seis mil infantes y el rey Fernando con trescientas y sesenta lanzas, dos mil jinetes y seis mil infantes.

Después de esta paz (de la cual el rey de Inglaterra prometió la observancia por ambas partes), los barones anjovinos que estaban en Francia, despidiéndose del Rey (que, por su dureza, usó con ellos en su partida de cortas señales de agrado), fueron casi todos con la reina Germana á España.

Despedida del reino de Francia Isabel, que había sido mujer de Fadrique, porque rehusó poner sus hijos en poder del Rey católico, se fué á Ferrara, en donde, habiendo muerto poco antes Hércules de Este, y sucedídole en el ducado Alfonso, su hijo, sucedió al fin del año un caso lastimoso semejante á aquel de los antiguos tebanos, pero por ocasión más ligera (si es más ligera la furia desenfadada del amor, que la ambición ardiente del reinar); porque, estando el cardenal Hipólito de Este muy enamorado de una moza parienta suya, la cual con no menor ardor amaba á D. Julio, her-

mano natural de Hipólito, y confesándole ella misma al Cardenal que la obligaba sobre todo á quererle tanto la belleza de los ojos de D. Julio, enfurecido el Cardenal, esperó tiempo á propósito de que saliese de la ciudad á caza su hermano, y, cercado en el campo, haciéndole apeaar del caballo, le hizo sacar los ojos por unos lacayos suyos (no faltándole el ánimo para estar presente á tan grande maldad) como competidores de su amor, por lo cual sucedieron después entre los hermanos grandísimos alborotos (1).

Así acabó el año 1505.

(1) En la vida de Alfonso, duque de Ferrara, escrita por el Jovio, dice este autor que el enojo del cardenal Hipólito contra D. Julio procedía de su soberbia y presunción para con el Cardenal. Exasperado el ánimo del Cardenal le hizo casi privar de la vista; pero sea la que fuese la ocasión, ó la que el autor pone aquí, ó la que dice el Jovio, que por ventura, mirando á la dignidad eclesiástica, quiso decir lo mismo con calladas palabras, lo cierto es que el hecho de la ofensa sucedió en los ojos, y yo he oído decir á personas dignas de crédito que el dicho D. Julio en aquel acto se puso luego las manos en los ojos y encomendándose á Dios, más por milagro que por otro camino, los volvió á su lugar y vió después muy bien mucho tiempo é hizo labores muy sutiles de su mano, porque era de bello ingenio. Después, porque tuvo mano en una conjuración ordenada por Fernando, hermano del duque Alfonso, para quitarle el Estado, fué preso este D. Julio con D. Fernando, hermano carnal del Duque, y así estuvo durante toda la vida de Alfonso y de Hércules IV, su hijo; pero después de la muerte de Hércules, tomando el Estado Alfonso, su hijo, que al presente es duque de Ferrara, portándose con D. Julio, más como hijo que como pariente apartado, le sacó de la prisión y viviendo poco tiempo después de estar en libertad, murió el año 1560.—(*Nota del traductor.*)

## LIBRO VII.

---

### SUMARIO.

Deseoso el Papa Julio II de que los venecianos no tuviesen ciudad alguna en la Romana, comienza con diversos príncipes á esparcir las semillas de la guerra que pretendía moverles, y habiendo hecho liga con el rey Luis de Francia, procuró también traer á su opinión al emperador Maximiliano, el cual, pidiendo el paso á los venecianos para venir á Italia á coronarse, determinó (porque se lo negaron) á pasar por fuerza, y bajando al Friul, hubo de ambas partes muchos progresos.—En este mismo tiempo, resuelto el Papa á recuperar á Perusa y á Bolonia, las redujo ambas á la Iglesia con demostraciones y aun con efectos de guerra.—Pasó en estos mismos tiempos el rey Católico á Italia.—Descubriéndose una conspiración que estaba ordenada contra Alfonso, duque de Ferrara, fueron ajusticiados parte de los conjurados y parte puestos en cárcel perpetua.—Levántase en Génova un alboroto de los plebeyos contra los nobles, de manera que, viniendo aquella ciudad á manifiesta rebelión contra el rey de Francia, sucedió ser necesario que acudiese el Rey en persona á aquella empresa, y entrando en Génova y tomándola á discreción, hizo dar muerte á las cabezas del motín.—Hízose también la dieta de Constanza y las vistas del rey de Francia con el de Aragón en la ciudad de Savona, y en la dicha dieta se concluyó cuánto se debía dar al Rey de Romanos para la guerra, en lo cual, después de muchas pláticas, no se concluyó nada que tuviese después gran efecto, y los dos Reyes, después de muchas demostraciones de amistad, partieron el uno para ir á España por mar, y el otro á Francia por tierra.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

Mala disposición del papa Julio contra el rey de Francia.—El rey Felipe de Castilla aborda en Inglaterra por causa de una tempestad.—El rey de Francia se indigna contra los venecianos.—Embajadores del César en Venecia.—Guerra del Papa Julio contra Bolonia.—Movimientos del Papa con el ejército.—Fuga de los Bentivoglis de Bolonia.—Los de Bolonia se entregan al Papa.—Viaje á Italia de Fernando, rey de Aragón.—Muerte de Felipe, rey de Castilla.

Sucedieron estas cosas el año 1505, el cual, aunque había dejado esperanza de que se hubiese de continuar la paz de Italia, después de acabadas las guerras causadas por el reino de Nápoles, con todo eso se veían por otra parte semillas grandes de futuros incendios, porque Felipe, que ya se intitulaba rey de Castilla, no contento de que aquel reino se gobernase por su suegro, é incitado por muchos señores, se disponía para ir á España contra la voluntad de Fernando, pretendiendo (como era cierto) que no había estado en mano de la Reina muerta dejar leyes para el gobierno del reino, acabada su vida.

Trataba el Rey de Romanos, tomando ánimo de la grandeza de su hijo, de pasar á Italia, y el de Francia, si bien el año pasado se había enojado con el Papa porque, sin darle parte, concedió los beneficios del ducado de Milán, que habían vacado por la muerte del cardenal Ascanio y de otros, y porque, habiendo creado muchos cardenales, rehusó crear juntamente con los otros al obispo de Aux, sobrino del cardenal de Rohán, y al obispo de Bayeux, sobrino de La Tremouille, habiéndoselo pedido él con grande instancia (por lo cual había hecho secuestrar los frutos de los beneficios que el cardenal

de San Pedro in Víncula y otros prelados favorecidos por el Papa poseían en el Estado de Milán), con todo eso, habiendo comenzado por otra parte á temer del Emperador y de su hijo, y deseoso por esto de la amistad del Papa, alzando los secuestros hechos, envió en el principio de este año al obispo de Sisterón, nuncio apostólico cerca de su persona, á proponerle varios designios y á hacerle diferentes ofertas en daño de venecianos, contra los cuales sabía que perseveraba su dañada intención, por el deseo de recuperar los lugares de la Romaña, aunque hasta aquel día se había procedido en todas las materias con tan grande quietud que había despertado en el mundo no pequeña admiración que aquel que, cuando era cardenal, había estado siempre combatido de grandes é inmoderados pensamientos, y que en el tiempo de Sixto y de Inocencio, y después en el del Papa Alejandro, había sido muchas veces instrumento de turbar á Italia, hubiese ahora, cuando se veía Pontífice, ejercitado tantas veces en ambición y designios inquietos, depuestos los bríos ardientes, y olvidándose de la grandeza de su ánimo, de que había hecho siempre ambiciosa profesión, no diese más señal de resentirse de las injurias y de ser semejante á sí mismo. Pero la intención de Julio era muy diferente, y determinando vencer la esperanza que de él se concibiera, había atendido y atendía, contra la costumbre de su primer magnanimidad, á juntar con todo cuidado grande suma de dinero, para que, á la voluntad que tenía de encender la guerra, se añadiese el poder y el nervio para sustentarla; y hallándose ya en este tiempo con buena cantidad de él, comenzaba á descubrir sus pensamientos enderezados á cosas grandes, por lo cual, acogiendo y oyendo al obispo de Sisterón, le había vuelto á enviar con gran presteza para tratar nuevas confederaciones entre ellos; al cual, para disponer mejor el

ánimo del Rey y del cardenal de Rohán, prometió por un Breve llevado por el mismo Sisterón la dignidad del cardenalato á los obispos de Aux y de Bayeux.

Con todo eso, en tan gran ardor se distraía alguna vez su ánimo en varios escrúpulos y dificultades porque ó por odio que hubiese ocultamente concebido contra el Rey, en el tiempo que estuvo en Francia huyendo de las asechanzas de Alejandro, ó porque le desagradaba sumamente el estar casi necesitado, por el poder y por la instancia del Rey, á conservar en la legacía de Francia al cardenal de Rohán, ó porque tuviese recelos de que el mismo Cardenal (cuyos pasos tiraban derechamente al Pontificado), impaciente de esperar su muerte, procurase conseguirlo por vías extraordinarias, no se había determinado de todo punto á juntarse con el rey de Francia, sin cuya unión conocía que estaba imposibilitado de que, por entonces, le sucediese cosa de consideración.

Por esto había enviado por otra parte á Pisa á Baltasar Biascia genovés, capitán de sus galeras, á armar dos sutiles que había hecho hacer allí el papa Alejandro para estar, según se creía, mas prevenido para librar á Génova del dominio de los franceses, en caso que el rey de Francia, que se hallaba todavía bien fatigado con las reliquias de la enfermedad, muriese en este estado.

Estando en tan gran confusión todo, fué el primer movimiento del año 1506 la partida de Flandes del rey Felipe para pasar por mar á España con grande armada y para facilitar esta jornada, temiendo todavía que su suegro, con ayuda del rey de Francia le hiciese resistencia, se había concertado con él (gobernándose con artificios españoles) de que se remitiría á su gobierno en la mayor parte de las cosas; que tuviesen ambos el título de reyes de España, como lo habían te-

nido él y la Reina muerta, y que las rentas se dividiesen en cierta manera. Por este acuerdo su suegro, aunque no estaba todavía bien seguro de que se cumpliría así, le había enviado á Flandes, para traerle, muchas naves, por lo cual, embarcado con su mujer y con Fernando su hijo segundo, tomó el camino de España con prósperos vientos, los cuales, al fin de dos días de navegación, se convirtieron en tiempo muy contrario, y trabajada de gran tormenta su armada, después de largo contraste hecho al furor del mar, se dividió, arribando los barcos á varias partes de la costa de Inglaterra y de Bretaña, y él, con dos ó tres bajeles, aportó con gran peligro al puerto de Antona en Inglaterra.

Entendido este suceso por Enrique VII, rey de aquella isla, que estaba en Londres, enviando luego muchos señores á recibirle con gran honra, le pidió fuese á Londres, lo cual no estaba en manos de Felipe el negarlo por hallarse casi solo y sin naves. Detúvose con él hasta que la armada se juntase y pusiese en orden, y en este tiempo se hicieron entre ellos nuevas capitulaciones; pero Felipe, tratado en todas las demás cosas como Rey, en una sola lo fué como prisionero, porque tuvo que poner en manos de Enrique al duque de Suffolk, que tenía preso en el castillo de Namur, el cual, porque pretendía tener algún derecho al reino de Inglaterra, deseaba Enrique sumamente que estuviera en su poder, aunque le dió la palabra de no privarle de la vida. Estuvo preso mientras vivió Enrique y después de su muerte fué degollado por orden de su hijo.

Pasó después Felipe con más feliz navegación á España, donde, concurriendo á su persona casi todos los señores, su suegro que, por no verse poderoso por sí mismo para resistirle y por no juzgar que eran fundamentos seguros las promesas de los franceses, nunca había pensado en otra cosa sino en la paz, quedando

desamparado casi de todos, y sin haber podido alcanzar, sino con mucha pesadumbre y embarazo, la vista de su yerno, hubo menester ceder á las condiciones que le fueron dadas, desaprobando el primer acuerdo hecho entre ellos; si bien no se procedió en esto rigurosamente por la benignidad de la naturaleza de Felipe y mucho más por los consejos de aquellos que se le habían mostrado enemigos de Fernando, porque, temiendo continuamente que él con su prudencia y autoridad, volviese á tener crédito con su yerno, solicitaban cuanto podían su partida de Castilla. Concértose que, cediendo Fernando la administración que, en su testamento, le había dejado su mujer y todo aquello que por esto pudiese pretender, se fuese luego de Castilla, prometiendo que no volvería más á ella; que Fernando tuviese por propio el reino de Nápoles, no obstante que con el mismo derecho con que solía pretender aquel reino, alegando que había sido conquistado con las armas y fuerzas de Aragón, no faltaba quien diese motivo á considerar que por ventura pertenecía más justamente á Felipe, por haber sido conquistado con las armas y con el poder del reino de Castilla; fuéronle reservadas las rentas de las iglesias de la India durante su vida y los tres maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara, y que, de las rentas del reino de Castilla, tuviese cada año veinticinco mil ducados.

Hecha esta capitulación, Fernando (que de aquí adelante llamaremos Rey Católico ó rey de Aragón), se fué luego de aquel reino con intento de ir á Nápoles lo más presto que pudiese, no tanto por deseo de ver aquel reino y ponerle en orden, cuanto por sacar de él al Gran Capitán, del cual, después de la muerte de la Reina, había sospechado muchas veces que pensase pasar en su persona aquel reino, ó estuviese más inclinado á dárselo á Felipe que á él, y habiéndole llamado á España

en vano y diferido él su vuelta con varias excusas é impedimentos, creía que, no yendo en persona, tendría dificultad en quitarle aquel gobierno, no obstante que, hecho el acuerdo, le dió á entender el rey Felipe que había de obedecer totalmente al rey de Aragón.

En este tiempo, estando ya el rey de Francia muy aliviado de su enfermedad, tenía en su pecho varios y aun contrarios pensamientos, inclinándose contra los venecianos por el enojo que había concebido en el tiempo de la guerra de Nápoles, por el deseo de recobrar lo que tocaba antiguamente al Estado de Milán, y por juzgar que, por muchos accidentes le podría ser peligroso su poder en algún tiempo (motivo entre otros que le había inducido á confederarse con el Rey de Romanos y con Felipe, su hijo). Por otra parte, no le era grato el paso de aquel rey á Italia (del cual se entendía ya que se preparaba para pasar con grandes fuerzas), porque temía más de lo que solía el poder que se acrecentaba en Felipe, su sucesor en tanta grandeza, sospechando que cuando fué á Inglaterra hubiese hecho con aquel Rey nuevas y estrechas uniones, y porque había cesado por la paz hecha con el Rey Católico (por la cual había depuesto los pensamientos del reino de Nápoles), una de las principales causas por que se había confederado con ellos.

Mientras estaba en esta variedad y duda de ánimo, le vinieron embajadores de Maximiliano á significarle su determinación de pasar á Italia y á pedirle que pudiese en orden las quinientas lanzas que le había prometido dar en su favor, que restituyese, según la promesa hecha, los desterrados del Estado de Milán, y á rogarle que anticipase la paga del dinero que se le debía dar pocos meses después. Aunque el Rey no estaba inclinado á acceder á estas demandas, hizo demostración de que lo estaba, pero no á más que á aquello que

por entonces consistía sólo en palabras, porque mostró gran deseo de que se pusiese en ejecución lo que se había concertado, ofreciendo prontamente que cumpliría á su tiempo todo aquello á que estaba obligado, si bien negó con varias excusas la anticipación de la paga. Por otra parte, el Rey de Romanos, no confiando más en el ánimo del rey de Francia de lo que confiaba en el suyo, y deseando con gran ardor pasar á Roma principalmente para tomar la corona del imperio y procurar después que eligiesen á su hijo por Rey de Romanos, intentaba al mismo tiempo llegar por otros medios á su designio, por lo cual hacía instancia con los suizos para unirlos consigo, los cuales, después de muchas disputas que hubo entre ellos, determinaron guardar el acuerdo que duraba todavía con el rey de Francia por dos años. A los venecianos había pedido paso por sus tierras; mas causándoles mucha molestia su pasaje con ejército, tomaron ánimo para responderle con generalidades de las ofertas del rey de Francia, el cual les indujo á que se le opusiesen juntamente con él.

Mostrándose ya publicamente el Rey ajeno de la confederación hecha con él y con Felipe, desposó á Claudia, su hija, con Francisco, señor de Angulema, al cual tocaba la corona después de su muerte sin hijos varones, si bien fingiendo que lo hacía por los ruegos de sus vasallos. Habiendo ordenado primero para este efecto que todos los parlamentos y ciudades principales del reino de Francia le enviasen embajadores á suplicárselo como cosa de gran utilidad para el reino, pues faltaba continuamente en él la esperanza de poder tener hijos varones. Significó luego esto al rey Felipe por embajadores propios, disculpándose con que no había podido contrarrestar al deseo tan eficaz de todo el reino y de todos sus pueblos.

Envió también gente en ayuda del duque de Gueldres

contra Felipe para distraer á Maximiliano de pasar á Italia, el cual ya por sí mismo había interrumpido estos pensamientos, porque habiendo entendido que Uladislao, rey de Hungría, se veía oprimido de una grave enfermedad, se había acercado á los confines de aquel reino, siguiendo el antiguo deseo de su padre y suyo de apoderarse de él por los derechos que afirmaban tenía, porque habiendo muerto muchos años antes sin hijos Ladislao, rey de Hungría y de Bohemia, hijo de Alberto, que había sido hermano del emperador Federico, pretendiendo los húngaros que, muerto su rey sin hijos, no tenía lugar la sucesión de los cercanos, sino que les pertenecía á ellos la elección del nuevo Rey, habían elegido por rey suyo (obligados de las virtudes de su padre) á Matías, aquel que después, con tan gran gloria de reino tan pequeño, trabajó tantas veces al poderoso imperio de los turcos; el cual, por excusar en el principio de su reinado la guerra con Federico, concertó con él que no se casaría, para que, después de su vida, llegase aquel reino á Federico ó á sus hijos, y, si bien no lo observó, murió sin hijos, pero no por esto cumplió Federico su deseo, porque los húngaros eligieron por nuevo rey á Uladislao, rey de Polonia, por lo cual, habiéndose vuelto á comenzar nuevas guerras con ellos por Federico y por Maximiliano, se concertaron finalmente y prestaron solemne juramento los barones del reino de que, muriendo sin hijos Uladislao, recibirían por rey á Maximiliano, y por esto, aspirando á esta sucesión, en entendiendo la enfermedad de Uladislao, se acercó á los confines de Hungría, omitiendo por entonces los pensamientos de pasar á Italia.

Mientras se trataban estas cosas con tanta variedad entre los Príncipes ultramontanos, conociéndose el Papa inhábil para ofender á los venecianos sin ayuda del rey de Francia y no pudiendo sufrir ya el gastar sin pro-

vecho los años de su Pontificado, pidió al Rey que le ayudase á reducir debajo de la obediencia de la Iglesia las ciudades de Bolonia y de Perusa, las cuales, perteneciendo por derechos muy antiguos á la Sede Apostólica, estaban tiranizadas la una por Juan Paulo Balgione y la otra por Juan Bentivoglio, cuyos antepasados, haciéndose, de ciudadanos particulares, cabezas de bandos en las discordias civiles, echando fuera ó dando muerte á sus contrarios, se habían hecho señores absolutos y no les había detenido otra cosa á ocupar el nombre de legítimos Príncipes sino el respeto de los Papas, los cuales en ambas ciudades retenían poco más que el nombre, desnudo del dominio, porque tomaban una parte, aunque pequeña, de las rentas y tenían gobernadores en nombre de la Iglesia, quienes, estando el poder y la determinación de las cosas importantes en mano de aquellos, permanecían casi sólo por sombra y por demostración más que para los efectos. Pero la ciudad de Perusa, ó por su cercanía á Roma ó por otras ocasiones, había estado mucho más continuamente sujeta á la Iglesia, porque la ciudad de Bolonia, en las adversidades de los Papas, había hecho muchas variaciones, unas veces rigiéndose con libertad, otras tiranizada por sus ciudadanos; unas sujeta á los Príncipes extranjeros, otras reducida á la absoluta sujeción de los Papas, y últimamente vuelta á la obediencia de la Iglesia en el tiempo del papa Nicolás V, pero con ciertas limitaciones y conciertos de autoridad entre los Papas y ellos que, quedando con el tiempo el nombre y las demostraciones á los Pontífices, el efecto y la sustancia de las cosas había venido á poder de los Bentivoglios. Juan, que al presente gobernaba, habiendo poco á poco atraído para sí todas las cosas y oprimido las familias más poderosas que habían sido desafectas á sus antecesores y á él en fundar y establecer la tira-

nía, y siendo molesto también por cuatro hijos que tenía, cuya insolencia y gastos comenzaban á ser intolerables, y, por estas razones, odioso á todos, dejando poco lugar á la mansedumbre y á la clemencia, conservaba su poder más con la crueldad y con las armas que con la benignidad y mansedumbre.

Incitaba al Papa para estas empresas, principalmente, la ambición de la gloria, por lo cual, dando color de piedad y celo de religión á su codicia, tenía intento de restituir á la Sede Apostólica todo lo que de cualquier manera se dijese que le había sido usurpado. Movíale más particularmente á la recuperaci6n de Bolonia un odio nuevo contra Juan Bentivoglio, porque, habiéndose detenido (mientras no osaba estar en Roma) en Cento, lugar de su obispado de Bolonia, tuvo que huir una noche con presteza por llegarle aviso (6 verdadero 6 falso) que orden6 aqu6l prenderle á instancia del papa Alejandro.

Fué muy gustosa para el Rey esta petici6n del Papa, pareciéndole que tenía ocasi6n para conservarle en su amistad, porque sabiendo que le era muy molesta su uni6n con los venecianos, comenzaba á temer mucho que se precipitase, y no estaba sin recelo de que cierta plática que había tenido Octaviano Fregoso para privarle del dominio de Génova, fuese con su participaci6n. Demás de esto, creía que si bien el Bentivoglio estaba debajo de su protecci6n, se inclinaba más al Emperador que á él. Acrecentábase su enojo contra Juan Paulo Baglione por haber rehusado (habiendo recibido cuatro mil ducados) ir á juntarse con su ejército en el río Garellano, y deseaba ofender á Pandolfo Petrucci, con ocasi6n de enviar gente á la Toscana, porque nunca le había pagado el dinero prometido y se había arrimado de todo punto á la fortuna de los españoles, por lo cual ofreció prontamente al Papa ayudar-

le, y en cambio le dió el Papa los breves del cardenalato de Aux y de Bayeux y facultad para disponer de los beneficios de Milán, como en tiempos pasados la tuvo Francisco Sforza.

Habiéndose concluído estas pláticas por medio del obispo de Sisterón, promovido nuevamente al arzobispado de Aix, el cual, por esta causa, fué muchas veces de una parte á la otra; con todo eso, no tuvo tan pronta la ejecución, porque habiendo diferido el Papa algunos meses hacer la empresa, sucedió que Maximiliano, que por haber roto la guerra al rey de Hungría, había dejado el pensamiento de pasar á Italia, hizo paz con él, renovando el concierto de la sucesión, y volvió á Austria, haciendo señales y aparatos que mostraban que quería pasar á Italia; y deseando no tener por enemigos á los venecianos, envió á Venecia cuatro embajadores á significar su determinación de ir á Roma por la corona del Imperio, pidiéndoles que le concediesen el pase á él y á su ejército y manifestando que estaba dispuesto á asegurarles que no causaría molestia alguna á su Estado, antes deseaba unirse con aquella república, pudiendo hallarse fácilmente modo de concierto, que no sólo fuese con seguridad, sino con aumento y exaltación de ambas partes. Así quería inferir tácitamente que sería utilidad de ambos juntarse contra el rey de Francia.

Respondióse con gratas palabras á este negocio, después de larga consulta, mostrando cuán grande era el deseo del Senado veneciano de arrimarse á su voluntad y satisfacerle en todas las cosas que pudiese, sin grave perjuicio suyo; el cual, en este caso, no podía ser ni mayor ni más evidente, siendo cierto que toda Italia, desesperada por tan grandes calamidades como había padecido, inquieta sólo con el nombre de su tránsito con ejército poderoso, estaba con intención de tomar

las armas para no dejar abrir el camino á nuevos trabajos, y lo mismo quería hacer el rey de Francia para asegurar el Estado de Milán, por lo cual, el venir con ejército armado á Italia, no sería otra cosa sino buscar una oposición muy poderosa y con grande peligro de ellos, contra quien se irritaría toda Italia, juntamente con el rey de Francia, si le consintiesen el paso como si hubiesen antepuesto al propio interés el beneficio común. Que era mucho más seguro para todos, y al fin más honroso para él, viniendo á una acción pacífica y favorable para todos, pasar á Italia desarmado donde, mostrándose no menos benigna que poderosa la majestad del Imperio, hallaría grandísimo aplauso en todo y sería con grande gloria conservador de la tranquilidad de Italia, yendo á coronarse de la manera que antes de él había ido al mismo efecto su padre y otros muchos de sus predecesores, y que, en tal caso, haría el Senado veneciano con él todas las demostraciones y oficios que el mismo supiese desear.

Fueron causa estas preparaciones de armas y estas cosas que se trataban por el Emperador de que pidiese el Papa al Rey (determinado de hacer al presente la empresa de Bolonia) la gente que le había prometido, el cual, pareciéndole que no era tiempo de semejantes movimientos, le aconsejaba amigablemente que lo difiriese para sazón en que no se hubiese de conmover toda Italia por este accidente, obligándole también á esto la sospecha de que los venecianos se enojasen, porque le habían dado á entender que estaban determinados á tomar las armas para la defensa de Bolonia, si el Papa no les cedía primero los derechos de Faenza pertenecientes á la Iglesia. Pero el natural impaciente y desesperado del Papa, procuró contra todas las dificultades y oposiciones, por términos impetuosos, conseguir su deseo, porque llamando los cardenales al Con-

istorio, habiendo justificado la causa que le movía á desear librar de tiranos las ciudades de Bolonia y de Perusa, miembros tan ilustres é importantes de la Sede Apostólica, significó que quería ir á ellas personalmente, afirmando que, demás de sus propias fuerzas, tendría ayuda del rey de Francia, de los florentinos y de otros muchos potentados, y que Dios, príncipe justo, no había de desamparar á quien ayudaba á su Iglesia.

Significado esto en Francia, parecía cosa tan ridícula al Rey, que se prometiese el Papa, sin tener certificación de ello, la ayuda de su gente, que riendo mientras comía y excusando su embriaguez, á todos notoria, dijo que el Papa, la noche antes, se debía haber enardecido demasiado con el vino, no advirtiéndole que esta determinación tan impetuosa, le obligaba á venir á manifiesta rotura con él, ó á concederle la gente contra su propia voluntad.

Mas el Papa, sin esperar otra resolución, había salido de Roma con quinientos hombres de armas, y habiendo enviado á Antonio del Monte á significar á los boloñeses su venida y á mandar que dispusiesen su recibimiento y comodidad para alojar en la comarca quinientas lanzas francesas, se adelantaba despacio, llevando intención de no pasar á Perusa si no se certificaba primero de que la gente francesa vendría en su ayuda, temiendo la llegada del Papa. Juan Paulo Baglione, aconsejado por el duque de Urbino y por otros amigos suyos y debajo de la palabra que le había dado, fué á encontrarle á Orvieto, donde poniéndose totalmente en su voluntad, le recibió en su gracia, prometiendo al Papa ir con él en persona, llevar ciento y cincuenta hombres de armas, dejar en sus manos las fortalezas de Perusa y del Perusino y la guarda de la ciudad y dando por rehenes del cumplimiento dos hijos suyos al duque de Urbino.

Hecho este concierto, entró el Papa en Perugia sin fuerzas y de manera que estaba en mano de Juan Paulo prenderle á él y á toda la Corte, si se hubiera atrevido á que resonara en todo el mundo tan gran traición, ya que había infamado su nombre en cosas mucho menores.

Oyó en Perugia al cardenal de Narbona que había venido en nombre del rey de Francia á aconsejarle que difiriese para otro tiempo la empresa, y á disculpar que, si bien el Rey deseaba enviarle gente, no podía desarmar el ducado de Milán por los grandes recelos que tenía del Emperador. Conmovido grandemente por esta embajada y no mostrando por esto que quería mudar de parecer, comenzó á tomar á sueldo infantería y á acrecentar todas las provisiones. Mas con todo eso, creyeron muchos, atendiendo á las dificultades que se mostraban y á su natural, que no era implacable con aquellos que se le rendían, que si el Bentivoglio, que por sus embajadores le había ofrecido que le enviaría todos los cuatro hijos, se hubiera dispuesto á ir él mismo, como lo había hecho Juan Paulo, hubiera hallado para sus cosas algún camino tolerable. Mientras no se resolvía en esto por sí mismo, ó según dicen algunos, mientras estaba suspenso por la contradicción de su mujer, tuvo aviso de que el rey de Francia había mandado á Chaumont que fuese en persona á ayudar al Papa con quinientas lanzas; porque el Rey, si bien hallándose entonces ausente de la Corte el cardenal de Rohán, había estado inclinado á no concederlas, aconsejado después en contrario por Rohán, y considerando cuán gran ofensa sería para el Papa negarle aquello que no sólo le había prometido al principio, sino persuadídole también á que quisiese usar de ello, mudó de parecer inclinándose á esto más fácilmente, porque las demostraciones de Maximilia-

no se habían comenzado á resfriar, según su costumbre, y el Papa por satisfacer en algo al Rey, habíale prometido (si bien no por escrito, sino con simples palabras) que nunca molestaría á los venecianos por causa de los lugares de la Romaña. Pero no queriendo abstenerse de mostrar que tenía fijo en el ánimo este deseo, fué de Perugia á Cesena, tomando el camino de los montes, porque si hubiera seguido el llano estaba obligado á pasar por tierra de Rímini, que la ocupaban los venecianos. En Cesena amonestó al Bentivoglio so graves censuras y penas espirituales y temporales, que se fuese de Bolonia, extendiéndolas á todos los que anduviesen ó tratasen con él.

Habiendo tenido aviso en este lugar de que Chaumont estaba en camino con seiscientas lanzas y tres mil infantes pagados por el Papa, lleno de mayor ánimo, continuó sin dilación el camino, y excusando pasar por el territorio de Faenza, por la misma causa que lo había excusado por el de Rímini, tomando el camino de los montes, aunque difícil é incómodo por los lugares que poseían los florentinos de la otra parte del Apenino, fué á Imola, donde se recogía su ejército, en el cual, demás de mucha infantería que había recibido á su sueldo, había cuatrocientos hombres de armas pagados por él, Juan Paulo Baglione con ciento cincuenta, ciento prestados por los florentinos debajo del gobierno de Marco Antonio Colonna, otros ciento prestados por el duque de Ferrara, muchos estradiotas tomados á sueldo en el reino de Nápoles y doscientos caballos ligeros que había traído el marqués de Mantua, lugarteniente del ejército.

Por su parte no habían cesado los Bentivoglios de hacer en Bolonia muchas preparaciones, esperando, si no ser defendidos, á lo menos no ser maltratados por los franceses, porque habiendo ellos pedido socorro al

Rey, según las obligaciones de la protección, les había respondido que no podía oponerse con las armas á la empresa del Papa, pero que no daría gente ni ayuda contra ellos, por lo cual confiaban que fácilmente podrían resistir al ejército eclesiástico. Pero faltóles toda la esperanza por la venida de Chaumont, el cual, aunque por el camino había dado varias respuestas á sus mensajeros, con todo eso, el día que llegó á Castelfranco en el Boloñés, que fué el mismo que el marqués de Mantua ocupó á Castel San Pedro con la gente del Papa, envió á significar á Juan Bentivoglio que, no queriendo el Rey faltarle á lo que estaba obligado por los capítulos de la protección, pensaba conservarle en sus bienes y hacer que, dejando el gobierno de la ciudad á la Iglesia, pudiese seguramente vivir en Bolonia con sus hijos, gozando de su hacienda, pero esto en caso que dentro de tres días obedeciese la orden del Papa; por lo cual el Bentivoglio y sus hijos, que primero, con grandes amenazas, habían publicado por todas partes que se querían defender, perdidos enteramente de ánimo y olvidados de lo que habían reprendido á Pedro de Médicis, de que, sin derramar sangre, hubiese huído de Florencia, respondieron que querían ponerse en su albedrío, suplicándole que fuese medianero para que, á lo menos, alcanzasen tolerables condiciones; por lo cual Chaumont, que ya había llegado á la puente del Reno, próximo á Bolonia tres millas, interponiéndose con el Papa, concertó que les fuese lícito á Juan Bentivoglio, á sus hijos y á Ginebra Sforza, su mujer, irse seguramente de Bolonia y estarse en cualquier lugar que quisiesen del ducado de Milán; que tuviese facultades para vender ó sacar de Bolonia todos sus bienes muebles, y que no fuesen molestados en los raíces que poseían con justo título.

Convenidas estas cosas se fueron luego de Bolonia,

habiendo alcanzado de Chaumont (á quien dieron doce mil ducados) muy amplio salvoconducto, con promesa por escrito de que les haría guardar cuanto se contenía en la protección del Rey y que pudiesen vivir seguramente en el Estado de Milán.

Cuando partieron los Bentivoglios, envió luego el pueblo de Bolonia embajadores al Papa para darle libremente la ciudad y pedirle sólo la absolución de las censuras y que no entrasen los franceses en Bolonia, los cuales, sufriendo de mala gana ninguna regla, y arriándose á las murallas, hicieron esfuerzos para entrar; pero habiéndolo resistido el pueblo, se alojaron cerca de la muralla entre la puerta de San Felice y la de Zaragoza, sobre el canal que, derivado del río Reno, pasando por Bolonia, lleva las naves al camino de Ferrara; no sabiendo que estaba en manos de los boloñeses, con bajar una compuerta de hierro en el lugar donde el agua del canal entra en la ciudad, inundar todo el país circunvecino. Habiendo hecho esto, lleno el canal de agua, anegó el lugar bajo donde alojaban los franceses, los cuales, dejando en el lodo la artillería y muchos carruajes, se retiraron con alboroto al puente del Reno, donde estuvieron hasta la entrada del Papa en Bolonia. Entró en aquella ciudad con gran pompa y con todas las ceremonias pontificales el día dedicado á San Martín.

Así vino á poder de la Iglesia con gran felicidad de los boloñeses la ciudad de Bolonia; ciudad que por el mucho pueblo, por la fertilidad de su comarca y por la oportunidad del sitio, se cuenta justamente entre las más excelentes de Italia, en la cual, aunque instituye el Papa los nuevos magistrados, á ejemplo de los antiguos, se reserva en muchas cosas señales y figuras de libertad. Con todo eso, en cuanto al efecto, la sujetó de todo punto á la obediencia de la Iglesia.

Liberalísimo en conceder muchas exenciones, procuró (como asimismo lo hizo en todas las otras ciudades) hacer al pueblo amante del dominio eclesiástico.

Dió el Papa á Chaumont (que se volvió luego al ducado de Milán) ocho mil ducados para sí, y diez mil para su gente, y le confirmó por una Bula la promesa que primero le había hecho de promover al cardenalato al obispo de Albi, su hermano. Sin embargo (vuelto con todo el ánimo á ofender á los venecianos), no quiso publicar por entonces los cardenales de Aux y de Bayeux, según la instancia que se le hacía y los Breves que había concedido, para dejar al rey de Francia y al cardinal de Rohán más estímulos de ayudarle.

Pasó en este tiempo por mar á Italia el rey de Aragón, y antes que se embarcase en Barcelona, le llegó un hombre del Gran Capitán para manifestarle que éste se apresuraría á recibirle y á darle la obediencia, confirmandole el Rey, no sólo en el ducado de Sant Angelo, que por lo pasado le había dado el rey Fadrique, sino también todos los otros Estados que poseía en el reino de Nápoles, de valor de más de veinte mil ducados de renta. Confirmóle también el oficio de gran Condestable del mismo reino, y le prometió, por cédula de su mano, el maestrazgo de Santiago. Embarcándose por esto con mayor confianza en Barcelona, y siendo recibido con gran honra por orden del rey de Francia, juntamente con su mujer; en todos los puertos de la Provenza, fué recibido con la misma honra en el puerto de Génova, donde le esperaba el Gran Capitán, habiendo ido á recibirle con admiración de muchos, porque no sólo la gente vulgar, sino también el Papa, tenían opinión de que por la desobediencia pasada y de los recelos que el Rey había tenido de él (quizá no sin algún fundamento), excusando por miedo el verle, pasaría á España.

Partido de Génova, no queriendo con las galeras sutiles apartarse de la tierra, estuvo muchos días en Portofino, por no tener vientos favorables; y mientras se detuvo allí, le llegó aviso que el rey Felipe, su hijo, mozo de años y de cuerpo robusto y sano en la flor de su edad y constituido en tan gran felicidad, mostrándose muchas veces maravillosa la variedad de la fortuna, había muerto en la ciudad de Burgos, de una calentura que le duró pocos días; pero el Rey, aunque creyeron muchos que por el deseo de tomar el gobierno de Castilla volvería luego las proas á Barcelona, continuando el camino primero entró en el puerto de Gaeta el mismo día que el Papa había entrado en Imola yendo á Boloña, de donde, llegando á Nápoles, fué recibido en aquella ciudad (acostumbrada á ver los reyes aragoneses) con grandísima magnificencia y honra y con mucho mayor deseo y esperanza de todos, persuadiéndose cada uno que por mano de un Rey glorioso por tantas victorias como había tenido contra los infieles y contra los cristianos, digno de ser venerado por la opinión de prudencia, de quien publicaba su esclarecida fama que había gobernado sus reinos con singular justicia y tranquilidad, se restauraría el reino de Nápoles de tantos trabajos y opresiones, se reduciría á Estado quieto y feliz y volvería á entrar en posesión de los puertos que, con gran disgusto de todo el reino, tenían en él los venecianos.

Concurrieron á Nápoles prontamente embajadores de toda Italia, no sólo para alegrarse y honrar á un Príncipe tan grande, sino también para varios negocios y ocasiones, persuadiéndose todos que con su autoridad y prudencia había de dar forma y ser el contrapeso de muchas cosas; por lo cual el Papa, aunque mal satisfecho de él porque nunca había enviado sus embajadores á darle la obediencia, según lo que todos acostumbran,

procuraba incitarle contra los venecianos, pensando que, por recuperar los puertos de la Pulla, tendría deseo de verlos abatidos. Los venecianos procuraban conservarle en su amistad y los florentinos y los otros pueblos de Toscana trataban diversamente con él en lo tocante á las cosas de Pisa que aquel año se veían menos molestadas de lo que solían por los de Florencia, porque no habían impedido su cosecha, ó cansados de los gastos, ó porque la tuviesen por cosa vana por la experiencia de los años pasados, sabiendo que los genoveses y luqueses se habían concertado por un año para sustentar aquella ciudad con gasto fijo y determinado, lo cual les había aconsejado antes Pandolfo Petrucci, ofreciendo que los sieneses harían lo mismo. Pero, por otra parte, manifestando á los florentinos, con sus acostumbradas dobleces, lo que se trataba, alcanzó de ellos, porque se apartarse de los otros, que se prorrogase por tres años y con pacto escrito la tregua entre los florentinos y sieneses, que duraba todavía; que no les fuese lícito á los sieneses ni á Pandolfo dar ayuda ninguna á los pisanos; y absteniéndose, con esta excusa, de gastar por ellos, no cesaba en lo demás de aconsejarles y favorecerles cuanto podía.

Sucedió el mismo año de la tragedia comenzada antes en Ferrara un nuevo y grave accidente, porque Fernando, hermano del duque Alfonso, y Julio (á quien el Cardenal mandó sacar los ojos, si bien los médicos le curaron con pronta diligencia, de manera que no perdió la vista) se habían conjurado contra la vida del Duque, movido Fernando, que era el segundo, por codicia de ocupar aquel Estado, y Julio porque no le parecía que Alfonso se había resentido de sus agravios y porque no podía esperar vengarse del Cardenal por otro camino. Intervenía en estos consejos el conde Albertino Baschetto, gentil-hombre de Módena, y habiendo sobor-

nado algunos de baja calidad (1) (que contribuyendo á los placeres del Duque, estaban habitualmente á su lado), tuvieron muchas veces ocasión de matarle, pero detenidos por el temor, fatal siempre, la dejaron pasar de manera que (como sucede casi de ordinario que se difiere la ejecución de las conjuraciones) viniendo á luz el trato, fueron presos Fernando y los otros cómplices, y Julio, que al descúbrirse el caso huyó á Mantua á casa de una hermana suya, fué por orden del Marqués traído preso á Alfonso, bajo promesa suya de que no le privaría de la vida, y poco después, habiendo hecho cuartos al conde Albertino y á los otros culpados, fueron ambos hermanos condenados á estar en perpetua prisión en Castelnovo de Ferrara.

No se debe pasar en silencio el atrevimiento e industria del Valentino, el cual, en estos mismos tiempos, con sutil modo, bajándose por una cuerda del castillo de Medina del Campo, huyó al reino de Navarra, gobernado por el rey Juan, hermano de su mujer, adonde (para que no se haga más mención de él) habiendo vivido algunos años en bajo estado, porque el rey de Francia, que primero le había confiscado el ducado de Valenza y quitádole la pensión de los veinte mil francos que le había dado en compensación de la renta prometida, no le permitió ir á Francia por no disgustar al rey de Aragón, estando con la gente del rey de Navarra

(1) Entre estas personas de poca calidad, que la mayor parte debían ser oficiales, se hallaba un cierto Juan, cantor, como escribe el Jovio en la vida de Alfonso, el cual estaba en tan alta fortuna con éste, que burlándose el Duque se dejaba atar de él. Dicho cantor estaba en el número de los conjurados, y por ventura había trazado matarle una vez que le hubiese atado; pero, huyéndose á Roma, fué enviado al Duque por el Papa Julio II, el cual le hizo castigar como á traidor.—(Nota del traductor.)

en el campo de Viana (castillo flaco de aquel reino), fué muerto de una lanzada, peleando contra los enemigos que se habían descubierto en una celada.

---

## CAPITULO II.

Los genoveses se rebelan contra el rey de Francia.—Vuelve á Roma el papa Julio.—Los genoveses eligen un Dux plebeyo.—El rey de Francia acude á Italia contra los genoveses.—Embajadores de Génova al rey de Francia para entregar la ciudad á su discreción.—El rey de Francia entra en Génova.—Discurso de los genoveses al Rey.—Condiciones que éste les impone, y suplicio del Dux y de otros insurrectos.

Al fin de este año (porque el nuevo no comenzase sin ocasión de nuevas guerras), sucedió la rebelión de los genoveses de la devoción del rey de Francia, movida sólo por ellos mismos, y no siendo su fundamento por deseo que tuviesen de rebelarse, sino por discordias civiles que los llevaron más adelante de lo que primero habían determinado.

La ciudad de Génova, que verdaderamente está situada en aquel puesto para el imperio de la mar si no le impidiera tan grande oportunidad el veneno pestífero de las discordias civiles, no está como otras muchas de Italia sujeta á una sola decisión, sino dividida en muchas partes, porque en ella durán todavía las reliquias de las antiguas contiendas de los güelfos y gibelinos. Reina en ella la discordia entre los gentiles-hombres y los plebeyos, por la cual fueron en tiempos pasados arruinadas muchas ciudades en Italia y especialmente en la Toscana, porque, no queriendo sufrir los

plebeyos la soberbia de la nobleza, refrenaron su poder con muchas leyes severas y ásperas, y entre otras, habiéndoles dejado parte determinada en casi todos los otros magistrados y honras, los excluyeron particularmente de la dignidad de Dux, y este supremo magistrado se concedía á todos los otros por toda la vida de quien era elegido, si bien por la inestabilidad de aquella ciudad á ninguno ó por ventura á muy pocos fué permitido que continuasen tan grande honra hasta la muerte.

No es división menos poderosa la que hay entre los Adornos y los Fregosos, los cuales, habiendo llegado, de casas particulares, á ser capellacci (así llaman los genoveses á los que han subido á mucha grandeza), altercando sobre la dignidad de Dux; continuada muchos años casi siempre, en una de aquellas casas, porque no pudiendo los gentiles-hombres güelfos y gibelinos alcanzarla por la prohibición de las leyes, procuraban que se diese á los populares de la misma facción, y favoreciendo los güelfos á los Adornos y los gibelinos á los Fregosos, se hicieron con el tiempo estas dos familias más ilustres y más poderosas que aquellas cuyo nombre y autoridad solían seguir primero, y se confunden de tal manera estas divisiones, que muchas veces aquellos que están juntos contra la parte contraria, están también entre sí mismos divididos en varias partes, y por el contrario, unidos en una parte con aquellos que siguen la otra.

Mas este año comenzó á encenderse la diferencia entre los gentiles hombres y los plebeyos, y tomando principio de la insolencia de algunos nobles, como se hallasen de ordinario los ánimos de ambas partes mal dispuestos, se convirtieron luego las diferencias privadas en discordias públicas (más fáciles de engendrarse en las ciudades muy abundantes de riquezas, como

entonces estaba Génova), las cuales pasaron tan adelante que, tomando el pueblo las armas sediciosamente, matando á uno de la familia de Oria é hiriendo á algunos otros gentiles hombres, alcanzó más con la violencia que con la voluntad libre de los ciudadanos que en los consejos públicos donde intervienen muy pocos de la nobleza se estableciese el día siguiente que los oficios, que primero se dividían entre los nobles y plebeyos por iguales partes, se concediesen en lo futuro dos partes al pueblo, quedando una sola á los nobles. Convino en esta determinación (por miedo de que no se causasen mayores escándalos) Roccalbertino Cate-lano, que en lugar de Felipe Ravestein, gobernador por el Rey, que entonces estaba ausente, gobernaba la ciudad; mas no quietos por esto los plebeyos, levantando un nuevo alboroto dentro de pocos días, saquearon las casas de los nobles, por lo cual, no teniéndose por segura en la patria la mayor parte de la nobleza, se salió fuera.

Volvió el gobernador desde Francia á Génova, luego que entendió estas revueltas, con ciento y cincuenta caballos y setecientos infantes, pero no pudo, ni con la autoridad, ni con las persuasiones, ni con las fuerzas, reducir en nada las materias á mejor estado; antes, habiendo menester muchas veces acomodarse con la voluntad del pueblo, mandó que alguna otra gente que le seguía se volviese atrás.

De estos principios, haciéndose cada día más insolente la multitud y habiendo caído, contra la voluntad de muchos plebeyos justos (como acaece comúnmente en las ciudades alborotadas), el gobierno casi enteramente en lo más vil de la plebe, que creó por sí misma para cabeza de su furor un nuevo Tribunal de ocho hombres plebeyos con grande autoridad, á los cuales, para que el nombre los provocase á mayor locura, lla-

maron tribunos de la plebe, tomaron con las armas el lugar de la Spezia y otros de la ribera de Levante, que gobernaba Juan Luis del Fiesco por orden del Rey.

Quejóse Juan Luis de estas insolencias al Rey en nombre de toda la nobleza y por su propio interés, mostrándole el peligro manifiesto de perder el dominio de Génova, pues que la multitud había llegado á tal temeridad que, además de tantos males, se había atrevido (procediendo derechamente contra la autoridad real) á ocupar los lugares de la ribera y añadiendo que era fácil, usando con brevedad de los remedios convenientes, reprimir tan grande furor, mientras no llegaban á tener fomento ó ayuda de nadie; mas que, si tardaba en proveer el remedio, echaría el mal cada día mayores raíces, porque la importancia de Génova por mar y tierra era tal, que convidaba fácilmente á cualquier Príncipe á sustentar este incendio tan peligroso para su Estado, y conociendo la plebe que aquello que por ventura al principio fué sedición, se había vuelto en rebelión, se arriaría á cualquiera que le diese esperanza de defenderla.

Procuraron por otra parte los embajadores enviados por el pueblo de Génova al Rey justificar su causa, mostrando que no había incitado al pueblo otra cosa sino la soberbia de los gentiles-hombres, los cuales, no contentos con las honras convenientes para la nobleza, querían ser honrados y temidos como señores; que el pueblo había sufrido mucho tiempo sus insolencias; pero viéndose finalmente injuriado, no sólo en las haciendas, sino en las propias personas, no se había podido contener más; pero que, con todo eso, no habían procedido sino sólo en las cosas, sin las cuales no podía estar segura su libertad, porque, participando los nobles en los oficios por iguales partes, no se podía resistir á su tiranía por medio de los magistrados y de

los jueces, y estando por Juan Luis los lugares de la ribera, sin cuyo comercio estaba Génova como asediada, ¿de qué manera podrían con seguridad los plebeyos tratar y contratar con ellos? Que el pueblo había sido siempre muy devoto y fiel de la majestad real, y que las mudanzas de Génova habían procedido en todo tiempo más de los gentiles-hombres que de los plebeyos; que suplicaban al Rey que, perdonando los delitos que habían cometido algunos particulares en el ardor de las diferencias, sin la voluntad universal, confirmase la ley que se había hecho sobre la distribución de los oficios, y los lugares de la ribera se gobernasen en nombre público, y que, gozando en esta forma los gentiles-hombres honradamente su puesto y dignidad, gozarían los plebeyos la libertad y seguridad conveniente, por la cual no se hacía perjuicio á nadie, y reducidos á esta tranquilidad por su mano, adorarían eternamente la clemencia, bondad y justicia del Rey.

Habían sido de mucho disgusto para el Rey estos alborotos, ó porque tuviese recelos de la licencia de la multitud, ó por la inclinación que comúnmente tienen los franceses al nombre de gentil-hombre, por lo cual hubiera estado dispuesto á castigar los autores de estas insolencias y á reducir todas las cosas á su estado antiguo; pero temiendo que, si intentaba remedios ásperos, recurrirían los genoveses al Emperador (á quien, no habiendo aún muerto su hijo, temía mucho), y determinando por esto proceder blandamente, prometió perdonar todos los delitos cometidos y que confirmaría la nueva ley de los oficios, con tal que pusiesen en sus manos los lugares ocupados en la ribera; y para disponer al pueblo más fácilmente para estas cosas, envió á Génova á Miguel Riccio, doctor y expatriado de Nápoles, á aconsejarles que supiesen usar de la ocasión de su benignidad, antes que, multiplicando su contumacia

y errores, le pusiesen en necesidad de proceder contra ellos con la severidad del imperio. Pero en los ánimos ciegos de inmoderada codicia no tenía parte alguna la prudencia, ahogada por la temeridad; y así, la plebe y los tribunos (aunque los magistrados legítimos fuesen de contraric parecer) no aceptando la mansedumbre del Rey, no sólo negaron restituir los lugares ocupados, sino, pasando continuamente á cosas peores, determinaron expugnar á Mónaco, castillo que poseía Luciano Grimaldo, ó por el enojo común contra todos los gentiles-hombres genoveses, ó porque, por estar situado en lugar muy á propósito sobre el mar, importaba mucho para las cosas de Génova, ó quizá moviéndose por odio particular, siendo así que quien tiene en su poder aquel lugar, situado á propósito para este efecto, solía abstenerse con dificultad de los robos marítimos, ó porque, según dicen, pertenecía jurídicamente á la república, por lo cual (si bien contradiciéndolo sin fruto el gobernador) enviaron por tierra y por mar mucha gente á sitiario.

Conociendo Felipe de Ravestein que estaba allí inútilmente y no sin peligro por los accidentes que podían nacer, dejando en su lugar á Rocalbertino, se fué; y desesperado el Rey de que se pudiesen reducir á mejor forma las cosas, juzgando que el consentir que estuviesen en aquel estado no era con dignidad y seguridad suya, y que sería mayor el peligro si los dejasen pasar más adelante, comenzó á prepararse descubiertamente con las fuerzas de mar y tierra para reducir á su obediencia á los genoveses.

Fué causa esta determinación de que se interrumpiesen las materias que se trataban entre el Papa y él contra los venecianos, deseadas mucho por el Rey, viéndose libre, por la muerte del rey Felipe, de los recelos que había tenido de las preparaciones de Maximiliano; pero

mucho más las deseaba el Papa, indignado grandemente contra ellos por haber ocupado los lugares de la Romaña y porque, sin ningún respeto á la Sede Apostólica, conferían los obispados vacantes en su dominio y se introducían en muchas cosas pertenecientes á la jurisdicción eclesiástica; por lo cual, inclinado de todo punto á la amistad del Rey, demás de haber publicado por cardenales á los obispos de Bayeux y Aux, por háberselo pedido antes con grande instancia, había pedido al Rey que pasase á Italia y fuese á verse con él, lo que el Rey prometió hacer; pero entendiendo después el Papa su determinación de mover las armas en favor de los gentiles-hombres contra el pueblo de Génova, recibió gran disgusto, siendo por su antigua inclinación contrario de los gentiles hombres y favorecedor del pueblo, por lo cual hizo instancia con el Rey para que se contentase con tener aquella ciudad en su obediencia, sin alterar el estado popular, y le aconsejó eficazmente que se abstuviese de mover las armas, alegando muchas razones y principalmente que corría riesgo (si se emprendía en Italia algún incendio por este movimiento) de turbarse las cosas de manera que no se pudiese mover la guerra trazada contra los venecianos. Mas viendo que al Rey no movían estas razones, llevado del enojo y del dolor, ó verdaderamente habiéndose renovado en él, ó por sí mismo ó por sutiles artificios de otros, la antigua sospecha de la codicia del cardenal de Rohán, y temiendo por esto que le detuviese el Rey en caso que se juntasen en un mismo lugar, ó acaso concurriendo ambas causas, publicó de repente en el principio del año 1507, contra la esperanza de todos, que quería volver á Roma, sin alegar más razones sino que el aire de Bolonia era dañoso para su salud, y que su ausencia de Roma le causaba gran detrimento en sus rentas. Admiró mucho á todos esta determinación,

y especialmente al Rey, que sin ninguna causa dejase imperfectas las pláticas que tanto había deseado, interrumpiendo las vistas que él mismo le había pedido, y turbándose mucho, no dejó de hacer cuanto pudo por que variase este nuevo pensamiento, si bien era más dañosa que vana su diligencia, porque, entrando el Papa en mayores recelos, por la instancia que se le hacía, tanto más se confirmaba en su determinación, y estando pertinaz en ella, partió al fin de Febrero de Bolonia, sin poder disimular el enojo que había concebido contra el Rey.

Puso antes de partir de aquella ciudad la primera piedra de la fortaleza que, por orden suya (con infelices agüeros) se hacía junto á la puerta de Galera, que va á Ferrara, en el mismo sitio donde otra vez, con los propios agüeros, había sido edificada por Felipe María Visconti, duque de Milán; y habiendo mitigado algo, por el nuevo enojo con el rey de Francia, el antiguo contra los venecianos, no queriendo (por ir con más comodidad) salir del camino derecho, pasó por la ciudad de Faenza; sobreviniendo cada hora nuevas diferencias contra el rey de Francia y él, porque había hecho instancia que fuesen echados del Estado de Milán los Bentivoglios, aunque, con su voluntad, se les había concedido facultad para habitar en él, y no quería restituir al protonotario, hijo de Juan, la posesión de sus iglesias, prometidas con la misma concordia y voluntad. ¡Tanto podía más en él muchas veces la batalla de su ánimo que la razón!

Procuraba mitigar el rey de Francia, sin artificio ni diligencia, esta disposición; pero enojado de tan gran mudanza y sospechoso (como era verdad) de que animase en secreto al pueblo de Génova, no se abstenía de amenazarle descubiertamente, tachando con palabras injuriosas su poca nobleza (porque no se dudaba que el

Papa había nacido bajamente y sido criado muchos años en estado muy humilde); antes confirmado tanto más en las cosas de Génova, disponía con gran diligencia el ejército para ir en persona, habiendo aprendido por la experiencia de lo que había sucedido en el reino de Nápoles, cuánta diferencia había en administrar la guerra por sí misma ó someterla á sus capitanes.

No inquietaban estas preparaciones á los genoveses, atentos á ocupar á Mónaco, donde tenían en su circuito muchos bajeles y seis mil hombres de gente recogida de rebato de la plebe y del país, debajo del gobierno de Tarlatino, capitán de los pisanos, quienes, junto con Pedro de Gambacorta y algunos otros soldados, le habían enviado en favor de los genoveses. Perseverando continuamente en Génova en los errores que se multiplicaban cada día, el castellano del Castillejo, que hasta aquella hora había estado muy quieto sin haber recibido del pueblo ningún disgusto, ó por orden del Rey ó por codicia del robo, prendió de improviso á muchos del pueblo y comenzó á maltrar con la artillería el puerto y la ciudad, por lo cual Rocalbertino, teniendo miedo por su propia persona, se fué y los infantes franceses, que estaban en guarda del Palacio público, se retiraron al Castillejo.

Tuvo poco después fin el sitio sustentado muchos meses sobre Mónaco, porque entendiendo los que estaban acampados sobre aquel lugar, que se acercaban para socorrerle Ibo de Allegri y los principales de los gentiles-hombres con tres mil infantes, soldados suyos, y con otra gente enviada por el duque de Saboya, no habiendo tenido osadía para esperarles, lo levantaron, divulgándose ya la fama de que continuamente pasaba á Lombardía el ejército dispuesto por el Rey. Por esta causa, encendiéndose el furor de aquéllos, en los cuales debía ser el peligro motivo de mejores consejos, la mul-

titud, que, hasta aquel día, disimulando con las palabras la rebelión que ejecutaba con las obras, aclamaba al rey de Francia, quitó de los lugares públicos sus armas y señales y eligió por Dux de Génova á Paulo de Nove, tintorero de seda, hombre de lo más ínfimo de la plebe, descubriéndose por esto en manifiesta rebelión, porque á la elección del Dux iba unida la declaración de que la ciudad de Génova no estaba sujeta á ningún Príncipe.

Incitando estas cosas el ánimo del Rey á mayor indignación, y significándole los nobles que, en lugar de sus armas, habían puesto las del Emperador, aumentó las provisiones que primero había ordenado, conmoviéndole aun más que el Emperador, provocado por los genoveses, y quizá ocultamente por el Papa, le había aconsejado que no molestase á Génova, como ciudad del Imperio, ofreciendo que se interpondría con el pueblo para que se redujese á las cosas que fuesen justas.

Sustentaron algo la osadía del nuevo Dux y de los tribunos los prósperos sucesos que tuvieron en la ribera de Levante, porque habiendo recuperado á Rapalle Jerónimo, hijo de Juan Luis del Fiesco, con dos mil infantes y algunos caballos y yendo de noche á tomar á Recco, encontrándose con la gente que venía de Génova en socorro de aquel lugar, se pusieron, sin pelear, desordenadamente en huída, y llegando este suceso á noticia de Orlandino, sobrino de Juan Luis, que con otra multitud de gente había bajado á Recco, se puso también en huída, por lo cual quedando más insolente el Dux y los tribunos, acometieron al Castellaccio (fortaleza antigua situada en los montes sobre Génova, que era de los señores de Milán cuando poseían aquella ciudad, para que, cuando fuese necesario, se pudiese arrimar á Génova la gente que ellos enviaban de Lombardía y socorrer al castillo), que ocuparon fácilmente

por tener poca guarda, porque los pocos franceses que estaban en él se rindieron debajo de palabra de que serían libres sus vidas y sus haciendas; pero luego la quebrantaron, alabándose de ello los que habían hecho tal exceso, en cuya señal volvieron con las manos ensangrentadas á Génova, con grande alegría. Al mismo tiempo comenzaron á batir con la artillería el castillo y la iglesia de San Francisco, que está unida á él.

Había pasado ya el Rey á Italia y el ejército se iba recogiendo continuamente para acometer á Génova sin tardanza; pero los genoveses, desamparados de toda ayuda, porque el Rey católico, aunque deseoso de que subsistiese la insurrección, no quería apartarse del rey de Francia, antes le había dado cuatro galeras sutiles, ni el Papa se atrevía á hacer otras demostraciones que las de darles secretos consejos y esperanzas; y teniendo sólo trescientos infantes forasteros sin capitanes prácticos en la guerra y falta de municiones, persistían en su obstinación, esperando que prohibirían fácilmente por la estrechez de los pasos y por la dificultad y aspereza del país que los enemigos se arrimasen á Génova, despreciando por esta esperanza vana los consejos de muchos, especialmente los del cardenal de Finale, el cual, siguiendo al Rey, les aconsejaba con expresas órdenes y cartas que se remitiesen á su voluntad, dándoles esperanzas de que conseguirían fácilmente perdón y condiciones tolerables.

Caminando el ejército por el camino del burgo de Fornari y de Seravalle, comenzaron á mostrarse varios los designios de los genoveses, no discurredos, ni medidos por los hombres prácticos en la guerra, sino con clamores y jactancia vana de la vil y necia multitud, por lo cual, no correspondió el ánimo de los hombres, en el peligro presente á lo que temerariamente se habían prometido, cuando estaba lejos el riesgo. Huye-

ron con gran mengua seiscientos infantes que estaban en guarda de los primeros pasos al arrimarse los franceses, por lo cual, perdiendo el ánimo todos los otros encargados de defender los pasos, se retiraron á Génova, dejándolos libres á los franceses, cuyo ejército, habiendo pasado sin ningún estorbo la cumbre de los montes, había bajado al valle de Pozzevera, que está siete millas de Génova; causando grande admiración á los genoveses que, contra aquello de que se habían persuadido neciamente, se atreviese á alojar en aquel valle, rodeado de montes ásperos y en medio de todo el país enemigo.

En este tiempo la armada del Rey, de ocho galeras sutiles y muchas fustas y bergantines, presentándose delante de Génova, había pasado hacia Portovenere y Spezia, siguiendo á la armada genovesa, que llevaba siete galeras y seis barcas, la cual, no habiendo tenido atrevimiento para detenerse en el puerto de Génova, se retiró á aquellos lugares.

Del valle de Pozzevera fué el ejército al burgo de Rivarolo, distante de Génova dos millas, cerca de la iglesia de San Pedro de la Rena, que está á la orilla del mar, y aunque, caminando, encontrasen en algunos pasos infantes de los genoveses, todos estos se retiraron sin mostrar mayor valor que los demás. Llegó el mismo día al ejército la persona del Rey, el cual alojó en la Abadía del Bosquecillo, frente al burgo de Rivarolo, acompañado de la mayor parte de la nobleza de Francia, de muchos gentiles-hombres del Estado de Milán y del marqués de Mantua, á quién había declarado el Rey pocos días antes por cabeza de la orden de San Miguel y dádole el estandarte que, después de la muerte de Luis onceno, no se había dado á nadie. Había en el ejército ochocientas lanzas (porque el Rey, atendiendo á la aspereza del país, dejó las otras en Lombardía) mil y

trescientos caballos ligeros, seis mil suizos y seis mil infantes de otras naciones.

Habían edificado los genoveses, para no dejar libre el camino que va por los montes al Castellaccio y después á Génova, que era más corto que el de San Pedro de la Rena contiguo á la costa, un bastión en la cumbre del monte que se llama la montaña del Promontorio, entre el burgo de Rivarolo y San Pedro de la Rena, del cual se va á Castellaccio por lo alto de la cumbre. Enderézose el ejército á este bastión el mismo día que alojó en Rivarolo.

Por otra parte salieron de Génova ocho mil infantes guiados por Jacobo Corso, lugarteniente de Tarlatino, porque éste y los de los pisanos, habiéndose detenido en Ventimiglia al retirarse el ejército de Mónaco, no pudieron volver á Génova cuando los genoveses los llamaron (los cuales enviaron para traerles la nave de Demetrio Justiniano) ni por el camino de tierra, por estorbarlo los franceses, ni por la mar, por correr vientos contrarios. Comenzando á subir ya los franceses, descubrieron á los infantes de Génova, los cuales, habiendo subido al monte por el collado por donde se iba al bastión y después bajado la mayor parte, habían hecho rostro sobre una eminencia que está en la mitad del monte. Contra ellos envió Chaumont á pelear muchos gentiles-hombres y mucha infantería, de quien los genoveses se defendían valerosamente por la multitud y por la ventaja del sitio y con gran daño de los franceses, porque, despreciando á los enemigos (como recogidos casi todos de artífices y gente del país) iban ganosísimos de acometerlos, sin considerar la fortaleza del sitio, y ya había sido herido en la garganta La Paliza, aunque ligeramente. Queriendo Chaumont echarles de aquel lugar, hizo subir arriba dos cañones y, batiéndolos con ellos por el costado, les obligó á reti-

rarse hacia el monte donde había quedado la otra parte de su gente. Siguiéndolos siempre los franceses, los que estaban en guarda del bastión lo desampararon con gran infamia (aunque por el sitio y por la fortificación que se había hecho podían esperar seguramente la artillería), temiendo que se metería alguna parte de los franceses entre ellos y los que estaban en el monte, por lo cual aquellos que desde la eminencia habían comenzado á retirarse hacia el bastión, viendo que estaba cortado el camino, tomaron otro para Génova fuera del acostumbrado, por peñascos y breñas y ásperos despeñaderos, muriendo en la retirada cerca de trescientos.

Llena de increíble terror, por este suceso, toda la ciudad que, gobernada según la voluntad de lo más bajo de la plebe, no se regía con consejo militar ni con prudencia civil, enviaron dos embajadores al ejército á tratar de entregarse con capítulos convenientes, los cuales, no siendo admitidos á la presencia del Rey, fueron oídos por el cardenal de Rohán, y él les dió la respuesta, diciéndoles que el Rey había determinado no aceptarles si no ponían en sus manos, sin ninguna condición, absolutamente á su arbitrio, las personas y las cosas.

Pero mientras trataban con él, una parte de la plebe que rehusaba el acuerdo, saliendo alborotadamente de Génova, se descubrió con muchos infantes por las cumbres y por el collado que descende de Castellaccio, y se arrimó á un cuarto de milla del bastión para recuperarlo; pero habiendo escaramuceado con los franceses que habían salido á su encuentro por espacio de tres horas, se retiró á Castellaccio, sin ventaja de ninguna de las partes. Durante el combate, el Rey, temiendo mayor movimiento, estuvo continuamente armado con mucha gente de á caballo en el llano que está entre

el río de la Pozzevera y el alojamiento del ejército.

A la noche siguiente, perdiendo los genoveses las esperanzas de sus cosas y diciéndose que los principales del pueblo se habían concertado con el Rey, desde cuando estaba en Asti, quejándose la plebe de haber sido engañada, el Dux, con muchos de los que, por delitos cometidos, no esperaban perdón y con la parte de los pisanos que estaba allí, partieron para ir á Pisa, y volviendo al ejército los mismos embajadores cuando amaneció, convinieron en entregar la ciudad á la discreción del Rey, sin haber sustentado la guerra más que ocho días, con gran ejemplo de la poca práctica y confusión de los pueblos, que fundándose en esperanzas engañosas y designios vanos, briosos cuando está lejos el peligro y perdiendo después el ánimo cuando está vecino, no saben usar de ninguna moderación.

Hecho el acuerdo, se arrimó el Rey con el ejército á Génova, alojando la infantería en los burgos, y teniendo harta dificultad en contenerla, mayormente á los suizos, para que no entrasen á saquear la ciudad. Entró después Chaumont con la mayor parte de la otra gente (habiendo primero metido guarda en el Castellaccio), al cual entregaron los genoveses todas las armas públicas y privadas, que fueron llevadas al castillo, y tres piezas de artillería que habían traído allí los pisanos, las cuales después fueron enviadas á Milán; y el día siguiente, que fué á 29 de Abril, entró en Génova la persona del Rey con toda la gente de armas y arqueros de su guarda, y él á pie debajo de palio, armado todo de unas armas blancas, con un estoque desnudo en la mano, al cual salieron á recibir los ancianos con muchos de los ciudadanos más honrados, echándose delante de sus pies, con muchas lágrimas, y después que callaron un rato, uno habló así en nombre de todos:

«Podremos afirmar (cristianísimo y clementísimo Rey) que si bien al principio de las diferencias con nuestros gentiles hombres intervino casi la mayor parte del pueblo, el practicarlas insolentemente y la contumacia en obedecer las órdenes reales procedió sólo de lo más vil y soez de la plebe, cuya temeridad, ni nosotros ni los demás ciudadanos mercaderes y oficiales honrados, nunca pudimos refrenar, y por esto, que cualquier pena que se imponga á la ciudad ó á nosotros afligirá á los inocentes, sin daño alguno de los autores y cómplices de tantos delitos, los cuales, faltos de todas cosas, bagabundos, no sólo no están entre nosotros en concepto de ciudadanos, sino ni aun de hombres, ni tienen esta infeliz ciudad por patria suya. Pero nuestra intención es, prescindiendo de toda excusa, no recurrir á nada sino á la magnanimidad piadosa de tan gran Rey: en ella cofiamos sumamente, y le suplicamos con grande humildad que, con el ánimo con que perdonó los yerros mucho mayores que cometieron los milaneses, se sirva volver aquellos ojos piadosos á los genoveses, que pocos meses ha eran dichosísimos y ahora son ejemplo de todas las miserias. Acordaos con cuánta gloria de vuestro nombre fué entonces celebrada por todo el mundo vuestra clemencia, y cuánto más justo será confirmarla usando de semejante piedad que, con crueldades, obscurecerla. Acordaos que de Cristo, redentor de toda la generación humana, se derivó vuestro apellido de Cristianísimo, y que, por esto, á su imitación, os toca sobre todas las cosas ejecutar su clemencia y misericordia. Sean de cualquier género y grandeza los delitos cometidos por nosotros, no serán jamás mayores que vuestra piadosa bondad. Vos, Rey nuestro, representáis entre nosotros al sumo Dios, con la dignidad y con el poder; porque ¿qué otra cosa que dioses son los Reyes entre sus vasallos? Por lo cual, tanto

más os pertenece representarle de la misma manera con la semejanza de la voluntad y de las obras de las cuales ninguna es más gloriosa ni más grata, ni hace más admirable su nombre que la misericordia.»

Siguieron á estas palabras las voces grandes de todos gritando «¡misericordia!»; pero caminando el Rey adelante, sin responder nada, aunque mandándoles que se levantasen del suelo, y quitando el estoque que tenía desnudo en la mano, hizo alguna señal de que tenía el ánimo más inclinado á la benignidad. Llegó después á la Iglesia mayor, donde se le echó delante de los pies número casi infinito de mujeres y de niños de ambos sexos, los cuales, vestidos de blanco, le suplicaban con grandes gritos y llantos miserables que usase de su clemencia y misericordia. Conmovió mucho esta vista (según se dijo) el ánimo del Rey, el cual, aunque había determinado privar á los genoveses de toda administración y autoridad, apropiarse al fisco las rentas que, debajo del nombre de San Jorge, pertenecen á los particulares, y quitándoles toda especie de libertad, reducirlos á la sujeción en que están los lugares del Estado de Milán, con todo eso, pocos días después, ó considerando que por este camino no sólo se castigaba á muchos inocentes, sino que también se enajenaba los ánimos de toda la nobleza, y que era más fácil enseñorearla con dulzura que con la total desesperación, confirmó el gobierno antiguo en la forma que estaba antes de estas últimas sediciones. Mas por no olvidar de todo punto la severidad, condenó á la Comunidad ó Ayuntamiento en cien mil ducados, como pena del delito, y poco después le impuso doscientos mil, pagados en ciertos plazos, para cobrar los gastos hechos y para edificar la fortaleza en la torre de Codifa, próxima á Génova, que está situada junto al mar sobre el camino que va al valle de Pozzevera y á San Pedro de la Rena;

la cual, porque puede ofender todo el puerto y parte de la ciudad, se llama justamente el Freno.

Quiso también que pagasen más guarda de la acostumbrada; que hubiese continuamente en el puerto armadas tres galeras sutiles á su obediencia, y que se fortificasen el castillo y Castellaccio. Anuló todos los conciertos que se habían hecho primero entre él y aquella ciudad, volviéndoles á conceder casi las mismas cosas, pero como privilegio y no como condiciones, para que estuviese siempre en su poder privarles de ellos. Hizo quitar de las monedas genovesas las señales antiguas, y ordenó que, en lo venidero, se imprimiese en ellas su señal, para demostración de superioridad absoluta. Añadióse á estas cosas el cortar la cabeza á Demetrio Justiniano, el cual manifestó en su confesión todas las pláticas y las esperanzas que tenían del Papa; también incurrió en el mismo castigo pocos meses después Paulo de Nove, que fué Dux últimamente, el cual, navegando desde Pisa á Roma, engañado por un corso que había sido su soldado, fué vendido á los franceses.

Hechas por el Rey estas cosas, recibido solemnemente el juramento de fidelidad de los genoveses y perdonando á todos, excepto á cerca de sesenta, los cuales remitió á disposición de la justicia, se fué á Milán, habiendo, luego que ocupó á Génova, despedido el ejército, con el cual, redimidos todos los otros daños, le hubiera sido fácil, continuando el curso de la victoria, oprimir en Italia á quien hubiera juzgado conveniente; pero despidióle tan aprisa por certificar al Papa, al Rey de Romanos y á los de Venecia, que estaban con grandes recelos de que su venida á Italia, no tenía otro fin sino la recuperación de Génova.

# ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

---

## LIBRO IV.

### CAPÍTULO I.

Razones en que funda el rey de Francia su pretensión al ducado de Milán.—Embajadores venecianos y florentinos al Rey de Francia.—Derrota de los florentinos en San Regolo —Luis Sforza se alía con los florentinos.—Guerra y convenio entre los Colonna y los Orsini.—Proyectos del papa Alejandro.—Pablo Vitelli entra á sueldo de los florentinos... **Pág. 6.**

### CAPÍTULO II.

Victoria de Vitelli en Cascina.—Otras victorias de Vitelli.—Los embajadores florentinos en Venecia.—Dificultades para un acuerdo entre florentinos y pisanos.—El Albiano y Orsino entran á sueldo de los venecianos.—Tregua entre los florentinos y los sieneses.—Pedro y Julián de Médicis llegan á Marradi con los venecianos.—Nuevos hechos de armas de Paulo Vitelli.—El Albiano en Poppi.—Paulo Vitelli marcha al Casentino contra los venecianos..... **Pág. 19.**

### CAPÍTULO III.

César Borgia renuncia el cardenalato.—Luis XII se divorcia de su primera esposa.—Procura el rey de Francia que se someta á su arbitrio la cuestión de Pisa.—Discursos de Grimani y del Trevisano en el Senado de Venecia, persuadiendo el primero y disuadiendo el segundo de la liga con Francia.—Capitanes venecianos reunidos en Bibbiena.—Disensiones en Florencia sobre quién debía tener el mando del ejército florentino.—Primeras sospechas contra Vitelli.—Embajadores florentinos en Venecia.—Compromiso pactado por mediación del duque de Ferrara entre venecianos y florentinos, relativamente á la cuestión de Pisa.—Condiciones determinadas por el duque de Ferrara..... **Pág. 34.**

## CAPÍTULO IV.

Quejas de los pisanos por las condiciones del convenio.—Lo<sup>s</sup> venecianos retiran sus tropas de Toscana.—Ratifican el convenio los florentinos.—Los pisanos expulsan la guarnición veneciana de la fortaleza.—Continúan los florentinos la guerra contra Pisa.—Gestiones de Luis Sforza.—Procura coligarse con los florentinos.—Le abandonan todos los potentados de Italia.—El ejército francés en Italia.—Toman los franceses á Arezzo.—Discurso de Luis Sforza al pueblo milanés.—Apodéranse los franceses de Alejandria.—Luis Sforza hace salir á sus hijos del ducado de Milán.—Encarga la defensa del castillo de Milán á Bernardino de Corte, y huye á Alemania.—Cremona se rinde á los venecianos.—Bernardino de Corte entrega el castillo de Milán por dinero.—Aborrecido y despreciado por todos, muere de dolor.—Pablo Vitelli toma á Cascina.—Asalta á Pisa.—Se apodera de la fortaleza de Stampace, pero no continúa el ataque de la plaza.—Acusado de traición es preso y degollado en Florencia.—Preséntanse á Luis XII en Milán embajadores de toda Italia..... **Pág. 59.**

## CAPÍTULO V.

Guerra del duque Valentino en Romaña.—Auxilio que le envía el rey de Francia.—El duque Valentino toma á Imola.—Los turcos se apoderan de Friuli.—Catalina Sforza queda prisionera del duque Valentino.—Juan Jacobo Tribulcio es nombrado gobernador de Milán.—Regreso de Luis Sforza á sus Estados.—Se apodera de Como.—Tribulcio se retira á Novara y Luis entra en Milán.—Luis Sforza toma á Novara.—El ejército francés marcha contra Luis, que cae prisionero con sus capitanes.—Lando se apodera por traición del cardenal Ascanio, entregándolo á los venecianos y éstos al rey de Francia, por miedo.—Luis Sforza es encerrado en el castillo de Loches (donde muere después de diez años de prisión) y el cardenal Ascanio en el de Bourges..... **Pág. 90.**

## LIBRO V.

## CAPÍTULO I.

Los franceses van contra Pisa en auxilio de los florentinos.—Asedio de esta ciudad.—Los pisanos ofrecen ser súbditos del rey de Francia.—Hechos del duque Valentino en la Romaña.—Sitia á Faenza.—El Papa Alejandro nombra por dinero doce cardenales y esparge el Jubileo. . . **Pág. 116.**

## CAPÍTULO II.

Tregua entre Maximiliano y el rey de Francia.—Convenio entre los reyes de Francia y España para repartirse el reino de Nápoles.—El duque Valentino toma á Faenza.—Le concede el Papa el título de duque de Romaña.—Marcha hacia Florencia.—Pedro de Médicis en Loiano.—Convenio entre los florentinos y el duque Valentino.—Movimientos del ejército francés para la conquista del reino de Nápoles.—Gonzalo de Córdoba en Sicilia.—Los franceses saquean á Padua.—Fadrique de Aragón sale de Nápoles y se retira á Francia.—Gonzalo de Córdoba retiene prisionero al duque de Calabria, á pesar de haber jurado darle libertad. . . . . **Pág. 128.**

## CAPÍTULO III.

Ríndese Piombino al duque Valentino.—Casamiento de Lucrecia Borgia con Alfonso de Este.—Conferencia del Rey de Romanos y del cardenal de Rohán en Trento.—Muerte de Agustín Barbarigo, dux de Venecia.—Le sucede Loredano.—Nueva liga de los florentinos con el rey de Francia.—Emprenden otra vez la guerra contra los pisanos.—Origen de la guerra de españoles y franceses en Italia.—Rebelión de Arezzo contra los florentinos.—El duque Valentino invade y se apodera del ducado de Urbino.—Los franceses marchan contra Arezzo.—Vitelozzo entrega Arezzo á los franceses, que lo restituyen á los florentinos.—Pedro Soderini es elegido por toda su vida Alférez mayor de la justicia en Florencia. . . . . **Pág. 147.**

## CAPÍTULO IV.

El cardenal de Rohán aspira al Pontificado.—Amistad del duque Valentino con el rey de Francia.—Gonzalo de Córdoba se retira á Barletta.—El rey de Francia parte de Italia.—Poder extraordinario que ejerce el duque Valentino.—Liga de capitanes italianos contra él.—Sus artes y fingimientos para deshacer la liga.—Los capitanes se ponen de acuerdo con él.—Condiciones del acuerdo.—Traición del duque Valentino.—Vitelozzo y Liverotto son estrangulados. **Pág. 167.**

## CAPÍTULO V.

Los Orsini prisioneros del Papa.—Muerte del cardenal Orsino.—Pablo y el duque de Gravina son estrangulados.—Los sieneses expulsan á Pandolfo Petrucci.—Sospecha el rey de Francia del duque Valentino.—Guerra del papa Alejandro contra los Orsini.—Vuelve á Siena Pandolfo Petrucci.—Muerte del conde de Gaiazzo.—Los franceses sitian á Barletta.—Son derrotados quedando prisionero La Paliza.—Desafío de trece italianos y trece franceses.—Victoria de los italianos.—Tratado de paz entre los reyes de Francia y España.—Gonzalo de Córdoba no acepta las condiciones de la paz.—Derrota de los franceses en Seminara y en Cirignuola.—Muerte del duque de Nemours.—Entra en Nápoles Gonzalo de Córdoba. . . . . **Pág. 185.**

## LIBRO VI.

## CAPÍTULO I.

Motivos por los cuales el rey de España no ratificó la paz con Francia.—Los españoles toman á Castel del Uovo.—Gonzalo de Córdoba sitia á Gaeta.—Los florentinos talan las mieses de los pisanos.—Inclinación del duque Valentino y del Papa á favor de los españoles.—El Papa y el duque Valentino envenenados.—Muerte del papa Alejandro.—El duque Valentino se reconcilia con los Colonnas.—El cardenal de Rohán en Roma.—El cardenal Picolomini, elegido Pontífice, toma el nombre de Pio III. . . . . **Pág. 212.**

## CAPÍTULO II.

Tumultos en Roma.—Los Orsini entran á sueldo de los españoles.—Fuga del duque Valentino al castillo de Sant Angelo.—Muerte del Papa.—Le sucede el cardenal de San Pedro in Vincula, que toma el nombre de Julio II.—Medios que empleó para ascender al Pontificado.—Estado de las ciudades de la Romaña.—Progresos de los venecianos.—El Papa retiene al duque Valentino.—Gonzalo de Córdoba en el Garellano.—Combates entre españoles y franceses.—Contrariedades que sufren los españoles en el Garellano.—Los socorre el Albiano.—Retirada de los franceses.—Pedro de Médicis se ahoga en el Garellano.—Derrota de los franceses.—Gonzalo de Córdoba toma á Gaeta..... **Pág. 236.**

## CAPÍTULO III.

Paz entre los venecianos y el Sultán de Turquía.—Disertación acerca de las navegaciones de portugueses y españoles.—Cristóbal Colón.—Lamentaciones en Francia al saber la derrota del Garellano.—El duque Valentino da al Papa las contraseñas de los castillos y parte.—El Gran Capitán le da salvoconducto y, faltando á su promesa, le detiene.—Es enviado á España.—Condiciones con las cuales se pacta tregua entre españoles y franceses..... **Pág. 262.**

## CAPÍTULO IV.

Juan Pablo Baglione es nombrado capitán de los florentinos.—Marcha contra Pisa.—Los pisanos reciben socorro de diversos pueblos.—Naufragio de las galeras florentinas en Rappalle.—Negociaciones para la paz entre los reyes de España y Francia.—Embajadores del emperador Maximiliano en Francia.—Muerte de D. Fadrique de Aragón.—Muerte de Doña Isabel, reina de España.—Los venecianos envían embajadores al Papa.—Derrota de los florentinos en Osole.—Juan Pablo Baglione deja de estar á sueldo de los florentinos.—Conjura del Albiano, de Pandolfo Petrucci y de Baglione contra los florentinos.—Combate de florentinos y pisanos en Torre de San Vicente.—Derrota de los pisanos, mandados por Albiano.—Consulta de los florentinos para el asalto de Pisa.—Su ejército frente á Pisa.—Cobardía de la infantería italiana.—Condiciones de la paz entre Francia y España.—Crueldad del cardenal de Este con su hermano D. Julio..... **Pág. 277.**

## LIBRO VII.

## CAPÍTULO I.

Mala disposición del papa Julio contra el rey de Francia.—El rey Felipe de Castilla aborda en Inglaterra por causa de una tempestad.—El rey de Francia se indigna contra los venecianos.—Embajadores del César en Venecia.—Guerra del papa Julio contra Bolonia.—Movimientos del Papa con el ejército.—Fuga de los Bentivoglios de Bolonia.—Los de Bolonia se entregan al Papa.—Viaje á Italia de Fernando, rey de Aragón.—Muerte de Felipe, rey de Castilla. . . **Pág. 310.**

## CAPÍTULO II.

Los genoveses se rebelan contra el rey de Francia.—Vuelve á Roma el papa Julio.—Los genoveses eligen un Dux plebeyo.—El rey de Francia acude á Italia contra los genoveses.—Embajadores de Génova al rey de Francia para entregar la ciudad á su discreción.—El rey de Francia entra en Génova.—Discurso de los genoveses al Rey.—Condiciones que éste les impone, y suplicio del Dux y de otros insurrectos. . . . . **Pág. 331.**

---

# BIBLIOTECA CLÁSICA.

CADA TOMO EN RÚSTICA 3 PESETAS; ENCUADERNADO EN TELA 4.

*Los pedidos á la Viuda de Hernando y C.ª, Arenal, 11.*

---

## OBRAS PUBLICADAS.

### CLÁSICOS GRIEGOS.

- Homero.**—*La Ilíada*, traducción en verso castellano por D. José Gómez Hermosilla.—Tres tomos.  
— *La Odisea*, traducción en verso por D. Federico Baráibar, Catedrático del Instituto de Vitoria y  
— *La Batracomiomaquia*, poema burlesco, traducción en verso castellano por D. Jenaro Alenda.—Dos tomos.
- Herodoto.**—*Los nueve libros de la Historia*, traducidos por el P. Bartolomé Pou.—Dos tomos.
- Plutarco.**—*Las vidas paralelas*, traducción de D. Antonio Ranz Romanillos.—Cinco tomos.
- Aristófanes.**—*Teatro completo*, traducción de D. Federico Baráibar, Catedrático del Instituto de Vitoria, precedida de un estudio sobre el teatro griego y sus traductores castellanos, de D. Marcelino Menéndez Pelayo, y seguida de notas críticas.—Tres tomos.
- Platón.**—*La República*, traducción del Sr. Tomás y García.—Dos tomos.
- Esquilo.**—*Teatro completo*, traducción de D. Fernando Brieva Salvatierra, Catedrático de la Universidad de Granada, con un extenso estudio crítico del teatro griego, y especialmente del famoso trágico, y con numerosas notas.—Un tomo.
- Xenofonte.**—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en el Asia y de la retirada de los diez mil griegos que fueron con él*, traducción de Diego Gracián, enmendada por D. Casimiro Flórez Canseco.—Un tomo.

- Xenofonte.**—*La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor*, traducción de Diego Gracián, enmendada por D. Casimiro Flórez Canseco.—Un tomo.
- *Las Helénicas.*—Continuación de la *Historia de la Guerra del Peloponeso por Tucídides.*—Traducción de D. Enrique Sons.
- Tucidides.**—*Guerra del Peloponeso.*—Traducción de Gracián, corregida para esta edición.—Dos tomos.
- Luciano.**—*Obras completas*, traducción de D. Cristóbal Vidal, y de D. Federico Baraibar.—Van publicados dos tomos.
- Píndaro.**—*Odas*, traducción en verso por D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares (Méjico), precedida de una *Carta prólogo* del traductor al Sr. Menéndez Pelayo, y de la *Vida de Píndaro.*—Un tomo.
- Poetas bucólicos griegos.**—(*Demócrito, Bión y Mosco.*) Traducción en verso por D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares (Méjico).—Un tomo.
- Moralistas griegos.**—(Obras de Marco Aurelio, Teofrasto, Epícteto y Cebes), traducidas por Díaz de Miranda, L. de Ayala, Brum y Simón Abril.—Dos tomos.
- Arriano.**—*Las expediciones de Alejandro*, traducción de D. Federico Baráibar, Catedrático del Instituto de Vitoria.—Un tomo.
- Poetas líricos griegos.**—Traducidos en verso castellano por los Sres. Menéndez Pelayo, Baráibar, Conde, Canga Argüelles, Castillo y Ayensa, con un erudito estudio biográfico y bibliográfico de Anacreonte y sus obras, escrito por el Sr. Baráibar.—Un tomo.
- Polibio.**—*Historia universal durante la república romana*, traducción de D. Ambrosio Rui Bamba, con prólogo del traductor.—Tres tomos.
- Diógenes Laercio.**—*Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres*, traducción de D. José Ortiz y Sanz.—Dos tomos.

## CLÁSICOS LATINOS.

- Virgilio.**—*La Eneida*, traducción en verso de D. Miguel Antonio Caro.—Dos tomos.
- Églogas y Geórgicas*.—Las primeras traducidas en verso y extensamente anotadas por D. Félix García Hidalgo, y las segundas traducidas también en verso, por D. Miguel Antonio Caro.—Un tomo.
- Tito Livio.**—*Décadas de la Historia Romana*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.—Siete tomos.
- Lucano.**—*La Farsalia*, traducción en verso de Jáuregui.
- Cicerón.**—*Obras completas*, traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena, Navarro y Calvo, y Simón Abril.—Catorce tomos.—Se han publicado diez.
- Tácito.**—*Los Anales*, traducción de D. Carlos Coloma, precedida de un estudio crítico por D. Marcelino Menéndez Pelayo, y seguida de la *Vida de Agrícola* y el *Diálogo de los oradores*.—Dos tomos.
- Las Historias*, traducción de D. Carlos Coloma, seguida de las *Costumbres de los germanos*.—Un tomo.
- Quinto Curcio.**—*Vida y acciones de Alejandro el Grande*.—Traducción de D. Mateo Ibáñez de Segovia y Orellana.—Dos tomos.
- Salustio.**—*Conjuración de Catilina*.—*Guerra de Jugurta*, traducción del infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande Historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo.—Un tomo.
- César.**—*Los Comentarios de la guerra de las Galias y la civil entre César y Pompeyo*, traducción de D. José Goya y Muniain, con un prólogo del traductor y el libro de Hircio sobre la Guerra de cesaristas y pompeyanos en España, traducido por D. Manuel de Valbuena.—Dos tomos.
- Suetonio.**—*Vidas de los doce Césares*, traducción de don Norberto Castilla.—Un tomo.

- Séneca.**—*Tratados filosóficos*, traducción de Fernández de Navarrete y Navarro y Calvo.—Dos tomos.  
 — *Epístolas morales*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo, canónigo de Granada.—Un tomo.
- Ovidio.**—*Las Heroidas*, traducción en verso de Diego de Mexía, con un estudio biográfico.—Un tomo.  
 — *Las Metamorfosis*, traducción en verso del licenciado Viana.—Dos tomos.
- Estacio.**—*La Tebaida*, traducción en verso del licenciado Juan de Arjona.—Dos tomos.
- Floro.**—*Compendio de las hazañas romanas*, traducidas y anotadas por D. Eloy Díaz Jiménez, director y catedrático del Instituto de León.—Un tomo.
- Quintiliano.**—*Instituciones oratorias*, traducción castellana de los PP. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier.—Dos tomos.
- Varios.**—*Escritores de la Historia Augusta*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.—Dos tomos.

## CLÁSICOS ESPAÑOLES.

- Cervantes.**—*Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso.*—Dos tomos.
- Calderón.**—*Teatro selecto*, precedido de un *Estudio crítico* de D. M. Menéndez Pelayo.—Cuatro tomos.
- Hurtado de Mendoza.**—*Obras en prosa.*—Un tomo.
- Quevedo.**—*Obras satíricas y festivas.*—Un tomo.
- Quintana.**—*Vida de los españoles célebres.*—Dos tomos.
- Duque de Rivas.**—*Sublevación de Nápoles*, capitaneada por Masanielo.—Un tomo.
- Alcalá Galiano.**—*Recuerdos de un anciano.*—Memorias de los sucesos políticos y sociales, hábitos y costumbres durante el primer tercio del siglo actual en España.—Un tomo.
- Melo.**—*Guerra de Cataluña y Política militar.*—Un tomo.

## CLÁSICOS INGLESES.

- Shakespeare.**—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson, precedida de un extenso estudio biográfico y crítico acerca de Shakespeare y su teatro, escrito por D. Eduardo Benot, académico de la Española.—Seis tomos.—Se han publicado cuatro tomos.
- Milton.**—*El Paraíso perdido*, traducción en verso de D. Juan Escoiquiz, con un estudio biográfico y crítico de Milton y su poema por E. Taine.—Dos tomos.
- Lord Macaulay.**—*Estudios literarios, históricos, políticos, biográficos, críticos, de política y literatura*, traducción de D. Mariano Juderías Béndér.—Seis tomos.
- *Vidas de políticos ingleses*, traducción del Sr. Juderías Béndér.—Un tomo.
- *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducida por D. Mariano Juderías Béndér y D. Daniel López.—Cuatro tomos.
- *Reinado de Guillermo III* (continuación de la *Revolución de Inglaterra*), traducción de D. Daniel López.—Seis tomos.
- *Discursos parlamentarios*, traducción del mismo.—Un tomo.

## CLÁSICOS ITALIANOS.

- Manzoni.**—*Los Novios*, historia del siglo XVI, traducción de D. Juan Nicasio Gallego.—Un tomo.
- *Observaciones sobre la Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.—Un tomo.
- Guicciardini.**—*Historia de Italia*, desde 1494 hasta 1532, traducción de D. Felipe IV, rey de España.—Van publicados dos tomos.

## CLÁSICOS ALEMANES.

- Schiller.**—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo de Mier.—Tres tomos.

- Heine.**—*Poemas y fantasías*, traducción en verso castellano de D. José J. Herrero.—Un tomo.  
— *Cuadros de viaje*, traducción de D. Lorenzo Agejas. Dos tomos.

### CLÁSICOS FRANCESES.

- Lamartine.**—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de Castilla y Juderías Béndér.—Dos tomos.

### CLÁSICOS PORTUGUESES.

- Camoens.**—*Los Lusíadas*, poema épico traducido en verso por D. Lamberto Gil.—Un tomo.  
— *Poesías selectas*, traducidas en verso castellano por D. Lamberto Gil.—Un tomo.

---

Todas las traducciones son directas de la lengua en que fueron escritas las obras.



THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE  
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS  
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN  
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY  
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH  
DAY AND TO \$1.00 ON THE SEVENTH DAY  
OVERDUE.

OCT 22 1940M.

INTERLIBRARY LOAN

SEP 5 - 1984

UNIV. OF CALIF., BERK.

Received in interlibrary loan

OCT 1 1984

Guicciardini, F 290767

Historia de Italia

DG539

G83

v.2

ST 22 1940 M.

*Masters*

OCT

8

1940

DG539 290767

G83 *Guicciardini*

v. 2

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

